

B. TRAVEN

EL GENERAL

TIERRA Y LIBERTAD



EL GENERAL

TIERRA Y LIBERTAD

Bruno Traven

I

1

TIERRA Y LIBERTAD. Con este grito de guerra en los labios, un grupo de indios abandonó las monterías del sur de la República para derrocar la dictadura y conquistar tierra y libertad.

Su grito, aunque simple y breve, les sonaba a canción heroica.

Expresaba lo que en medio de su lamentable pobreza y enormes sufrimientos había en ellos de poesía, de anhelo de belleza, de ansia de paz, de amor a los hombres, de ingenua fe en una justicia inquebrantable que en alguna parte debía existir, y su profunda tristeza por la suerte de los compañeros ignominiosamente asesinados o martirizados hasta sucumbir a causa de los bestiales tormentos; expresaba todo esto y muchas otras cosas que llevaban dentro sin saberlo. A veces, convertidos en una masa compacta, movidos por una misma voluntad, alzaban de pronto sus puños cerrados, como para exigirle a su Dios que no se olvidara de ellos, y al mismo tiempo y a una sola voz lanzaban su increpación hacia el universo. Su grito retumbaba como una poderosa ola contra las rocas. Sin embargo, cada uno distinguía claramente su propio grito, pues lo sentía en el alma como una oración muy íntima.

Corridos, canciones populares, frases rimbombantes, políticas o patriotas, pierden su sentido y revelan su vaciedad en cuanto se someten a un análisis desapasionado y sistemático, y es posible que hasta este grito de guerra de los indios rebeldes se hubiera disuelto en palabras sin importancia al ser examinado objetivamente.

Cuando los sufrimientos de estos hombres, sus privaciones, su desamparo frente a los concesionarios de la caoba y sus esbirros, señores del monte, se habían vuelto insoportables; cuando se habían convencido de que sería mejor y humanamente más digno perecer en una rebelión que seguir viviendo tan ignominiosamente, expuestos a tantos tormentos —y, cosa rara, casi todos ellos se convencieron simultáneamente, y a un mismo tiempo en regiones remotas, separadas entre sí por las grandes distancias de las selvas vírgenes del trópico—, tomaron una decisión. La decisión de acabar por fin y de una vez con su propia vida o con la de sus tiranos.

En medio de sus penas y miserias habían conservado un resto de conciencia de su amargo destino. El espectáculo de los pájaros del monte y aun el de los millones de insectos que revoloteaban a su antojo, libres y llenos de alegría, mantuvo vivo en ellos el anhelo de libertad.

Primero tímida, medrosamente, con incertidumbre, pero muy pronto con vigor y energía, se resolvieron por fin a desatar una rebelión.

Una vez iniciadas las cosas, éstas se desarrollaron mucho más rápidamente de lo que se hubiera creído.

Los dueños, administradores y capataces de las monterías de la región, más temidos que Dios omnipotente a causa de su poder y crueldad, comprendieron a las dos horas de iniciada la rebelión que ya no tenían autoridad sobre nadie, ni siquiera sobre los peones más intimidados y apaleados; se desinflaron, convirtiéndose en despreciables fanteoches dignos de lástima, que de repente habían olvidado cómo hablar y hasta cómo moverse.

En estas luchas los insurgentes se hicieron de algunas armas. No eran muchas; unas cincuenta pistolas, no todas en buen estado, cerca de doce rifles de cacería, algunos casi inservibles y enmohecidos irremediablemente por el clima húmedo y caluroso de la selva. Consiguieron, además, algunas escopetas ligeras y alrededor de diez fusiles españoles de antecarga. El

botín de municiones, que no era mucho, resultaba tan variado en calibre como las mismas armas.

Pero todos ellos llevaban machetes y hachas, armas excelentes, que manejaban en su lucha diaria contra la selva y que en sus manos eran más eficaces que los fusiles de repetición.

Desde luego que en comparación con las armas modernas de las tropas federales y rurales, las de los peones de las monterías de caoba no merecían ni siquiera el nombre de armas. Frente a esas tropas regulares, su valor, el odio y la rabia que sentían por los opresores debía sustituir el armamento que les faltaba. Cada uno de ellos lo sabía. Y cada uno atribuía a ese odio, a esa rabia, mayor valor combativo que a grandes cantidades de municiones.

2

Bajo la dictadura sólo el propio dictador era más temido y odiado que los rurales.

Los rurales, cuerpo de policía federal montada destinado al campo, eran un arma especial del dictador. Los temían en primer lugar los obreros amotinados y los huelguistas. Eran una tropa selecta compuesta de jóvenes y de hombres maduros, excelentemente armados, perfectamente entrenados, bien alimentados y bien pagados. No pocos de ellos eran incorporados a las filas especialmente a causa de sus sádicos instintos. Los oficiales de esta tropa no necesitaban rendir cuentas a juez alguno acerca de las fechorías, arrestos y ejecuciones que llevaban a cabo. Eran el instrumento de terror, con la ayuda del cual el dictador suprimía implacable y despiadadamente la más leve crítica o rebeldía contra su régimen. En casos como los que habían ocurrido en varias huelgas de obreros textiles y mineros, en que los oficiales del ejército se resistían a llevar a cabo, ya reprimida la huelga, una bestial matanza entre los obreros humillados y vencidos, se mandaba a la región, a mar-

chas forzadas, un destacamento de rurales. Y ellos hacían lo que se habían resistido a hacer los oficiales del ejército. No perdonaban la vida a ninguno de los infelices que les parecían sospechosos o instigadores de huelgas y motines, aunque nada tuvieran que ver en el asunto y se encontraran por azar en el pueblo o en el barrio de la ciudad cercado por ellos.

Encontrar en su marcha a medio batallón de rurales significaría, según el juicio de todo hombre sensato, la segura muerte del pequeño grupo de peones del monte, y con el exterminio de ellos, el rápido fin de la rebelión en las regiones selváticas.

3

El grito de guerra de los hombres que se habían levantado en armas parecía claro e inequívoco cuando lo lanzaban a los cuatro vientos con la fuerza de su entusiasmo. Sin embargo, habrían enmudecido si alguien les hubiera preguntado qué cosa era esa tierra y esa libertad que se habían propuesto obtener.

Cada uno llevaba dentro de sí su personal idea de lo que significaban los conceptos de tierra y libertad. Para cada cual, tierra y libertad expresaban algo distinto, de acuerdo con sus anhelos, preocupaciones, circunstancias y esperanzas.

Muchos de ellos, vendidos a los poderosos terratenientes por deudas ya propias o de sus padres, o bien a causa de multas policiacas o judiciales, poseían en su pueblo un pedacito de tierra que amaban y que no habrían cambiado por ninguna otra que pudieran conquistar, aunque fuera mejor y más rica. Para esas gentes su grito de guerra carecía aparentemente de sentido, porque ya poseían tierra. Pero lo que les faltaba para cultivarla y para gozar en paz los frutos de su trabajo era la libertad.

Y les faltaba libertad frente a miles de corrompidos empleados públicos —funcionarios y subalternos—, aleccionados por la dictadura para su conservación y protección y a quienes había que cebar para que no se convirtieran en peligro para el dicta-

dor. Ningún juez los condenaba. Cuando sus acciones llegaban al colmo de la injusticia, los disculpaban diciendo que habían obrado impulsados por un celo excesivo al servicio del bien público y por devoción al *Viejo*.

Todos aquellos que lograran liberarse de esos parásitos podrían decir con razón que ya sabían lo que era la libertad.

Para otros, «Tierra y Libertad» significaba la posibilidad de volver al lado de sus padres, sus mujeres, sus hijos, sus novias, sus amigos y parientes; o bien la oportunidad de volver a sus pueblos de origen.

Y había quienes interpretaban las nociones de tierra y libertad como el simple deseo de poder trabajar donde les gustara, para un patrón que los tratara bien y por un salario que creyeran justo.

Para la mayoría de esos trabajadores de las monterías de caoba, el concepto de libertad se condensaba en el deseo simple y llano de que los dejaran en paz, lejos de todo lo que se llamara gobierno, bienestar público, lealtad a sus gobernantes, aumento de la producción, expansión económica, conquista de los mercados, incorporación al conglomerado de la Nación y demás lemas insustanciales y absurdos que se cultivaban bajo la dictadura para ofuscar el cerebro de los gobernados e impedir que miraran hacia donde estaban las raíces de todos sus males.

Al exigir a gritos la libertad, esperaban que, cuando la conquistaran, podrían vivir su vida a su propia manera, sin que les molestaran funcionarios de quienes no podían fiarse porque no comprendían ni trataban de comprender sus dificultades y preocupaciones; funcionarios que solo se presentaban una y otra vez con papeles que había que llenar y pagar. Querían, una vez liberados, disfrutar ellos solos de los productos de su duro trabajo, y no volver a permitir que cualquiera los despojase, total o parcialmente, con fines que para ellos carecían de sentido y de valor y que solo servían para proporcionar al dictador más recursos y oportunidades de ocultar la verdad de su gobierno, dando al mismo tiempo la apariencia de una Edad de Oro.

Pero por poco claros que en los detalles fueran para los rebeldes los conceptos de tierra y libertad, instintivamente sabían con toda precisión lo que querían. Y lo que querían era que ya no les oprimieran, que no les humillaran ni maltrataran más. Estaban muy lejos de desear que los dejaran participar en los grandes bienes culturales de la civilización moderna, tal como lo pide en sus programas el proletariado industrial de los pueblos avanzados. Ni siquiera hubieran entendido este deseo, aunque durante días y semanas se lo hubieran explicado. No sabían nada de democracia, ni de socialismo u organización sindical. Y si acaso alguien les hubiera dicho que pidieran una curul en el parlamento de su estado o en el Congreso de la Nación, lo habrían tomado por un embaucador interesado en confundirlos, y sin duda le habrían contestado: «¿Qué parlamento ni qué Congreso? Que nos dejen en paz, simplemente; esto es lo que queremos, y ustedes, estafadores sinvergüenzas, lárguense.»

4

El trato indigno, infame y cruel que esos rebeldes y todos los de su clase habían tenido que soportar en los largos años de la dictadura había cambiado totalmente su carácter. A hombres pacíficos —agricultores, taladores, carboneros, alfareros, curtidores, tejedores de sarapes, de sombreros, cestos y petates, cuyo único deseo era poder trabajar sin estorbos, cultivar su tierra, criar su ganado, llevar sus mercancías al mercado libremente, fundar una familia, tener hijos, celebrar de vez en cuando una fiesta y peregrinar una o dos veces al año a las grandes ferias de su estado, para morir algún día, ya viejos, en paz y rodeados de buenos amigos y vecinos— los había convertido la dictadura en hombres salvajes, vengativos, díscolos, eternamente desconfiados, rijosos, hipócritas y adictos al aguardiente. Por esto y solamente por esto aquellos salvajes, una vez iniciada la Revolución, no pensaban sino en destruir todo lo que en-

contraran a su paso y en matar a cuantos llevaran uniforme, aunque solo fuera una gorra militar, y a todos aquellos que por su empleo o profesión consideraran sus verdugos y opresores.

Los habían tratado como esclavos que solo tenían permiso de abrir la boca para responder a las preguntas que les hacían. Pues ahora se portaban como esclavos, esclavos que de pronto se ven libres de sus cadenas.

Bestias con cara de hombres, les habían dado tormento, los habían azotado, humillado, les habían pegado en la cara como se pega a las bestias en la jeta. Y como bestias se pusieron ahora a devastar el país y a matar a todo aquel que no fuera de su clase.

Cuando algún día estuviera destruido y asolado todo lo que el Caudillo había erigido con el sudor del pueblo, con su penuria, su congoja, sus lágrimas —toda aquella Edad de Oro de la República—, entonces, ya satisfecha su venganza, volverían a sus lugares nativos, a sus aldeas, rancherías y chozas, para llevar en adelante una vida como la deseaban.

Era de prever que los fariseos de todos los países pondrían en sus descripciones periodísticas y estudios históricos todas las bestialidades a cuenta de esos salvajes, que carecían de comprensión para la gran época que les tocó vivir.

Y era de prever igualmente que cuando todo hubiera pasado, los tiranos destronados y sus admiradores, aquí y en cualquier parte de la tierra, declararían que ya todos podían ver y comprender por qué el dictador hacía bien en tratar a esos salvajes como los había tratado, y por qué la dictadura, una dictadura férrea y despiadada, era el único régimen con que, para su propio bien, se debía gobernar a un pueblo compuesto de esclavos con mentalidad de esclavos. ¡Abajo la corrosiva democracia! ¡Arriba la dictadura, vital y rejuvenecedora!

La partida rebelde estaba formada por casi seiscientos hombres. Nadie los había contado con exactitud y hubiera sido realmente difícil llevar una cuenta exacta, pues todos los días, durante la marcha por la selva, se les agregaban de aquí y de allá pequeños grupos o individuos aislados, quienes mucho antes de empezar la insurrección habían desertado de los distintos lugares donde habían trabajado. También peones huidos de las fincas y que permanecían escondidos hasta tener oportunidad de salir al paso de los revolucionarios, de quienes ya habían oído hablar vagamente, se incorporaban contentos y llenos de esperanza.

Pero no solamente había que sumar a los recién incorporados. El penoso avance por las grandes e insalubres selvas hacía fluctuar el número día a día. Algunos se ahogaban al cruzar los ríos, otros desaparecían hundidos en pantanos y ciénagas, varios enfermaban y morían en unas cuantas horas a causa de las mordeduras de víboras y otros animales venenosos; algunos, al seguir una angosta vereda montañosa conduciendo caballos y mulas, que de pronto, asustándose, pateaban y se encabritaban, se caían al precipicio arrastrados por las bestias; muchos, que se habían incorporado padeciendo heridas y golpes infligidos por sus amos, golpes cuyas huellas vivas todavía conservaban en sus cuerpos, se agravaban y morían al no poder ser curados por sus compañeros, que carecían para ello de los más indispensables elementos.

Con la tropa marchaban también pequeños grupos de mujeres y niños, alrededor de cincuenta personas, familiares de los campesinos que habían sido vendidos a las monterías y que ahora, después de escapar de sus antiguos amos, pertenecían a este cuerpo de rebeldes. Estas mujeres y niños habían rehusado siempre dejar a sus esposos, padres, hijos o hermanos, siguiéndolos voluntariamente a donde fueran y compartiendo su duro destino.

Guiaba a este improvisado ejército un hombre joven, de unos veinticinco años, llamado Juan Méndez, aunque él era el único que se daba ese nombre, pues para todos era simplemente *el General*.

Pertenecía al pequeño grupo de trabajadores que iniciara la rebelión en las monterías. Y como tuviera algún entrenamiento militar, era muy natural que a él le fuera confiado el mando del ejército.

Su apariencia era de indio huasteco con cierta mezcla de sangre española. A la edad de dieciséis años había ingresado voluntariamente en el ejército federal y progresado tan rápidamente que a los diecinueve años era ya sargento.

Entonces persuadió a su hermano preferido, algunos años menor que él, para que fuera también soldado e ingresara en el mismo batallón. El pequeño aceptó, pero sucedió que un día, en el curso de sus deberes, cometió algún acto de negligencia sin importancia, de los que normalmente se castigan con doce horas de arresto o con algunas horas extras de guardia. Por esa falta, en tiempos normales, un teniente le habría dirigido un fuerte regaño, y después ambos se olvidarían del asunto. Pero bajo la dictadura, los oficiales del ejército, y aún más los superiores de los rurales, habían sido de tal manera exaltados y hasta elevados a la categoría de seres infalibles que, en efecto, así se sentían. El soldado inferior, frente a un superior, no tenía otro derecho que el de la ciega obediencia y callada aceptación de cuanto se le exigiera. Sucedió que un oficial borracho castigó al muchacho por su falta sumergiéndole la cabeza en una cubeta y manteniéndosela dentro del agua con su bota hasta que murió. El asesino no solo no fue castigado, sino que fue mencionado en la orden del día por haber obrado con energía ejemplar en aras de la disciplina, que era para ellos un deber mantener como si fuera el sacramento más alto.

El sargento Juan Méndez no estaba todavía completamente habituado a los excesos de la dictadura, probablemente porque tenía más de indio que de soldado, y olvidándose por un instante de la naturaleza divina del oficial, lo apuñaló. Lo apuñaló hasta matarlo, y sin sentir el menor remordimiento por su acción. Ocurrido esto no tenía otra salida que desertar del ejército.

Su mejor amigo en el regimiento era un cabo, también de origen indio. Fue al único a quien confió lo que había hecho, y dónde había escondido el cuerpo del semidiós, para ganar tiempo en su huida. La liga sanguínea y la amistad significaban más para el cabo que la promesa solemne de lealtad al ejército. «Sabes manito —le dijo simplemente a su amigo—, yo me voy contigo, y al demonio con este maldito ejército y toda esa palabrería sobre el patriotismo. ¿Qué tiene que ver la patria con ellos?» Y así se fueron los dos juntos.

Pensaron escapar a Honduras, El Salvador. A cualquier parte lejos de su querida tierra.

En el camino se encontraron con un grupo de indígenas que habían sido reclutados y eran conducidos a las monterías como trabajadores contratados. Se engancharon a este grupo. En los montes nadie los buscaría, y de todos modos, de encontrarlos, nadie los hubiera sacado de allí, fuera quien fuere el que los buscara o el crimen que hubieran cometido; pues un trabajador de estos estaba diez veces peor en aquellos lugares que en la más cruel de las prisiones.

El General dio a este cabo, Lucio Ortiz de nombre, el cargo de coronel de su ejército.

Como jefe de su Estado Mayor, *el General* nombró a Celso Flores, un indio tsotsil. Celso había trabajado muchos años en las monterías como talador. Aunque no sabía leer ni escribir, como la mayoría de los trabajadores de la caoba, poseía una aguda inteligencia innata. Estaba dotado, además, del raro talento de inspirar a su gente para que hiciera grandes esfuerzos. Quizá porque nunca exigía nada que él mismo no hiciera pri-

mero —y mejor—, sobre todo cuando alguien insinuaba que la orden era imposible de realizar.

Para desempeñar el cargo de comisario los muchachos escogieron a Andrés, un indio tzeltal que había trabajado como boyero, arrastrando los troncos derribados. Sabía leer y escribir, y antes de ir a dar al infierno de las monterías había sido encargado de los bueyes en las caravanas de carretas que traían mercancías y pasajeros de la estación del ferrocarril de la costa hasta el interior del estado —una distancia de más de cuatrocientos kilómetros—. En estos viajes había adquirido cierta experiencia y conocimientos.

El jefe intelectual, el cerebro del ejército, era *el Profesor*, como le llamaban los muchachos. *El Profesor* había sido maestro de escuela. Gradualmente, y conforme se fue interiorizando del estado real en que vivía el pueblo bajo la dictadura, empezó a sentirse renuente a inculcar a sus discípulos, a fuerza de golpes —como se había hecho costumbre en las escuelas—, la admiración e idolatría hacia el régimen. Por el contrario, siempre que tenía oportunidad, ya fuese en la escuela, en la calle o en los cafés, daba expresión a las quejas y sufrimientos del pueblo y exteriorizaba su libre opinión sobre el dictador y los métodos de la dictadura. Aunque sabía perfectamente lo que podría sucederle, no «entraba por el aro», como le aconsejaban sus colegas. Se sentía depositario de los ideales y anhelos del pueblo y le era muy difícil quedarse callado a pesar de que arriesgaba su excelente empleo en una de las mejores escuelas de una de las grandes ciudades del país. Como consecuencia, empezó a ser trasladado continuamente, yendo de aquí para allá y empeorando cada vez más su situación, sin contar, además, con las consabidas entradas y salidas de las cárceles, en las que permanecía a veces largos meses.

Por fin fue a dar a un pequeño pueblo minero, a una escuela rural de lo más miserable, a la que asistían los hijos de los mineros más pobres y peor pagados. Coincidió que, seis semanas después de su llegada, comenzaron las explosiones en las galerías, y hasta en secciones enteras de las minas. Parecía,

sin embargo, que Dios estaba del lado de los mineros, pues después de las explosiones no resultaba muerto ningún obrero, y en cambio solo perecían los miembros del personal militar y los agentes de la policía secreta que habían sido introducidos a las minas vestidos de trabajadores para investigar por qué la producción disminuía constantemente y quién hacía estallar la dinamita en lugares peligrosos y deliberadamente equivocados. Cuando comenzaron abiertamente las huelgas y los motines, los edificios de la administración de las minas fueron apedreados y las huestes policiacas empezaron a arrestar a los mineros rebeldes. Entonces fue aprehendido nuevamente *el Profesor*. Esta vez parecía que el gobierno estaba resuelto a retirarlo de la vida pública definitivamente, pues ni con la intervención de los padres y hermanos de sus anteriores discípulos, algunos de ellos muy influyentes, fue posible obtener clemencia para él como había ocurrido en otras ocasiones. *El Profesor* fue incluido en una redada de incorregibles y peligrosos reincidentes, y conducido, a la manera de los esclavos negros en el siglo XVIII, a la prisión de «El Infierno», un campo que así denominaban para indicar la clase de lugar que era. Pero ni en ese espantoso lugar podía *el Profesor* permanecer callado. De cuando en cuando le amordazaban por veinticuatro horas seguidas, sin permitirle ni agua ni sombra que lo protegieran del sol tropical. Pero apenas le era removida la mordaza y se le quitaba el entumecimiento de los labios torturados, las primeras palabras que gritaba siempre eran: «¡Muera el Caudillo! ¡Abajo la dictadura! ¡Viva la revolución social! ¡Sufragio efectivo, no reelección! ¡Viva la revolución del pueblo!» En seguida era nuevamente amordazado y sacado al sol ardiente, atado como un fardo y echado sobre la candente arena. Por fin, un día logró escapar con varios de sus compañeros, la mayoría de los cuales sucumbieron o fueron nuevamente capturados y torturados lentamente hasta morir. Durante su huida se encontró con el sargento y el cabo vestidos con tales harapos, que difícilmente se distinguían de cualquier campesino indígena errante. En compañía de ambos se dejó enganchar como trabajador de la caoba, con el fin de esperar en las profundidades de la selva el

principio de la rebelión que ya se presentía en todo el país, y poder abrir entonces el fuego en aquella parte del sur de la República y ganarla para la causa de la Revolución.

7

El ejército rebelde estaba formado por ocho compañías, cada una mandada por un capitán y un teniente, con cabos como jefes de pelotón.

En la travesía por la selva cada compañía marchaba con un día de intervalo respecto a la siguiente, en parte debido a los ciento cincuenta animales que llevaban, entre los que se contaban caballos, mulas, burros, bueyes, vacas y cabras, y en parte también para dar al terreno pantanoso de la selva, saturado por torrenciales lluvias tropicales, tiempo para emparejarse y secarse un poco. Pues sucedía que cuando una compañía con sus animales había pasado por una de estas angostas sendas tropicales, dejaba tras de sí una vereda con un fango profundo, tenaz y pegajoso, en el cual hombres y bestias se hundían hasta las rodillas y aun hasta la cintura, lo que dificultaba terriblemente el tránsito de los que les seguían.

8

Las penalidades de este viaje, vadeando pantanos, cruzando arroyos y ríos, luchando en los desfiladeros de las montañas, eran una dura prueba para todos.

Ningún general experimentado y adiestrado en una academia militar hubiera podido conducir un ejército regular por estas selvas con tan pocas pérdidas como lo hicieron estos jefes rebeldes. Era, además, un excelente entrenamiento para todos, así como una clara demostración de que si eran capaces de vencer esos obstáculos, bien podían aspirar a vencer muchos

más en distintos lugares y según se fueran presentando.

Conquistadas las fuerzas de la Naturaleza, había que aprestarse a vencer otras no menos peligrosas. Esas otras fuerzas que tenían que ser combatidas y vencidas se acercaban más cada día conforme las guerrillas avanzaban hacia campo abierto, en donde se encontraban las grandes haciendas, las fincas con sus dueños feudales, donde había aldeas, pueblos, guarniciones del ejército, patrullas militares y escuadrones destacados de los rurales.

El ejército rebelde marchaba adelante sin ningún objetivo determinado. «El objetivo ya aparecerá una vez empezada la marcha», pensaban *el Profesor* y *el General*.

Los rebeldes tenían bien poca necesidad de un objetivo; tenían de éste la misma necesidad que tenían de un programa revolucionario. Se guiaban simplemente por su deseo de adquirir tierra y libertad; una vez que hubieran logrado estas dos cosas y estuvieran seguros de poder retenerlas, entonces se establecerían permanentemente, tal como se establecieron los náhuas, después de una peregrinación que duró más de cien años, en una región que les atrajo y que les garantizaba tierra y libertad.

Comprendían, naturalmente, que la tierra y la libertad podían ser logradas únicamente cuando aquellos que las monopolizaban y detentaban fueran vencidos. Por lo tanto, la primera tarea era combatir a los hacendados, dominarlos, arrollarlos y destruirlos totalmente. La siguiente tarea era destruir a todos aquellos que impedían o podían impedir la realización de su ideal de tierra y libertad. Podrían incluso verse en la necesidad de entrar a la capital del estado para ocupar los edificios gubernamentales, matar al gobernador y a todos sus esbirros, y desde dichos edificios mantener una estrecha vigilancia para que todo lo logrado anteriormente fuera respetado en beneficio y provecho de los triunfadores.

Ésta era, a grandes rasgos, la idea de los cerebros más despiertos del grupo. Traducir esto en un programa agrario preciso resultaba muy complicado, y *el Profesor* no deseaba confundir

a estos decididos muchachos, ni tampoco era necesario, por lo pronto. Ya habría tiempo más adelante para explicarles ideologías y programas. Sobre este asunto *el Profesor* generalmente daba sólo cortas consignas: «Ganemos la revolución primero y destruyamos a nuestros enemigos. Después habrá tiempo para discutir lo que deba hacerse. Mucho hablar prematuramente de las cosas es pérdida de tiempo y energías que necesitamos para asuntos más inmediatos.»

De los asuntos más inmediatos, ninguno era tan importante y urgente como el de conseguir armas. Y el único modo de conseguirlas era quitándoselas a los que las tenían, y los únicos que las tenían en ese momento eran los soldados federales y los rurales.

9

Después de semanas de fatigoso caminar a través de selvas inhóspitas, el ejército llegó por fin al primer poblado. Las compañías ya no marcharían con intervalo de un día de marcha. En adelante avanzarían en formación más cerrada, de modo que llevaran solamente unas dos horas de distancia una de otra, pues era posible que muy pronto se librara la primera batalla, y en estas circunstancias hubiera sido una táctica errónea que las compañías marcharan tan separadas.

Dejaron atrás el primer poblado y al día siguiente se encontraban ya en el rancho Santa Margarita. La primera compañía había llegado por la tarde.

Santa Margarita consistía en la casa de adobe del dueño, flanqueada por dos bodegas, también de adobe, en las que se almacenaban las cosechas de maíz, frijol y fibra de henequén. Allí se guardaban también las monturas y los pocos implementos agrícolas que el rancho poseía.

Cuatro chozas se amontonaban alrededor de las bodegas.

Todas estas construcciones cerraban un gran patio cuadrangular, quedando, sin embargo, un lado abierto, en el que una cerca rústica separaba el patio del corral donde estaban los caballos y el ganado. A un lado de la casa principal había un espacio libre, también separado del exterior por una cerca de espinos. Un portón daba acceso del patio al camino que seguían los viajeros y las caravanas que pasaban por la finca.

Todas las construcciones del rancho estaban sobre una loma, en cuyas faldas quedaban los primitivos jacales de palma de los peones. Eran catorce jacales. En tres de ellos, tan deteriorados como la casa del dueño, vivían el mayordomo, el cordeletero, y el capataz de los vaqueros. Los miembros de estas tres familias eran ladinos. Los peones y sus familias, que habitaban las demás chozas miserables desparramadas por los alrededores del patio, eran indios.

En contraste con las humildísimas chozas, la casa principal podría parecer como una buena mansión, pero la realidad era que estaba muy lejos de serlo. No tenía ventanas, sino solamente puertas toscas de sólida caoba. Los pisos eran de ladrillos mal cocidos, y el techo de tejamanil burdo. La casa tenía dos habitaciones, y el único mueble que indicaba que sus ocupantes no estaban viviendo en el siglo XIV, es decir, el único objeto que podía considerarse como moderno, era una máquina de coser americana, bastante enmohecida.

Las mesas y las sillas eran de caoba, construidas a golpes de machete; las camas eran simples armazones de ébano sobre las cuales habían colocado unas tiras de cuero entrelazadas, y sobre éstas unos petates gruesos y unas sucias almohadas rellenas de musgo y zacate. Usar maderas preciosas en muebles y puertas no constituía ningún lujo, pues abundaban en la región.

La casa era considerada elegante, y el dueño, acomodado. De lo cual se puede deducir cómo vivían los peones.

Todo lo que la familia necesitaba, aparte de la seda, el algodón y los utensilios de hierro, era manufacturado en el rancho. Allí

mismo se destilaban las bebidas, se tejían sarapes de lana, se hacían monturas, huaraches y reatas, y de la fibra del henequén se confeccionaban redes, bolsas y hamacas.

A un lado de la vivienda principal había una capilla en la que la señora de la casa dirigía los rezos y cantos religiosos; esta capilla consistía en un salón pequeño, sin divisiones, cubierto por un techo de palma, en uno de cuyos extremos, sobre una burda mesa, había un cuadro de la Santísima Virgen de Guadalupe. Ante esta imagen siempre había flores frescas que recogían en el campo las esposas e hijas de los peones y las ponían allí todas las mañanas. Los domingos, el piso de la capilla era cubierto con ramas verdes para que los fieles pudieran arrodillarse sobre ellas como sobre una alfombra.

Además de los menesteres de la capilla, la señora hacía de doctora y de partera para la gente del rancho.

En cuanto a dinero en efectivo, rara vez había más de cien pesos en casa, y la mayor parte del tiempo juntando el capital de amos y peones, apenas se podrían reunir cinco pesos. Todo lo que necesitaban se lo pedían prestado unos a otros, y todos solicitaban préstamos de sus amos, quienes estaban —más por conveniencia que moralmente— obligados a mantener a sus peones con buena salud.

Éstas eran las condiciones existentes a la llegada de los rebeldes a aquel lugar; las mismas que habían existido durante los últimos cuatrocientos años.

Lo que una revolución pudiera cambiar aquí de inmediato, o más aún, lo que ésta pudiera lograr dado el estado de cosas, habría puesto en aprietos al más radical de los pensadores europeos, de habersele encomendado elaborar un plan para liberar a estos peones de su servidumbre, y darles por conducto de la revolución algo más de lo que ya poseían.

Allí no había nada. Y la libertad que hubieran tenido que agradecer a una revolución, hubiera dejado a estos peones doblemente pobres y más desamparados de lo que entonces estaban.

Había suficiente tierra disponible. El rancho tenía la categoría de un gran latifundio; pero cuatro quintas partes del terreno, pedregoso y accidentado, eran matorral y selva; de la quinta parte restante, un pedazo era pradera con pasto para el ganado. Solo una décima parte de la tierra se podía cultivar, y ésta, en la época de sequía, era dura como el cemento, y una ciénaga durante las lluvias. Si la sequía duraba demasiado, todos los habitantes del rancho por igual, incluyendo al todopoderoso patrón y su familia, estaban muy cerca de morir de hambre.

La única riqueza del dueño consistía en el ganado, caballos y mulas que criaba. Para poder tener estos animales, había solicitado capital, pues era necesario comprar sementales y después esperar años hasta que las crías estuvieran en edad de venderse. Si una sequía duraba demasiado, los animales morían.

La revolución, que tenía cierto objeto en los grandes latifundios, ¿qué podía hacer aquí para mejorar la situación de los peones? Aunque los liberara de sus amos, el cielo pronto les quitaría esa libertad; pues ésta era inútil si no tenían qué comer. Los peones, una vez liberados, usarían su libertad para trabajar menos que antes, y allí nada se daba sin grandes esfuerzos. Además, nadie les daba semilla ni implementos, nadie les enseñaba cómo coordinar su trabajo o formar una sociedad cooperativa para defenderse, unidos, los unos a los otros. Y aunque así fuera, su sentido de unión estaba tan poco desarrollado, pues había sido casi destruido durante los últimos siglos, que una organización cooperativa les hubiera sido de poca ayuda; las envidias, los celos, los eternos pleitos por el mando, habrían desintegrado gradualmente cualquier organización. Los hombres que han vivido en tal servidumbre durante cuatrocientos años, y que todo ese tiempo han sido obligados a dejar a sus amos y a las autoridades toda iniciativa y responsabilidad, toda organización, consulta y discusión, no pueden, en un año de revolución, ser convertidos en campesinos libres, capaces de pensar independientemente, actuar y producir sin necesidad de que alguien les indique que deben estar de pie a las cuatro de

la mañana para labrar sus campos.

Los rebeldes que llegaron a este rancho no creyeron tarea suya considerar que una revolución por sí sola no altera un sistema; que solo cambia la propiedad, que solamente varía el nombre del dueño, y que la Nación o el Estado, en su papel de capitalista, puede ser más brutal, implacable y tirano de lo que lo fueron los anteriores amos.

Habían sido por tanto tiempo despojados del derecho de actuar y hablar libremente, que era natural que todos sus sentidos se encontraran atrofiados. Conocían únicamente la venganza y la represalia. La destrucción era la única cosa que entendían; mientras más destruían, mientras más aniquilaban a aquellos que consideraban sus enemigos, más libres se sentían. Pues todo lo que existía, todo lo que vivía y que no les pertenecía a ellos, era causa de su esclavitud; si deseaban ser relevados de su esclavitud, entonces debían destruir. No les preocupaba el mañana; solo recordaban el ayer, cuando habían sido torturados y explotados.

La tragedia no es que pueda haber y que haya dictadores; no, la tragedia es que toda dictadura, hasta la más floreciente y aparentemente benévola, tiene que terminar en destrucción, desolación y caos, de acuerdo con la ley implacable de la Naturaleza, la cual ningún hombre puede cambiar, ni influir en ella; esa es la verdadera tragedia, porque la Humanidad entonces retrocede cientos de años en su marcha ascendente hacia la completa liberación del estado animal y de la anarquía.

10

Cuando la avanzada llegó al rancho, encontraron todas las chozas desiertas. El patrón y su familia habían huido a ocultarse en la maleza y todas las familias de los peones los habían seguido.

—Ahí tenemos una prueba de que alguien ha traicionado nues-

tra llegada —dijo *el General*—. Ya han tenido noticias de que veníamos y el temor los ha hecho huir a todos.

—El saberlo es de gran valor para nosotros —contestó *el Profesor*—. Ahora podemos estar seguros de que nos encontraremos con los rurales en una de las dos fincas siguientes.

Los hombres tiraron sus cargas al suelo y escucharon los comentarios del *General* y del *Profesor*. Uno de ellos dijo:

—*General*, nosotros podemos fácilmente encontrar al patrón en la selva. Nomás díganos y vamos y se lo traemos arrastrando con todo y su cría.

—¿Pa' qué? —contestó *el General*—. Sacrifiquen todo el ganado que encuentren y coman bien siquiera una vez al año. Lo que sobre nos lo llevamos pa'l camino. La última compañía le prende fuego al lugar. Así no habrá una fortificación a nuestras espaldas. Los peones se pueden quedar aquí, y si quieren seguir con su patrón, pos que les construya chozas nuevas. Tú, Nicasio, di a todas las compañías que acamparemos aquí durante la noche. Lloverá otra vez y podemos guarecernos en las chozas. Yo me quedaré con *el Profesor*, Celso, y cuantos quepan en la casa del patrón. Mañana por la mañana, a las cuatro, nos ponemos en marcha.

Al día siguiente partieron llevando consigo bastante carne de puerco y de res para el camino. Llevaban, además, todos los caballos y burros que encontraron.

Hacia el mediodía arribaron al rancho Santa Isabel. Como en Santa Margarita, las chozas estaban desiertas; el ganado y los puercos habían sido arreados por los moradores hacia la maleza; solo una media docena de gatos se lamían somnolientos fuera de las chozas. Unos perros contemplaban a los recién llegados con el hocico abierto, pero después se escurrieron detrás de las chozas al llegar los canes de la tropa, que comenzaron a perseguirlos.

Ni siquiera la mitad de las fuerzas había pasado por allí y ya los jacales, la casa del dueño, la bodega, portones y cercas esta-

ban ardiendo. Antes de incendiar el rancho, los muchachos habían buscado monturas y machetes, pero no encontraron nada. La impresión general era que los habitantes habían dejado sus moradas el día anterior, si no algunos días antes. Todos los fogones estaban fríos y húmedos; unas cuantas ollas de barro era todo lo que quedaba en las chozas.

Después descubrieron que hasta los más pequeños poblados de campesinos indígenas independientes estaban desiertos. Perros y gatos perezosos vagaban por doquier o se escondían miedosos y desconfiados al acercarse la tropa.

—La reputación que nos precede es muy mala —dijo *el Profesor* al *General*, mientras señalaba las solitarias y fantasmagóricas chozas desiertas—. Me gustaría saber quién nos ha difamado haciéndonos aparecer como bandidos.

—Bueno, nos importa un comino lo que digan de nosotros —repuso Celso, que se había unido a ellos, y mientras decía esto descargaba sus bultos, sentándose después en cuclillas para descansar un rato—. Somos rebeldes —prosiguió—, ¿o qué?, ¿no somos rebeldes? No hemos venido aquí con caramelos. Y a quien no le guste, que se largue. Nosotros seguiremos haciendo lo que creemos que deba hacerse.

—Celso tiene razón —dijo *el General*—. ¿Qué nos importa si los inditos tienen miedo o no? Algún día se darán cuenta de que no somos bandidos y que la cosa no es con ellos. Si no nos ayudan ahora a suprimir a los tiranos, entonces tendrán que aguantar esa clase de patronos con látigos por muchos años más. Allá ellos, nosotros no los aguantaremos. ¿Qué dicen ustedes, muchachos?

Se dirigió a un grupo de jóvenes que acababan de llegar y se habían acercado a la muy trillada plaza del pueblito. Al igual que Celso, tiraron sus cargas al suelo y se acuclillaron para tomar aire fresco y nuevas fuerzas para continuar la caminata. Todavía distaban dos o tres horas de camino del lugar en donde acamparían.

Este pequeño poblado consistía solamente en diez chozas, de

una pieza cada una. Aquí la revolución no podía traerles nada. Tendría que traerles tierra más fértil, ganado y pasto y también costales llenos de ropa antes de que estos miserables campesinos indígenas y sus familias pudieran tener lo más esencial. De los habitantes de este lugar solo tres familias poseían un machete, mientras que cada hombre tenía un cuchillo quebrado y enmohecido. Cada familia disponía de una cuchara para todos. No había ni camas ni sillas en todo el pueblo; tampoco había hachas, ni clavos. Después de registrar todas las chozas, se habían recogido unos veinte metros de alambre. Era alambre que los hombres, en sus largas caminatas, habían encontrado en el campo y recogido pedazo por pedazo, o lo habían cortado de cables telegráficos colgantes, o lo habían arrancado de las cercas de alambre a su paso. No poseían arado o instrumento agrícola alguno. Todo lo que tenían para cultivar el magro y pedregoso suelo era una estaca de madera fuerte y puntiaguda, la cual hundían en la tierra cuando sembraban su maíz.

Hasta esos hombres y sus familias habían abandonado sus miserables viviendas y huido, adentrándose profundamente en la maleza por temor a ser aniquilados por los rebeldes que avanzaban con su grito de combate: «¡Tierra y Libertad!»

Podían haber escuchado todo un día al *Profesor* disertar sobre la dictadura, la tiranía y la esclavitud del proletariado, sin comprenderlo. Ellos tenían aquí tierra y libertad y no pedían nada más a la vida y a sus tiranos, excepto que no los asesinaran, que nadie les robara, y que los dejaran en paz con su propia miseria. Cuando el árido suelo llegara a ser aún más árido debido a la falta de lluvia o al exceso de lluvia que deslavara la ligera superficie de la tierra, y cuando su pobre cosecha de maíz y frijol fuera consumida, una tercera parte por las ratas y otra tercera parte por el gusano, ellos hubieran estado agradecidos a una revolución si ésta pudiera protegerlos entonces contra esas calamidades, así como de las águilas, gavilanes, tlacuaches y coyotes que les robaban sus pollos, y de los tigres y lagartos que devoraban sus puercos y becerros. Sus problemas eran tan sencillos que hasta la más grandiosa e inspirada

revolución que liberara al país de la dictadura, y que en los gruesos tomos de la historia fuera glorificada por unos y maldecida y condenada por otros, pasaría inadvertida para ellos.

Su único conocimiento de la revolución fue, pues, que en el mercado del pueblo ya no era don Dámaso quien les cobraba el impuesto por vender su modesta mercancía, sino don Dionisio; y que mientras antes de la revolución tenían que pagar dos centavos de contribución cuando querían vender veinticinco de lana, ahora tendrían que pagar cinco centavos, de los cuales un centavo era calculado como un impuesto extraordinario para una escuela rural que nunca sería construida.

A los rebeldes se les podía haber hecho felices con facilidad otorgándoles la tierra, la cual abundaba y les podía haber sido distribuida fácilmente de los cientos de miles de hectáreas que pertenecían a las fincas, pero que nunca habían sido cultivadas y que los dueños no cultivarían jamás. Les hubiera salido más barato a los hacendados y a los grandes terratenientes regalar estas tierras baldías. Les habría resultado más cómodo abolir la esclavitud por deudas. Y para la nación entera y para la buena reputación del dictador hubiera sido un millón de veces mejor, también, si se hubieran instituido elecciones genuinamente libres, si los derechos autocráticos del dictador hubieran sido restringidos, si hubiera habido un cuerpo legislativo ante el cual fuera de veras responsable.

Hubiera sido mejor y más barato, si el dictador hubiera permitido a todos sus compatriotas, amigos o enemigos, el derecho sin restricción de hablar hasta por los codos. Pero como todos los dictadores cuyos nombres registra la historia, éste tampoco permitía oposición alguna. Lo que él ordenaba era ley, sin que el que tenía que observarla y obedecerla hubiera tenido voz ni voto en la hechura de dicha ley. Él tenía sólo una respuesta a los deseos y reclamaciones de los ciudadanos y ésta era dada con garrotes y fusiles por sus secuaces uniformados.

Hubiera sido tan sencillo no cerrar los ojos ante la inquietud y el descontento que reinaban por todas partes y, al enterarse de la

aproximación de los rebeldes, mandar a unos cuantos hombres sensatos y pacíficos a entrevistarse con ellos, escucharlos y tratar de llegar a un arreglo. Ciertamente se habrían logrado resultados más, mucho más valiosos para el Estado que ordenar al ejército, sin más ni más, empezar a disparar tan pronto como los «bandidos» y «asesinos» estuvieran a la vista.

II

1

Los rebeldes avanzaban por un camino ancho y abierto a través de la pradera. Esta pradera pertenecía a la finca Santo Domingo, así como todas las tierras que podía abarcar la mirada a uno y otro lado.

Cuarenta familias de peones habitaban en sus chozas a un lado de la casa principal. Otras cincuenta familias vivían en los cuatro poblados situados uno en cada esquina de la inmensa área de la finca. El situar a estos poblados lejos de la casa principal tenía la ventaja de que, siendo pastores la mayoría de los peones, podían así reunir y cuidar mejor los rebaños de sus amos, pues los animales se descarriaban a lo lejos por los pastos.

El General, el Profesor y Celso descansaban en lo alto de una loma, desde donde se divisaba la iglesita blanca de la hacienda. Un poco más allá de la mitad del camino a la finca había una profunda hondonada, la cual, según podían apreciar desde su posición ventajosa, debía de tener algo más de dos kilómetros de largo. Por un lado, un lomerío ondulante interrumpía la llanura, y más allá, hacia el sur, se elevaba una cadena de montañas grisáceas que se extendían a través de todo el horizonte visible. Aquí y allá unos cuantos árboles, algunos solitarios, otros en grupos de diez o veinte, matas y arbustos completaban el paisaje.

Desde la colina, al pie de la cual acababa de arribar la primera

compañía, el camino hacia la finca se dibujaba claramente. Cuatro o cinco bien trilladas veredas constituían este camino. En algunos tramos, estas veredas se agrupaban hasta llegar a ser solo tres, o dos, después se bifurcaban de nuevo hasta formar cinco o hasta ocho y nueve. Parecían rodadas de carretas; pero allí no había carretas en uso, eran las huellas del ganado que regresaba de la pradera al atardecer y volvía a pastar por las mañanas lo que las mantenía tan trilladas, impidiendo que creciera hierba alguna sobre ellas. También las caravanas con mulas que viajaban de Hucutzín a las fincas y a las monterías y que llegaban de cuando en cuando a esta finca usaban estas veredas; y, en menor escala, los indios también pasaban por ellas cuando iban al mercado.

El pasto no era muy alto, pues escasamente medía un metro; tampoco era muy tupido, y crecía más bien en pequeños matorrales; sin embargo, era muy verde y jugoso durante y después de la época de las lluvias. El camino ancho y abierto cerrábase en algunos tramos aprisionado por la maleza que crecía en ambos lados, pero más allá aparecía de nuevo la llanura más grande y extensa. El fuerte sol, resplandeciendo sobre la pradera, lo envolvía todo en una especie de bruma, que hacía que la pequeña iglesia y el patio de la finca desaparecieran para volver a aparecer en un lugar distinto. Mientras el sol se elevaba y ardía con mayor intensidad, más confusos se volvían en sus formas todos los objetos que estaban a más de tres kilómetros de distancia. Por momentos, el ganado daba la impresión de parecer una manada de perros bajo el efecto de aquella luz trémula y deslumbrante, y las grandes rocas parecían enormes casas; los viejos troncos de árboles petrificados que permanecían de pie y las palmeras carbonizadas, semejabán columnas de templos en ruinas, después se antojaban recias figuras de indios en contemplación.

Normalmente solían encontrarse por allí rebaños enteros de ganado y caballos semisalvajes, propiedad de la hacienda. También solían verse dos o tres peones y vaqueros a caballo en busca de becerritos que a veces nacían en cualquier parte

durante la noche y de animales enfermos que arreaban a la finca para que fueran curados.

Pero hoy no se veía ningún rebaño en toda la región, sino solo uno que otro animal solitario y perdido. Ni un vaquero ni un peón eran visibles. Una bandada de cuervos volaba en círculo en lo alto. Y en el gran patio de la finca podía observarse de vez en cuando una columna de humo arremolinada elevándose, a veces de la cocina de la finca, a veces de una de las chozas de los peones.

2

—Esa maldita Santo Domingo es una buena finca —dijo Celso, sentándose en cuclillas y enrollando un puro grueso—. Yo la conozco. Pertenece a don Patricio. La conozco bien. He pasado la noche ahí varias veces con los peones. Es una hacienda muy rica, riquísima.

—También yo la conozco, igual que tú —*el General* se dirigía al *Profesor*—. Aquí pasamos un día y dos noches cuando íbamos a las monterías.

Algunos muchachos subieron la loma y se sentaron junto a ellos.

El Profesor se detuvo y miró hacia atrás al camino, observando que en ese mismo instante aparecía a la vista la segunda compañía. Pronto acamparía junto a la primera, que ya descansaba al pie de la loma.

—Sí, ya hemos estado aquí antes —dijo de pronto *el Profesor* con una voz cambiada—. ¿Qué hacemos ahora? Podíamos darle vuelta y proseguir como si no la hubiéramos visto. Pero ¿de qué nos sirve ser rebeldes si desperdiciamos el primer buen bocado que encontramos a nuestro paso? Si realmente deseamos hacer una revolución y dar a todos los peones tierra y libertad, entonces debemos empezar con esto. Un importante

axioma revolucionario dice: «Nunca dejes un enemigo en tu retaguardia.» Si nosotros nada más pasamos por aquí pacíficamente como un rebaño de borregos, tendremos un enemigo poderoso a nuestras espaldas. Así, pues, ¿qué dicen ustedes?

—Lo mismo que tú —contestó *el General*.

Celso exhaló una gruesa nube de humo y dijo secamente:

—Correcto. ¿Por qué han de seguir reinando aquí el hacendado y su gente? Ya es tiempo de que los otros tengan su turno, los que han sido pisoteados por tanto tiempo sin atreverse a abrir la boca.

El Profesor se rió.

—Entonces todos estamos de acuerdo. De acuerdo en pensamiento. De acuerdo en la acción. De acuerdo en la batalla. ¿Qué opinan ustedes, muchachos? —preguntó con voz fuerte a los hombres a su alrededor.

—¡Tierra y Libertad! —gritaron todos a manera de respuesta. Y después vitorearon—: ¡Viva *el Profesor*! ¡Arriba *el General*! ¡Muerte a los tiranos y a los dictadores! ¡Libertad para todos!

Cuando *el Profesor* se había vuelto a sentar, Celso dijo:

—La finca no está desierta. De otro modo no habría humo.

—Eso es justamente lo que está revoloteando en mi cabeza —*el Profesor* miró en dirección de la finca—. ¿Por qué sale humo de la casa y de las chozas? ¿Por qué ninguno ha huido, aunque saben que somos muchos y que tenemos revólveres y rifles?

—Porque creen que nosotros solo agarraremos unos cuantos animales para sacrificar y que después seguiremos nuestro camino —contestó *el General*.

—Y tú, Celso, ¿qué piensas?

—Que ellos tienen rurales o soldados federales en la finca —respondió Celso.

—Celso, te asciendo a coronel —dijo *el Profesor*, riendo—.

¿Confirmas el nombramiento, *General*?

—Confirmado.

—Muy bien dicho, Celso —exclamó *el Profesor*—. Eres un muchacho muy listo. Lo que dijiste es la verdad. Ellos tienen la finca llena de rurales. Deben de haber recibido noticias de nuestra llegada desde hace algunos días en Balún Canán o Achlumal. De otro modo los rurales no podrían ya estar aquí.

—Están ya aquí porque seguramente andaban en gira de inspección cerca de las fincas, para cerciorarse de que todo estaba en paz y que no había insurrecciones o robo de ganado por los indios bachajones.

—Celso, tienes razón otra vez. Es más seguro que solo haya una patrulla de inspección ahí en la finca, veinte o veinticuatro hombres y quizá un capitán, un sargento y tres o cuatro cabos. Aparte de los rifles, por lo regular cargan con una ametralladora.

Cuando los muchachos oyeron esto, se animaron. «¡Rifles y pistolas! ¡Arriba las armas!», gritaron, saltando y bailando alrededor como si ya hubieran ganado la batalla.

—Una comunicación exacta difícilmente podría haber llegado a Balún Canán —continuó *el Profesor*—, y en Achlumal y Hucutzín hay solamente pequeñas guardias militares ocasionales. Pero sin duda las noticias van ya camino a Jovel y eso traerá medio batallón contra nosotros. ¿Dónde crees que están esos rurales en estos momentos, *General*?

—Cuando yo todavía pertenecía al ejército, salíamos a atacar y no esperábamos en una finca, digo, en su patio. Nosotros esperábamos en campo abierto, o íbamos tras los amotinados.

—¿Por qué no esperaban en el patio, que está cercado y ofrece buena protección?

—Simplemente, porque primero y ante todo se causaría mucho daño a la finca; segundo, porque en un momento dado fácilmente podríamos encontrarnos en una trampa, especialmente

si los insurgentes eran quinientos armados y nosotros solo veinticinco. En campo abierto, con nuestras ametralladoras, rifles y soldados bien adiestrados, teníamos superioridad sobre quinientos hombres, aunque nosotros fuéramos solo veinte.

—¿Entonces crees que vendrán a buscarnos aquí afuera, en el campo?

—No solo lo creo; estoy seguro. No en balde fui sargento. Sé cómo se hace, pues lo he hecho yo mismo.

—¿En contra de peones y trabajadores?

—Pos ¿qué quieres? No puedes hacer nada a este respecto cuando estás en el ejército. Es como una máquina; te guste o no, tienes que someterte, y sólo puedes cambiar las cosas apuñalando a algunos oficiales o aplastándoles el cráneo y después huyendo. Pero si sabes que algunos de los soldados piensan como tú y si tienes los pantalones suficientes para hacerlo, puedes, en un momento oportuno, dar un golpe y lograr voltear todo el batallón de tu lado. Después de todo, también ellos son solo peones asalariados.

3

Mientras hablaba *el General*, Celso había permanecido perezosamente en cuclillas, descansando, fumando y parpadeando mientras miraba hacia el patio de la finca.

De pronto dejó escapar un grito, medio ahogado por la excitación. Cambió de posición y se puso de rodillas, apoyando ambos puños en el suelo, bajando la cabeza y estirándola hacia adelante tanto como le era posible.

—Por Dios, ¿qué es lo que se te ha metido? —preguntó *el Profesor*.

Varios muchachos, que se habían juntado en la loma, asumieron la misma posición que Celso. Era su postura natural cuan-

do querían observar a distancia algo que deseaban ver claramente y juzgar antes de que estuviera más cerca.

—*El General* tiene razón —murmuró Celso a los muchachos que estaban a su lado.

El General y *el Profesor* se arrastraron hacia ellos.

—¿Qué dijiste, Celso? —preguntó *el General*.

—Están en esa cañada —contestó Celso quedamente, como si tuviera miedo de que los rurales lo pudieran oír. Había más de tres kilómetros a la cañada.

—He visto cosas brillar en varios puntos de ese hoyo. Puede que sean las placas de sus gorras, o bien los cañones de sus rifles, o los botones. Son rurales o federales.

—Por Dios, Celso, acabo de ver esos destellos también, y en tres lugares distintos al mismo tiempo —dijo *el General*.

Olegario, uno de los muchachos que había trepado la colina para llegar a ellos, preguntó:

—¿Cuántos crees que haiga esperándonos, *General*?

—Unos dos pelotones, probablemente.

Otro muchacho, Herminio, al oír esto, gritó:

—Ojalá que el buen Dios nos mandara dos regimientos de una vez. Fíjense cuántas buenas pistolas, rifles, ametralladoras y cartuchos tendríamos si fueran dos regimientos.

El General se rió.

—Aguántense, muchachos. Vamos a tener las manos llenas con solo lidiar con esa ametralladora que tienen esos perros a sueldo. Pero la lograremos, no se preocupen. Una vez que nos echemos a los de la cañada, podremos enfrentarnos fácilmente a un batallón; no esperen todo al mismo tiempo, muchachos. Poco a poco. No se equivoquen, pero les anticipo que después de habérselas con esos de ahí, la mitad de nuestra primera compañía no estará viva.

—Sea que vivamos o no, nos importa una fregada —dijo Olegario—. Si nos lleva el carambas, que nos lleve, pero cuando menos los que queden vivos sabrán por qué están viviendo y pa' qué. Yo quisiera tener un rifle, por Dios, con todo y cartuchos. Y me iré tras ellos solo, si usted no lo hace.

—Tú te quedas aquí, grandísimo idiota —dijo *el General* furioso—. Tú irás cuando yo lo ordene, y cuando vayamos todos. Quizá lograrás tu rifle, pero bien metido en la panza, si tratas de hacer la guerra solo.

—*El General* tiene razón, Olegario —dijo Celso consoladoramente al muchacho—. No podemos mandar aquí todos, cada quien haciendo lo que le pegue la gana. De ese modo nos matarían uno tras otro y no quedaría ninguno. Iremos todos juntos y cuando *el General* lo ordene.

4

Los muchachos se deslizaron sigilosamente cuesta abajo. Las dos compañías que habían acampado alrededor de la falda de la colina no podían ser vistas por los rurales, pero no era seguro que los pocos que habían estado en la loma hubieran pasado inadvertidos. *El General*, sin embargo, dijo que él creía que los rurales sí los habían visto, porque el capitán tendría seguramente anteojos de largo alcance.

Entretanto llegó una compañía más, a la que *el General* ordenó acampar, advirtiéndoles a todos que si querían andar por allí lo hicieran agachados. Quería evitar que los enemigos supieran el número de tropa con que contaba. Ahora demostraba que, aunque era solamente el hijo de un pobre campesino indígena, se merecía el derecho de ser llamado *el General*. Podía decirse con certeza que de cien oficiales federales entrenados, ni dos probablemente hubieran podido mejorar o siquiera igualar su estrategia y la forma en que llevaba a cabo sus proyectos.

Llamó al *Profesor*, a Celso, a Santiago y a los capitanes de las

compañías que ya habían llegado, para exponerles esquemáticamente sus planes.

—Si marchamos contra ellos como borregos, nos dejan ir la ametralladora y no queda ni uno de nosotros vivos, y la rebelión, por lo menos en este estado, y desde luego en este distrito, se paralizará por este año. Tenemos que atraerlos con mañana para hacerlos salir de esa hondonada.

—Podríamos lanzar una docena de muchachos pa' hacerlos salir, y entonces aprovechábamos la oportunidad pa' echárnosles encima —sugirió el capitán de la tercera compañía.

—No, ellos no salen de ahí de ese modo; dejarían que nuestros hombres se acercaran a ellos lo más posible sin disparar ni un solo tiro, y cuando estuvieran dentro de la trampa los atacarían y los matarían sin hacer ruido, pa' que los que los siguieran no oyeran nada y no supieran lo ocurrido a sus compañeros.

—Está bien. Entonces vamos a avanzar y los tomamos por asalto —sugirió un muchacho que estaba sentado cerca, pero que no era de la junta de guerra.

—Eso sería aún más estúpido —dijo Celso—. Hasta tú comprendes eso, aunque solo sabes dar de comer a los bueyes.

El General tomó la palabra:

—Correcto —dijo—, eso sería lo más idiota que pudiéramos hacer. Podríamos establecer un campamento grande, fortificado, y dejar que saliera un montón de humo. Los rurales responderían a esto en varias formas. Una de ellas sería retirándose a la finca; entonces no tendrían que estar a la intemperie día y noche, pues son bastante flojos y comodines y están mal acostumbrados. Ya una vez en la finca, esperarían a que medio batallón de federales los reforzara.

—Quizá no saben cuántos somos, y piensan que habemos solo unos sesenta muchachos —dijo *el Profesor*.

—Más bien eso es lo que me parece, *Profesor*, pues aun habiendo sido traicionados o descubiertos, ningún delator podría

saber cuántos somos. Es por eso por lo que no hemos marchado en un solo grupo. Al pasar aquí y allá ante algunas chozas, alguno de sus habitantes se nos pudo haber adelantado. Pero no lo creo. Además, tuve buen cuidado de investigar cuántos hombres había cuando llegábamos a un lugar y cuántos cuando nos marchábamos. Todos estaban ahí, pero con todo, a lo mejor de algún ranchito cabalgaron hasta la finca y avisaron. Pero es igual, aun en el caso de que hayan llevado las noticias a la finca, o aun a Hucutzín o a Achlumal; solo podrían saber el número aproximado de hombres de la primera compañía, nuestras tropas escogidas. Por lo tanto, los rurales creen que tienen que lidiar con esta compañía solamente.

—¿Cómo puedes saber eso? —preguntó Celso.

—Es muy sencillo. Si los rurales supieran que estamos aproximándonos seiscientos hombres, con veinte revólveres, diez o doce escopetas, y además seiscientos machetes y hachas, no estarían ahí esperándonos con un pelotón o dos y con solo una ametralladora. No, esta clase de mercenarios serviles del Caudillo ya tendrían sus pantalones bien mojados de saber que tienen que enfrentarse a media docena de escopetas viejas. Son valientes solamente cuando hay una docena de ellos juntos y cada uno con su garrote y su revólver contra un prisionero solo e indefenso. Pero aquí, en campo abierto, veinticinco soldados armados cada uno con pistola y carabina, además de la ametralladora, no esperarían a varios cientos de hombres con algunas armas y todos con machetes; no, no esperarían ni diez minutos. Saldrían corriendo como conejos sin siquiera tomarse el tiempo pa' desmontar la ametralladora y ponerla en posición. Justamente porque están ahí todavía agachados en esa hondonada es por lo que sé, sin tener necesidad de ir a preguntárselo, que no creen que seamos más de sesenta o setenta muchachos muertos de hambre. Creen que les vamos a servir de aperitivo antes de la comida que seguramente ya tienen preparada en la finca para celebrar su victoria junto con el hacendado y sus vecinos.

Llegó una nueva compañía.

Celso había estado observando a su alrededor y había notado las nubes negras que se estaban juntando en el poniente, atrayendo hacia ellas, de todos los demás puntos del cielo, nubecillas pequeñas que flotaban a la deriva sin saber qué hacer, y que pronto vinieron a aumentar la presagiosa aglomeración. Mientras más se condensaban, más rápida se aproximaba la tormenta. El sol, que estaba llegando a su cénit, aún brillaba ardiente.

—Ahí está nuestro dios indio que viene a ayudarnos —dijo Celso—. Si ellos no quieren mojarse, tendrán que arrastrarse fuera de sus agujeros y tienen más miedo de mojarse que un gato viejo. ¿No lo crees así, *General*?

—Ya te dije que no les gusta mojarse los pantalones ni por dentro ni por fuera. Pero esto no cambia mi plan. Solo lo apresura. Tú, Olegario, sube a la colina otra vez. Pero cuídate la cabeza; mantente cubierto, fíjate bien. Muy pronto empezarán a asomarse. Y justamente porque se aproxima la lluvia, ellos procurarán que el ataque sea pronto para terminar y poder regresar a la finca y estar bajo techo.

—Pero es posible —objetó *el Profesor*— que no nos salgan al encuentro, sino que hagan como que no nos vieron. Quizá se marchen y esperen a que atacemos la finca.

—Eso también es parte de mi plan —dijo *el General* con la mirada puesta en Olegario, esperando recibir de él una señal que le indicara los movimientos de los rurales—. Eso es lo que les encantaría a esas ratas, *Profesor*, retroceder a la finca a llenarse la panza, emborracharse y divertirse con las muchachas. Pero eso no les va a ser tan fácil. En esa finca, y seguramente en todas las fincas de por aquí, todos saben ya que estamos en marcha. Ellos tienen que esperarnos, cuando menos para dar la impresión de que son valientes. No pueden ser el hazmerreír

y no lo serán, pues están de por medio las burlas de las mujeres, y aunque menos, también las de los hacendados.

—A ti se te ha olvidado lo más importante, *General* —dijo Celso, riéndose—; ellos no pueden correr de los indios, y mucho menos de los peones, pues ya no podrían nunca más enfrentarse a un ladino. La gente les escupiría y se burlaría si ellos, los valientes rurales, armados hasta los dientes con rifles y automáticas, fueran correteados por nosotros, pobres leñadores piojosos. Y lo que es más, tendrían que enfrentarse a un consejo de guerra, o al tribunal especial del jefe de la policía secreta. ¡Y esos sí que los fusilarían!

—Eres un buen discípulo, Celso —dijo *el Profesor* riendo—. Hace tres meses no sabías nada de automáticas y no tenías ni idea de que existe una policía secreta en el país, que no es responsable más que ante *el Viejo*. Ahora hablas y avientas las cosas como si no hubieras hecho nada toda tu vida más que leer periódicos prohibidos.

—Nada hay de raro en eso —contestó Celso, ruborizándose—. He tenido un buen profesor. ¡Además, no te olvides que ya soy coronel!

—¡Epa! —exclamó Olegario desde lo alto de la loma—. Hay señales de vida. Tres se han parado, están mirando por ahí y fijándose en todas direcciones. Uno tiene algo frente a sus ojos y con eso mira.

—Son binoculares —contestó *el General*, que comenzó a estar muy activo, pero no demostró ningún sobresalto. Se portó con tanta calma y frialdad como si estuviera preparando una cacería de conejos, parecida a las que organizaba con los muchachos de su pueblo.

—Quédate ahí y continúa vigilando, Olegario —dijo, y dirigiéndose a los muchachos acucillados alrededor de él, les explicó—: Tenemos que atraerlos al ataque. Nosotros no podemos atacar mientras permanezcan en ese agujero; sería una matanza inútil. Ellos ya saben que estamos cerca. Hasta saben por qué dirección vamos a llegarles. Por eso se salieron a estu-

diar el campo de batalla. Si por una vez logramos hacerlos salir, no podrán volver a su trinchera. Allá atrás de ellos, en el techo de la finca, están parados el hacendado y su mayordomo, tal vez hasta se hallen reunidos otros hacendados de la región, y seguramente también tendrán sus anteojos de largo alcance para estar al tanto de todo lo que pasa aquí. ¡Bueno, muchachos, ahora a tratar de incitarlos a que salgan de su escondite!

6

Comenzó a llover, lentamente, en largos y delgados hilos.

El General llamó a Santiago y a Fidel.

—Desde ahora ambos son sargentos. Tú, Santiago, toma veinte hombres, todos con sus bultos a la espalda, sus machetes y hachas y márchense. Pero no derecho, no hacia la hondonada en que están metidos esos imbéciles, esperando a que nos aventemos frente a su ametralladora para así poder barrernos como patos. Ustedes tienen que marchar más hacia la derecha, siempre a la derecha, diagonalmente, ¿entiendes? Al principio tu línea de marcha tendrá a tus hombres cerca de la maleza. Allá a la distancia, ¿ves ese monte puntiagudo?

—Claro que lo veo.

—Bueno, esa es tu dirección. A los que vigilan desde su escondite les parecerá como que tú y tus hombres tratan de esquivarlos. Se trata de hacerles pensar que están enterados de que ellos se esconden en esa hondonada y tratan de alejarse. Si empiezan a dispararles, tírense al suelo, quítense los sombreros y amárrenlos a sus bultos en las espaldas. Los bultos quedarán más altos que las espaldas y esos puercos creerán que tienen sus cabezas debajo de los sombreros. Desde lejos no pueden ver claro. Entonces continúan ustedes arrastrándose por el suelo para que sus sombreros se muevan con sus bultos. Enfilen siempre hacia aquella loma. Cuando haigan caminado una media legua en esa dirección, vuélvanse y enton-

ces continúen diagonalmente a la izquierda hacia la finca. Si para entonces esos no se han arrastrado fuera de sus hoyos, saldrán en ese momento, porque querrán proteger la finca. Tan pronto como salgan y se preparen a atacarlos, den media vuelta y corran agachados hacia la maleza. Debe aparecer exactamente como si les hubieran puesto un cohete en los pantalones y huyeran aterrorizados. Inmediatamente que estén ya bien fuera de la hondonada y montados en sus caballos, corriendo detrás de ustedes, entonces salimos nosotros y los pescamos por la espalda. Con esto los dejarán en paz, y mientras tanto ustedes se esconden en la maleza. Una vez bien adentrados, regresen derecho al lugar donde estamos ahorita. Trataremos de inducirlos más hacia la maleza y así podrán ustedes atacarlos por la retaguardia y nosotros por enfrente. Tú, Fidel, llévate también veinte hombres. Si alguno quiere rajarse, dale unos trancazos en el hocico.

—No es necesario, *General* —Fidel sonrió confiadamente—. Se están muriendo por enfrentarse a esas ratas. Ne'sitamos quitarles sus rifles y cartuchos; también tienen buenas camisas y pantalones, muy útiles pa' nosotros.

—Ya saben: todo rifle obtenido pertenece al que lo haiga logrado capturar. También los cartuchos y todo lo demás que les quiten a esos perros sarnosos: relojes, anillos, medallas de oro. Pero el dinero lo tendrán que entregar. Ne'sitamos dinero en el cuartel de mando como fondo de guerra. Pero si no lo conseguimos, no importa. Obtendré todo lo que ne'sitemos, con dinero o sin él. Ahora tú, Fidel, no debes de salir fuera de la maleza. Vete por el lado izquierdo, adentrándote lo suficiente pa' que tú y tus muchachos no sean vistos, y atáquenlos desde ahí cuando nosotros los háigamos alejado más, atrapándolos por la espalda también, como Santiago por el lado derecho. Bueno, ¿han entendido los dos lo que hay que hacer? Si no, encontraré otros sargentos con más seso en el coco.

—No te preocupes, *General* —contestó Santiago—. Entendido o no, de todos modos los agarramos.

—Entonces váyanse los dos a sus puestos, luego luego.

En un minuto, los dos nuevos sargentos habían reunido sus tropas. Solo era necesario informarles que la orden de atacar a los rurales había sido dada para que un centenar de muchachos saltaran al frente para tomar parte. El hecho de que estos dos pelotones debían de atacar a los rurales por atrás, ofrecía una excelente oportunidad para obtener sus armas y hacía que la participación en esta maniobra fuera particularmente deseada. Por supuesto, ninguno pensó en el peligro de morir o ser capturado. Los revolucionarios tienen que atacar y conquistar; si no lo logran están perdidos, y entonces es mejor morir. Ninguno de los muchachos necesitaba que le dijeran, ni que le recordaran lo que el fracaso de la rebelión podría significar para ellos. La brutalidad y crueldad aunadas a la perversidad reprimida de una burguesía hipócrita y amoral que se sabía en el poder se revelaban en la forma más bestial cuando algún trabajador indígena, que se había atrevido a rebelarse en contra de la tiranía y la dictadura, era castigado. Por cada señorito que resulta muerto, cien, y a veces hasta trescientos indígenas eran torturados, golpeados y sacrificados como animales, o bien eran ahorcados como si fueran ladrones, colgando hasta veinte de un solo árbol. Los relatos de estos casos a veces aparecían en periódicos del extranjero, pero no decían ni la décima parte de los horrores que realmente sucedían.

Pero ¿cuál de estos muchachos pensaba en la derrota? Su ansiedad inmediata no consistía en vencer para obtener la tierra y la libertad deseadas. Por de pronto se trataba simplemente de poder conseguir armas con qué luchar.



1

Los dos grupos partieron, cada cual en la dirección que *el General* les había indicado.

Apenas habían dado unos cuantos pasos, cuando *el General* ordenó a los otros hombres cerca de él que se prepararan para salir también. La mayoría, que estaban acampados a corta distancia, recibieron orden de levantar el campamento y marchar, mas no al frente, sino retrocediendo por donde habían llegado.

Continuaba lloviendo, no fuerte, sino en tristes hilillos. Pero como resultado de esta ligera cortina de humedad había poca visibilidad, aunque suficiente para permitir observar el terreno hasta la cañada.

Entretanto, el grupo de Santiago había avanzado cerca de un kilómetro y estaba ya casi al nivel de la hondonada.

En ese momento los rurales se dieron cuenta de que estaban expuestos a ser flanqueados y se decidieron a evitarlo a toda costa, pues existía el peligro de que los muchachos se colocaran entre ellos y la hacienda. Una vez dentro del perímetro de la finca, los rebeldes tendrían una posición amenazadora, además de tener el recurso, en un momento dado, de poder usar al hacendado, a su familia y a los visitantes como rehenes.

Un silbido penetrante surgió de la hondonada, e inmediatamente después empezaron a salir los rurales. Algunos ya salían montados. Otros, la mayoría, jalaban a sus caballos hacia el borde de la barranca para ganar la cima lo más pronto posible. Una vez arriba, saltaban sobre sus monturas a esperar la orden

de su jefe. Los caballos estaban visiblemente inquietos y nerviosos a causa de sus jinetes, quienes por lo visto no resistían el deseo de forzar la escaramuza para llevarla a un rápido término. Este celo no era precisamente causado por su valentía o su aguerrida bravura, sino ocasionado por el hecho de que la penetrante lluvia, que ahora resbalaba en un tedioso y suave «chipi-chipi», amenazaba convertirse muy pronto en un aguacero tropical, pesado y torrencial. Mientras más aprisa fuera el encuentro, más pronto podrían estar de vuelta en la finca. Con medio centenar de indios rebeldes piojosos, los rurales terminarían en menos de diez minutos. Ya lo habían hecho tantas veces antes que hasta la cuenta habían perdido.

2

En cuanto estuvieron montados, avanzaron hacia los hombres de Santiago a un trote pausado. El terreno disparejo y fangoso en el cual se enterraban las pezuñas de los caballos no permitía un galope rápido.

Al principio solo una decena de ellos era visible. *El General* creyó que estos diez hombres serían la mitad de los rurales que habían estado en espera, de los rebeldes que se aproximaban. Pero no pasó mucho tiempo sin que más y más jinetes surgieran de la hondonada. Al fin *el General* vio, con gran perplejidad, que eran como sesenta hombres bien pertrechados, y, como podía deducir de las mulas que llevaban, tenían dos ametralladoras.

—¡Con un diablo y que se los lleve la tiznada! —dijo—. Hay casi media compañía saliendo de esa barranquita. ¡Ahora sí que nos vamos a divertir!

—Ojalá que se ponga bueno —gritó alguien—. Dos ametralladoras son mucho mejor que una, y cuarenta rifles mejor que veinte. ¿Qué me dicen a esto, manos? —preguntó a los que estaban tirados a su alrededor.

Antes de que pudieran contestar, *el General* dio la orden a cincuenta hombres para que estuvieran listos a partir dentro de los siguientes cinco minutos.

El General gritó al *Profesor*:

—¡Tú, llévate el grupo principal y empieza a caminar hacia atrás, por donde vinimos!

Los hombres obedecieron a regañadientes. No había tiempo para que *el Profesor* explicara los planes que *el General* había dispuesto.

El General se quedó con sesenta hombres, a los cuales dijo:

—Tan pronto como yo dispare un tiro con mi revólver, párense y síganme hacia la finca. Yo les diré cuándo han de atacar. Si ustedes atacan antes de que dé la señal, ¡por Dios que los mando al infierno a balazos!

3

Los rurales habían avanzado tan cerca de Santiago y su tropa, que estaban a escasos quinientos metros de ellos, cortándoles así el camino a la finca.

Siguiendo fielmente el plan del *General*, Santiago ordenó a sus hombres correr como locos a la maleza para fingir que estaban horrorizados y deseaban cubrirse.

Al verlos correr con pavor, el mayor que mandaba a los rurales recibió esto como una señal de victoria. Sonriendo, dijo sarcásticamente a su teniente:

—Ahora ha visto lo que siempre he sostenido. Estos apestosos indígenas son muy valientes en la profundidad de la selva, pero en cuanto ven una gorra de uniforme corren como conejos asustados. ¡Persígales y acabe con ellos! Si alguno tiene un arma, aunque sea un machete o un cuchillo, ha de ser fusilado inmediatamente, sin piedad. Los que no estén armados debe-

rán ser amordazados y traídos a la finca, donde nos haremos cargo de ellos por la noche. Las mujeres de la finca gozarán viendo cómo tratamos a rebeldes. ¡Adelante! ¡Marchen! Que los ametralladoristas permanezcan en la retaguardia por el momento, pero listos para entrar en acción. ¡Marcha adelante!

Un clarín dio la señal. Las tropas avanzaron a un trote más veloz. Pero los caballos tropezaban y sus pezuñas se atasocaban en el suelo lodoso, por lo que el ataque no se desarrolló en el estilo elegante y marcial que hubieran deseado tanto el mayor como los oficiales. Sabían que eran observados con gemelos desde la azotea de la finca.

4

El General, que yacía estirado en el suelo, se irguió sobre los codos. Luego sacó su revólver. Siguió algunos momentos de tensa espera para los muchachos, quienes tenían sus ojos clavados sobre cada movimiento de su jefe.

Los hombres de Santiago, huyendo, habían alcanzado ya la orilla de la maleza. Los rurales estaban a unos doscientos metros de ellos y, a pesar del mal terreno, estaban decididos a galopar, costara lo que costara, para poder detenerlos y evitar que logran cubriese, pues una vez en la maleza sería más difícil para los soldados de caballería poder capturarlos.

La señal de galope fue dada por el clarín. Los caballos salieron disparados.

Simultáneamente, desde la loma, sonaron dos disparos, uno de la pistola del *General* y el otro de la de su ordenanza, inmediatamente empezaron a dirigirse hacia la finca a paso veloz. Después corrían conforme recibían la orden de hacerlo, no en una masa compacta, sino en pequeños grupos de cinco o seis hombres, para evitar ofrecer un buen blanco.

La estrategia que *el General* había formulado era digna de un

experimentado y brillante mariscal de campo. Lograr sacar a los rurales de su seguro escondite en la hondonada, donde por su superior armamento eran inexpugnables, era en sí una obra maestra.

Los caballos eran más bien un estorbo que una ventaja, sobre todo ahora que el aguacero arreciaba y que la llanura, saturada por las prolongadas lluvias, comenzaba a convertirse en un pantano. El mayor de los rurales se había dado cuenta demasiado tarde de cuán pesado era el ataque sobre este terreno. Como era más firme entre la finca y la hondonada, él supuso que aquí sería igual. Había pasado por alto el hecho de que cualquier extensión de terreno, mientras más cerca esté de la selva o de una arboleda, más toma las características de la maleza, reteniendo la humedad por más tiempo que el campo abierto, donde, bajo el sol tropical, la tierra se seca pronto, aun después de las grandes tormentas.

El General había previsto este bien conocido fenómeno dentro de su plan. Mientras más cerca de la maleza se lograra atraer a los rurales, menos uso podrían hacer de sus caballos. También tomó en consideración que marchar sobre terreno pantanoso es mucho más difícil para el que usa botas que para el indio que anda descalzo. Los indios descalzos pueden correr como venados a través de una superficie delgada, donde un soldado con botas apenas si puede dar un paso y tiene, además, que poner tanta atención por donde camina, que con esta sola desventaja ya tiene perdida la mitad de la pelea.

La lluvia, ese aliado ansiado y bienvenido, había sido extremadamente oportuna para *el General*.

Mas lo que realmente le daba superioridad sobre el jefe de los rurales era su don de poder situarse en el lugar de su contrincente, y desde esa posición planear hasta el último y más mínimo detalle, y su capacidad para imaginar lo que un oficial de los rurales o de los federales haría bajo las mismas circunstancias.

Era natural que los oficiales tomaran como su más alta respon-

sabilidad la protección de los habitantes de la finca, cuyos huéspedes eran; además, como caballeros, sentían un verdadero placer en la tarea de salvar a las mujeres de la familia del hacendado de las cochinas y brutales manos de los indígenas rebeldes.

Por esto no dejarían acercarse siquiera a la finca a los hombres de Santiago. Además, aunque esto lo ignoraba *el General*, el oficial de mando tenía otras buenas razones para impedir a todo trance que los rebeldes pudiesen flanquear la finca y avanzar hacia Hucutzín, pues sabía que esta población se encontraba desguarnecida. El cálculo del *General* era correcto al planear que la tropa de Santiago obligaría al mayor, en contra de su voluntad, a abandonar su seguro escondite y entrar a campo abierto.

Ahora solo era necesario atraerlos hacia la tropa principal. Esta operación era más difícil. Pero *el General* solucionó este problema de táctica tan brillantemente como había resuelto el de sacarlos de la hondonada.

Mientras los rurales, queriendo obtener una lucida victoria, perseguían a las tropas de Santiago, que aparentemente huían aterrorizadas, la gente de Fidel se movía hacia la izquierda conservándose al borde de la maleza cerca de la salida al claro en la llanura. Al mismo tiempo, *el General* dispuso hombres a ambos lados del claro, emboscados en tal forma que no podían ser vistos por los rurales.

Ya todo había sido preparado para el combate, solo restaba una cosa al *General*: atraer a los rurales hacia dicho claro en la llanura.

5

Cuando las dos balas fueron disparadas, una por *el General* y la otra por su asistente, todos los rurales montados, sin excepción, hicieron alto sin siquiera esperar una orden: tan imprevistas habían sido esas detonaciones, máxime que provenían de

un lugar en el cual nunca se hubieran imaginado que hubiera gente.

Al mismo tiempo vieron la tropa dirigida por *el General* corriendo salvajemente hacia la finca. Mientras corrían, tres de ellos, obedeciendo órdenes del *General*, dispararon sus escopetas sobre los rurales.

—¡Por todos los santos! —gritó el mayor a su teniente—. ¡Maldición! ¡Estamos en una pista falsa!

El teniente se acercó galopando.

—Allá están los marranos a quienes debíamos estar persiguiendo —explicó el mayor—. Estos muchachos que cazábamos como conejos no son más que unos pobres escapados. Probablemente están huyendo de esos perros rebeldes que han de querer robarles sus bien ganadas pitzanas. ¡Acá, corneta, da la señal! ¡A la derecha! ¡Al ataque con todas las armas!

El clarín dio la señal y las filas de los rurales cambiaron de dirección galopando hacia la llanura de donde habían brotado los rebeldes atacantes. Algo más de un kilómetro los separaba de ellos.

Apenas habían tomado los rurales esta nueva dirección, cuando la tropa de Santiago se retiró a la maleza, una maniobra que el mayor interpretó como el miedo de estos muchachos a verse envueltos en la pelea, que era inminente, y ser alcanzados por las balas perdidas. Si la tropa de Santiago, en vez de obrar de esta manera hubiera marchado en su dirección original, el mayor seguramente habría enviado una media docena de jinetes tras ellos. Esto hubiera sido contrario al plan del *General*, quien tenía que evitar que la tropa de Santiago se viera envuelta en el combate, por lo que el jefe de los rurales habría descubierto que Santiago y sus hombres pertenecían al mismo ejército rebelde y que esta marcha por un flanco no era más que una maniobra táctica.

Tan pronto como *el General* vio a todos los rurales cabalgando hacia su tropa de choque permitió que cada uno de sus hom-

bres que portaba un arma disparara una ronda a los rurales. Dos de los caballos de éstos cayeron. No se podía determinar si habían sido acertados o solo habían tropezado con los altos matojos de correosos zacatones. Pero dos rurales cuyos caballos seguían en pie habían sido tocados, según pudieron darse cuenta los muchachos por los movimientos erráticos que hacían los heridos.

Sin estos heridos, cuya baja era esencial para los planes que había forjado *el General*, el mayor hubiera llevado a sus hombres otra vez a la hondonada para esperar ahí a los rebeldes o para atacar de otra manera, o aun para retirarse rápidamente a los edificios de la finca y desde ahí lanzarse en forma de abanico sobre el terreno.

Pero una vez más *el General* había estimado correctamente la mentalidad, o más bien, en este caso especial, la psicología particular de un oficial, miembro de la clase alta del país. Ya sea que estén mandando trabajadores forzados o granaderos o reclutas mocosos con gorras café, verdes o negras, todos son iguales. Su honor es lastimado si son salpicados con estiércol o apedreados por el proletariado. Y, en este caso, el honor de un oficial de los rurales había sido mortalmente herido, ya que estos cochinos indios piojosos se habían atrevido a dispararles. Tenían que pararse firmes con los brazos cruzados sobre el pecho cuando pasaba un oficial, y hacer una profunda reverencia cuando éste se dirigía a ellos; pues el mirarlos a los ojos era en un peón indígena un sacrilegio más grande que el de querer escudriñar la cara del mismísimo Dios del cielo.

La lluvia, que ahora azotaba fuertemente, acabó de irritar al mayor. ¿Por qué no podía brillar el sol cuando un honorable guerrero deseaba librar una batalla? ¡Al diablo con esta maldita lluvia! ¡Empapados hasta la camisa pegajosa y así tener que perseguir a estos mugrientos indios! ¿Por qué, con un demonio, no habían matado a todos los indios en el primer siglo después del descubrimiento de América? Así hubiera habido paz y tranquilidad, así podría uno estar cómodamente recostado en una hamaca, pellizcando a las muchachas bajo las faldas y

quitándoles cientos de pesos a los hacendados jugando a la veintiuna o al siete y medio.

—¡Avancen! ¡Ataquen a esos marranos! Ya les enseñaremos a dispararles a soldados honorables. No hay que dejar vivo uno solo que lleve la menor cosa que parezca un arma de fuego o una navaja. ¡Ésa es la orden! ¿Entendido?

6

Confundidos y tropezando, los rurales cabalgaron hacia el claro. Todos, sin excepción, estaban deprimidos por la lluvia que les calaba hasta los huesos, como solo puede estar una persona que sabe que tiene que enfrentarse a la lluvia que continuará cayendo a chorros durante horas enteras. Se aferraban, agachados, a sus caballos, como si esperaran así protegerse mejor de la lluvia. No podían usar sus capas impermeables, pues les hubieran estorbado en la batalla.

El pelotón de choque de los rebeldes continuaba avanzando hacia la finca. Cuando *el General* había avanzado tanto hacia el campo abierto que, marchando en retirada, alcanzaría la entrada del claro más o menos al mismo tiempo que los rurales, formó filas en contra de éstos y dio la orden de disparar otra vez. Dos o tres hombres parecían haber sido tocados, pero permanecieron sobre sus caballos y siguieron cabalgando hacia el claro.

El corneta dio la señal y los rurales trataron de cargar en un ataque glorioso. Pero debido al terreno y a la lluvia la carga no llegó muy lejos. El mayor marcó el alto y ordenó fuego constante sobre el pelotón de choque por algunos minutos.

Los muchachos contestaron con tiros dispersos; y en seguida, leales a la orden del *General*, corrieron como vencidos por el terror, formando una chusma caótica, hacia el claro, que tenía la forma de un camino ancho en medio de la maleza.

El mayor consideró que había llegado el momento de acabar con los rebeldes y persiguió a la tropa desorganizada hacia el claro. Este espacio estaba cubierto con zacate corto, tieso y erizado. La tierra estaba, por lo tanto, menos empapada que en campo abierto, y por eso a los soldados les fue posible galopar un poco más rápidamente. Los muchachos corrieron como conejos perseguidos, y para los rurales era un verdadero placer perseguirlos. El placer se acrecentó, cuando, además, la lluvia pesada aligeró y las nubes empezaron a despejarse.

—No tiren —ordenó el mayor—, hasta que yo dé la señal —y continuó, dirigiéndose a su teniente—: ¿Comprende, teniente? Allá en el claro hay muchos más. Cuando los tengamos a todos amontonados pondré en acción nuestras dos ametralladoras. ¡Caramba!, entonces va a ver usted cómo se vindican nuestras lindas automáticas. Verá lo efectivas que son. Algo del gran arte de la guerra.

La tropa de choque, en su retirada, se había juntado con las otras compañías que tiempo antes habían recibido orden de retirarse a la maleza. La chusma que corría, reforzada por estas compañías, sumaba ahora cerca de doscientos hombres. Parecían bastante confusos, y era desde luego natural que los rurales se regocijaran en perseguir a estos rebaños que huían. Era mucho más agradable que cercar ganado, pues detrás de los que huían, iban también numerosos caballos, mulas y burros que habían sido llevados de las haciendas. Estos animales, de por sí asustados, eran azotados para incitarlos a correr más, causando tal estado de confusión, que pareció a los bien entrenados y bien montados rurales que ya nada podría traer orden a esta chusma envuelta en pánico.

Pero el mayor, tan seguro de la victoria, nunca se dio cuenta —y ninguno de sus oficiales pareció notarlo tampoco— de que esta indescriptible confusión solo servía para disfrazar la estrategia sutil que *el General* había planeado.

La gran masa que huía llenó todo el ancho del amplio claro. Se desparramó a los dos lados hasta que ambas alas fueron em-

pujadas hasta el borde de la maleza a derecha e izquierda. Los excitados muchachos estaban aparentemente tan confundidos, que para poder escapar más de prisa presionaron sus flancos dentro de la maleza, forzando así un paso que les era negado por el centro.

La situación parecía excepcionalmente favorable a los rurales al ver que los perseguidos, como hormigas perturbadas, formaban rebaño y tropezaban. No se daban cuenta aún de que los muchachos a quienes ellos presionaban y acosaban hacia la orilla de la maleza, se infiltraban más y más dentro de ésta, para permanecer allí semiescondidos, en espera de que los rurales vinieran otra vez contra ellos. Tan pronto como los rurales los habían dejado atrás, persiguiendo a la chusma en retirada, se deslizaban sigilosamente en dirección de la finca. Cuando habían avanzado unos cuantos cientos de metros en esa dirección, daban vuelta y se aproximaban a la boca del claro. Así eran ellos quienes ahora se encontraban en la retaguardia de los rurales.

Si el mayor hubiera tenido que lidiar con soldados verdaderos, o con revolucionarios bien adiestrados y dirigidos por oficiales de profesión, desde luego que hubiera tenido mucho más cuidado. Probablemente ni siquiera hubiera cabalgado dentro del claro; hubiera, simplemente, esperado a los rebeldes, quienes, tarde o temprano, habrían tenido que dar la cara en campo abierto. «Pero estos cochinos indios llenos de piojos no podían pensar por sí mismos y por eso necesitaban dictadores y tiranos que los relevaran del terrible trabajo de tener que pensar. Y ya que no podían ni siquiera pensar por sí mismos, menos aún podrían tener ningún plan estratégico. Por lo tanto, ¡a ellos, corneta! ¡Carguen! ¡Adelante!»

Solo unos cuantos hombres de las primeras dos compañías comprendían, en parte, lo que intentaba *el General*, pues le habían escuchado cuando explicaba su estrategia a sus capitanes. Pero las últimas compañías desconocían este plan. Ellos solo veían a aquellos que huían, y, naturalmente, fueron arrastrados también en la huida. Querían resistir, pero en vista de que las compañías dirigentes se les venían encima, no podían hacer nada, y así fueron empujados por el oleaje de esta marea. A cada instante se escuchaban sus gritos:

—¡Nosotros no somos cobardes! ¡Nosotros no huimos! ¡Sobre los soldados! ¡Ne'sitamos sus rifles!

Desgraciadamente para el completo éxito de la acción, la chusma que huía —obedeciendo el plan preconcebido por *el General*— irrumpió entre las dos compañías de la retaguardia, esas mismas compañías que formaban la poderosa fuerza de reserva. Entre los hombres de estas compañías se encontraban Andrés, *el Coronel* y varios otros de los muchachos más inteligentes.

Ni *el General*, ni *el Profesor*, ni los recién iniciados capitanes habían tenido tiempo u oportunidad para familiarizar a los de la retaguardia con el plan. Por lo que, apenas topaban los primeros grupos de los que huían e iban contra los muchachos de las compañías de la retaguardia que se aproximaban, éstos los forzaban a permanecer dentro del claro prorrumpiendo en salvajes gritos:

—¡Desgraciados, jijos de la tiznada! ¿A dónde van? ¿Le corren a los rurales? ¡Somos rebeldes! ¡Tierra y Libertad! ¡Vuélvase y den la cara a los criados de los tiranos! ¡A ellos y a darles! ¡Tienen pistolas y rifles que nosotros ne'sitamos! ¡No corran, atáquenlos!

Como novillos enloquecidos irrumpieron por entre la chusma que corría y en unos cuantos minutos se encontraron en el frente, a escasamente cincuenta metros de los rurales.

La batalla empezó diez minutos antes del tiempo que *el General* había fijado para su plan. Las dos alas envolventes no habían podido desplegarse completamente a lo largo de los lados del claro. Los muchachos que habían podido escabullirse dentro de la maleza no se habían vuelto a reunir, y, por lo tanto, no eran lo suficientemente fuertes para cortarles por completo la retirada a los rurales. Si estos grupos de la retaguardia hubieran llegado justamente un cuarto de hora más tarde, ni uno solo de los rurales hubiera escapado.

Pero de todos modos, los que ahora estaban realmente perseguidos y confundidos eran los rurales.

Los muchachos de las dos últimas compañías, sin importarles para nada los tiros, corrían machete en mano hacia los rurales, gritando y aullando. Aquellos que tenían revólveres y escopetas no querían perder el tiempo en usar estas armas; era para ellos demasiado lento e incómodo; además, cualquier idiota podía disparar con una pistola. ¡En eso no había ninguna valentía! ¡Era mejor y más a gusto con los machetes! Así, excitados, acalorados, enloquecidos, arrojaron no solo sus bultos, sino también sus pistolas los que las tenían. Cualquier cosa que no fueran sus puñales o machetes era un estorbo en una batalla de verdad como la que ahora libraban.

Los rurales, mientras cabalgaban al ataque, tenían sus rifles listos, con las culatas apoyadas sobre el muslo derecho. Solo necesitaban levantarlos y disparar. Intentaron hacerlo, pero la mayoría de los disparos silbaron por sobre las copas de los árboles, pues los alaridos y la gritería de la horda enfurecida que avanzaba hacia ellos asustó a los caballos, poniéndolos fuera del control de sus jinetes. Todo lo que luego sucedió fue muy repentino e inesperado. Los caballos se espantaban, se encabritaban y volteaban a morder el freno, tratando de galopar salvajemente hacia atrás. Una docena de jinetes fueron arrojados fuera de sus caballos. Los jinetes desmontados se rehicie-

ron y comenzaron a disparar, pero ninguno de ellos alcanzó a disparar una ronda completa, pues antes de que esto sucediera ya tenía a tres o cuatro hombres sobre su garganta, pecho o espalda, y pocos segundos después habían sido despedazados.

Si el suelo hubiera estado lo bastante endurecido, los rurales probablemente hubieran podido correr y escapar en gran número, pero, ahora, apenas intentaban voltear su montura y espolearla en retirada, cinco muchachos se colgaban inmediatamente de la cola del caballo mientras que otros tres se afianzaban de las riendas y tres más sacaban al hombre de la silla.

El intento de quitar el avantrén a las ametralladoras y montarlas no llegó más lejos que el desamarrar las correas. La cuadrilla era inmediatamente hecha jirones.

El mayor y el teniente trataban de berrear órdenes, pero nadie les hacía caso. El corneta yacía sin cabeza en el lodo. Los caballos pateaban su cuerpo.

«¡Sálvese el que pueda!», gritaba el mayor para tener él mismo una excusa y razón para escapar. Su teniente ya estaba unos cien mil kilómetros arriba de él, tocando un arpa.

El mayor había cabalgado escasamente cincuenta pasos y creíase ya escondido, cuando le saltaron de un lado de la maleza cinco muchachos. No tardó más de dos segundos en errar la puntería una bala de su elegante revólver chapado en oro, y cinco segundos después su mejor amigo no hubiera podido distinguir su enlodado cadáver de cualquier otro.

Cuatro soldados lograron escapar. Se lo debieron a sus caballos, los cuales estaban tan asustados que vencieron hoyos y lodo y se escabulleron como mejor pudieron.

Los dos flancos de la tropa llegaron al claro medio minuto demasiado tarde. Pues, de otro modo, ni el caballo más temerario hubiera salvado a su jinete.

Sin embargo, la fuga de los cuatro rurales no representó una pérdida completa, pues antes habían tirado sus rifles y muni-

ciones para aligerar su huida. Estos cuatro fugitivos encontraron en su precipitado galope a los dos camaradas que habían sido tirados de sus caballos heridos antes del avance hacia el claro y que caminaban de regreso a la finca. Afortunadamente para ellos, varios caballos sin jinete corrían también en esa dirección, por lo que a los cuatro rurales montados les fue posible capturar dos de ellos y montar a sus cansados compañeros. Estos seis hombres regresaron a refugiarse dentro de las paredes de la finca, derrotados y humillados, únicos supervivientes de aquella tropa que antes había salido tan elegante y orgullosa.

A los rurales que habían caído no les quedaban ni sus armas. Sus rifles habían permanecido colgados de la cabeza de la silla cuando los caballos tropezaron y arrojaron al suelo a sus jinetes. A los muchachos les fue fácil apropiarse de las monturas y los rifles.

Cuando se contó el botín, los rebeldes se encontraron con que tenían doce rifles nuevos, ocho revólveres y tres pares de gemelos. Además estaban en posesión de dos ametralladoras, nuevas y pertrechadas con suficiente munición. Los cargadores de los rifles estaban, con muy pocas excepciones, completamente vacíos, pero cada uno de los rurales muertos tenía consigo de cuarenta a sesenta balas adicionales en su cartuchera y en las bolsas.

Entre el botín recogido figuraban relojes, anillos, navajas de bolsillo, y otras pertenencias de los rurales. Estos objetos pasaban a pertenecer a quienes habían matado a los dueños, pero cuando la posesión no podía decidirse con claridad, los muchachos no peleaban por ello. A la mayoría no les interesaba mucho tomar parte del botín. Todo el dinero fue entregado al *Profesor* para el fondo de guerra. Reunieron cerca de trescientos veinte pesos, de los cuales más de doscientos cincuenta había pertenecido al mayor y cuarenta a su teniente. Los soldados tenían, en la mayoría de los casos, menos de un peso en los bolsillos; y algunos ni siquiera diez centavos, pues ya hacía más de seis semanas desde que habían llevado a cabo

algún registro en las casas de los ciudadanos que habían sido denunciados como opositores del régimen en el poder.

Lucio Ortiz, llamado *el Coronel*, que había llegado con la tropa de retaguardia, tenía cierta experiencia en el manejo de ametralladoras, pues había recibido entrenamiento en el uso de estas nuevas armas en su batallón. Se le regocijó el corazón y levantó el pecho cuando vio estas dos bellísimas y relucientes ametralladoras. Las abrazó y las besó como a su novia.

—¡Ay, qué chamacas tan lindas; cómo les voy a hacer cosquillas! ¡Las haré saltar! —dijo, acariciándolas y dándoles palmaditas—. Y ustedes responderán salpicando a esos condenados verdugos hasta que el mismo Dios en el cielo tenga que reírse. Esto es lo que hemos estado deseando, muchachos.

Volteó hacia el grupo de hombres que se habían reunido a su alrededor para ver estas fantásticas armas, las cuales la mayoría de ellos ni siquiera habían oído nombrar y desconocían por lo tanto sus efectos.

—*General* —gritó—, ¿a quién vas a encargar de estas dos humildes jeringas? Su bronce pulido parece oro resplandeciente. Oye, *General*, debes de nombrar a alguien que se encargue de estas linduras. ¿Qué dices, *General*?

El General se acercó riendo y dijo:

—Está bien, *Coronel*. Tú estás al mando de las ametralladoras. Yo no puedo hacerme cargo de todo. Quedas nombrado.

—Gracias, *General*. Formaré un pelotón de ametralladoristas y empezaré a instruir a los muchachos. ¡Qué caramba, maldita sea, ya pasamos lo peor! Con éstas me echo dos regimientos del Caudillo. Ojalá nos enviara dos regimientos. O hasta una división. Mientras más, mejor. Me gustaría también quitarles dos cañones de campaña. ¿Y si el tipo ese sentado en su trono cargado de águilas se viera precisado a enviar dos divisiones en contra de nosotros? Quizá trajeran hasta seis cañones de campaña. ¡Caray!, todo lo que tiene que hacer es mandarlos, que nosotros se los quitamos pronto. Así sí podríamos marchar

sobre Tullum y hacer una visita de cortesía al gobernador.

Completó sus bromas con una fuerte carcajada, pero al descubrir a Andrés entre los que le rodeaban, continuó de muy buen humor:

—¡Epa, Andreúcho!, ¿qué te parece? ¿Sabes leer y escribir lo bastante? Ne'sitamos un gobernador de los nuestros.

Andrés, guiñando un ojo al *Coronel*, al *General*, al *Profesor* y a Celso, dijo sonriendo:

—Discutiremos cómo está el puente cuando llegemos a la orilla del río. Es un camino bastante largo a Tullum. Y de aquí al zócalo de Tullum, en donde está el palacio de gobierno, hay tres batallones de infantería, dos regimientos de caballería y probablemente veinte compañías de rurales.

El General puso una cara larga, hizo un gesto agrio y, observando de pies a cabeza al *Coronel* a cargo de la sección de ametralladoras, comentó:

—¿Oyes eso? Hay veinte compañías de rurales entre aquí y Tullum.

El Coronel echó una ojeada a su derredor para ver qué cara ponían los muchachos. Ellos, sin embargo, permanecieron impassibles, sin preocuparles su suerte futura. Regimientos y batallones podían o no interponerse en su camino. Éstos serían atacados conforme y cuando se encontraran. Mientras no se encontraran, les era igual si había ocho regimientos u ochocientos esperando ser vencidos por ellos.

9

Aunque la batalla se había desarrollado rápidamente y había terminado en victoria para los rebeldes, había tenido su saldo sangriento. Si la idea del *General* se hubiera llevado a cabo tal y como él lo había planeado, habría sido posible aniquilar a los

rurales antes de que éstos hubieran tenido tiempo de hacer dos primeros diez disparos.

Cuando se dieron a la tarea de recoger a sus muertos, encontraron que éstos sumaban diecinueve. Además tenían cerca de treinta heridos, la mayoría a consecuencia de las balas y una minoría por heridas de sables y coces de caballos espantados. Antes del anochecer, ocho de estos heridos habían fallecido, por lo que el número de muertos aumentó a veintisiete.

Fueron enterrados sin mucho aparato. Cuando ya todos habían sido cubiertos con tierra y algunos muchachos habían masculado los pocos rezos que recordaban, se olvidaron de ellos completamente.

El Profesor dijo a los hombres que estaban parados alrededor de los pequeños montículos de tierra, sobre los cuales se habían colocado unas burdas cruces:

—Nosotros somos rebeldes, ¿no es así, muchachos?

—¡Tierra y Libertad! —gritaron por toda contestación.

—Correcto, camaradas; tierra y libertad para todos. Tierra sin capataces y sin amos. Y precisamente porque somos rebeldes, no tenemos tiempo ahora de llorar a nuestros hermanos caídos. Ya los recordaremos cuando hayamos ganado la revolución. Y entonces los recordaremos con honor, con devoción, y con gratitud, porque ellos cayeron por la causa de la revolución. Pero ahora no tenemos tiempo para eso. Ahora tenemos que pensar en los vivos y en la victoria. Los caídos no pueden celebrar la victoria; para los victoriosos, la celebración. Los que ahora yacen aquí enterrados tuvieron que sucumbir para que nosotros podamos conquistar. Ellos no han sido los primeros en morir por la tierra y la libertad en contra de un cacique, y tampoco serán los últimos en morir así. Pero una cosa puedo prometerles, muchachos, y lo que aquí les prometo, algún día será una realidad. De todos los que estamos aquí frente a las tumbas de nuestros hermanos muertos, ni dos docenas quedaremos vivos cuando triunfe la revolución. Pero eso no importa. Nosotros no somos los primeros hombres sobre la tierra, ni

tampoco seremos los últimos. Después de nosotros vendrán cientos, miles de generaciones, y esas generaciones que vendrán después de nosotros vivirán libres de tiranos, opresores y dictadores, y nos darán las gracias y nos honrarán, a nosotros que morimos por su libertad. Eso también vale algo, el ser honrados por las generaciones futuras. Pero esos, esos que están tirados allá en jirones y pedazos, caídos como mercenarios del dictador por sostenerlo en el poder, mientras él alimenta al pueblo con mentiras, esos serán olvidados antes que esa rama desprendida de aquel árbol. Las futuras generaciones no los recordarán como combatientes, como fieles soldados, sino como instrumentos del verdugo, como torturadores cuya única sabiduría consistió en ser obedientes lacayos del Caudillo y de sus aristócratas y científicos. Los tiranos dictadores y opresores de los hombres ocupan solo una breve parte de la historia de la Humanidad, aunque esa parte esté colmada de terror y de ansiedad. Pero a nosotros, como a todos los que luchan por la libertad, por la justicia humana y por la democracia, a nosotros nos pertenece toda la historia del hombre. Nosotros colaboramos, mientras que esos serviles quisieran detener el tiempo; ellos son los enemigos del progreso pacífico. Y así, camaradas, nos despedimos de nuestros hermanos caídos. Quitémonos todos el sombrero y honremos a los que han caído por nuestra revolución. Tomemos cada uno un puñado de tierra y depositémosla sobre las tumbas en donde ahora duermen. Y después de eso gritemos: ¡Tierra y Libertad! ¡Viva la revolución agraria! ¡Abajo los dictadores y los tiranos! ¡Tierra y Libertad!

Cuando los muchachos habían gritado esta invocación que *el Profesor* había pronunciado ante ellos, y guardado unos segundos de silencio, *el Profesor* levantó su mano y dijo, ahora con voz reposada:

—¡Adiós, muchachos! ¡Que duerman bien! ¡Adiós, muchachos! ¡Dulce es morir por la revolución de los pobres y de los oprimidos!

Se puso su sombrero y caminó hacia *el General*. Con una voz completamente cambiada, dijo:

—¡Ahora, a la finca!

El General saltó sobre su caballo, para poder ser visto, y gritó a través del tropel:

—¡A la finca, muchachos! ¡Adelante!

Cuando el último hombre de aquel núcleo levantó sus bultos y empezó la marcha siguiendo a la avanzada, los restos mutilados de los rurales ya estaban cubiertos por enjambres de hormigas coloradas.

Por encima de la espesura, donde las nubes comenzaban a amontonarse, se veía una bandada de zopilotes acercándose cada vez más hasta formar un estrecho círculo sobre aquella parte del llano donde se había librado la batalla.

Al frente de la tropa caminaban *el Profesor*, Celso y *el General*, quien había desmontado y llevaba al cuello los gemelos del mayor. Se detuvo y miró por ellos hacia la finca, los enfocó, miró otra vez y entonces los dejó caer hasta donde alcanzaba la correa.

El Profesor también tenía binoculares, el tercer par estaba en poder del *Coronel*, quien una vez más dirigía la retaguardia, ayudado por Andrés.

—Es una gran cosa tener tan buenos anteojos —comentó *el Profesor*, palmeando cariñosamente sus binoculares, que, del mismo modo que los del *General*, colgaban sobre su pecho todo lo que permitía la correa.

—Supongo que sí —replicó *el General* con indiferencia—. Supongo que este pedazo de mirador es algo fino. Pero no sirven de mucho. Cuando uno puede ver a esos marranos por estas cosas, uno está muy lejos pa' echarles el guante. Cuando están lo suficientemente cerca pa' darles una entrada, entonces no se necesitan anteojos. Y cuando están tan cerca que les puede uno meter un machete en la panza, las mugres estas solo se bambolean de un lado a otro en la cintura, y bien que estorban. ¿Qué hago yo con semejantes porquerías? Puede que estén bien para esos malditos vendidos, pero no para un rebelde.

Se quitó los anteojos del cuello y se los entregó a Celso.

—Ten, son tuyos. Tú eres un *Coronel* y puedes usarlos debidamente.

—¡Demonio! —contestó Celso—. ¿Qué hago con esta cochina? Yo no ne'sito unos anteojos, puedo ver muy bien sin ellos; a quinientos pasos puedo ver un pajarito parado en una rama y hasta puedo distinguir si es hembra o macho.

El General rió de buena gana.

—Ya ves, *Profesor*, nadie los quiere ni regalados.

—Está bien. Dámelos a mí. Los anteojos que yo tengo están tan llenos de burbujas y manchas que me caen bien los tuyos. Mis ojos no son tan buenos como los de ustedes. Yo los tomaré.

—Con gusto —contestó *el General*.

El Profesor se quitó los suyos y los cambió por los nuevos que le ofrecían, y, colgándose éstos al cuello, gritó a los muchachos:

—Oigan, ¿quién quiere unos anteojos de campo?

Nadie los quiso.

El Profesor se detuvo un momento y miró a su alrededor. Entonces se fijó en el pequeño Pedrito, que caminaba resueltamente hacia él. El niño traía, al igual que los hombres, su pequeño bulto sobre la espalda. Desde luego este bulto era proporcionado a sus fuerzas.

A su lado caminaba su joven tía, Modesta, cargando también su fardo. Era una india tsotsil, como de unos diecisiete años, y de apariencia bastante agradable.

—¡Epa, chamaco! —le gritó *el Profesor*—. Aquí hay un regalo para ti: dos pequeños tubitos clavados juntos. Si te fijas bien, con ellos verás a los hombres de la luna, cruzando los ríos sobre sus canoas.

El pequeño se dirigió a su tía:

—¿Es cierto, tía, que con estos carretitos uno puede ver a la gente de la luna en sus canoas?

—Yo no sé de eso, m'ijito —contestó Modesta sonriéndole—. Pero tómalos, si te los da *el Profesor*. *El Profesor* es una persona muy lista, un hombre muy educado. Si él dice que tú puedes ver a la gente en la luna por esos pequeños tubitos, entonces así es.

El Profesor colgó los anteojos de larga vista en el cuello del niño.

El pequeño se sintió como si el maestro lo hubiera condecorado con una medalla. Con su carita resplandeciente, hizo una seña a otro muchacho un poco más grande que él que caminaba con la tropa, y le enseñó su nuevo juguete.

El muchacho examinó los anteojos por todos lados y después dijo desdeñosamente:

—Con eso no podrías dispararle ni a una liebre coja. Lo que yo quiero es un rifle, y eso es lo que me voy a conseguir en la siguiente batalla. Tú nada más fíjate cómo me lo voy a ganar. Con mi navajita ésta me conseguiré un rifle. Todo el tiempo durante esta caminata he rezado mañana y tarde a la Santísima Virgen para que topemos pronto con algunos rurales o federales. Lo que tú tienes ahí no es más que un juguete para chamaquitos como tú, pero no para hombres como yo. Yo soy un rebelde y me conseguiré un rifle.

Este chico tenía diez años, pero llevaba un bulto que seguramente pesaba unos treinta kilos.

Pedrito no iba a dejar que le despreciaran el regalo del *Profesor*. Tocó con el codo el brazo de Modesta furtivamente.

—¿Habrá luna ahora en la noche, tía Modesta?

—No, mi vidita; no creo. La luna no brillará sino hasta la semana entrante. Tendrás que esperarte hasta entonces antes de que puedas ver a los hombres remando en sus canoas.

—Tía —dijo el niño después de un momento de silencio—,

¿podré ver entonces a los que se han ido y viven en las estrellas?

—Quizá, hijito. Hoy en la noche nos fijaremos muy bien para ver si salen las estrellas. Y entonces buscaremos a la más grande y que tenga más linternitas brillando y a lo mejor podremos ver allí a la gente que hace las nubes pa' nosotros y que pinta las flores tan brillantemente y que enseña a cantar a los pájaros.

IV

1

Grandes jirones de nubes oscuras huían por las alturas en fuga precipitada cuando la tropa marchaba a través de la pradera hacia la gran finca, dejando al sol brillar regocijante en un cielo azul.

Semejante a una fortaleza, la finca estaba rodeada por un alto muro. Afuera, a unos ciento cincuenta metros de él, hacia el norte, estaba el poblado de los peones.

La tropa se acercaba hacia la finca por el este. *El General, el Profesor, Celso, Andrés* y unos diez muchachos montaban caballos de los que habían pertenecido a los rurales. Los otros caballos, mulas y burros de la tropa, estaban llenos de mataduras causadas por las pesadas cargas que habían tenido que soportar. Además se encontraban hambrientos y exhaustos por las largas caminatas a través de la pantanosa selva y de los rocosos desfiladeros. Muchos de estos animales sucumbían en el camino y había entonces que descargarlos para poder seguir adelante. Unos caían al abismo desde las angostas veredas montañosas, mientras otros se perdían sumergidos en los pantanos o se ahogaban al cruzar algún río, demasiado agotados para luchar en contra de las corrientes turbulentas.

De pronto los jinetes que marchaban a la cabeza de la tropa dominaron con su vista los edificios de la finca. Todo parecía demasiado quieto.

—Seguro que el hacendado ha huido con toda su familia —dijo *el General*—. Sí, esos malditos que se nos escaparon les han de haber traído ya noticias de que no quedó ninguno de sus

gloriosos hidalgos para lucir aquí sus relucientes uniformes de changos de organillo bien vestidos. Pero desde el momento en que huyen es porque al fin se dan cuenta de que tienen que tomarnos en serio, que sabemos pelear y que nos importa un bledo si salimos vivos o muertos de las refriegas.

—Bien dicho, *General* —asintió *el Profesor*—. Eso es lo que estos jijos de la tiznada tienen que aprender tarde o temprano; tienen que comprender que a la larga perderán, pues nosotros o triunfamos o morimos. De todos modos, ya no tendrán esclavos a quienes poder golpear y explotar.

Uno de los muchachos, que por haber recogido el clarín de los rurales había sido nombrado corneta de la tropa, cabalgaba a un lado del *General*.

—Mejor pa' nosotros si la finca está desierta —dijo—. Así la tendremos pa' pasar la noche y mañana descansar.

—Bueno, tendremos dos días de descanso allí —contestó *el General*.

—Pero a lo mejor llegan los federales —dijo otro de los hombres.

—Ojalá y así fuera —*el General* tomó esto como un hecho—. Pa' nosotros es igual lidiar aquí en la finca con el batallón que mandarán en nuestra persecución, que en el camino a Hucutzín o Achlumal, o en cualquier otra parte antes de que lleguemos a Jovel o a Balún Canán. Mientras más pronto nos encontremos, más pronto nos hacemos de más armas. Mientras el dictador insista en seguir en su trono y crea que nos puede apaciguar con ametralladoras, seguirá enviándonos federales. Ya sea aquí o más allá. ¡Ah, caramba! —se interrumpió bruscamente—. ¿Qué demonios pasa allí? —se irguió en los estribos y gritó a los muchachos que estaban montados—: ¡Avancen! ¡Al ataque! ¡Hacia esos peones!

Un grupo de peones de la finca, hombres, mujeres y niños, sumando más o menos unos cincuenta en número, se habían lanzado fuera de sus miserables chozas de adobe y, domina-

dos por el pánico, trataban de huir hacia el oeste, donde la maleza quedaba más cercana. Los perros ladraban y los peones hacían esfuerzos desesperados por arrear su ganado. Cuando se dieron cuenta de que este ganado los demoraba, dejaron a los animales defenderse por sí solos y corrieron tras las familias que encabezaban la fuga.

2

En menos de diez minutos los hombres a caballo rodearon a todas las familias y les cortaron la retirada hacia la espesura.

Se dejó escuchar un desesperado grito de temor. Los fugitivos cayeron de rodillas y elevaron sus manos implorantes rogando a los rebeldes les perdonaran su miserable existencia. Protestaban gimiendo que ellos eran solamente unos pobres peones que no habían hecho mal a nadie y que nunca habían revelado al patrón una sola palabra de la rebelión en las monterías a pesar de estar enterados.

—¡Levántense todos! —gritó *el General*—. No hay necesidad de que ninguno se arrodille ante mí. Métense eso en la cabeza. A mí nadie me suplique hincado. Todos somos iguales y nadie es superior o inferior.

Sin comprender esta afirmación, a pesar de la forma clara y directa en que había sido formulada, sino simplemente obedeciendo la orden, todos se pusieron de pie. Sumisamente, los hombres sostenían los sombreros en las manos, las cabezas inclinadas y los ojos fijos en el suelo, esperando respetuosamente que alguno de los vencedores se dignara llamar a algún peón por su nombre, otorgando así permiso para levantar la vista hacia su amo.

Las mujeres se cubrieron completamente la cabeza y la cara, asomando apenas un ojo a través de un pliegue de sus deshinchados rebozos, sin atreverse a levantar ese ojo más allá de las patas de los caballos cercanos. Algunas mujeres sollozaban

y se sonaban con unos trapos utilizados a guisa de pañuelos, mientras que los niños, lloriqueando y chillando, se escondían detrás de los adultos. Varios niños de pecho lloraban al despertar y trataban de asomar sus cabecitas fuera del apretado bulto del rebozo en las espaldas maternas, sintiéndose sofocados seguramente; otros chiquillos balbuceaban inocentemente golpeando con sus puños pequeñitos sobre el cuello de sus madres. Una de ellas, para evitar parecer irrespetuosa ante los jinetes, trataba de impedir, con disimulados movimientos de cabeza, que su niño surgiera de entre los trapos de su espalda, hundiéndolo como si quisiera de ese modo negar la existencia de la criatura. Los perros empezaron a reñir y a ladrar. Algunos, muy atrevidos, intentaron morder las patas de los caballos. Tan pronto como los peones notaban tal impertinencia en sus perros, les daban unos puntapiés tan fuertes, que los arrojaban a varios metros de distancia.

A los intimidados peones de la finca se les había escapado el hecho de que los recién llegados estaban igual o más desaharrapados, sucios y piojosos que ellos mismos. Tampoco parecían percibir que estos victoriosos muchachos eran indios como ellos, que pertenecían a su misma clase y que, como ellos, consideraban a todos los patronos unos tiranos.

Pero estos rebeldes montaban briosos caballos y portaban armas. El que cabalgaba sobre tan fino caballo, y poseía rifle y pistola y se enfrentaba a los rurales, y aún más, los derrotaba, éste tenía que ser un nuevo amo; probablemente un amo más cruel, más despiadado e injusto que el anterior.

Aquel que tiene un rifle y un revólver es el amo del que no los tiene. Los muchachos llevaban revólveres y por lo tanto eran vistos como los nuevos amos y patronos. No importa que fueran indios desharrapados; para ellos esto era una mera coincidencia. Mañana estarían tan bien vestidos como los ladinos.

Los peones tenían sus buenas razones para huir y sentir un terror mortal cuando veían llegar a los rebeldes. Ellos conocían su tierra, su bellísima, sufrida y abnegada tierra; habían nacido

y crecido en ella; aquí no se usaban las pistolas de adorno, se llevaban con el objeto de usarlas a la primera oportunidad. Sabían que habiéndose librado una batalla entre rurales y rebeldes, los victoriosos eran ahora los rebeldes, pero algunos habían caído en la refriega. Los caídos debían ser vengados, y la venganza tenía que ser ejercida en aquellos que no podían defenderse a sí mismos. Nadie investigaría si habían tenido algo que ver con la batalla o no. La dictadura se distingue siempre de otras formas de gobierno, principalmente por su intransigencia, por la implacable descarga de su venganza sobre los más débiles y humildes. Los peones pertenecían a la finca, en donde los rurales habían estado en acecho, donde los habían atendido y de donde habían recibido toda clase de ayuda de parte del amo. El hacendado, junto con su familia y sirvientes de la casa, había huido; sobre ellos no era posible ejercer la venganza. Pero los peones, que no se habían ido antes porque se habían dado cuenta de la huida de sus amos demasiado tarde, estaban aquí; los victoriosos bien podían tomar venganza y represalias en ellos a falta de los culpables. El prisionero siempre es culpable; puesto que es un prisionero, su defensa queda restringida.

Después de más de treinta años de dictadura, los peones sabían que ellos eran siempre los perdedores, siempre los castigados, siempre los azotados y siempre los colgados. Los rebeldes caían en la batalla. El proletariado sobreviviente, que nunca es consultado sobre si debe o no haber una guerra, es siempre el que tiene que pagar por ésta, de un modo o de otro.

3

—¿Por qué corrían? —preguntó *el Profesor*. Se apeó del caballo y caminó hacia los hombres más cercanos; los palmeó en los hombros y en las espaldas para demostrarles que los consideraba sus amigos.

Y no fue por amistad —pues los peones nunca cedieron en su desconfianza—, sino por cortesía y para no disgustar a los vencedores, por lo que ahora levantaron la vista y se esforzaron por comportarse como si aceptaran la autenticidad de esta oferta de amistad. Algunas mujeres se acercaron y besaron la mano al *Profesor*. Un grupo de hombres y la mayoría de las mujeres corrieron hacia los demás recién llegados, quienes paulatinamente se iban apeando de sus caballos, y los saludaban haciendo profundas reverencias y besándoles las manos.

El Profesor preguntó otra vez:

—¿Por qué corrían? No deben temernos, no les vamos a hacer nada.

Los hombres insinuaron, sin éxito, una tenue y triste sonrisa.

—Bueno, díganme ¿por qué? ¡Hablen! —*el Profesor* abrazó a uno de los hombres—. El patrón les dijo que nosotros somos bandidos, ¿no es así? ¿No es eso lo que dijo ese tal por cual?

Temerosamente, los peones negaron con un movimiento de cabeza. Eso era exactamente lo que el hacendado les había dicho. Pero ni con tormento les hubieran sacado semejante acusación, pues de repetir lo que les había dicho el patrón, los rebeldes hubieran supuesto que eso era lo que ellos mismos pensaban. Así había sido siempre en los interrogatorios a que los sometían el hacendado o la policía. Si alguno de ellos repetía algo que había oído, inmediatamente era acusado de haberlo dicho él mismo. Los dictadores le enseñan a uno a no ver, a no oír, a no saber, a no pensar, y a abrir la boca sólo para gritar: «¡Viva!»

Los peones, acostumbrados durante siglos a tener amos tiranos, caciques y dictadores, no esperaban que una revolución los liberara ni siquiera allí donde eran divididos los latifundios entre las familias de los peones, en los pequeños ejidos. Ellos sabían que permanecerían esclavos, con la única diferencia de que sus amos serían otros que ahora se llamarían revolucionarios, y que los nuevos ricos utilizarían a los ejidatarios aparentemente liberados para enriquecerse aún más; sabían que los

nuevos políticos los usarían para aumentar su influencia con la ayuda de los ahora independientes peones, quienes seguirían viviendo en un constante estado de terror debido a los asesinatos y a las bestialidades. Los campesinos, desde tiempo inmemorial, sabían que estos nuevos amos, igual que los anteriores, podrían cometer toda clase de crímenes para lograr ser diputados, senadores o gobernadores. ¿Por qué habrían de tener fe en que una revolución cambiara algo? Los nuevos amos, una vez que alcanzaran los puestos ambicionados, los usarían para llenar con más oro sus arcas. ¿Para qué otro propósito querían los puestos?

—No hay motivo para que ustedes huyan de nosotros, amigos —dijo Andrés entonces—. Nosotros somos sus amigos.

—Con su permiso, jefe —respondió un hombre—, nosotros no estamos huyendo. Nosotros sabíamos muy bien que ustedes eran nuestros amigos. Solo queríamos ir allí dentro de la maleza.

—Entonces, ¿por qué se llevaban sus ollas y sus cabras y puercos? —preguntó *el Coronel*.

—Queríamos hacer una fiestecita allí esta tarde. Una fiesta muy chiquita para un santo; un santito, sabe, un santito de los nuestros, y no queríamos que el patrón supiera que todavía les rezamos, aunque muy de cuando en cuando, a nuestros propios dioses.

Andrés caminó hacia Celso.

—No son tan tontos —le dijo riendo—. A mí nunca se me hubiera ocurrido disculpa tan buena allá en nuestra finca. Si ellos quieren celebrar a alguno de sus santos antiguos, no lo pueden hacer cerca de la finca, donde el patrón los podría descubrir y castigar duramente por descreídos. Por eso se esconden en la maleza; y claro, eso solo lo hacen cuando el patrón no está, cuando éste se ha ido con toda su familia a la ciudad o de visita a otra finca.

—¿Dónde está tu patrón? —preguntó *el Profesor* a uno de los

hombres.

—¡Ay, patroncito!, perdóneme, pero no sé. No nos dijo. Yo creo que salió con su familia a una boda. Algo dijo la semana pasada.

—¿En dónde es la boda?

—No sé; pero creo que es en Tumbala.

Tumbala distaba como unos seis días de viaje a caballo.

4

Ahora que la tropa de avanzada se había acercado lo bastante, *el General* les gritó a todos que marcharan hacia el patio de la finca. Los edificios allí eran lo suficientemente grandes para que todos los hombres durmieran, por primera vez en casi seis semanas, bajo techo; protegidos de la lluvia, de los rayos y tormentas y del acecho de los tigres y los reptiles.

—Y todos ustedes —*el Profesor* se dirigía a los peones— vienen con nosotros al patio.

Al oír esto, las mujeres de los peones empezaron a gemir y a lloriquear arrodillándose nuevamente pidiendo clemencia, pues estaban seguras de que se les había ordenado entrar al patio solo para presenciar el asesinato de sus maridos. Los hombres no dieron muestras de miedo. Caminaron, como se les había ordenado, dentro del patio. ¿De qué servía quejarse? Ellos sabían muy bien que si estaban predestinados a ser asesinados no tenía objeto gritar y llorar o suplicar piedad abyectamente. La única cosa que podría ayudarlos sería resistir, desobedecer, echar mano de sus armas y matar a aquellos que estaban dando las órdenes, pero esto no lo harían, simplemente porque eran como soldados obedientes cuyos cerebros y poder de resistencia ha sido entumecido en las primeras semanas de entrenamiento militar. Además, ellos tienen su amor propio y en bien de éste deben aceptar cualquier cosa, pues solo los rebel-

des indignos y los renegados de Dios no lo hacen.

Minutos después, las hogueras ardían en el patio. Como hormigas, los muchachos invadían las habitaciones de la finca. Todo cuanto era considerado útil era saqueado: mantas, sillas de montar, ropas, zapatos, trajes, cofres y cajas. Una máquina de escribir fue lanzada al espacio formando un ancho arco y desbaratándose en fragmentos al estrellarse en el patio. Tres máquinas de coser siguieron la misma suerte. Todos los muebles de madera eran despedazados, mesas, sillas, camas, anaqueles. Para los rebeldes era más importante tener leña con qué alimentar las hogueras que la posesión de un piano, el cual también fue arrojado en pedazos a las llamas. Después siguieron las puertas. Durante siglos, estos hombres habían estado acostumbrados a no tener mesas, ni sillas, ni puertas en sus chozas miserables. Ellos no veían en un piano otra cosa que una caja de madera con alambres. ¿Por qué habían de respetar objetos que no habían sido hechos para ellos, que no tenían otro significado que el de ser propiedad exclusiva de sus amos? Esos objetos se volvían odiosos por el hecho de pertenecer a los patronos, a aquellos a quienes se había enseñado a disfrutar de ellos.

—¿Quién es ése del cuadro, el hombre ese con las medallas y cruces en el pecho? —preguntó uno de los muchachos señalando un gran retrato clavado en la pared.

—Ése es el mero Caudillo, el dictador, el más noble jefe del país —gritó *el Coronel* lanzando un escupitajo en medio de la cara del retrato.

La saliva resbaló sobre las condecoraciones admirablemente pintadas; y antes de llegar al ancho cinturón de cuero y de manchar la preciosa águila de oro de la hebilla, uno de los hombres saltó y, arrancando el retrato de la pared, dijo:

—Debería echarle algo en la mera nariz, pero no soy tan puerco como para hacerlo aquí en este cuarto tan elegante en donde vamos a dormir divinamente esta noche, por primera vez en la vida. Mejor me lo cuelgo atrás.

Diciendo esto, separó la tela del marco y metió la parte superior de ella bajo su cinturón, dejando que el resto colgara hacia abajo.

En los cuartos había una variedad de retratos y pinturas, finalmente ejecutadas, del patrón, su esposa, su padre y el cielo sabe quiénes más. Había cuadros representando escenas de ópera y tragedias griegas. Ningún cuadro quedó intacto. Todos fueron arrojados a la hoguera. Las habitaciones pronto se vieron desoladas; pero mientras más vacías estaban, más a gusto se sentían aquellos hombres. Exceptuando al *Profesor*, ninguno estaba acostumbrado a tener muebles en sus chozas o en las de sus antepasados, y si habían conocido cuadros eran solo aquellas amarillentas y desteñidas reproducciones en almanaques viejos regalados por las casas vendedoras de cigarrillos y cerveza. Alguna vez habían visto también retablos en los cuales el dibujante no había tomado en cuenta para nada la anatomía.

En los pisos de mosaico de las habitaciones se extendían los petates y bultos de los rebeldes. Solamente dos de las piezas de toda la finca tenían pisos de madera; éstas eran, desde luego, las recámaras del amo y el cuarto de huéspedes. En estas habitaciones se acomodaron las mujeres y los niños de la tropa.

5

En el ancho patio todo era bullicio, ruido y alegría. Los amigos y compañeros muertos habían sido olvidados. Existían cosas más importantes en qué pensar; quien vive y debe continuar viviendo no puede preocuparse por los muertos. ¡Que cada cual se preocupe por sí mismo!

Se refrescaban con buena agua cristalina. En veinte lugares distintos la gente se bañaba o lavaba su ropa. Rugientes y estruendosas, diez o doce hogueras ardían en el patio y nadie

recordaba haber visto nunca fogatas tan alegres como éstas. Siempre habían tenido que usar leña verde y húmeda cuyo humo les hacía arder los ojos. Pero estos cuadros y muebles y los gruesos marcos dorados de los grandes espejos estaban secos como huesos viejos y hacían una fogata bellísima, que aunque a veces apestaba a barniz y a pintura, ardía libre y jubilosa.

Se escuchaban canciones y música de órganos de boca y guitarras primitivas, silbidos, bromas, danzas y bailes. No parecía reunión de hombres maduros convertidos ahora en guerreros y rebeldes, sino más bien un tropel alegre y exuberante de adolescentes de ambos sexos que salen de excursión.

Los peones, acompañados por sus mujeres y niños, se mantenían en medio del patio, acurrucados tímidamente como animales asustados. Estaban cerca del altar de piedra sobre el cual se encendía todas las noches una gran pira que se mantenía ardiendo hasta casi la medianoche para hacer menos tristes y sombríos el patio y los extensos corredores. Ni en las más ricas y grandes fincas de aquella remota región había luz eléctrica. Una lámpara de petróleo era en sí un lujo tan inaudito, que para observarlo, los hacendados y sus familias hubieran gustosamente emprendido un pesado viaje de dos o tres días a alguna finca cercana que la tuviera. Todos usaban velas, generalmente hechas en casa. Los peones no tenían otra luz en sus chozas que aquella que emanaba de la lumbre que usaban para cocinar, encendida sobre el suelo o en un pequeño anafre de barro. Cuando no había fuego ardiendo, se iluminaban con astillas de pino. Los peones solo encendían velas en sus chozas en los velorios o en honor de algún santo de su devoción. Para amo y peón todo era tal y como había sido durante los últimos cuatrocientos años.

Era aún muy temprano para encender la pira de leña sobre el altar, pues faltaban aún tres horas para que se pusiera el sol. A los peones de la finca que se les había ordenado entrar al patio, se les dejó solos por un buen rato. Ninguno se atrevió a escapar, aunque estaban bien familiarizados con los edificios; y

podían haberse evadido fácilmente, pues los centinelas que custodiaban las dos puertas eran tan negligentes como solo pueden ser los centinelas de fuerzas rebeldes y ejércitos revolucionarios.

El Profesor se acercó a los peones, seguido por *el General*, Celso, Andrés, Santiago y unos veinte hombres más de los que tenían algo que decir en esta rebelión, pues sus demás compañeros de armas se contentaban con que se les permitiera pelear. Aparte de eso no tenían responsabilidad alguna, ni tampoco la deseaban, pues apenas si llegaban a comprender algunas de las ideas de las cuales *el Profesor* hablaba tanto. Siempre estaban dispuestos a sacrificar sus vidas en las batallas, y a cambio de ello solo deseaban que se les dejara en paz después, y que una revolución triunfante aliviara para ellos y sus hijos su miserable existencia. Su idea de la rebelión se resumía en los sencillos pensamientos: «¡Abajo la dictadura! ¡Abajo los tiranos y opresores!» Pues mientras la dictadura no fuera derrocada, no podía haber ¡Tierra y Libertad! Eso era claro para todos. Lo demás —las cuestiones acerca de los derechos del hombre, las utilidades, capitalismo, democracia, socialismo, comunismo, cooperativismo, etc.— los adormecía y atontaba. Es por eso por lo que tantas insurrecciones se desvían, porque el proletariado está completamente hastiado de ideas y polémicas sobre asuntos que no comprende. Ellos desean resultados inmediatos y palpables, y no explicaciones acerca de que después de cada rebelión o guerra viene un desbarajuste tal que al principio todo tiene que ser caos y confusión; que una revolución, como un árbol, tarda años en dar sus frutos, buenos o malos.

—Ven acá, manito —llamó *el Profesor* a Andrés—. Tú hablas el idioma de esta gente, ¿no es así?

—Por supuesto. Hablan tzeltal como yo.

—Bien, Andrés, quédate a mi lado y les traduces todo lo que ellos no entiendan bien.

—Muy bien, *Profesor*, habla. Te ayudo con gusto.

El Profesor se colocó de un salto sobre el altar de piedra y gritó a los peones que se acercaran. Cuando empezó a hablar, sus hombres se fueron aproximando para escucharlo, pero cuando se dieron cuenta de que se dirigía sólo a los peones de la finca, se alejaron a cierta distancia.

—No teman acercarse, hermanos —dijo a los peones.

Acompañaba estas palabras de una sonrisa amable; y la gente, tomando un poco de confianza, empezó a acercarse más.

—¿Cómo es de grande esta finca? —preguntó.

—Quizá unas mil caballerías —gritó uno.

—Tú no sabes de qué hablas —interrumpió un vecino—. Es cuando menos tres veces más grande.

—Claro que sí —gritó otro osadamente desde atrás—, claro que sí. Es diez veces más grande.

Después uno de los peones más viejos empezó a describir reflexivamente los límites de la finca. *El Profesor* y *el General*, situados en lo alto del altar, podían fácilmente calcular la extensión del terreno, máxime que la casa de la hacienda había sido construida sobre una loma casi en el centro del vasto feudo.

—Deben ser más o menos cincuenta mil hectáreas —dijo *el Profesor* al *General*.

—Por lo visto.

—¿Cuántas familias son ustedes? —preguntó *el Profesor*.

Andrés repitió esta pregunta en tzeltal.

—Noventa, más o menos —contestó el hombre a quien *el Profesor* se dirigía.

—No son noventa, qué va, hay más de cien —intervino otro.

—Los dos están locos —gritó un tercero—. ¿De dónde sacas que somos noventa familias? Si contamos al mayordomo, al carpintero y al cordelero, aun así no somos noventa. Y eso que ellos no son peones como nosotros. Todos se fueron con el

patrón. Y se olvidan, también, que cinco familias fueron regaladas por el patrón a su yerno, y que vendió cuatro familias a don Claudio, quien le dio sus dos mejores caballos por ellas.

—¿Quién es ese don Claudio? —preguntó *el Profesor*.

—Don Claudio es el patrón de la hacienda Las Delicias que está como a veinte leguas de aquí.

—Entonces quedamos en que por todo son como noventa familias las que trabajan aquí para su patrón —dijo *el Profesor*.

—Eso es, más o menos. Hay otras familias más allá, cuidando los rebaños. Ellas tienen su propia aldea, toda para ellos solos, con un capataz. Nosotros raramente vamos por allá. ¿Cómo podemos saber cuántas familias son? Y hay otra guardia allá abajo, en el río.

—Bueno. Dejémoslo en noventa familias.

El Profesor comprendió que nunca lograría saber exactamente el número de hectáreas y de familias de peones en esa finca, así discutiera durante horas.

Su voz cambió de tono y preguntó:

—¿Saben ustedes lo que somos y por qué hemos venido aquí? Su patrón les mintió. Nosotros no somos bandidos. Nosotros somos sus amigos. De hoy en adelante no hay más peones. Ustedes son ahora campesinos libres e independientes. ¿Entienden? Es cierto que hemos venido aquí a matar a su patrón si no les daba libremente esta tierra que ustedes han estado cultivando por largos años hasta ahora y que legítimamente es de ustedes porque perteneció a sus antepasados desde siempre. Además, cuando alguien labra la tierra y no es honesta y debidamente compensado por su trabajo, a él pertenecen los frutos de esa tierra. ¿Comprenden eso?

Fielmente tradujo Andrés cada palabra dicha por *el Profesor*.

A los campesinos les fue imposible poner a trabajar sus cerebros lo bastante aprisa para entender esta nueva ordenanza, pero todos dijeron:

—Sí, mi jefe.

—¡Yo no soy su jefe! Soy su amigo y compañero, todos somos compañeros. Aquí no hay más jefes, ni patronos, ni mayordomos, ni capataces. Ustedes son ahora los amos de esta finca. Lo primero que van a hacer mañana es salir hacia las tierras y dividir las entre todas las familias. Cada familia recibirá veinte hectáreas. Usted parece ser el que dirige aquí —*el Profesor* se volvió hacia uno de los peones más viejos.

—No, mi jefe; perdóneme, mi jefe; quiero decir, mi amigo, lo que quiero decir es que yo no soy el que manda aquí. Es Braulio. Él es el más viejo y es compadre de casi todas las familias aquí.

—Está bien, Braulio, ven aquí.

A juzgar por su apariencia, Braulio no era el más viejo de los peones. Pero todos dijeron que él era el más viejo y evidentemente tenían sus buenas razones para reconocerlo como su jefe. Las causas podían venir de unos quinientos años atrás. *El Profesor* no se preocupó por esto.

Braulio se acercó. Ahora todos los peones se acercaban más para no perder ni una palabra del *Profesor*. Se les había quitado completamente el miedo. Las mujeres, menos interesadas en lo que discutían sus maridos con los rebeldes, empezaban a acercarse a las mujeres de los recién llegados y a platicar con ellas. Los niños ya se habían escabullido y hecho amistad con los niños de la tropa. Tenían prisa por sellar su amistad y lo procuraron llevando a los otros niños a cuanto rincón oculto conocían, y allí revelaban secretos de aquellos que atraen a todos los niños.

Había hoyos cuyas profundidades nadie conocía, pero que, según aseguraban los niños, eran los respiraderos de un pasaje subterráneo que iba desde una bóveda de la finca a Hucutzín y allí salía otra vez en la cripta de una catedral. Allí había cangrejos tan grandes como la cabeza de un toro, y los niños de la finca contaban que no eran cangrejos realmente, sino las viejas esposas de peones muertos mucho tiempo atrás, y algunas de

ellas eran las abuelas del anterior hacendado, a quienes el brujo había transformado en cangrejos, pero que tomaban su forma de mujeres durante tres horas en la noche de San Juan. Cuatro niños aseguraban haber visto, en la última noche de San Juan, cómo esas mujeres salían arrastrándose fuera del viejo altar de piedra, y después habían observado cómo se dirigían al río, pero lo que habían hecho allí no lo sabían, pues habían tenido demasiado miedo para seguir las.

Así quedaba sellada la amistad entre los niños.

Las mujeres de los rebeldes se lamentaban con las de los peones acerca de sus dificultades con los crios, y se quejaban de las suegras, que intervenían siempre en todo.

Mientras tanto, también los peones conversaban con los hombres de la tropa, canjeándose tabaco e invitándoles a visitarlos por la noche en sus chozas, donde tenían una media botella bien enterrada para que no se enteraran los viejos.

Fue así como mucho antes de que *el Profesor* llegara al punto culminante del discurso, o sea, a la distribución de las tierras, los peones ya habían olvidado su desconfianza y su temor. Se aseguraban unos a otros que verdaderamente estos rebeldes eran amigables, hombres respetables en todos sentidos.

Por su parte, los rebeldes afirmaban que los peones no eran ningunos brutos salvajes como se les había dicho. Sabían abrir la boca y expresarse con bastante sentido común, al contrario de lo que durante generaciones uno se había imaginado: que eran simplemente idiotas, y siendo idiotas, tenían que ser peones, considerados más estúpidos que sus mismas bestias.

Ahora había llegado a Braulio el turno de hablar. No se encaramó al podio, sino que habló desde el sitio en que se encontraba, cerca del *Profesor*, que seguía arriba y a quien tenía que mirar oblicuamente para poder verle la cara.

—Es un gran evento, amigo, el que usted nos haya dado esta tierra.

—Sí; es propiedad de ustedes desde hoy hasta la eternidad.

Ustedes la trabajaron y todo lo que hay aquí les pertenece — confirmó *el Profesor*.

—¿El ganado también? —gritó uno de los peones.

—El ganado también, y todas las construcciones que hay aquí.

Con ambas manos, Braulio se rascó la cabeza alisándose después el grueso cabello negro que ya mostraba muchas rayas grises. Era el gesto inseguro de un campesino que tiene necesidad de comprar marranitos en el mercado pero encuentra el precio demasiado alto y no sabe dónde conseguir otros a mejor precio.

—¡Qué bueno que ya tenemos la finca, amigo! Pero ¿qué vamos a hacer cuando regrese el patrón?

—Nosotros cuidaremos de que nunca regrese.

—Pero, ¿y si a ustedes los agarran los federales? ¿Entonces qué?

—No nos agarrarán. Pierdan cuidado.

—Entonces, ¿ustedes no se van a quedar aquí en nuestra finca?

—Claro que no. Nosotros nos vamos, a entregar a otros peones tierras que legítimamente les pertenecen.

—Pero ¿quién nos protegerá contra el patrón cuando ustedes se hayan marchado?

—Ustedes mismos tendrán que protegerse. Ya les dije que ahora ustedes son los dueños de todo esto. Ustedes son sus propios patronos.

—Pero si el patrón regresa y trae rurales, ¿qué podemos hacer?

—Lo que nosotros hacemos con los rurales. Mátenlos como perros sarnosos, tal y como ellos hacen con ustedes. Lo importante es sostener lo logrado. Ni un paso atrás.

—Bueno, muy bien, amigo —pensativamente, Braulio dio me-

dia vuelta y desapareció entre los peones.

—¡Tierra y Libertad! —gritaron los rebeldes. Esta vez algunos peones se unieron también al grito.

—¡Viva la revolución! —gritó *el General*.

—¡Viva la revolución de los campesinos y de los peones! —llegó un eco desde el patio.

6

A las primeras horas del día siguiente, cuando gruesas neblinas colgaban todavía pesadamente sobre la pradera y la mañana se insinuaba tímidamente, la tropa ya había abandonado la finca.

Y no fue sino hasta más tarde, cerca de las ocho, cuando *el General* marcó el alto sobre una colina y se volvió para echar una mirada a su tropa. Adelante, a unos cien metros de distancia, se atravesaba un río en su camino. En la orilla opuesta, dos canoas que pertenecían a la hacienda, yacían sobre la arena. El río era profundo y sus aguas, rápidas y turbulentas, habían aumentado a causa de las recientes lluvias. Algunos hombres tendrían que nadar en aquellas peligrosas aguas para traer las canoas. Eran las mismas que el hacendado y su gente habían utilizado para huir.

Después de recorrer ampliamente la región con la mirada, *el General* dijo repentinamente, dirigiéndose al *Profesor*:

—Parece que allá atrás los peones se están divirtiendo.

El Profesor enfocó sus binoculares.

—Tienes razón, *General*, de veras que se están divirtiendo. Todo está en llamas. Solo unos cuantos edificios quedan en pie. ¡Caramba, eso es lo que yo llamo una hoguera! Ahora también arde la capilla. La dictadura se despide. El país comienza a llenarse de ruinas. Comenzó con flameantes marti-

rios, terminará con quemazones y ruinas. Un ciclo perfectamente natural.

El General ya no lo escuchaba. Observaba el ancho río.

—Un ciclo perfectamente natural, pero ¡con un demonio! ¿Cómo vamos a pasar nuestro ejército al otro lado? Eso es lo que me gustaría saber. Tardaremos cuando menos dos, posiblemente hasta tres, endemoniados y calurosos días. ¡Pero ni modo; hay que cruzar!

V

1

El ejército rebelde estaba en camino hacia Achlumal.

Por largo tiempo sus jefes habían discutido cuál centro de importancia visitarían primero: Achlumal o Hucutzín, pues en ambos pueblos tenía su asiento un jefe político, ya que cada uno era centro de su pequeño y respectivo distrito. También en ambos lugares se encontraba una compañía de rurales y un importante pelotón de tropas federales.

Al decidir acerca del lugar sobre el que marcharían, *el General* trataba una vez más de interpretar el modo de pensar de los oficiales enemigos, y fue así como determinó marchar hacia Achlumaí y no hacia Hucutzín. Juzgó acertadamente que los rurales y federales que estaban estacionados en Hucutzín estaban convencidos de que los rebeldes avanzarían sobre ellos para así llegar a Jovel, vía Teultepec, Oshchuc y Viztán. En Hucutzín estaban reunidos la mayoría de los terratenientes de la región, todos armados y bien acompañados por su gente de confianza.

Sabían que el único camino lógico para los rebeldes era el de Hucutzín, pues este pueblo estaba en la región de donde procedía la mayoría de ellos. Era el camino que mejor conocían y en el cual podían estar seguros de encontrar siempre amigos y parientes, quienes en una u otra forma les ayudarían, ya fuera espiando e informándoles acerca de los movimientos de las tropas uniformadas u ofreciéndoles buenos escondites.

De los numerosos peones que regresaban del mercado de Hu-

cutzín a sus hogares, se obtuvieron muchos datos y valiosos informes. *El General* pudo así confirmar sus conclusiones en cuanto a los movimientos proyectados por los federales que se encontraban concentrados en Hucutzín, reforzados por una gran cantidad de policía rural y un buen número de hacendados. Estos últimos eran tan abundantes que los peones pensaron que se trataba de celebrar algún festejo muy especial. Los peones también les informaron que en Hucutzín todos estaban seguros de que los rebeldes avanzarían sobre dicho lugar para sitiarse la ciudad y matar a todo ser viviente que allí se encontrara.

Cuando los cabecillas de los distintos grupos rebeldes supieron esto, apenas podían ser contenidos. Deseaban lanzarse inmediatamente sobre Hucutzín, pues la cantidad de armas reunidas en esa plaza les entusiasmaba tanto que no pensaban en otra cosa.

El General comprendía cuán difícil iba a ser imponer su criterio sobre estos impacientes jefes de grupo, quienes, en medio de su excitación, no se detenían a considerar que bajo tales condiciones el sitio de la ciudad era posible solo sacrificando la mitad de su ejército. Contaba hasta con la posibilidad de que se le acusara de demasiado precavido y aun de cobardía.

Por supuesto, *el Profesor*, *el Coronel*, Celso, Santiago, Andrés y Pedro, sí comprendían perfectamente la situación.

El General decidió enfrentárseles para explicar:

—No seamos niños. Los rurales y los hacendados no son tan animales como para esperarnos dentro de Hucutzín. Ellos saben muy bien que allí nosotros tendríamos superioridad, porque pisamos terreno nuestro. Por esto ellos nos esperarían bien retirados del pueblo —tres o cuatro kilómetros fuera—, y hasta les puedo señalar en dónde nos esperarán. Cerca de un río muy fluente que hay en las afueras. Nosotros no podemos rodear este río, tendríamos que cruzarlo inmediatamente. Después del cruce existe una barranca, rodeada de tupida maleza. Es allí exactamente donde ellos nos esperarán sentados. Por lo

tanto, es allí precisamente donde no debemos ir. En cambio, si desviamos nuestra ruta los engañamos, y entonces sí estaremos mucho más fuertes. ¿Comprenden? ¿Y ahora qué opinan, muchachos?

Titubearon al principio, pero una vez convencidos, ellos mismos pidieron instrucciones de los planes a seguir.

Fidel fue el encargado de aleccionarlos. Se trataba de hacer buenas migas con los peones que continuamente iban y venían camino a los mercados de Hucutzín y de contarles a éstos, con gestos agitados, que en tres días más su tropa estaría en Hucutzín. Que matarían a cuanto ser viviente encontraran y que harían tal incendio en el pueblo que no iba a quedar ni una sola pared en pie, pues todos ellos tenían serias cuentas que arreglar con las autoridades de Hucutzín, y con el jefe político especialmente.

No bien llegaban estos viajeros a Hucutzín, se apresuraban a repetir por todo el pueblo lo que sabían. Además ellos mismos arreglaban con prontitud sus asuntos, con la intención de salir del lugar esa misma noche, pues temían ser muertos en la refriega a pesar de que sabían que contra ellos no había agravio alguno. Todo lo cual confirmó en las mentes de las autoridades, oficiales, soldados y hacendados la seguridad de que los rebeldes se encontraban en camino hacia ellos.

—Si avanzamos para atacar Hucutzín —había explicado *el General*—, tendremos la guarnición de Achlumal a nuestras espaldas, pos con seguridad para orita ya recibieron informes de que vamos hacia Hucutzín y tendrán ya órdenes de atacarnos por detrás. Aparte de eso, los rurales y los federales nos saldrían al encuentro en varias partes del camino que va de Hucutzín a Jovel. Y ellos tienen fuerzas muy superiores a las nuestras. Nos esperarían en la pradera o en pequeñas emboscadas para caernos de improviso.

—¡Qué caray! Lo que dices es la verdad, *General* —interrumpió *el Coronel*.

—Pos precisamente por eso, porque la gente en Hucutzín está

tan absolutamente segura de que vamos hacia ellos, por eso marcharemos hacia Achlumal y atacaremos las guarniciones de los rurales y federales que se encuentran allí. Probablemente así consigamos de cincuenta a cien rifles más, a lo mejor hasta otra ametralladora, y tanto parque que no lo agotaremos ni en todo un mes. Al mismo tiempo nuestra retaguardia estará a salvo. Ahora, con respecto al cambio en nuestros planes, una vez tomado Achlumal, no seguiremos el camino directo a Hucutzín, sino que marcharemos por San Miguel y San Jerónimo hacia Teultepec. Allí no encontraremos muchos rurales. En Teultepec, como ustedes recordarán bien por sus viajes a las monterías, estaremos a una altura de más de seiscientos metros sobre Hucutzín. Allí estaremos sentados como en una fortaleza de piedra y desde esas alturas podremos caer sobre Hucutzín como águilas sobre su presa. Entonces tendremos las alturas, la maleza y los caminos. ¡A ver si son tan güenos pa' agarrarnos! ¡Ni los piojos que traen encima quedarán vivos! A buena hora ocuparemos el camino a Sibacya. Entonces, cuando nosotros ataquemos solo tendrán una salida: el camino de regreso por el que nosotros venimos, de vuelta a la selva. Y entonces empezará el relajo, pos nosotros los tendremos exactamente donde nosotros queremos que estén. ¡Muchachos, así lo haremos! ¿Oyeron bien? Los que estén a favor de este plan que levanten la mano, los que estén en contra..., pos ¡qué caray!, yo no soy infalible. Sí tienen un plan mejor, que lo digan, estoy dispuesto a escuchar. Si realmente es bueno, lo aceptaré.

Marcharon hacia Achlumal.

Mientras tanto, en Hucutzín, rurales, federales y hacendados, armados hasta los dientes, reuníanse en número cada vez mayor para celebrar la inminente victoria.

La verdad era que los hacendados habían estado celebrando anticipadamente esta victoria. Las banderas ondeaban en el cabildo proclamando por adelantado el gran día del triunfo final.

Un júbilo entusiasta invadía las cantinas.

—Muy pronto les enseñaremos a esos malditos indios rebeldes quién es el amo en este país y quién manda en el distrito de Chilúm.

—¡Bebamos otra vez por eso!

—Muy bien dicho. ¡Salud, compadre!

—Claro que nos echaremos otra, don Clementino.

—Desde luego, don César.

—¡Viva el Caudillo!

—¡Que viva el jefe!

—¡Salud, compadre!

—¡Viva la autoridad!

2

La caminata del día había sido muy penosa. El camino seguido por la tropa rebelde no era más que una vereda abierta por el paso de las mulas. En ocasiones se elevaba hasta llegar a alturas rocosas; otras veces se encontraban con pantanos, cenagales y trechos fangosos por donde les era casi imposible avanzar. Había que hacerlo levantando fuera de aquel lodazal, primero una pierna y después la otra, para volver a hundirlas al siguiente paso.

Por fin, hacia el mediodía, después de cruzar un río, el camino se abrió anchuroso. Comenzaba nuevamente la pradera.

Otra finca, la Santa Brígida, había sido visitada el día anterior. Allí también la familia del amo, según manifestaron los peones, había salido para asistir a un matrimonio. El motivo real por el que abandonaban la finca, o sea, el miedo a los rebeldes, no era admitido jamás por un hacendado o por sus familiares. Esto no lo admitían ni en su lecho de muerte. Ante sus vecinos y amigos, pero muy especialmente ante sus peones, un hacen-

dado perdía todo vestigio de respeto si dejaba saber a cualquier alma viviente que él y su familia se marchaban porque se temía un asalto a la finca de parte de los mugrosos indios rebeldes.

Si no era posible celebrar una boda con tan poca anticipación, porque la pareja escogida protestara pidiendo un poco más de tiempo para decidirse, entonces siempre quedaba el recurso de algún día de santo de que echar mano, y el cual motivaba que los finqueros y sus familias tuvieran un buen pretexto de llevar a cabo una celebración en la cual todos deberían estar presentes.

También en Santa Brígida, al igual que en todas las otras fincas visitadas por los rebeldes, permanecían solo los peones. Y como en las anteriores, *el Profesor* concedió todas las tierras de la finca a los peones que las trabajaban y declaró todas las deudas con el hacendado canceladas, nulas y sin valor.

Dos horas después de que los rebeldes emprendieron su marcha, se veían arder, como en las anteriores fincas, los edificios de la Santa Brígida. Nunca quedó establecido, pues a nadie le interesaba hacerlo, si este acto de destrucción era llevado a cabo por el último grupo de rebeldes antes de partir, o si era el primer acto de independencia de los mismos peones que permanecían en la hacienda.

Sea como fuere, cada inmolación de una finca significaba para los rebeldes una plaza fuerte menos en su retaguardia.

3

Cuando la tropa surgió de entre la maleza y una vez más recobró la pradera, la avanzada vio frente a ellos, a una distancia como de dos leguas, la gran finca de Santa Cecilia. Las tierras de la finca abarcaban cerca de sesenta mil hectáreas. La mayor parte era tierra de pastoreo para ganado, criado más por su piel que por su carne. Otras fuentes de ingresos importantes de

la finca eran la producción de azúcar, alcohol, aguardiente y cordeles. Tramos considerables de terreno estaban sembrados con maíz y frijol, mientras que en los bajíos, además de la caña de azúcar, se cultivaba la piña. En cuanto al ganado, la finca tenía un buen número de cerdos, caballos y mulas. Si la finca hubiera tenido una carretera para vehículos rodantes, su productividad anual hubiera llegado al cuarto de millón de pesos. Pero, igual que todas las fincas de la región, el único medio de comunicación de que disponían era una miserable vereda para mulas, intransitable durante tres o cuatro meses del año. Santa Cecilia se destacaba, sin embargo, como una de las haciendas más ricas y florecientes del distrito de Chilúm.

Estaba, como las otras, construida en forma de fortaleza, con el patio rodeado por altas y fuertes murallas dentro de las cuales quedaban los edificios de importancia. Mientras que la mayoría de las fincas se consideraban lo bastante ricas como para tener una capilla, Santa Cecilia alardeaba de tener toda una iglesia con un campanario visible a cuatro leguas.

La mayoría de las veredas de esta región pasaban por Santa Cecilia, que era considerada como un alto natural para las caravanas, donde los arrieros podían descansar por la noche y reponer sus provisiones para el viaje. Esto producía una sustanciosa entrada adicional a los dueños de la finca.

La hacienda, según un cálculo conservador, comprendía unas ciento treinta familias de peones, que habitaban una villa de considerable tamaño no muy lejos de las paredes de la finca.

—Hoy podríamos llegar a Santa Cecilia fácilmente —dijo *el Coronel* mientras observaba la posición del sol.

—Podríamos —asintió *el General*—. Pero los muchachos están retencansados, y será cerca de la puesta del sol pa' cuando lleguemos. Y eso sí que no quiero. No sabemos lo que haya allá, y podríamos caer fácilmente en alguna trampa. En cualquier caso, será mejor pasar la noche aquí y salir muy tempranito, todavía oscuro, pa' que téngamos todo el día cuando háyamos llegado a la finca. ¿Qué opinan, compañeros?

—Muy bien. Nos quedamos aquí. Que lléguemos a Santa Cecilia hoy, mañana o dentro de tres días no va a importar mucho a la rebelión —dijo Andrés—. Y además esta revolución no va a durar cuatro semanas; la verdad, nos daremos de santos si solo dura cuatro años.

—Es lo que yo también creo —convino *el Profesor* moviendo afirmativamente la cabeza—. Una dictadura que ha existido por más de treinta años ha amamantado muchos parásitos listos a defender, no solo la dictadura, sino también sus ubres. Más bien eso es lo que defienden desesperadamente, no a un dictador decrépito que trata de pegarse a su trono de por vida.

—En otras palabras —intervino *el General* interrumpiendo la arenga política—, acampamos esta noche aquí.

Dio al improvisado corneta la orden de tocar «alto»; él obedeció lo mejor que pudo, y bien o mal ejecutada la orden, la cansada tropa comprendió la señal mejor que ninguna otra.

Grandes trechos de terreno eran inservibles para acampar, pues la reciente y abundante lluvia había formado grandes charcos. Sin embargo, en algunas partes el agua se había escurrido, y a pesar de la saturación del suelo, la superficie se encontraba relativamente seca.

—Esto me conviene —dijo *el General*—. Nunca tuve intenciones de tener todo el campamento en una unidad. Sería muy peligroso.

Dividió a sus hombres en tres secciones. A la primera, que era la mejor preparada, le ordenó acampar en ese mismo sitio, pues allí el terreno era más elevado y ofrecía una posición estratégica. A la segunda división la envió media legua hacia el suroeste, a buscar un lugar seco en ese rumbo. A la tercera parte del ejército la mandó hacia el noroeste, a una legua de distancia.

La finca quedaba al oeste, vista desde la parte central del ejército.

La idea era buena, pues tomaba en consideración la posibilidad

de que la finca estuviese ocupada por los rurales. *El General* decidió que las tropas de ambos lados marcharan mucho antes del amanecer, de modo que una atacara la finca desde el sur y la otra desde el norte, mientras que él y sus fuerzas del centro pasarían la noche al este de la finca. Las dos alas de sus fuerzas tenían instrucciones de que tan pronto como hubieran marchado, mientras estuviera todavía oscuro, veinte de sus mejores infantes, con algunos hombres de a caballo, actuaran muy al frente, de modo que los flancos extremos de las tropas de flanco se encontraran al oeste de la finca, y así podrían rodear el lugar completamente. Este grupo occidental, compuesto por cuarenta hombres de las dos secciones, sería, desde luego, muy débil, y en ninguna ocasión lo bastante compacto como para impedir una fuga de los rurales hacia el oeste cuando vieran que la batalla estaba perdida. *El General* sabía bastante bien que estas posiciones al oeste de la finca eran las más peligrosas, pero al mismo tiempo las más codiciadas, y los muchachos peleaban entre sí por ser asignados a estos puestos arriesgados, pues precisamente allí se obtendría el mejor botín de armas, en caso de que los rurales y los federales huyeran a la desbandada. *El General* dejaba con intención a los militares esta vía de escape. Atacar la finca fuertemente por todos lados hubiera sido un error, pues un asalto semejante tendría que ser hecho ese mismo día, y sus tropas estaban demasiado cansadas para sostener un combate prolongado si los rurales trataban de evitar el ser rodeados. Además, si *el General* hubiera deseado rodear la finca con fuerzas iguales por todos lados, hubiera cometido otro error, puesto que cada uno de los grupos de rebeldes hubiera sido muy débil en espesor. Apenas la quinta parte de los muchachos estarían armados, y eran además inexpertos en asuntos militares, por lo que no podrían impedir que se abrieran paso los soldados si éstos lograban abrir brechas en varios puntos; por consiguiente, los frentes donde se esperaban estas fugas y estos ataques no podrían ser reforzados como para asegurar una superioridad numérica en cualquier eventualidad.

En caso de que los rurales trataran de abrirse paso para esca-

par hacia el oeste, las tropas, en ese peligroso sector, tendrían poca o ninguna esperanza de sobrevivir. No obstante, ninguno de los muchachos asignados a esta tarea pensó por un momento en ello. Todo lo que les preocupaba era capturar rifles con su complemento de parque, y acaso finos caballos con buenas monturas. La captura de un rifle era la máxima recompensa que *el General*, que andaba desarmado, podía prometerles. Pero nadie esperaba una recompensa mejor, ni ahora ni después. Ninguno de estos rebeldes peleó nunca con la esperanza de recibir recompensas mientras duró la Revolución.

4

Que Santa Cecilia estuviese ocupada por soldados o rurales, era ignorado por el ejército rebelde. No se habían encontrado un solo peón de la finca que les informara al respecto, debido quizá a que todavía se encontraban bastante retirados o porque marchaban por una vereda que no era muy transitada por los peones.

El General tuvo esa mañana un presentimiento. Era muy extraño, pensó, que ni una sola patrulla de rurales hubiera aparecido por ningún lado durante varios días, siendo que cuando menos medio batallón andaría tras de su pista. Estimó también que, por más astutamente que tratara de inducir a los federales a caer en una trampa o a dejarse acorralar en un movimiento de pinzas, éstos no serían tan ingenuos. Ciertamente era de esperar que ellos tuvieran a su vez un buen plan. Ningún comandante puede elaborar un plan que no haya podido también ser ideado por su contrario; todo depende de quien lo ejecute primero y lo explote más diestramente evitando que el enemigo lo descubra prematuramente, haciéndolo abortar.

Era más que probable que una tropa de rurales o federales hubiera sido enviada al sur desde Hucutzín para que los rebeldes pudieran ser sorprendidos por un flanco o por la retaguar-

dia, cortándoles el camino a Achlimal en caso de que decidieran moverse en esa dirección. Santa Cecilia era el único lugar donde tal fuerza podía ocultarse y tener una posición poderosamente estratégica, que pasaría desapercibida para los rebeldes que se aproximaban.

El General encomendó al mando del ejército del norte a su oficial más experimentado: *el Coronel*, pues esa posición era de importancia vital para su plan. *El Coronel* se llevó consigo una ametralladora, la otra permaneció con el grupo central.

El punto de reunión de los tres ejércitos debía ser Santa Cecilia, estuviera o no ocupado el lugar.

El ejército central acampó tras una cadena de colinas y no podía ser visto desde Santa Cecilia.

Al ejército del sur le fue asignada una ruta que lo llevaría en parte por la maleza y en parte detrás de unas colinas que cubrirían sus movimientos. El sitio para acampar era un matorral que quedaba tras del lomerío, en el cual podría pasar la noche sin ser percibido desde la finca, esperando la orden de atacar al alba.

El General había ordenado expresamente que no se encendieran fogatas durante el día, porque las columnas de humo revelarían su posición. Por la noche las fogatas deberían hacerse detrás de las lomas o en trincheras excavadas especialmente y sin levantar llamas altas, para evitar reflejos en el cielo nublado.

El ejército del norte, bajo el mando del *Coronel*, tenía la tarea más difícil de ejecutar. No podía marchar hacia su campamento por la maleza, ni había tampoco colinas protectoras en su ruta; tenía, pues, que marchar por la pradera abierta. Así, durante todo el curso de su avance hasta el destino final, estaría bajo observación desde la finca.

El ejército del norte empezó su marcha.

El Profesor lo siguió con sus binoculares para ver si lo atacaban. Nada pasó. Al fin llegó al lugar que se le había asignado para pasar la noche. Pero *el General* observó con sorpresa que

no se detuvo allí. *El Profesor* ofreció la explicación de que allí la pradera sería muy baja y quizá muy cenagosa para acampar. El ejército marchó más lejos, mucho más lejos que lo conveniente, para defenderle desde el centro en el caso de que cayera en una emboscada. Marchó tan lejos que dejó atrás la finca hasta situarse en el lado oeste. Por lo tanto, la finca quedaba rodeada por el oeste, el sur y el este, dejando sólo el camino norte, hacia Hucutzín, abierto.

—¡Qué caray! —dijo *el General* cuando *el Profesor* le comunicó esto—. *El Coronel* ha tenido un buen plan. Ciertamente no ha hecho lo que yo creí mejor. Yo lo quería más cerca de nosotros. Pero pensándolo bien, lo que ha hecho es excelente. En el caso de que los federales avancen desde Hucutzín hacia Santa Cecilia, los tendremos en nuestras garras.

—Puede ser que *el Coronel* haya marchado hasta el otro lado de la finca porque haya visto soldados acercarse desde Hucutzín, y, vivo como es él, no quiso retroceder aquí, pues revelaría nuestra posición, exponiéndonos a que el enemigo se metiera entre nuestras fuerzas, en cambio así ellos creerán que tienen que lidiar solo con un pelotón en su flanco occidental —así expresaba Andrés su opinión.

El General y *el Profesor* admitieron que era ésta una interpretación lógica. De todos modos, no podían alterar lo que hacía *el Coronel* o lo que ya había hecho, y si desarrollaba el plan de campaña de otra manera de como se le había indicado, debía tener ciertamente sus buenas razones para ello.

Desde luego, *el Coronel* había tenido muy buenas razones para cambiar el plan de movimiento de su tropa. Hubiera actuado estúpida e irresponsablemente de no haber alterado tal plan tan pronto vio que las condiciones que lo determinaban también habían variado. La estrategia principal del ataque no sería afectada por su desviación del plan acordado; pues esta estrategia estaba basada en el envolvimiento completo de la finca al amanecer, para hacerla accesible por todos lados simultáneamente.

El ejército del norte, como *el Profesor* adivinó correctamente, había encontrado el suelo tan húmedo que *el Coronel* había dicho: «Si acampamos aquí desde hoy en la tarde hasta el amanecer, ninguno de nosotros podremos mover un brazo o una pierna mañana antes del mediodía.»

Así, a pesar del cansancio, los muchachos marcharon adelante en busca de un lugar seco. Durante la marcha, uno de los muchachos vio que una patrulla federal se acercaba a Santa Cecilia por el camino de Hucutzín.

Los muchachos querían atacar esta patrulla, pero *el Coronel* lo prohibió. Dijo que si estos federales pasaban la noche en Santa Cecilia, al amanecer todos los que estuvieran en la finca caerían en manos de ellos, y sería tonto ahora darse a conocer antes de rodear la finca.

Inmediatamente ordenó a todos sus hombres echarse al suelo y esconderse en el zacatal, de modo que no fueran vistos por la patrulla, que cabalgaba distraídamente. Los que montaban a caballo siguieron cabalgando perezosamente en la misma dirección, sin tomar en cuenta aparentemente la presencia de la patrulla. La patrulla vio bien a estos jinetes, pero estaban muy lejos para discernir claramente, y como cabalgaban con lentitud y sin dar señal de preocupación alguna, los dirigentes de la patrulla bien podían creer que eran vaqueros de la finca en busca de ganado perdido. Pronto la patrulla desapareció y el avance continuó.

Después de otra media hora de marcha, *el Coronel* notó una barranca ancha en la distancia, donde aparecían sotos de árboles y arbustos.

—Ahí abajo, en esa hondanada, hay un arroyo —dijo *el Coronel* a sus dos capitanes, que cabalgaban a su lado—. Ése es el lugar para acampar. Tendremos buena agua, y si algo pasara durante la noche, tendremos la hierba pa' cubrirnos.

Sin embargo, la patrulla no había sido tan poco observadora e ingenua como creía *el Coronel*. Él pequeño ejército había sido visto antes de que se percatara siquiera de la presencia de la patrulla y ésta se había comportado intencionalmente como si ningún cambio se operara en el paisaje.

La patrulla llegó a la finca y allí reportó pormenorizadamente lo que había visto.

Santa Cecilia estaba, como instintivamente había adivinado *el General*, ocupada por unos cincuenta rurales, setenta soldados federales y unos veinte hacendados con sus hijos, yernos, mayordomos y capataces, que formaban en total una fuerza de más de doscientos hombres. La guarnición de la finca ya había recibido noticias de la proximidad del ejército rebelde por medio de los peones que andaban de cacería o trabajando en la maleza. Pero no habían podido obtener datos precisos de si los rebeldes marchaban sobre Hucutzín o Achlimal, pues los peones, tan pronto divisaban a los rebeldes a distancia, huían des-pavoridos hacia la finca con la noticia, sin esperar a determinar la dirección concreta del ejército.

Los federales no tenían prisa en mandar exploradores, pues sabían que de todos modos los rebeldes atacarían Santa Cecilia; y no había mejor lugar que la finca misma para darles la bienvenida.

Aparte de ser un lugar seguro, la finca estaba bien pertrechada con dos ametralladoras, ciento diez rifles, sesenta escopetas de cacería, variadas, incluyendo dos docenas de rifles de repetición de grueso calibre y, además, unos ciento veinte revólveres. Contra tal superioridad de armamento, era inadmisibles pensar que los rebeldes pudieran avanzar a trescientos pasos de las paredes de la finca sin perder tres cuartas partes de sus efectivos. Y si se atrevieran unos cien pasos más cerca, era seguro que no sobreviviría uno solo de sus hombres.

El General poseía dotes de mando que ni sus más allegados sospechaban. Era un estratega innato con el don y el talento de un gran mariscal.

En esta ocasión sacrificaría su ejército del norte con tal de ganar la batalla. Sin ese sacrificio, que juzgado superficialmente podía aparecer despiadado, su ejército entero sería destruido en Santa Cecilia. Había mandado al *Coronel* delante porque sabía que *el Coronel* era el más capaz de todos para reducir el sacrificio de hombres al mínimo, dadas las circunstancias.

El General no contaba con información precisa para elaborar su plan de batalla, pues no había tiempo que perder antes de que su presencia por la región fuera descubierta. No obstante, comprendía que las autoridades de Hucutzín estaban enteradas del avance del ejército rebelde. La pasmosa tranquilidad que reinaba en Santa Cecilia también le hacían sospechar que algo se tramaba ahí. En caso de estar equivocado, de que no hubiera soldados en Santa Cecilia o sus alrededores, nada se perdería. Los muchachos tomarían la finca, la dividirían entre los peones, se aprovisionarían y el avance continuaría.

De una cosa sí podía estar seguro *el General*: de que dentro de los tres días siguientes debía de librarse una batalla decisiva, pues los federales y los rurales no podían permitir que los rebeldes capturasen un pueblo entero. Y dentro de tres días el ejército rebelde llegaría a uno de los dos pueblos de importancia más cercanos, y la ocupación de un pueblo en el que hubiese un jefe político crearía tal impresión desmoralizadora en todo el estado, que ya entonces sí se podía esperar con toda certeza una revolución general. El fuego del desasosiego estaba latente por dondequiera. *El General* no tenía la menor duda de que una batalla vital se avecinaba. Mucho se ganaría si podía, por medios estratégicos, forzar a los federales a dar batalla a la hora y en el lugar más favorable a su plan.

Con una habilidad poco común, había logrado mantener en secreto el número preciso de sus fuerzas. Solo los más inteligentes de sus hombres sabían aproximadamente cuántos eran. A los demás no les importaba esto, aparte de que tenían una idea muy vaga de lo que es un ejército.

Era absurdo pensar que nadie absolutamente se había percatado de su presencia en la región. Por lo menos unos treinta peones debieron haber visto al grupo rebelde y seguramente habrían comunicado sus observaciones. Pero ninguno había tenido oportunidad de ver más de dos compañías juntas a la vez. El que veía una compañía, pocas veces o nunca veía una segunda; y si encontraba una segunda compañía, no podía estar seguro de que no fuera la misma que había visto antes.

Así es que no era únicamente por el carácter difícil del terreno por lo que *el General* había mantenido a su ejército marchando en tres o cuatro grupos; era también con el fin de no dar a conocer su número total.

Cuando llegaba alguna noticia de los rebeldes a las fincas, a Hucutzín o a Achlumal, se hacía mención de cien o ciento veinte hombres. Pero aun cuando todo el ejército acampara en un solo lugar, hubiera sido imposible para un peón que acertara a pasar por allí calcular el número preciso; pues los peones y los indios errantes no se adentraban para nada en ningún campamento. Se escurrían tímidamente por las orillas y se iban felices si nadie les molestaba y si se les dejaba ir en paz. Además, es muy difícil para los peones y los indios calcular correctamente un número elevado de gente o de ganado. Cuando pasan de ochenta, su cálculo se vuelve extremadamente impreciso, y pronto comienzan a hablar de muchos miles.

El ejército destacado al norte de la finca había sido despachado por una ruta por la que inevitablemente tenía que ser observado desde la hacienda. *El General* también consideraba la posibilidad de que hubiera patrullas vigilando los alrededores del camino entre Hucutzín y Santa Cecilia, y que éstas vieran desde luego a dicho ejército.

Este ejército se componía de dos compañías y constaba de ciento sesenta hombres.

El General podía haberle destinado una sola compañía. Pero eso hubiera sido un error táctico. Tenía que convencer a las patrullas y a la guarnición de la finca de que este ejército representaba toda la fuerza rebelde. Nunca hubiera logrado crear esta impresión con sesenta o setenta hombres. En tal caso, los federales hubieran permitido pasar a la pequeña tropa y hasta la hubieran dejado acampar en paz esperando al grueso del ejército para atacarlo, y entonces, sí, ni un solo hombre habría escapado.

Así, pues, *el General* arriesgó una cuarta parte de su ejército reservando el resto para cuando considerara favorable la ocasión de desatar el ataque principal. Esta ocasión se presentaría cuando el enemigo se creyera dueño absoluto de la situación sin hacer más que esperar a que llegase un representante del Caudillo a condecorarlos a todos con medallas y a ascender en un grado o dos a los oficiales.

Siempre es bueno que los rebeldes sepan de antemano lo que les acontecerá en caso de perder una batalla. Mientras menos misericordia esperen, menos se pueden dar el lujo de fracasar.

Hubo una violenta y cruel lucha con las fuerzas del *Coronel*. Tres federales y cuatro rurales habían perdido la vida, doce soldados resultaron heridos. El resto de las fuerzas federales volvió a la finca con veinte prisioneros maniatados al extremo de sus lazos, e hizo su entrada triunfal por el ancho zaguán.

Unos cien muchachos del ejército del *Coronel* yacían muertos, desparramados sus cuerpos en el campo de batalla.

7

La noche estaba bastante avanzada cuando *el Coronel*, con el pequeño grupo sobreviviente, regresó al campamento del ejér-

cito central y se presentó al *General*.

Tanto él como los hombres que traía consigo sangraban profusamente por numerosas heridas. A un hombre le faltaba una mano, a otro el antebrazo. No había uno solo que no tuviera cuando menos cuatro heridas de bala o sable en su cuerpo. Seis muchachos eran conducidos sobre los hombros de sus compañeros, heridos. Cinco habían perecido en el camino de regreso.

Ninguno tenía una camisa encima. Hasta sus calzones de manta estaban rasgados. Cada pedazo de tela había sido utilizado para vendar las heridas o detener la sangre que brotaba de ellas.

En el campamento les sirvieron café y frijoles, al mismo tiempo que les lavaban y vendaban las heridas.

—Fue algo muy serio —dijo ahogadamente *el Coronel*, incorporándose en su lecho sobre el suelo—. Si de por sí soy flaco, ahora creo que voy a secarme de tanta sangre que he perdido. Nunca creí regresar a poder contarlo. Estábamos sentados muy a gusto en nuestro campamento, más cansados que los perros después de cazar un tigre. ¡Maldita sea!, yo presentía algo, pues había visto la patrulla, pero pensé, burro que soy, que ellos no nos habían visto.

—Como soldado, más aún, como *Coronel*, nunca creas nada. Piensa siempre que el contrario es tan listo o más que tú —le interrumpió *el General* sonriendo paternalmente.

—Precisamente porque sospechaba algo, y porque te conozco, *General*, y tenía buena idea de por qué me habías mandado a ese preciso lugar, tuve bastante cuidado. Aposté cuatro centinelas. Pero antes de que pudieran comunicar algo, ya estaban esos malditos encima de nosotros. Y qué lástima que ustedes no vieron eso. Todos hubieran aprendido algo. Eran por lo menos unos doscientos cincuenta. Todos montados en caballos de frescos. Había dos ametralladoras en el suelo. No sé cómo se las arreglaron tan pronto. Las han de haber traído en brazos mientras cabalgaban hacia nosotros. Lo vergonzoso fue que

nos atacaron de día, en plena tarde. Que háyamos vuelto con siquiera veinte hombres, francamente no sé cómo lo hicimos. Y que háyamos matado diez o doce de ellos yo creo que lo hizo el mismo San Pedro para tener más visitantes que echar al infierno. Te digo, no había escape por ningún lado. Como bólidos, nos rodearon como con una pared de tres en fondo. Y entonces comenzaron a darnos. Con sable, con rifles, y hasta con las pezuñas de sus caballos. Y los balazos, ¡Virgen Santa de Guadalupe!, zumbaban como abejas. Y luego empezaron a gritar: «¡Ahora sí los pescamos, malditos indios piojosos. Querían su revolución, ¿verdad? Gritaban Tierra y Libertad! ¡Les vamos a dar su revolución y su tierra y su libertad! ¡Hijos de la tiznada, van a saber lo qu'es empezar una revolución! ¡Los vamos a descuartizar, cabrones, y a chicotearlos y a amarrarlos a las colas de los caballos, mugrosos indios desgraciados!» Y luego, pos fue el infierno aquello, p'atrás, p'acá y p'allá, por arriba y por abajo, los muchachos cayeron por dondequiera, con el cráneo rajado hasta la nariz, los brazos arrancados con todo y hombro, los sables encajados y las tripas hechas garras por las balas. ¡Les digo que si no lo ven, no lo creen! Nosotros nos las arreglamos pa' dejarles ir un par de andanadas con l'ametralladora y medio centenar de machetazos, y donde cayeron ahí están todavía. ¡Eso sí! Pero dime, ¿qué puedes hacer cuando estás sentado con tus hombres, creyendo que todo va bien y de repente doscientos cincuenta de a caballo se te echan encima?

—¿Qué has hecho con la ametralladora, *Coronel*? —preguntó *el General*.

—¡Qué pregunta, hombre! Me doy gracias que todavía conservo la cabeza.

—Pues no se hubiera perdido mucho si la pierdes. No debe valer gran cosa donde te dejaste que te dieran tal paliza.

—Mira, *General*, es muy fácil hablar. Pero quisiera verte, aun a ti, salir de ésa con siquiera treinta hombres.

—¿Y cuántos rifles y pistolas te trajiste?

—Dos rifles y una pistola, la mía, que aquí está; pero ya sin balas.

—Bueno, muchachos, vamos a tener mucho que hacer en los próximos días —dijo *el General* enérgicamente—. La ametralladora, los rifles y pistolas tenemos que recobrarlos, o si no, no dura nuestra amistad.

—¿La ametralladora y los rifles? —*el Coronel* sonrió. Y su amplia sonrisa puede haber sido la causa de que le corriera la sangre desde la cabeza en dos gruesos chorros, por las mejillas y dentro de la boca. La escupió, se echó un buen trago de café caliente para cambiar el sabor, y luego dijo—: ¿Estás pensando en la ametralladora y en los rifles, compañero? Déjalos donde están. Ya no los puedes usar. Pero he visto dos ametralladoras nuevecitas y más de cien máuseres retesuaves, y lo demás, ¡qué bárbaro!, como unas cien automáticas y Colts. Son algo así como revólveres. Me dieron dos veces en la cabeza por estar viendo cómo funcionaban en lugar de apurarme a disparar. Y te juro que si no haces algo por agarrarlas, nosotros treinta, los que quedamos, vamos y las traemos solos. Tengo que tener esas ametralladoras, tengo que tenerlas, y esos rifles y pistolas, y si no, pos no valgo medio real.

—Aplácate, *Coronel* —dijo Celso—. Las tendremos. Nos han costado ciento veinte de nuestros hermanos, pero han de pagarlo duro. Ya no estamos en las monterías, donde ellos nomás se reían y nosotros no podíamos hacer nada. Ahora les vamos a devolver con creces lo que nos han hecho, y hasta entonces quedamos a mano.

—Por todos los santos del cielo —exclamó Matías—. Cuando pienso en todo lo que tienen almacenado para nosotros, se me hace agua la boca. Tenemos que apoderarnos de esa armería, así podremos equipar la mitad de nuestro ejército y entonces sí barremos el país de una vez por todas. La vida es bonita, ¡qué caray!, pero solo si dura hasta que les háyamos prendido fuego a toda esa pandilla de amos eternos y les métamos un susto que les dure cien años.

—Cierra el hocico —le gritó Fidel—. Tenemos que elaborar planes de campaña.

—Puedo decir lo que me dé la gana —se defendió Matías.

—Cierto, muy cierto —dijo *el General*—. Cualquiera puede hablar aquí. Pero *el Coronel* tiene primero la palabra. ¿Qué camino tomaste de regreso con los heridos? Digo, hasta llegar aquí. ¿No una ruta directa?

—¿Me crees tan animal? Está bien que perdí, pero hubiera estado mejor haber traicionado nuestro escondite. Esos roñosos ni siquiera sospechan que quedamos treinta vivos. Creen que nos arrasaron; y que los únicos vivos son los que se llevaron prisioneros a la finca para divertir a esos perros hoy en la noche.

—Los prisioneros, pobres muchachos —dijo Andrés, suspirando hondamente.

—Sí, los compadezco. Ahorita preferirían estar tendidos despedazados en el campo —añadió *el General*—. No quiero ni pensar en lo que les van a hacer. ¡Maldita sea!, los que se escaparon de caer prisioneros pueden dar gracias a todos los santos. Pero no podemos hacer nada; tenemos que esperar hasta que estemos listos, y mientras tanto esos marranos se habrán divertido; pero por más duro que sea, no debemos cambiar los planes. ¿Comprenden? Bueno, *Coronel*, ¿cómo llegaron hasta aquí?

—Todos los que nos salvamos de ser hechos picadillo no andábamos en bola. Desde luego que no. Mientras marchábamos hacia acá, les previne a todos que en caso de que nos atacaran y tuviéramos que retroceder, nadie debía de tomar la ruta directa de regreso al campamento, para no dar a conocer el sitio. Y nadie falló. Ni en lo más peligroso. Cuando vimos que ya habíamos peleado bastante y ya no podíamos hacer más, entonces los que estaban en medio del relajo y no podían escaparse se echaban entre los caídos. Estaban tan ensangrentados que parecían más que muertos. Otros se arrastraron hacia la maleza por el lado contrario del campamento. El zacate de la prade-

ra ya está crecido. Una vez lejos de la polvareda, les era muy difícil a los soldados ver dónde nos escondíamos. Te digo que nos arrastramos mejor y más bajo que cualquier víbora. Además, estaban muy ocupados lazando a los que querían agarrar vivos. Así es que al fin nos pudimos escurrir como lombrices. Al comienzo, desde luego, éramos muchos más de treinta los que tratábamos de escapar. Y los prisioneros que tomaron los cogieron de los que trataban de escurrirse, nomás que los pobres no pudieron volverse gusanos tan pronto como nosotros. Mientras, oscureció. ¡Gracias a Dios que todavía permite que se oscurezca el mundo de cuando en cuando! Ya de noche, esos coyotes, aullando de alegría, se largaron con sus prisioneros. Entonces nosotros dimos un gran rodeo, cruzando dos veces el río allá abajo, hacia el norte, y pos aquí estamos.

—Sí, aquí estamos —dijo *el General*—. Pero no para quedarnos. Nos movilizaremos rápidamente. Nos adentraremos lo menos media legua en la maleza, lo suficientemente cubiertos por las colinas para pasar inadvertidos desde la finca.

Dio en seguida orden de levantar el campamento y mandó un mensajero al ejército del sur, con instrucciones de que también ellos retrocedieran hacia la maleza, pero quedando lo suficientemente al sur como para dominar ese flanco.

8

Los victoriosos, ya reagrupados en la finca, estaban totalmente convencidos de que habían destruido a todos los rebeldes surgidos de la selva. Era muy posible, se decían unos a otros, que tal vez diez o quince escaparon, pero no constituían ningún peligro y en unos cuantos días serían acorralados por las patrullas y fusilados. En cualquier caso, la rebelión, al menos en este estado y en esta región, había sido aplastada para siempre, en vista de la matanza en masa de los indios amotinados. Otros, especialmente los peones, no pensarían tan fácilmente en ha-

cer huelgas o rebelarse en varias décadas. Y para asegurarse que así fuera, habían tenido la buena fortuna de traer vivos suficientes indios apestosos para demostrar, en presencia de las familias de los peones, lo que les sucede a los rebeldes y a todos los que osan abrir la boca en contra de sus amos.

Tanto la dictadura como los señores feudales, los hacendados, una vez más se sintieron seguros en sus tronos.

—Acción firme es todo lo que se necesita, caballeros —dijo el coronel que comandaba a los federales.

Aunque los federales y los rurales combinados Sumaban ciento veinte hombres, se les había puesto bajo el mando de un coronel experimentado en revueltas. Además, todos los hacendados de la región, junto con sus mayordomos y otros vasallos, estaban en cierto modo bajo el mando del coronel; por lo tanto éste no tenía por qué quejarse del número de sus fuerzas.

—¡Sí! Acción firme, caballeros. Ése es el único medio efectivo para tratar con rebeliones, huelgas, motines y otras locuras semejantes —continuó el coronel en su discurso a los propietarios—: Yo les prometo, caballeros, que mientras esté aquí con el mando, esta región seguirá libre de cualquier clase de insubordinación en contra de nuestro amado Caudillo. Si el desasosiego asoma la cara en el norte y el occidente de la República, así como en las regiones azucareras, no significa gran cosa; mientras tengamos el sur firmemente en nuestras manos podremos empujar hacia adelante, en caso de que sea necesario. Aquí, en confianza, caballeros, yo les diré que por el momento las cosas no van muy bien en esas otras partes del país. Pero eso queda entre nosotros. Sin embargo, nos sobrepondremos y destruiremos a esas pandillas de facinerosos, y entonces les enseñaremos quiénes son los verdaderos amos. La antigua y fina tradición, ley, orden, tranquilidad, religión y decencia, eso es lo que defendemos. ¡Salud, caballeros; brindemos por nuestro muy amado jefe, el Caudillo, el guía insustituible y presidente de nuestra gloriosa República! ¡Viva el Caudillo!

Los hacendados y los oficiales estaban sentados alrededor de

una larga y tosca mesa que había sido puesta en el pórtico de la mansión. Este pórtico, sostenido por pilares, corría a lo largo del edificio y quedaba abierto hacia el lado que daba al gran patio de la finca. Como en todas las casas del trópico, este pórtico servía de estancia en el día, de comedor y de salón de descanso, pues se colgaban hamacas para pasar las horas de la siesta, y allí las señoras bordaban y hacían algunas faenas domésticas.

La larga mesa de madera estaba cubierta con manteles de algodón de vivos colores. Las ricas viandas consistían en pollos y pavos asados, frijoles negros, ensalada fresca, cebollitas y picantes, latas de sardina y salmón, y enormes canastas rebosantes de piñas, plátanos, mangos, guanábanas, y otras frutas tropicales de la región. Unas cinco botellas de vermouth y moscatel se veían tristemente esparcidas a lo largo de la mesa. No había mucho vino. El anfitrión pidió excusas por el escaso número de botellas. Nadie se ofendió, pues todos sabían que era difícil almacenar grandes cantidades de vino en esas regiones tan remotas. La verdad era que el hacendado cuidaba de no desperdiciar su buen vino en esta clase de huéspedes forzosos a quienes tenía que agasajar. Además, se decía a sí mismo, no sabrían apreciarlo. Era lo bastante listo como para reservar el buen vino para las ocasiones en que invitara a sus amigos terratenientes y a sus familias. Ellos sí lo sabían apreciar; además tenía que portarse bien con ellos para recibir el mismo trato cuando fuera invitado.

Sin embargo, en cada extremo de la mesa había un barrilito de cinco litros de excelente comiteco añejo, y no había comensal que no prefiriese el comiteco, pues el de Santa Cecilia, que se destilaba en la finca y se dejaba añejar durante cinco años por lo menos, era renombrado en toda la región.

En el patio estaba la tropa de rurales y federales, así como los mayordomos y capataces de los hacendados. Dos lechones y un becerro habían sido sacrificados para alimentar el inesperado número de combatientes. Estos valientes consumían enormes cantidades en una sentada, y la dueña de la casa, doña

Guillermina, se hacía cruces, pues el ejército podía quedarse hasta una semana. No era la falta de carne o de maíz lo que le preocupaba, sino la escasez de sal y el vino. Además, la desaparición de platos, tazas, servilletas, cuchillos, tenedores y cucharas la aterrizzaba. Desde luego los mayordomos y los soldados comían con los dedos, pero tenían que usar cucharas. Y no era solo en el patio, sino también en la mesa principal en la que se servía a los oficiales, donde, después de cada comida, la cuchillería y hasta las tazas iban desapareciendo. Y no era solo porque se las robaran. Algunos huéspedes se las arrojaban a la cabeza a sus subordinados cuando los llamaban y no acudían pronto. Otros espantaban con cuchillos y cucharas a los perros que se metían bajo la mesa en busca de huesos. Otros se sentían tentados de mostrar su talento de malabaristas, equilibrando tazas, platos y platones hasta que toda la pirámide se venía abajo y se hacía añicos. Otros hacían suertes con tenedores, cucharas y cuchillos, para lo cual doblaban o quebraban la cuchillería de modo que pudieran hacerla desaparecer en la boca o detrás de las orejas. El éxito de estas suertes era tremendo, pero la cuchillería quedaba inservible. Encima de todo esto, una tercera parte desaparecía en la forma usual, y doña Guillermina alcanzó a ver varias cucharas y cuchillos asomando de las bolsas de uniformes, muchos de los cuales pertenecían a oficiales.

Los rurales y los federales —es decir, sus jefes— cargaban al gobierno, por medio de sus cuentas de comisaría, el costo de su estancia en la finca. Y el gobierno pagaba. Pero el hacendado que hospedaba a estos hombres no recibía un solo centavo. Desde luego que no. Pues vivía bajo la bendición de la dictadura. Ni siquiera osaba hablar del asunto con los oficiales. En primer lugar, era indigno de un caballero rebajarse a discutir estas minucias, y, de haberlo hecho, el oficial en jefe le hubiera respondido: «Querido amigo, debería estar agradecido que hemos derrotado a los rebeldes. Si no llegamos a tiempo, no quedarían ni las paredes de su finca, y no sería nada remoto que ustedes no estuvieran vivos ahora.» Puesto que el hacendado sabía que ésta sería la contestación, su orgullo le prohibía

provocar tal respuesta.

El patio estaba lleno de gente. Además de los soldados, en cuclillas y atiborrándose de comida, estaban también los peones con sus mujeres e hijos, quienes servían o sencillamente se paraban a ver a los soldados disfrutar de una comida que a ellos nunca se les ofrecía, a pesar de que eran los únicos productores de todo cuanto en la hacienda se consumía.

Los soldados, mayordomos y capataces también disfrutaban del comiteco. Para ellos se había mandado poner en el patio una olla gigante que contenía cincuenta litros. Desde luego que no era de la misma calidad del que se servía en la mesa. Era el sedimento del mejor comiteco, sin añejar y ardiente, claro como el agua.

Como resultado de las buenas viandas y la abundancia de comiteco, las cosas tomaron un cariz bastante alegre. Las esposas e hijas de los peones y demás inditas eran jaloneadas y se les hacía bailar a la fuerza. Era inútil que doña Guillermina tratara de protegerlas llamándolas a su lado. Los soldados eran aquí los amos y no titubeaban en reírse duramente en la cara de la esposa del hacendado.

Habían transcurrido menos de dos horas cuando silbaron cincuenta tiros de revólver en varias direcciones, por el aire, que ahora estaba henchido de humo de la enorme hoguera que ardía en el patio. Provenían de los militares que se divertían con sus armas. Unos cuantos peones recibieron heridas y se arrastraron a sus chozas. Dos soldados y un mayordomo eran candidatos a la fosa para la mañana siguiente, y una media docena de soldados y capataces se retiraron al bodegón de los arneses, donde fueron atendidos. Después, todo fue, una vez más, paz y concordia.

Los prisioneros estaban acorralados en un espacio cercado, donde se encerraban caballos y ganado. Nadie se había tomado la molestia de desatarlos. Así es que permanecían amarrados, tal y como habían sido arrastrados tras los caballos de sus captores. Yacían como fardos en el suelo del corral, cubierto de

estiércol.

Cuatro soldados con rifles sobre sus rodillas montaban guardia sobre la cerca de postes. Se sentían molestos de tener que estar de servicio mientras sus compañeros se divertían en el patio. Después de unas horas fueron relevados para que pudieran ir a comer. La nueva guardia se sentía más disgustada aún que la primera, pues tenían que abandonar la fiesta para vigilar a unos indios miserables.

Algunos peones de la finca se habían acercado tímidamente a los prisioneros a darles agua y puñados de frijoles hervidos. Tenían un miedo cerval de que los soldados les atravesaran con sus bayonetas el estómago por el acto de misericordia que hacían. Pero los soldados estaban tan hartos que no ponían mucha atención a lo que hicieran los peones, siempre y cuando no soltaran los lazos con que estaban atados los muchachos.

Sintiendo una necesidad urgente, un teniente se levantó y caminó hacia un oscuro rincón del patio inmediato al corral y buscó el lugar donde se agrupaban varios prisioneros contra la cerca.

—Quédense donde están, marranos —gritó el teniente cuando los muchachos trataron de arrastrarse fuera del alcance del chorro de orines tibios. Los muchachos no se movieron más—. ¡Indios apestosos! Debían de sentirse honrados porque un oficial federal tiene la condescendencia de visitarlos. ¿Entienden? ¡Contesten!

—Sí, jefecito —contestaron los muchachos sumisamente.

El teniente volvió a la mesa y relató su gran hazaña.

Una risa estrepitosa se dejó oír; y todos, oficiales y hacendados, por falta de mejor entretenimiento y de imaginación, se levantaron uno por uno, fueron al corral y exigieron a los prisioneros que se arrimaran a la cerca.

Y durante las horas subsecuentes, cuando alguno sentía la necesidad, iba «a darle agua a los puercos».

También los soldados, mayordomos y capataces, tan pronto como descubrieron el lugar favorecido para tal menester, copiaron la broma de sus oficiales hasta que uno de los capitanes de los rurales lo prohibió; no por un sentimiento de piedad hacia los prisioneros, sino porque la tropa no tenía derecho a usar para sus necesidades el mismo sitio escogido por los oficiales y los caballeros, pues tal estado de cosas podía degenerar en un desentendimiento de la rígida distinción de rangos.

9

La siguiente mañana, tan pronto como los oficiales y los hacendados se habían limpiado los ojos con los dedos mojados, y las sirvientas les habían ofrecido una taza de caliente café negro hervido con piloncillo, el mayor ordenó que comenzara el examen de los rebeldes capturados.

El consejo de guerra se componía de un capitán. Él era fiscal, juez y tribunal de apelación simultáneamente. Los demás oficiales y los hacendados hacían las veces de jueces supernumerarios. Su ingerencia, sin embargo, se limitaba solamente a sugerir formas de castigo parcialmente efectivas que dejaran una impresión «imborrable por lo menos en cien años».

Rebelarse era prerrogativa solo de generales, terratenientes poderosos y magnates del comercio, y esto en el caso de que el dictador hiciera algo que no fuera de su agrado. Realmente, toda persona en el país, hasta un alumno de primaria, sabía que el dictador podía seguir en el poder mientras no afectara los intereses de estos individuos. A esta complacencia ellos correspondían sosteniendo las arcas gubernamentales bien repletas.

Cada caso era despachado de un modo sumario y muy militar. Los prisioneros pasaban al frente, o mejor dicho, eran empujados al frente a puntapiés y empellones; después daban su nombre y permanecían inmóviles, con los brazos cruzados so-

bre el pecho.

El capitán, que se había ofrecido voluntariamente para esta tarea, preguntó a cada prisionero si había sido empleado en las monterías. Todos lo confirmaron. Ni uno solo cayó de rodillas o pidió perdón o misericordia.

El coronel en jefe demostraba poco interés en el asunto del «consejo de guerra» o en la suerte de los prisioneros. Había disfrutado de un sueño largo y reparador, al despertar había desayunado solo, sin ser molestado para nada, todo lo cual había sido de su completo agrado. Después se sentó junto a una mesita en el último rincón de la galería, pensativo, mientras fumaba un grueso cigarro y dictaba a un escribiente un pormenor de la batalla para conocimiento del jefe de operaciones militares que tenía su cuartel general en Jovel.

Después de oír los nombres de los prisioneros, que nadie se tomó la molestia de anotar, el «consejo de guerra» dio por concluida su pesada tarea.

Mientras tanto el capitán, los demás oficiales y los hacendados habían desarrollado un enorme apetito. Con la alegría dibujada en los ojos, notaron que las sirvientas indígenas adornaban la mesa con humeantes lechones y montañas de doradas chuletas de ternera, por lo que había necesidad de darse prisa para no desairar a la señora de la casa, quien se había tomado tantas molestias para agasajarlos. Los deliciosos platillos no debían dejarse enfriar.

—¡Sargento Paniagua! —gritó el capitán.

—A sus órdenes mi capitán —contestó el sargento, parándose de un salto en el borde del pórtico, donde se encontraba sentado el capitán con un puro, colgando de sus labios.

—Llévese los prisioneros fuera de la barda de la finca y prepare la ejecución. Pero antes pueden ustedes tomar su desayuno.

—¡A sus órdenes, mi capitán!

Piadosamente consciente de haber cumplido con su deber co-

mo soldado y guardián del dictador, quien le daba su pan de cada día, el capitán se levantó, fue hacia una palangana con agua, se lavó las manos, llamó a los demás oficiales y se dirigió a la mesa. Una docena de hacendados estaban ya sentados esperando a que el coronel, el decano, se sentara para que todos pudieran comenzar su retardado desayuno.

—¡Dios! —dijo el coronel, sentándose e indicando al capitán y demás oficiales que podían hacer lo mismo, mientras se limpiaba las uñas con un palillo—, debo admitir que este es un buen desayuno, como para hacer saltar de alegría el corazón de un viejo soldado aguerrido. Bueno, caballeros, al ataque con todo el coraje que les reste.

10

Los comensales estaban a media batalla cuando el sargento Paniagua se cuadró ante el capitán:

—¡Listo mí capitán!

—¡Muy bien! ¿Ya sabe lo que hay que hacer con los prisioneros, sargento?

—Sí, mi capitán.

—Bueno. Cumpla las órdenes.

—Un momento, capitán —interrumpió el dueño de Santa Cecilia, que como anfitrión ocupaba el asiento principal a la cabecera de la mesa, entre el coronel y el capitán—. Yo sugeriría, mi capitán, que citemos a todos los peones de mi finca para que presencien el castigo de estos rebeldes. Será muy benéfico para todos nosotros, los hacendados, que los peones vean esto. Acabará con toda esa palabrería idiota de tiranía e injusticia para siempre.

—¡Bravo! ¡Bien dicho! —gritaron los demás hacendados—. Es una excelente idea la suya, don Delfino. Lástima que no poda-

mos traer a nuestros peones para participar también en el espectáculo. Tal lección no se les puede ofrecer todos los días.

Algunos peones estaban ya en el patio, donde servían o simplemente curioseaban. En días como éstos, cuando había grandes celebraciones en la finca, no se trabajaba mucho, pues los mayordomos y los capataces no se querían perder nada del banquete. Solo el trabajo más urgente se atendía.

Sin embargo, el hacendado mandó a su mayordomo a las chozas de los peones a ordenar que vinieran todos, hombres, mujeres y niños, a presenciar la ejecución de los rebeldes.

11

Poder tener a su libre disposición gran número de prisioneros harapientos, intimidados y totalmente indefensos, hubiera regocijado el corazón de más de un dictador. Dictadores que solo se sienten seguros y contentos cuando están rodeados de peles y esclavos. Su felicidad aumenta al contar con el apoyo y los vítores de aduladores serviles, secuaces y parásitos de cuartel, heces humanas que a falta de individualidad y de una chispa siquiera de personalidad, solo pueden sentirse vivos cuando se les permite portar una gorra de uniforme. Estas gorras militares transforman a un cero humano en un semiser, pero tan pronto como este semiser queda sin su gorra militar, se revela tal y como lo que es, un cero distorsionado, torcidamente concebido.

El sargento Paniagua, que había recibido la orden de ejecutar a los rebeldes, no tenía ningún capricho sadista tal y como tienen otros que gozan golpeando a los prisioneros indefensos por días y por semanas o haciéndolos escupirse unos a otros o que se pellizcaran las orejas. Tales cosas no constituían una diversión para él.

Casi siempre, los rebeldes capturados eran colgados en el primer árbol. Se hacía esta ejecución con tanta rapidez, que diez

hombres eran colgados en menos de diez minutos.

El sargento Paniagua llamó a un pelotón y dio orden de que sacaran a los prisioneros a trescientos metros de la finca, y allí los colgaran de los árboles.

Pero no bien se aproximaban a los árboles cuando llegó un capataz con una orden para el sargento de que demorara la ejecución por un rato, pues los patronos deseaban estar presentes.

El sargento mandó un cabo a preguntar al coronel si tal demora estaba en orden. El coronel asintió y mandó que la ejecución esperara hasta que los señores hubiesen terminado de tomar sus alimentos y tuvieran tiempo de llegar al lugar.

Después de media hora, los hacendados llegaron descansadamente junto con el capitán y unos cuantos oficiales somnolientos.

—No podemos tener una celebración como ésta todos los días —observó don Crisóstomo, el dueño de la finca Santa Julia.

—Muy cierto —asintió don Abundio, el amo de La Nueva Granada—. Además, es mucho mejor que nosotros veamos que se haga justicia. ¿Qué más le da a un asqueroso peón la hora en que es colgado?

Esto dio lugar a sonoras carcajadas de los hacendados.

—¿Todos los peones están aquí? —preguntó don Delfino.

—Sí, patrón —contestó el mayordomo.

—¿Por qué tenemos que estar parados? —preguntó don Faustino, el dueño de la finca Río Verde.

A uno de los mayordomos se le dio orden de que ensillara caballos y los trajera de modo que todos pudieran montar y no tuvieran que estar de pie sobre sus piernas flacas y combadas.

—¡Oiga, capitán! —dijo don Eleuterio, de la finca La Providencia, acercándose al oficial—. ¿A usted le da lo mismo quién se encargue de estos perros rebeldes?

—Sí —respondió el capitán—. A mí me da lo mismo. Sólo ten-

go que informar que los rebeldes capturados están muertos, ya sea fusilados o colgados. Lo demás me es igual. Yo soy soldado. Y mis hombres son soldados. Y puesto que somos soldados honrados, nosotros no pegamos o torturamos a los prisioneros indefensos. Nosotros colgamos o fusilamos. Pero lo que hacen los demás no es responsabilidad nuestra.

El capitán se encogió de hombros y dio media vuelta.

—Mire, mi capitán —interpuso don Tirso, el propietario de la finca La Camelia—. Dentro de uno o dos días ustedes se marcharán y una vez más nos quedaremos solos e indefensos. Yo sé muy bien que nuestros peones ya no son como antes. Están inquietos. Están esperando una oportunidad para apretarnos el pescuezo. Nos matarán como a borregos; y si no les damos una buena lección de cómo tratamos a los que se rebelan, aquí mismo y ahora, no tendremos seguridad.

—¡Muy bien, caballeros! Hagan lo que deseen. Yo voy a tomar un trago, después me meteré en mi hamaca y pasaré una tarde tranquila. ¡Sargento Paniagua!

—¡A sus órdenes, mi capitán!

—Usted y sus hombres retírense a la finca. Dejen los prisioneros para los caballeros.

—¡A sus órdenes, mi capitán!

El comandante de los rurales gritó a sus hombres:

—Ustedes permanezcan aquí de guardia.

Cuando hubo dado esta orden, siguió a los demás oficiales, que volvían perezosamente a la finca.

12

Don Delfino llamó a uno de sus capataces.

—Corre, llévate unos peones y traigan picos y palas del alma-

cén.

Trajeron las palas y el hacendado ordenó a los muchachos cautivos que cavaran hoyos, cada uno como de un metro y cuarto de profundidad.

Cuando habían sido cavados los hoyos, los muchachos fueron otra vez atados con las manos hacia atrás y puestos de pie, en los bordes de dichos hoyos.

—¡Va a encantarles esto, cabrones piojosos! —gritó el finquero—. ¿Qué creían? Una bala y se acabó. ¡Pero no, no tan pronto! ¡Ahora brinquen a los hoyos! ¡Cada quien en el suyo!

Los muchachos cayeron en las fosas, pero como había anticipado el hacendado, los hoyos no eran lo suficientemente grandes para que cupieran acostados. Quedaban medio de pie, medio acostados, con las cabezas sobresaliendo de cada hoyo.

El hacendado llamó a algunos capataces.

—Córtenles las orejas a estos marranos.

—¡Eh, tú!, ¿dónde tienes tus apestosas orejas? —preguntó el hacendado, encaminándose a uno de los muchachos en su agujero.

—Patroncito, me las cortaron en los montes.

—¡Ah!, ya veo, por amotinarte.

—Con su permiso, patroncito, no fue por eso. Mi chamaquito se me ahogó en el río. Entonces me puse tan triste que me fui río abajo.

—Un desertor, entonces. Es igual —con un movimiento de cabeza llamó a su capataz—. Este perro ya no tiene orejas que le corten. Móchale la nariz. ¡Epa, tú!, no te retuerzas tanto, si te llevan el cachete, mucho mejor. Así los diablos del infierno no te reconocerán cuando llegues allí.

Los peones que presenciaban esto no dijeron nada. Ni con un gesto traicionaron lo que sentían dentro de sí. Parecían tan humildes y obedientes como siempre. Los hacendados estaban

convencidos ahora de que nada debían temer.

Los peones recibieron orden de llenar los hoyos.

Cuando habían concluido y solo las cabezas de los condenados asomaban sobre el suelo, un hacendado gritó hacia las cabezas:

—¿Tierra y Libertad es lo que quieren? Ahora les vamos a dar tierra y libertad. Más de la que puedan tragar. Puercos piojosos —picándole en las costillas a un capataz agregó—: Atarrágalos el hocico con tierra hasta que les salga por el ano.

Él mismo levantó una palada de tierra, la arrojó a la cara de la cabeza más cercana, caminó hacia ella y le metió la tierra en la boca con sus botas.

—Ahí está tu tierra y tu libertad. ¿Ahora estás satisfecho? ¿Eh? A ustedes también los vamos a rellenar de tierra y de libertad. Trae agua, José —ordenó a otro capataz—. Trae agua para todos y échasela en la boca. Ahora tendrán toda la libertad que existe en la tierra, y en el infierno también.

Llamó a todos los mayordomos y capataces y les ordenó que hicieran lo mismo con las demás cabezas.

Urgidos por sus amos, los capataces empujaron con sus botas, contra las bocas indefensas, la tierra suelta que se amontonaba alrededor de los hoyos. Y cuando bocas, narices, ojos y oídos sangrantes estaban tan llenos de tierra y agua que ni una partícula hubiera cabido, comenzaron a patear las cabezas con sus botas, hundiéndolas más y más en la tierra suelta hasta que las caras, totalmente cubiertas con una mezcla de sangre y tierra, se habían tornado irreconocibles y consistían solamente en una masa que se conservaba unida inciertamente por el grueso y negro mechón de pelo.

Al comienzo de esta distribución de tierra, los muchachos habían escupido, tosido y estornudado al sentir que se ahogaban; pero ninguno se había quejado. Tampoco habían emitido palabra alguna que pudiera tomarse como un ruego de piedad o misericordia. Ni temor ni reproche se notó en sus miradas mien-

tras pudieron ver; sólo el odio brillaba en el último parpadeo de sus ojos oscuros. Y era ese mismo odio inconmensurable el que los volvía insensibles a todo dolor, como si sus cabezas fueran de piedra. Era el odio inextinguible del oprimido que, pisoteado y atormentado, solo conoce una emoción: el odio hacia el opresor. El odio que siente el esclavo que no ha conocido jamás la justicia y solo sabe de órdenes y maldiciones. El odio que no permite oscilación en su coraje, ni siquiera para pedir una última patada misericordiosa que le extinga la vida de una buena vez.

Cuatro de los muchachos, cuando sintieron que el próximo golpe de la bota en la cara los dejaría sin poder hablar más, gritaron tan fuerte como sus gargantas ahogadas en tierra les permitían: «¡Tierra y Libertad! ¡Viva la revolución de los peones!» El grito no había sido bien claro, pero ellos, que lo escuchaban con la última chispa de su vida, no solo lo entendieron instintivamente, sino que les pareció un himno heroico en el cual intuían el nacimiento de una nueva Humanidad. Ni a un coro de ángeles entonando música celestial anunciando el arribo del Salvador le hubieran escuchado con igual emoción en aquel momento. Era como un canto anunciando el fin, pero no de ellos, sino de la dictadura.

13

Los hacendados no solo habían oído aquellas postreras palabras de los muchachos agonizantes, sino que las habían entendido a pesar de lo apagado de sus voces.

Y se apoderó de ellos tal furia que perdieron todo control de sí mismos. Haciendo a un lado a los capataces, saltaron sobre las cabezas de los rebeldes pateando y bailando sobre ellas como si desearan hacerlas desaparecer de la superficie de la tierra cuanto antes.

—¿Dónde están los caballos, perros mugrosos?

Gritaban como enloquecidos, golpeando a los capataces con sus puños. Pero los caballos no habían sido traídos todavía porque pastaban en el campo abierto y tenían que ser hallados primero y luego llevados a ensillar.

—¡Caballos! ¡Traigan los caballos! ¡Queremos mandar a estos malditos perros al infierno!

Pero no solo los hacendados; también los peones de la hacienda habían escuchado y entendido las postreras palabras de estos rebeldes. Y aunque hablaban su dialecto indio con más facilidad que el castellano, de todas maneras comprendieron, por primera vez en su vida, lo que estas palabras revolucionarias significaban. Y también en ellos resonaron como un himno, un himno a los héroes que solo la resistencia a una dictadura puede producir.

Los hacendados habían cometido su más grave error: habían obligado a los peones a ver esta exhibición macabra con el fin de aterrorizarlos. Pero éstos, al presenciar el espectáculo que se les ofrecía, experimentaron una sensación nunca antes advertida, un sentimiento que los identificaba plenamente con aquellos desdichados; y sin poder explicárselo a sí mismos, sintieron que una liga invisible de hermandad los unía, no solo porque eran peones, sino porque en esos momentos comprendieron que tenían un enemigo común, pues de pronto se aclaró para ellos que esos amos que atormentaban y golpeaban a los prisioneros, eran los mismos que pretendían pasar por sus benefactores, por sus padres benévolos. Ahora empezaron a vislumbrar, por primera vez en su existencia, que estos pretendidos padres no eran más que crueles padrastros que se decían paternos para hacer uso del dominio y autoridad que este título les confería.

Se dieron cuenta también de otro hecho revelador: Que su clase oprimida y atormentada podría producir héroes de un temple, orgullo y espíritu de sacrificio hasta ahora insospechado por ellos. Siempre habían considerado esas cualidades humanas como herencia inalienable de otra clase, la clase de sus

amos feudales, pues así se lo habían oído proclamar a éstos desde siempre y a cada oportunidad. Así como habían escuchado que los peones y proletarios eran precisamente eso, peones y proletarios, por falta de dignidad y valor.

Pero ahora los peones sintieron henchirse de orgullo su pecho al oír los ahogados gritos de victoria de los prisioneros. Sus personalidades, hasta ahora nebulosas e indiferentes, florecieron en una comprensión de sus propias posibilidades como seres humanos, pues vieron por sí mismos que estos rebeldes, aun bajo el dolor más intenso, podían sobreponerse y lanzar su verdad a la cara de sus torturadores; y vieron también que estos valientes pertenecían a su raza, a su clase y no a la de sus amos. Ninguno de ellos había visto nunca a un hacendado morir con un gesto tan sublime y tan glorioso como el que estos rebeldes habían alcanzado.

Cuando los hacendados habían ordenado a los peones estar presentes en la ejecución, no sospecharon que lograrían exactamente lo contrario a sus propósitos.

Con el corazón lleno de una ferviente admiración por los rebeldes muertos, los peones se escurrieron a sus chozas y allí contaron a sus mujeres e hijos lo que habían visto y experimentado. Y narraron esto con la misma veneración con que habrían contado que en los arbustos habían visto al mismísimo Señor aparecéseles en persona y mandarles construir una capilla.

Hombres y mujeres se arrodillaron ante las pequeñas y manchadas imágenes de la Virgen apoyadas sobre pequeños armarios, que hacían las veces de altares en sus chozas, y rezaron por las almas de los rebeldes con tanto fervor y cariño como si hubieran orado por sus propios padres. Cuando habían terminado sus plegarias y los hombres una vez más habían de abandonar sus míseras chozas para seguir al capataz a sus labores, ya no eran los mismos peones del día anterior.

VI

1

El General, una vez que hubo retirado su ejército central y el ejército acampado al occidente de la finca a legua y media dentro de la maleza, se preparó para un contraataque. La maleza cubría no solo sus dos ejércitos, sino también sus preparativos de ataque. Todos los animales fueron llevados por las mujeres y los niños a una distancia de más de tres leguas dentro de los bosques.

Ahora *el General* disponía de un amplio campo de acción y tenía, además, bastante espacio para atacar a sus contrarios por cualquier flanco. Guiado por su perspicaz instinto indígena, evitaba cualquier ataque por sorpresa, ordenando centinelas y patrullas avanzadas de tal manera que podía atrapar a cualquier leñador que anduviera de caza antes de que pudiera prevenir a los habitantes de Santa Cecilia y echar a perder sus planes. La idea fundamental de su plan era hacer creer a sus contrarios que el ejército rebelde había sido totalmente aniquilado en la batalla asesina que había ofrecido al enemigo, y que quedaban solo unos cuantos hombres heridos y fugitivos que vagaban por la selva y los llanos, dominados por el terror y la desesperación. Su mayor preocupación era que los federales, los rurales y los hacendados, junto con sus mayordomos y capataces, hubieran ya salido de Santa Cecilia, pues no quería perder a uno solo de estos enemigos.

La mañana en que los prisioneros fueron enterrados vivos en Santa Cecilia, *el General* había llamado a dos muchachos que sabía estaban familiarizados con los alrededores, pues habían

nacido y se habían criado en una de las fincas de esa región y más tarde habían sido vendidos a las monterías por sus amos por deudas de sus difuntos padres, y les había preguntado:

—Ustedes dos, Pablo y Mario, ¿entienden el idioma que hablan los peones aquí?

—Sí, *General*. El tzeltal.

—Bueno. Lleven unos costales y corten mucho zacate allá en aquel claro de la pradera. Bastante zacate como para rellenar bien sus sacos, hasta que parezcan unas bolas enormes. Después se van derechito a Santa Cecilia. Vayan a la villa de los peones y haciéndose los inocentes les dicen que van camino de Balún Canán y que de allí quieren contratarse para trabajar en las plantaciones de café, que quieren vender el zacate en Balún Canán por buen precio para comprarse tabaco para el viaje.

—Eso es fácil. Yo trabajé en los cafetales en San Jerónimo —contestó Pablo.

—Paren ahí como medio día, como si quisieran descansar. Aquí tienen dos reales cada uno para que les compren algo a los peones: tortillas para el viaje, frijoles, chile, y unas hojas de tabaco. Luego caminan por ahí, haciéndose los tontos, no lo olviden, cerca de los edificios, y paren bien las orejas. Ya saben bastante castellano como para entender lo que dicen. Se trata de que investiguen cuántos hombres hay, si éstos se piensan quedar uno o dos días o si se van a quedar más tiempo. Échenle un vistazo a las puertas, si las cierran de noche o no más las emparejan, dónde guardan los rifles y las ametralladoras, en qué cuartos duermen los oficiales, y si beben mucho. ¿Podrán averiguar todo eso?

—Desde luego, *General*. Tenemos buena cabeza y estómago pa'no fallar.

—Y al abandonar la villa digan muy casualmente que por ahí se encontraron a unos cuantos muchachos cansados y muy sucios, con rifles, y heridos en el cuerpo y en la cabeza, y que en

cuanto los vieron, desaparecieron entre la selva rápidamente como conejos asustados. Tan pronto como hayan dicho esto y como quien no quiere la cosa, salen en dirección de Balún Canán. Desde luego, cuando lleguen a la finca nadie debe adivinar que van de aquí; y al dejar la finca caminen media legua o más hacia Balún Canán, luego se dan la vuelta y se devuelven hacia acá. Es muy importante que nadie en la finca, ni siquiera los peones, sepan que salen de aquí y que regresan aquí. ¿Entendido?

—Todo, *General*. Y no te preocupes por nosotros. Ya averiguaremos todo lo que quieres saber.

—Entonces, váyanse. Y si alguno de los soldados les preguntara algo, nomás díganles que vieron a un par de hombres con rifles corriendo hacia la maleza y que iban tan atemorizados que no tuvieron tiempo de hablar. Pero es mejor que no se metan a hablar ni con los federales ni con los rurales. Tengan los ojos bien abiertos y hablen con los peones.

2

Al regreso de los dos enviados del *General* se supo la suerte que habían corrido en la finca Santa Cecilia los compañeros capturados. Pero en lugar de aterrorizarse o amilanarse por temor a que les sucediera lo mismo, la noticia despertó en todos los muchachos tal furia, que de no haber estado *el General*, *el Coronel*, *el Profesor*, Andrés, Celso y otros cuantos de los hombres lo suficientemente calmados para persuadirlos pacientemente de esperar a seguir el plan cuidadosamente preparado, hubieran partido inmediatamente a atacar a Santa Cecilia de día y sin medir las consecuencias.

Modesta, que acucillada al lado de Celso peinaba a su pequeño sobrino Pedrito, también había oído las noticias. Al pequeño Pedrito le habían cortado las orejas, como a su padre, cuando éste trabajaba en las monterías. Este castigo le había sido infli-

gido al padre por un intento infructuoso de escapar, y el niño, en presencia de su padre, había tenido que soportar la misma mutilación para aumentar la pena al padre y marcar al niño por el resto de su vida como al hijo de un desertor. Si como castigo por su intento de evasión el padre hubiera sido azotado, esto lo hubiera inhabilitado para trabajar durante varios días, y prescindir de su valioso trabajo hubiera afectado la economía del amo. Por eso se había implantado la costumbre de cortarles las orejas, pues esto no les impedía continuar su trabajo inmediatamente y así la producción de caoba no decaía.

Cuando Modesta, que hasta entonces había creído que su hermano había caído en el combate y sufrido una muerte rápida, se dio cuenta al oír mencionar al prisionero sin orejas, que entre los tan brutalmente asesinados había estado su querido hermano, palideció mientras candentes lágrimas le brotaron de los ojos. Pero no dio rienda suelta a su dolor. Solo apretó los labios fuertemente, los abrió luego, rápida, como involuntariamente, y expulsó su respiración con vehemencia. Entonces cogió al pequeño Pedrito, lo estrechó contra ella y lo besó.

—Tu padre es uno de los héroes inolvidables de la lucha por la Tierra y Libertad —le dijo besándolo de nuevo.

—¿Nunca va a volver mi padre, tía?

—No, pequeño; desde ahora vive con todos los demás héroes en las estrellas, donde están todos los grandes hombres cuyos actos maravillosos nunca serán olvidados.

—Entonces lo podré ver con mis anteojos, ¿no?

—Sí, estoy segura que sí —contestó ella con una triste sonrisa.

Mientras tanto había terminado el informe de los exploradores. Ella había dejado de prestarles atención.

Ahora, sin embargo, cuando todos quedaron callados con el impacto de la noticia, miró a Celso largamente. Éste se encontraba parado, con la cabeza inclinada, mirando al suelo.

Lo tocó suavemente y le dijo quedo:

—Tú estás a cargo de la segunda ametralladora, ¿no es así, Celso?

—Tú bien sabes que sí, Modesta. Y ahora que *el Coronel* fue y desgraciadamente perdió la suya, yo soy el único ametralladorista en todo el ejército. Y no necesito decirte lo orgulloso que estoy de estar a cargo de una ametralladora tan hermosa, tan brillante, y que dispara tan lindo.

—Desde luego que no, Celso. Tienes razón de estar orgulloso.

Permaneció callada por un rato, y con el dedo gordo del pie dibujó una figura en el suelo.

De pronto dijo:

—Yo te gusto, ¿no es así, Celso?

—¿Que-e-é? —contestó él con voz sorprendida—. Seguro que me gustas. ¿Por qué no? Eres bonita y sabes cocinar. De veras me gustas, me gustas bastante. No creí que fuera necesario tener que decírtelo. Cualquier muchacha sensata podía darse cuenta.

—Entonces, si quieres que te quiera, que te quiera mucho, tienes que hacer algo por mí, Celso.

—Cualquier cosa, Modesta, cualquier cosa que quieras. No tienes más que decirlo, y ya está hecho. Pero con una excepción. Te lo tengo que advertir luego. Si quieres mi ametralladora, esa sí no te la doy. Al menos no antes de que hayamos ganado la revolución. Entonces te haré con ella una máquina de coser.

—No, Celso, yo no quiero tu ametralladora. Lo que quiero que hagas por mí es que me enseñes a tirar tan bien con tu ametralladora que pueda cortar un mango de la rama a doscientos pasos.

—Pero ¿por qué mangos, Modesta?

—Para poder cortarles en tiritas el corazón a todos los que no están con nosotros, los que no gritan Tierra y Libertad con no-

sotros, los que patearon las cabezas de nuestros compañeros, entre ellas la de mi hermano. Las orejas de Pedrito las tienen que pagar, pagar muy caro. Y ahora la cabeza despedazada de su padre la tienen que pagar más caro todavía. Mucho, pero mucho más caro, Celso.

—Bien dicho, Modesta. Yo te enseñaré a tirar con mi ametralladora mejor que lo que me enseñó *el Coronel*. Bien visto, ¿qué sabe *el Coronel* de ametralladoras? Él nomás dispara sin ver si pega, nomás por oír el rat-tat-tat. A mí no me gusta el ruido, me gusta hacer blanco, y si pudiera pegar sin hacer ruido, estaría cien veces más contento.

—¿Cuándo comienzas a enseñarme a tirar, Celso? —preguntó Modesta, impacientándose.

—Mañana no, Modesta, sino ahora, luego luego.

—Siempre que sea sin ruido y sin disparar balas —interrumpió una voz. Era *el General*, que había escuchado las últimas palabras.

Celso rió estrepitosamente.

—Disparar es lo último que se aprende. Armar, cargar, apuntar, esas son las cosas más difíciles de aprender, y es aún más duro aprender a encontrar las fallas y corregirlas cuando se atora de repente la ametralladora. Tienes mucho que aprender, Modesta, antes de que dispares una bala. Y eso no será ahora, ni mañana, ni en diez días. Por eso, *General*, no te tiene que preocupar que comencemos a disparar y descubramos nuestra posición.

El General se sentó, encendió en la hoguera un puro mal liado, y dijo a Modesta:

—¿Así es que quieres ser ametralladorista, muchacha?

—Sí, mi *General*, eso es lo que quiero, y eso seré.

—Muy bien —replicó *el General*—. Me gustan las muchachas como tú. Lástima que ya hayas escogido marido.

Miró de reojo a Celso, quien se puso encendido y hundió la ca-

beza tanto que solo quedó visible su pelo negro enmarañado.

—Yo estaría muy contento con una mujer como tú, muchacha. Pero tengo una joven viuda, linda y gordita, cuyas lágrimas tengo que secar. Y me hará una buena esposa. Desde luego, no está loca por las ametralladoras como tú. Ella prefiere cocinarme algo bueno y espulgarme el cabello. Muchas veces una mujer así conviene más a un soldado que una que quiere pelear. ¿No crees tú, Celso?

—Yo no soy general, así es que tengo menos preocupaciones que tú —contestó Celso, levantando la cabeza y viendo al *General* con una sonrisa—. Y como no tengo más que cuidar que a mi ametralladora y a los muchachos que me ayudan con ella, pues no me caería mal una mujer que también quiera cuidarla.

—Bueno, eso ustedes lo deciden. Hagan lo que les convenga a los dos con tal de que estén contentos y ataquen a los uniformados con más gusto —dijo *el General*, aspirando hondamente el humo de su puro recién encendido y parándose al mismo tiempo.

Se acercó a Modesta, quien también se había parado, le dio una palmada en el hombro, le cogió la barbilla y alzándosela dijo:

—¡Oye, muchacha; escucha! Cuando le pegues a un mango a cien pasos, te nombro la primera tenienta en nuestro ejército.

Modesta, levantando la cabeza, saludó como vio que lo había hecho *el General*, y dijo:

—Estoy a sus órdenes, mi *General*. ¡Tierra y Libertad!

3

—¿Qué traen en sus morrales? —preguntó *el General*, apuntando a los sacos de yute de los exploradores que habían regresado.

Los sacos estaban llenos a reventar.

—¡En el nombre de Dios!, si parece que saltan por todos lados. ¿Qué traen ahí? ¿Puercos, becerros, chivas, o qué?

—Trofeos de guerra, *General* —contestó Pablo.

Pablo y Mario desataron sus morrales, sacaron el zacate de la parte superior y de los lados, y en cada saco apareció una cabeza.

—Al pasar agarré por ahí a un capataz desarrapado y me lo traje —dijo Pablo, tirando de su prisionero, a quien había atado con una cuerda y metido tanto zacate en la boca que no podía producir el más leve sonido.

—Y yo encontré un mayordomo —Mario le picó en las costillas a su prisionero para que rodara fuera del costal.

—Cada uno tenía un revólver brillante tan bonito —explicó Pablo—, que nunca nos hubiéramos perdonado hasta el día del Juicio Final si no les quitamos esas cositas tan hermosas. Y como todo entraba en la tarea del día, pensamos que sería bueno traérmolos para que los interrogaras, *General*. Ellos saben más que los pobres peones, que no se atreven a abrir el hocico por miedo de que los hacendados los entierren hasta la cintura y luego les pasen a caballo por encima. Ni siquiera nos vendieron tortillas para que no lo fueran a saber los patronos y los acusaran de confabularse con campesinos desconocidos que a la mejor sabían algo de los rebeldes.

4

Los peones a los que se referían los dos exploradores estaban a estas horas en un estado de terror indescriptible. Pero su terror no era mayor que el de los dos prisioneros que ahora estaban medio agachados ante *el General*.

Ser llevados a cuestras por los indios rebeldes, atados con fuerza, totalmente cubiertos de zacate y luego ser entregados bajo el sol tropical del mediodía en manos enemigas, ¡y qué manos!,

las de los camaradas de los que habían sido salvajemente martirizados hasta su muerte unas horas antes, era para helarle la sangre a cualquiera.

La actitud de estos dos hombres contrastaba grandemente con la asumida apenas esa misma mañana cuando se sentían absolutamente protegidos y trataban de descollar ante sus amos infligiendo torturas a los indefensos prisioneros. Cayeron de rodillas, implorando compasión, y antes de ser interrogados contaron todo lo que sabían de los planes e intenciones de los oficiales y hacendados. Demostraban, con más vehemencia que las palabras, hasta qué grado increíble puede una dictadura destruir el carácter de los seres humanos. Pero es precisamente cuando los ha degenerado a ese extremo cuando ésta, la dictadura, se ha colocado ella misma a un nivel desde donde puede ser arrojada de un puntapié.

—Esta mañana ustedes ayudaron a enterrar a nuestros camaradas, los golpearon y les escupieron —dijo *el General*.

—Por nuestra Madre Santísima, mi jefe, ni siquiera tocamos a esos pobres muchachos.

El General llamó al *Coronel* y a algunos muchachos. Se llevaron a los dos prisioneros. A la media hora volvieron.

—¿Será eso todo lo que saben? —preguntó *el General*—. Bien, es bastante. Ahora podemos alistarnos para entrar en acción.

El Coronel preguntó:

—¿Qué hacemos con esos dos? ¿Los fusilamos?

—¡Y gastar buenas balas! —exclamó *el General*—. Debías de aprender a economizar, hermanito. ¿Dónde está tu ametralladora?

—Tú lo sabes, *General*.

—Tú eres uno de mis coroneles y un oficial con mando, y dejaste que te quitaran tu ametralladora.

—¿Conque eso tienes contra mí, mano? Muy bien, me dejé

que me la quitaran. Pero hoy la recupero. Y mañana tendré otra más. Además de la nuestra, tienen dos nuevecitas allí en Santa Cecilia.

—Deja que los demás hagan algo también. No quieras hacerlo todo tú solo. Llama a algunos muchachos y diles que apedreen a estos condenados hasta que dejen de revolcarse. ¿Gastar balas en ellos? ¿O mellar un buen machete con su grasa? Hasta las piedras son demasiado buenas.

Un muchacho se acercó corriendo.

—¡Ahí vienen! ¡Ahí vienen! —gritaba desde antes de llegar.

—¿Quién viene, estúpido? —preguntó *el General*.

—¡Los federales!

—No lo creo —dijo *el General* al mismo tiempo que brincaba hacia un árbol, al cual se encaramó.

—Cinco hombres —gritó desde el árbol después de observar durante un momento—. Son hacendados que andan tras de esos muchachos que les dijimos que corrieron asustados hacia la maleza. *Coronel*, toma doce hombres y captura a esos hijos de puta. Ya están bien adentrados en la maleza. No disparen. Lácenlos. Quiero interrogarlos. Solo si se dejan venir p'acá tiren. Pero los pueden agarrar sin tirar un balazo. Y te advierto que si llegan a ver nuestro ejército aquí y se batan en retirada con informes a la finca, te juro, *Coronel*, aunque somos buenos amigos, que te mando cortar la cabeza, o más bien, te la corto yo mismo. Lo juro.

—Los voy a agarrar con dos dedos, y uno lastimado.

—Tu cabeza, *Coronel*, o esos marranos. Ya sabes —*el General* rió—. Lo digo en serio aunque me ría. Yo te nombré *Coronel* y supe por qué lo hacía. Pero precisamente por eso espero de ti lo que de veinte hombres.

—Bueno, no te enojas, *General*. Y a la noche consigo mi ametralladora. Yo solito. Con un machete y un muchacho que me ayude a cargar todo. No llevaré ni la pistola.

—Hoy en la noche haces lo que yo ordene, no lo que tú digas. Aquí yo soy *el General* y tú harás lo que yo mande.

—Sí, *General* —*el Coronel* dio media vuelta y comenzó a escoger sus hombres.

—¿Vienes? —le preguntó a Celso, que se le unió al momento.

—Me insultas, hombre. Naturalmente que sí. Puedo atrapar ganado y potros medio salvajes, así que media docena de miserables hijos de la tiznada no me preocupan.

Dos horas después los cinco hacendados yacían atados de pies y manos en el campamento. Tres mayordomos también habían sido capturados. Estos hombres no había sido avistados por los centinelas, pues se habían separado de los hacendados y habían enfilado hacia la maleza, buscando a los supuestos fugitivos.

5

En el interrogatorio los indios se agrupaban por decenas. Tan pronto como un hacendado trataba de mentir, algún muchacho que conocía bien la región lo oía, e inmediatamente gritaba:

—¡No es cierto! ¡Miente!

Uno de los prisioneros recibió una bofetada de uno de los muchachos más cercano. El hacendado, sintiéndose humillado al ser abofeteado por un indio, rehusó seguir hablando a pesar de las amenazas y masculló unas frases ininteligibles.

Los mayordomos estaban más dispuestos a decir todo lo que sabían. Y en los últimos momentos de su vida estos hombres se dieron cuenta en qué clase de individuos habían depositado su confianza. Sin que siquiera se les preguntara, los mayordomos descubrían los lugares en que sus amos tenían enterrados el dinero y las joyas o el rincón de los edificios en que estaban escondidos o emparedados.

Al fin *el General* se cansó del interrogatorio y de las mentiras. Llamó a media docena de muchachos y les dijo:

—Esta mañana estos caballeros y sus aprendices de verdugo martirizaron a nuestros compañeros hasta la muerte. ¿Qué hacemos con ellos?

—¡Igual! ¡Lo mismo! —gritaron al unísono.

—No. Lo mismo no —replicó *el General*—. Cuélguenlos allá de aquel árbol. Todos en el mismo árbol. Y déjenlos colgados ahí hasta que se pudran o hasta que se los traguen los zopilotes. Y cuando digo que los cuelguen, no quiero decir como nos colgaban en las monterías. No. Corto y rápido, con las propias reatas que traen en sus sillas.

Uno de los muchachos gritó:

—¿Y quién se queda con sus revólveres y sus rifles?

—Los que los capturaron.

—¿Y si traen otras armas?

—El que los cuelgue más aprisa.

Los hacendados se persignaron y murmuraron avemarías.

Los tres mayordomos, sin embargo, no perdieron tiempo en eso. Cayeron de rodillas, abrazando las polainas que *el General* llevaba puestas y que había ganado en la batalla contra los rurales, y gimieron:

—Misericordia; perdónenos, mi general, mi jefe. Tenga piedad de nosotros y de nuestras familias. Tenga piedad no de nosotros, sino de nuestros hijos.

El General se zafó del abrazo de aquellos miserables y los pateó con tal fuerza que cayeron amontonados.

—¿Quién de ustedes, hijos de puta, tuvo piedad de nuestros muchachos? ¡Vamos, hablen! A ver, ¿quién? Si alguno de ustedes la tuvo, no será colgado. Esta mañana estaban gozando al amparo de esos malditos verdugos y torturadores y ahora están arrastrándose aquí.

—Siempre hacemos lo que nos ordenan nuestros patroncitos
—gimió uno, medio incorporándose.

—Pos por eso. Por eso mismo está bien que a ustedes tres no los cuelguen, sino que primero los azoten y luego los cuelguen.

Dio unos pasos hacia los hacendados, que se santiguaron otra vez cuando se acercó.

—A ustedes, caballeros, los debía también mandar azotar antes de ordenar que los colgaran. Para que sepan lo que se siente, canallas. Miserables canallas de alma y corazón, eso es lo que son, aunque aquí ponen esas expresiones altivas porque tienen que humillarse ante nosotros. He pensado en algo mejor para ustedes, para que los acompañe en su marcha al infierno. Les dolerá más que una despellejada triple. Para sus miserables secuaces no significaría nada. Los azotes son lo único que les preocupa. Pero a ustedes sí, cuando les diga lo que les vamos a hacer hoy, mañana y todos los días a sus mujeres, a sus hijas, a sus nietas, y a sus madres. *Nosotros*, los piojosos, los mugrosos chamulas apaleados, sí, *nosotros*, los puercos apestosos y perros sarnosos, nosotros nos divertiremos con sus mujeres, tal y como ustedes lo han hecho con las nuestras durante siglos. Nosotros no lo hacemos por gusto, sino por justicia. Y para que reine la justicia en este estado, por eso me he hecho general y este de acá coronel, y aquel de allá mayor, aunque no sepa leer ni escribir. Pero una cosa sí podemos hacer. Matarlos a todos, y sacar al Caudillo de su trono para que al fin se nos permita abrir la boca y decir lo que quérámos, y no tener que repetir como pericos lo que nos dicen que digamos todos los días. Y ahora, caballeros, adiós y buen viaje al infierno. ¡Vamos, muchachos, llévenselos! —les gritó a los hombres que había designado para la última tarea.

—¡Viva nuestro *General!* ¡Tierra y Libertad! —gritaron más de cien rebeldes que se habían juntado en número creciente mientras hablaba *el General*—. ¡Tierra y Libertad! ¡Que muera la dictadura! ¡Abajo los caciques! ¡Abajo los patronos y los capataces! ¡Viva la revolución! ¡Libertad para los campesinos!

6

En el curso de la tarde, cuatro hacendados más fueron traídos por las avanzadas. Eran terratenientes que volvían a sus fincas con sus mayordomos y capataces, después de haber celebrado en Santa Cecilia su victoria sobre los rebeldes, y convencidos de que la región estaba libre de bandas aisladas de rebeldes.

Cuando los hacendados llegaron al campo y vieron el formidable ejército, quedaron tan atónitos y confusos que por un buen rato se les olvidó totalmente pensar en el predicamento en que se encontraban. Se dieron cuenta de lo que les esperaba en Santa Cecilia y gozosamente hubieran sacrificado cien años de salvación con tal de poder tener una oportunidad de prevenirlos de la proximidad de este ejército.

Dos de los caballeros, don Fernando y don Anselmo, todavía conservaban suficiente humor, y uno de ellos dijo al otro en tono afectuoso mientras les corrían los lazos hacia el cuello:

—No es ni agradable ni cristiano terminar colgado de una rama sin tener siquiera el beneficio de un cura, pero lo que les espera a nuestros buenos vecinos en Santa Cecilia que ahora están celebrando el triunfo ruidosamente, no es mucho mejor. ¿Eh, don Anselmo?

Don Anselmo, que tenía el cuello rodeado ya por el nudo, replicó:

—Como siempre, don Fernando, una vez más ha ido usted al grano. Yo también prefiero partir callada y discretamente de este —cuando uno se pone a pensar— muy triste mundo, en lugar de participar en la confusión y angustia que sufrirán los de Santa Cecilia antes de que, como nosotros aquí, ellos pacíficamente...

Pero don Anselmo no pudo concluir su discurso filosófico. El mundo nunca sabrá qué sabias palabras hubiera pronunciado

en su última hora. La palabra «pacíficamente» se volvió un murmullo ahogado cuando dos de los muchachos lo alzaron al aire en ese momento. Ante medidas tan severas y decisivas hay un fin a toda la sabiduría humana. Aun a la de los más grandes filósofos.

VII

1

Faltaban tres horas para la puesta del sol.

El General había ordenado a cada hombre estar listo para marchar a los veinte minutos de recibir la orden de hacerlo.

Los hombres que componían el Estado Mayor se acuciillaban juntos, pero ninguno había comentado el plan de ataque. Los muchachos charlaban de cosas triviales. *El General*, acuciillado también, escarbaba raíces de zacate con una vara. Tan pronto había sacado dos o tres, escarbaba con la misma vara otro agujero no lejos del lugar y plantaba las pequeñas raíces. Era fácil ver que hacía esto porque su pensamiento andaba muy lejos.

De pronto se puso activo. Apuradamente aplanó la tierra alrededor de la última raíz, se levantó de un salto, y casi corrió alrededor del círculo que formaba su Estado Mayor, gritando una y otra vez:

—Daría la mitad de mi brazo izquierdo por saber si es de noche o de madrugada. Daría la mitad de mi brazo izquierdo por saber...

—¡Qué diablos, *General!* —gritó Matías—. Da gracias a Dios que todavía tienes tu brazo izquierdo y deja de lamentarte. Ni una vieja podría seguir oyendo ese eterno quejido. Si te estorba el brazo, ven y te lo mocho de un solo machetazo, como cuando le cortamos la pierna a aquel muchacho a quien mordió una cascabel.

—Vamos, *General*. ¿Qué es lo que anda mal? Desembucha.

Los brazos izquierdos son muy útiles. Matías tiene razón. Necesitamos todos los brazos que tenemos, y el tuyo más que los nuestros —dijo Celso con tono reposado.

—Muy bien, si no mi brazo izquierdo, entonces daría el dedo gordo de mi mano izquierda por saber cuál plan, cuál de los dos que he pensado debo escoger —se paró y se rascó su pelo crespo.

—Si los dos son buenos, no importa cuál escojas —dijo Andrés.

—No es tan sencillo como eso. Cada uno tiene sus ventajas y sus desventajas.

—Entonces escoge el que tiene la menor desventaja —aconsejó Andrés.

—Lo difícil es saber, o más bien adivinar, cuál de las dos desventajas es la menor.

El Coronel se jaló la manga rota y se paró cerca de él por un instante.

—Siéntate aquí sosegadamente y deja de brincar como un chapulín. No puedes ni pensar con todo ese brincoteo.

—Ya probé sentado, pero sigue siendo difícil —sin embargo, se acuclilló y sacó un cigarro de la bolsa de su camisa—. El plan me vino esta mañana cuando estaba trepado en el árbol, viendo a los hacendados arrastrarse tratando de cazar a los fugitivos y a los heridos. Yo creo que muchas veces tiene uno mejores ideas sentado muy alto en un árbol y mirando al mundo hacia abajo en lugar de estar viendo siempre desde abajo. ¿Qué saben las hormigas de nuestra existencia? Pa' las hormigas somos nubes o montañas andantes. Uno de los planes es tomar a Santa Cecilia hoy en la noche. El otro es atacar la finca dos horas antes del amanecer. Tenemos que atacarla. Pero si marchamos como rebaño de borregos nos barren con sus ametralladoras. Tenemos que atacarlos de tal manera que no les dé tiempo de agarrar sus rifles.

—Bueno, pues... ¿Qué tal antes de la madrugada? —preguntó Celso.

—Hay muchos madrugadores ai. Los hacendados que quieran irse y tengan que caminar todo el día aprovechan el fresco de la madrugada. Hay que contar con que van a estar despiertos y a la mejor nos oyen antes de que nos acérquemos lo bastante. Y hasta es posible que los federales y los rurales se vayan a las dos de la mañana. Eso es lo que no pude sacarles a esos pen-dejos que agarramos. Pero, ¡maldita sea!, esa tropa no debe salir de ai antes que le quitemos los rifles. Ne'sitamos los rifles y todas las balas que traigan esos desgraciados. Y *el Coronel* quiere recuperar su ametralladora, su Ema, como le dice, o si no nunca va'star contento. Si agarramos a esos marranos aquí en Santa Cecilia, entonces no tenemos qu'andar correteando detrás d'ellos y gastarnos las plantas de los pies.

—¡Entonces a darles! —aconsejó Celso.

—¿A darles? ¿A darles? Tú sí puedes hablar, pero yo cargo con la responsabilidad si pierdo muchos hombres. Pero ahora escuchen todos y paren las orejas. Si les caemos a las dos o tres de la mañana, a la mejor ya están todos levantados, los hacendados pa'irse pa'sus casas, y las tropas pa'regresar a sus cuarteles en Hucutzín, Jovel o Balún Canán. Antes de que há-yamos brincado la cerca, ya tendrán todo listo en el patio pa' llenarnos de plomo. La ventaja es que vamos a estar atacando ya p'amanecer y habrá bastante luz pa' ver a quién le cortamos el gznate. Pero de otra manera sería mucho mejor a medianoche. Entonces van estar medio borrachos, echados y roncando el primer sueño. Pero va'star reteoscuro y se nos pueden pelar la mitad y atacarnos por la espalda.

—¡Ah, qué mi *General* tan tonto! ¿Y por qué no podemos llevar linternas, como las que ponemos en los carros cuando no hay luna? —dijo Matías riéndose.

—Matías tiene razón —opinó Andrés—. ¿Por qué no usamos linternas? No las de los carros, desde luego. Podemos usar las nuestras, así ahorraríamos parafina.

—Aunque soy *General*, realmente no entiendo de qué hablan —dijo *el General* mirando a Andrés inquisitivamente.

—No es exactamente idea mía; me vino de los peones de las fincas que visitamos y a quienes se las dimos enteritas aunque las quisieran o no. Es muy sencillo. Cuando háigamos rodeado la finca, algunos arriba de la barda y otros ya adentro, pos entonces le entregamos la parafina al dueño de Santa Cecilia. Y si todavía no has entendido, lo que quiero decir es que le prendemos fuego a las chozas de palma y a las casas de madera que están en las afueras, y en menos de dos patadas van estar ardiendo con el aire de la noche. Entonces vamos a tener suficiente luz. Naturalmente que tendremos que entrar en la finca como bólido, y hay que tener hombres en todas las salidas pa'que naiden se escape.

—Puede ser que todavía te ascienda a brigadier algún día, cuando yo sea mariscal, Andreúcho. Eres bastante listo, aunque nunca has sido soldado. Si al menos no hubiera esos malditos perros que comenzarán a ladrar como locos tan pronto como nos acérquemos a trepar las paredes.

—Yo me encargo de los perros, mi *General* —dijo Emilio, quien estaba acuclillado escuchando—. Yo sé una buena maña p'atraerme a los perros fácilmente a una media legua de la hacienda. Cuando los de la finca oigan ladrar a los perros, pero corriendo hacia la maleza, naiden les va a poner atención, porque van a creer qui'un jabalí o un tigre se ha acercado al corral. Pero tengo que empezar desde orita. Yo me hago responsable de que los perros se estén quietos, *General*. Y voy a ne'sitar tres muchachos que vayan conmigo.

—Muy bien —asintió *el General*—. Nomás que después te arreglo si los perros me echan a perder mis planes y todavía quedamos vivos yo y tú.

—Me puedes ajusilar, *General*, si no saco a los perros; naturalmente que siempre hay algunos ya muy viejos o muy perezosos que tienen miedo de salir de noche. Pero esos cuantos pueden ladrar todo lo que quieran. Y es mejor palos que están

adentro oírlos ladrar, porque los perros ladran toda la noche, aunque vean nomás a una rata o a un gato enamorado.

2

El comandante en jefe de las tropas estacionadas en Santa Cecilia había dado la orden de salir a las ocho de la mañana del día siguiente. El saber con seguridad que su hacienda quedaría libre de estos huéspedes tan costosos, indujo al hacendado a dar un banquete de despedida, ya que sería el último. Así es que no escatimó lechones, ni pavos, ni terneras en esta fiesta, y hubo abundancia de aguardiente, fino y añejo, para los oficiales y los hacendados, y claro y más fuerte para los soldados.

Tales cenas monumentales en las fincas de esas regiones no duran hasta muy entrada la noche, principalmente por la falta de buena iluminación, que hace de una larga sesión, aun teniendo enfrente los manjares más ricos, una cosa desagradable. Las velas se doblan con el calor, mientras que las linternas abiertas humean intolerablemente y cada corriente de aire arroja el grueso y negro humo lleno de hollín sobre los comensales y sus blancas pecheras. Las lámparas de petróleo se apagan cien veces y tienen que ser encendidas otras tantas, con el peligro de que exploten debido a la inferior calidad del combustible. La hoguera encendida en el altar del patio da una buena luz a bastante distancia, pero también arroja humo con hollín sobre los invitados.

Antes del anochecer, millares de moscos, jején, zancudos y otros bichos indeseables comienzan a animarse, pues se sienten atraídos hacia las mesas y las caras iluminadas. En esta época del año los insectos son más numerosos y están más sedientos de sangre. Aparte de sus molestas picaduras caen por montones en la sopa y en la salsa y nadan desesperadamente en los vasos de vino o de agua. Así es que hasta para el

comensal mejor templado, una larga sesión a la mesa es más bien una tortura que un placer.

Hay, además, otra razón por la cual tales banquetes en esas fincas remotas no duran hasta bien entrada la noche. A las nueve de la mañana el calor tropical comienza a pesar sobre hombres y bestias, sobre la hierba y el suelo. Esto obliga a la gente a levantarse muy temprano, en parte para aprovechar toda la luz del sol y en parte para hacer el trabajo necesario durante las horas frescas de la mañana. El día de trabajo útil y tolerable termina a las once de la mañana para todos aquellos que no son peones u obreros, y si alguna labor queda por hacer, se reanuda el trabajo después de las cuatro de la tarde. Por eso sucede que todos, hasta los soldados, se encuentran fatigados a temprana hora, al grado de quedarse dormidos en la mesa. Considerando las razones anteriores, se da comienzo a los banquetes a las cinco de la tarde y se terminan tres horas después, desde luego no más tarde de las nueve, y, cuando esto ocurre, ya en medio de bostezos y hasta de ronquidos.

Tales costumbres tienen que ser conocidas por un comandante en jefe para poder elaborar sus planes estratégicos. Y *el General* tenía conocimiento de que se preparaba un banquete; lo sabía no solo por los dos espías que había mandado, sino porque tal cosa le había sido confirmada durante el interrogatorio de los mayordomos capturados. Los hacendados, por su parte, aunque habían sido parcos y cautelosos al hablar, habían tomado la pregunta respecto al banquete como inocua y la habían contestado fielmente.

3

El General ordenó el ataque para las once de esa noche. No es que los muchachos midieran el tiempo con exactitud por medio de relojes que no tenían, sino que calculaban la hora por la posición de ciertas estrellas indicadas por *el General*.

Se necesitaba tiempo para llevar al ejército cerca de la finca sin ser visto, por eso durante el día marcharon hasta la orilla de la maleza. Tan pronto como oscureció, continuó el avance.

Todo el equipo y el armamento, así como los caballos y mulas, fueron dejados en la maleza a cargo de las mujeres y de los heridos que no podían tomar parte en este ataque.

A quienes poseían revólveres se les permitió que los llevaran consigo. Sin embargo, muchos de ellos prefirieron dejarlos. Pero cada uno, con revólver o sin él, llevaba un machete o un cuchillo al cinto o guardado en alguna ranura del pantalón.

El General llamó a los muchachos a su alrededor y les dijo:

—Aquellos que orita no tienen ni rifle ni pistola tendrán preferencia cuando lléguemos a la finca. Hay que buscar ametralladoras y sacarlas rápidamente o llevarlas a algún rincón del edificio.

Encomendó a doce muchachos la tarea de buscar las ametralladoras, capturarlas y vigilarlas, de modo que no pudieran ser usadas o recobradas por los soldados.

—Tú, Celso, como jefe de ametralladoras, eres responsable, junto con Matías, de que no sean usadas en contra de nosotros y de que, una vez en el patio, se las vigile bien. Tú, *Coronel*, recobrarás a tu Ema, y cuando la tengas la llevas donde Fidel, que tiene la otra, y entonces tomarás parte en la batalla.

Después, *el General* designó a veinte muchachos para capturar, asegurar y vigilar todos los rifles que encontraran. Luego organizó cuatro grupos que se encargarían de custodiar los cuatro lados de la barda, y dos más para las puertas que debían ser celosamente vigiladas de manera que nadie pudiera escapar.

Finalmente escogió a varios muchachos que sabía ingeniosos y les encomendó la iluminación del campo de batalla.

Sus dos exploradores, observadores sobresalientes, le habían dado un plano detallado de los edificios, y de cómo y dónde

estaban distribuidos los soldados, los rurales y los hacendados con sus secuaces. También le informaron que frente a la puerta principal había una guardia de tres hombres y un cabo, pero que este destacamento servía más de ornato que de seguridad, pues el comandante en jefe se sentía crecer ante los ojos de las mujeres cada vez que pasaba por esta entrada y la guardia se ponía firme y presentaba armas. La guardia dormiría de noche, pues habían sido bien agasajados con los platillos, y especialmente con la bebida, en la gigantesca fiesta de despedida. Y aunque no hubiera existido esta causa, de todas maneras habrían dormido, pues estaban cansados y nadie vendría a cerciorarse de si vigilaban. Además, «los rebeldes habían sido totalmente destruidos».

De todos modos, *el General* no dejaba nada al azar. Destacó a tres muchachos muy al frente de la tropa para asegurar que no volvieran a montar guardia jamás.

—Y ahora discutiremos la señal de ataque —dijo *el General*—. No se disparará un solo tiro, no habrá ni un silbato ni una orden. Todas las órdenes serán dadas por mí aquí y orita. Nadie debe de abrir el hocico hasta que todo termine. Dejen la gritería pa'los otros cuando vean nuestros cuchillos frente a ellos. Como tigres cazando en la noche, así es como deben de trabajar. Mientras menos ruido, mejor. Toda la cosa no debe durar más de quince minutos. De ai depende nuestro éxito. Tan pronto como se incendie el primer tejado y el patio se ilumine, ustedes deben estar brincando la barda. Cada grupo debe de vérselas con la tropa que les he asignado. Un grupo para cada cuarto y cuatro grupos para el patio. Cuatro grupos pequeños van a estar afuera de las cuatro paredes en caso de que quieran escapar algunos. ¡Ni uno solo debe salir de la finca! ¡A ver, grupo incendiario, aquí!

—Aquí estamos, *General*.

Los hombres del grupo designado dieron un paso al frente.

—Vayan. Arrástrense más quedo y con más cuidado que un coyote mañoso. Una vez que lleguen bastante cerca de la fin-

ca, busquen montones de rastrojo y lo desparraman por onde haiga cobertizos y casas con techo de palma y paredes de madera. No se olviden de llevar bastante yesca y astillas de ocote, ya encendidas pero bien cubiertas. Tan pronto como estemos todos juntos, les mando a Eladio, y él les dará la señal pa'comenzar las iluminaciones. Tengan cuidado de no empezar muy pronto, porque eso echaría a perder nuestro plan. Luego, cuando haigan recibido la señal y comenzado la cosa, tengan cuidado de que arda bien, y que no se vaya a apagar antes de que téngamos agarrados a todos. Pobres de ustedes si dejan que algo salga mal. Entonces sí van a saber cómo puedo ser. Ustedes son el grupo más importante para el éxito de todo el plan. ¿Entendido?

—No te preocupes por nosotros, *General*. Vamos a prenderle al lugar pa'que se vea más brillante qu'el infierno.

Los hombres juntaron toda la yesca en el campamento, cada uno se proveyó de varias astillas de ocote, y, para mayor seguridad, cada hombre se llevó una linterna llena de petróleo. Provisos de ese equipo echaron a caminar. Con ellos iban los muchachos cuya tarea era visitar a los centinelas y hacerlos desaparecer para siempre.

Puesto que todavía no era de noche, los muchachos se arrastraban cautelosamente como culebras por entre los zacatones para evitar ser vistos desde la finca. Desde luego no era de esperar que alguien en la finca, mientras el gran banquete de despedida estaba en su apogeo, se tomara la molestia de enfocar sus binoculares sobre la pradera con la esperanza de ver a algún antílope descarriado. De todas maneras, *el General* preveía hasta las más insignificantes eventualidades.

El Profesor, quien había escuchado todas las disposiciones del *General*, pues había estado a su lado durante la última media hora, dijo:

—En mi opinión, y después de lo que hemos visto y oído aquí, hicimos bien en hacerte general. Difícilmente hubiéramos hallado uno mejor.

—Vamos, vamos —sonrió *el General*—, no soy tanto ni tan bueno como crees, *Profesor*. Mañana o pasado me atraviesa una bala, me cuelgan, o me entierran hasta el pescuezo y me pasan por arriba con caballos, o me embarran de melaza y me amarran a un árbol. ¿Qué importaría eso? La revolución seguiría igual y tiene que seguir hasta su glorioso fin. Los generales mueren y nuevos generales, mucho mejores que yo, aparecen. Pues mientras más dure la revolución, más práctica tendrán los revolucionarios en hacer la guerra, y, en unos cuantos meses, cualquiera de los que están aquí parados lo hará mejor que yo ahora porque habrá tenido más experiencia que la que yo he tenido hasta hoy.

—Eso está todo muy bien dicho, *General* —replicó Andrés—, y es verdaderamente una lástima que no puedas escribir todo eso para que todos los revolucionarios que no te puedan oír puedan al menos leer tus palabras. Pues los hay que se sienten indispensables.

El General soltó una sonora carcajada.

—¿Yo escribir? ¿Escribir mis palabras? Tengo que decirte, Andreúcho, que me daba dolor de cabeza cada vez que le tenía que escribir a mi madre cuando era sargento. Apenas podía llenar un lado del papel. Pero cuando llegaba al otro lado, comenzaban las dificultades, porque para entonces ya no me quedaban palabras, y si me hubieran quedado no habría sabido cómo escribirlas. Y ya hace tiempo de que fui sargento. Ahora no sabría escribir más que mi nombre. Y eso creo yo que es bastante para un general. ¿Qué piensan de eso, muchachos?

—¿Qué más ne'sita escribir un general aparte de su nombre, quisiera saber? —dijo Celso, mirando inquisitivamente a todos los hombres—. Míreme a mí. Yo ni siquiera sé escribir mi nombre. Una C chueca y torcida es todo lo que me sale y eso con dificultad, y a pesar de eso soy coronel, y lo qué's más, a cargo de una ametralladora. Si sabes escribir o no, no le importa a una ametralladora. Todo lo que le importa es si está bien aceiteada y si sabes manejarla bien pa'que dé en el blanco.

El Profesor sonrió al *General*.

—Me gustaría mucho saber, *General*, qué le decías en la primera hoja cuando le escribías a tu mamá.

—Es muy sencillo y muy claro. Escribía: «Mi muy querida, noble y respetada madrecita», y luego le ponía un punto.

—¿Y qué más decía en ese primer lado?

—No podía decir más, porque la página estaba llena y no cabía otra palabra.

—¿Y en el otro lado? ¿Qué ponías en el otro lado? —inquirió riendo *el Profesor*.

—Eso es igual de sencillo y de claro —dijo *el General*, como si estuviera hablando de la cosa más común del mundo—. Qué más podía decir sino: «Estoy bien, su hijo agradecido que le besa sus manos. Juan Méndez.» Con eso se llenaban las dos páginas. Ponía la carta en un sobre, compraba una estampilla, la lamía y después metía la carta en un buzón.

—¿Y qué te escribía tu madre contestándote?

—Nada. No sabía escribir. Pero podía leer mis cartas muy bien. ¿Y qué más quieres de una carta, si no es que la lea la persona a quien se la mandas? Pero ya no vamos a pensar en eso. Tenemos otras cosas que hacer, y, además, yo creo que mi madrecita ya murió. Su vida era trabajo perpetuo, una penalidad tras otra; mucho cariño, eso sí, y siempre la preocupación por alimentarnos; nomás una vez la vi reír —*el General* frunció el ceño e hizo un gesto extraordinariamente cómico. Los muchachos que se sentaban a su alrededor lo miraron e iban a soltar la carcajada cuando se paró de un salto y gritó—: ¿Dónde están mis muchachos de la iluminación?

—Hace media hora que van de camino, mi *General* —le contestaron.

—¿Y los encargados de dormir a los centinelas?

—Ya hace tiempo que salieron también.

—Entonces alistense para marchar. ¡Vamos! ¡Apúrense! ¡Sacudan los huesos! Bola de piojosos desvergonzados, sentados ahí chismiando como comadres, en lugar de estar ejercitándose o aceitando sus armas y afilando sus cuchillos y machetes. ¡Vaya! ¡Valientes soldados! Bola de pelados mugrosos, eso es lo que son, ni siquiera sirven p'hacer un motín, menos una revolución. ¡Vamos! A hacer todo más rápido que de costumbre. Alisten todo pa'la marcha. Al momento que se ponga el sol tras esos cerros, pos nos vamos. Y le vuelo los sesos al que tome otra posición que la que le he asignado pa'su grupo. Voy a'star vigilando muy de cerca, aunque tenga las manos llenas. Y les prometo que se van a'rrepentir si encuentro a alguno agachado sobre un pescuezo que no le pertenezca o acucillado en algún rincón que no sea el suyo.

Desató la funda de su pistola, tiró su revólver hacia una mujer que estaba cerca y dijo:

—No ne'sito un revólver pa'trabajar. ¡Epa, tú, muchacho! Dame tu machete y consíguete otro. Tú tienes bastante ensangrentadas tus manos de la pelea de ayer, así que te puedes quedar aquí y cuidar del campamento.

Calando el filo del machete que el hombre le había entregado, *el General* continuó:

—No muy filoso, ¿verdad? Pero mejor. Esos malditos puercos siquiera lo sentirán cuando los esté aserrando, y tendrán unos miserables dos segundos de más p'aprender lo rápido que se puede uno ir a la tiznada.

4

Mientras tanto, una hora y media antes de la puesta del sol, el banquete en Santa Cecilia comenzaba. Como en todas las fiestas en que se celebraba una victoria, las cosas tomaron un cariz ruidoso e hilarante. Los bravos combatientes, orgullosos de la batalla ganada gozaban en la certeza de que el enemigo no

solo había sido derrotado, sino también vuelto inofensivo para siempre.

¿Y por qué tenían que ser excluidos el cabo y sus tres hombres, que formaban la guardia de honor a la entrada principal, de esta fiesta de la gran victoria? Ellos habían peleado valientemente en la escaramuza de ayer en la cual la horda de rebeldes había sido aniquilada, y consideraban un derecho bien ganado el poder atender las celebraciones victoriosas en persona, como todos los demás. No eran delincuentes, ni mucho menos desertores que hubieran tratado de escabullirse cuando las cosas se habían puesto caldeadas y los rebeldes, esos bandidos infames, habían desatado toda su furia sobre ellos. Además, siendo que no había razón por la cual tuviera que venir un oficial a la puerta de entrada, sería algo casi rayano a la idiotéz el que un cabo del ejército se estuviese afuera con sus hombres, viendo desde lejos cómo los otros juanes, rurales y capataces, pellizcaban los senos de las sirvientas indias que servían los alimentos y algunas veces les palmeaban los muslos para tantear si más noche se podían atrever un poco más arriba sin que les arañasen la cara.

Los oficiales, sentados a la mesa en sillas que aunque burdas eran, sin embargo, sillas, y que, en contraste con los soldados, comían con tenedores y cuchillos, hubieran considerado una grave falta de cortesía hacia su anfitriona si se hubiesen levantado, llamado al cabo y dado un buen regaño en frente de todos por haber abandonado su puesto. Eso se podía atender al día siguiente, y el regaño sería reforzado enfáticamente con media docena de bofetadas propinadas al cabo y unos buenos fuetazos sobre los hombros de los soldados. El coronel no sólo era un oficial, era todo un caballero. Eso no se le debía olvidar, y menos ahora que la esposa del hacendado, sus tres hijas, dos sobrinas y las esposas e hijas de los terratenientes vecinos se sentaban a la mesa.

Además, la puerta principal no era de gran importancia, pues había tres ametralladoras en el patio. Estaban bien empacadas para la marcha y de ninguna manera listas para disparar, pero

seguían siendo ametralladoras que cumplían su misión de amenaza formidable aunque estuviesen completamente desmanteladas y puestas en un rincón. Dónde quedaba el rifle de cada soldado, eso sí que no lo sabía nadie después de dos horas de banquete. Si uno no podía tener un momento de distracción de cuando en cuando como cualquier ser humano, entonces el jueguito militar no tendría atractivo alguno. El uniforme proporcionaba este atractivo de día, pues de noche los botones no brillan, y los bordados rojos y verdes y los cordones de oro y plata semejan cualquier hilo corriente.

En el curso de la conversación, se comenzó a hablar sobre los rebeldes que habían escapado. Trataban de adivinar cuántos habrían quedado sin capturar todavía. El número más pequeño, sugerido por dos hacendados, era de tres. El más alto fue ofrecido por un teniente, que aseguraba que no menos de once habían tenido la suerte de escapar, pero estaba convencido de que los once estaban heridos tan seriamente que no podían haber ido muy lejos, y, no teniendo esperanza de encontrar ayuda, seguramente se esconderían en la selva hasta perecer miserablemente, pues su terror era tan grande que no osarían salir jamás. Así es que debían de estar escondidos en la maleza, pero bien lejos.

—Es extraño —interpuso un capitán de rurales—, que los caballeros que salieron con sus mayordomos a coger a esos marraños no hayan regresado. Nada les puede haber pasado.

—No se preocupe, mi capitán —lo tranquilizó el dueño de Santa Cecilia—. No era la intención de mis vecinos regresar. De todas maneras tenían que seguir ese camino para llegar a sus casas. Y puesto que tenían todo el día por delante, tuvieron la idea de atrapar a los rebeldes a su paso y colgarlos de un árbol. Han de haber hecho eso precisamente y continuado hacia sus fincas. De seguro pasarán la noche en Santa Rosa. Ahí estarán ahora, y probablemente les pesará no haberse quedado otro día aquí para gozar de este espléndido banquete. Pero vinieron desde Jovel, donde tenían asuntos que atender, y como han estado fuera de sus hogares por más de tres semanas,

estaban ansiosos por regresar. No hay nada de extraño en eso, mi capitán.

Las viandas fueron al fin derrotadas y siguió el proceso de empujarlas bien con bastante comiteco y aguardiente, evitando así que los chiles verdes se pegaran a las encías y a la lengua e hicieran llorar los ojos.

El fonógrafo de cuerda estaba bastante enmohecido, pero alcanzó a dar vueltas lo suficiente como para raspar unas veinte tonadas chillonas de discos que ya comenzaban a criar lama por la humedad. Había en la finca dos acordeones americanos, unas cuantas guitarras y dos violines ya también bastante enmohecidos. Una media docena de soldados podían ejecutar algunas melodías, que aunque distaban de ser reconocidas como tales, bastaban para persuadir a la gente de que se podía bailar, es decir, las parejas brincaban, pataleaban y se movían hacia atrás y hacia adelante, lo cual era aprovechado por los hombres como pretexto para acercarse tanto a las señoras, que la fiesta pronto degeneró en una desenfrenada orgía cargada de vulgaridad y obscenidades.

Después de media hora de bailar sobre las duras y disparejas losas, con las pesadas pistolas golpeando contra las caderas, la carne se comenzó a resentir y los bonitos uniformes corrían peligro de ser maltratados, por lo cual los oficiales y los finqueros creyeron más conveniente y cómodo quitarse sus cinturo- nes con sus pistolas y colgarlos sobre el barandal.

Las señoras, desde luego, no gustaban mucho de la idea de bailar con caballeros armados; al contrario, las vueltas y giros rápidos de la danza daban pábulo a que las pesadas armas causaran daño a las delicadas piernas de las damas, volviendo un tormento de lo que podía ser una agradable velada.

El coronel, para no rebajar su dignidad, había desistido de desarmarse, aunque sacrificara su comodidad. Sin embargo, cuando la dama con quien bailaba le dijo de pronto: «Perdóname, mi coronel, pero su pistola me lastima mucho y preferiría sentarme», ¿qué podía hacer el coronel? Naturalmente, portar-

se como un caballero y acceder a los deseos de la dama.

De manera que muy pronto todas las pistolas estuvieron en los lugares más inesperados: colgando de la pared, sobre las sillas de montar o debajo de los catres de campaña donde dormían los huéspedes de más categoría.

5

Los revolucionarios verdaderos que tomen las cosas en serio, no deben depender del azar o esperar que la suerte les favorezca. Los soldados regulares sí pueden contar con la estupidez del enemigo y convencerse de que la fortuna siempre está del lado del más aguerrido. En cambio, los revolucionarios nunca deben contar con que el enemigo está cansado o borracho o que es inferior, y bajo ninguna circunstancia deben creer en noticias que no tienen más fundamento que los buenos deseos de que sean ciertas.

Cuando los rebeldes discutían el plan de ataque, Gabino había dicho:

—Puede ser que estén tan borrachos que se queden tirados durmiendo como perros muertos.

A lo que *el General* había replicado:

—Puede ser. Pero ese «puede» no nos ayuda en nada. No hay que depender de eso. Ése es mi consejo a todos ustedes. Hay que suponer que ni un alma duerme, que nadie está borracho, que todos tienen sus armas en la mano, que están alerta y que de alguna manera ya conocen nuestros planes. No confíen en la suerte. Nunca. Siempre háganse de cuenta que el otro puede hacer más, que sabe más, y que es más fuerte. Que está más alerta de lo que quisiéramos y que ya sabe o adivina todos los planes. Porque lo mismo que nosotros hemos pensado aquí, los de allá pueden haberlo pensado también. La única ventaja que les llevamos es que no saben que somos más de

cuatrocientos hombres los que estamos aquí en la maleza. Y hasta eso lo pueden haber sabido de alguna manera. Si yo fuera a confiar en la suerte y en que estén borrachos, no necesitaríamos ningún plan ni estar divididos en grupos. Pero como no cuento con la suerte, hay solo una cosa que nos puede derrotar, y eso es que haiga un regimiento de caballería entero en la vecindad de Santa Cecilia, y que éste nos pueda atacar por la espalda tan pronto como háyamos llegado a las afueras de la finca. Pero pa'eso tenemos nuestros encargados de la iluminación. Si vemos que no arde algo, entonces anda mal la cosa; pero una vez que comience a arder, nos echamos encima de ellos, venga quien venga detrás de nosotros.

6

El General, acompañado por Celso, se había arrastrado cerca de la finca mientras su ejército estaba a menos de media legua, escondido en el zacatal. La finca ya estaba completamente rodeada, de modo que los cuatro grupos atacantes estaban más o menos equidistantes de las bardas que eran sus objetivos. El único obstáculo en el plan de envolvimiento era la villa de los peones. El plan de los dos grupos que aquí formaban un ángulo recto, era cortar el acceso de la villa hacia la finca durante el curso del ataque, destacando un reducido número que vigilara la villa de modo que los peones no pudieran huir hacia la finca en caso de que se asustaran y salieran corriendo.

Naturalmente, los muchachos a quienes se les había encomendado ocuparse de los perros no habían podido atraerse absolutamente a todos los canes de la hacienda. Algunos ladraban aquí y allá. Éstos fueron silenciados por cada hombre a quien se le acercaban, o cuando menos eran reducidos a un mero quejido lastimero gracias a una piedra bien plantada sobre el cráneo. Estos perros pronto aprendieron que las cosas iban en serio, y se refugiaron dentro de las tapias de la finca, donde encontraron bastantes huesos nuevos que roer, y que

pronto les hicieron olvidar que afuera acechaba un poderoso tigre con el cual era mejor no enredarse.

En el rincón más oscuro del ancho patio, donde no llegaba ni el más leve resplandor de la fogata, *el General* se encaramó sobre la tapia. Cuando se dio cuenta hasta qué grado estaban embebidos los oficiales y soldados en sus tareas de bailar y beber, y observó que ninguno traía arma al cinto, pensó por un momento en dar la orden de ataque inmediatamente.

Celso también había trepado sobre la pared para reconocer el campo de batalla. Cuando habían bajado los dos al suelo, *el General* dijo:

—No sería malo caerles ahoritita. Pero no creo qu'es decente atacar a alguien cuando está bailando y gozando.

—Pos, puede ser —cuchicheó Celso—. Pero tampoco es muy decente molestarlos después. No te creas que después de estar comiendo bien, bebiendo, bailando y manoseando a las muchachas se vayan a poner a rezar.

—Bien dicho. Y lo que has dicho me convence más de que la señal no debe ser dada antes de tiempo; no debemos de cambiar el plan; todavía tenemos que atacar como una hora después de que se haiga apagado la última vela, como tenía arreglado. Entonces será más rápido y hasta puede ser que no piérdamos ni un hombre.

El General visitó una vez más a los grupos incendiarios que estaban echados en el suelo a cincuenta metros de los techos y los montones de zacatón que debían de incendiar, sin permitirle siquiera el lujo de fumar un cigarro.

—Cuando aülle cuatro veces como un coyote, prendan fuego —ordenó a los jefes. Luego ambos, *el General* y Celso, retornaron a sus propios grupos.

7

Ni un sonido, aparte del aullido melancólico de algún perro que tan pronto como había abierto el hocico varias veces huía des-pavorido a los edificios de la finca o a las chozas de la villa, delataba la cercanía del ejército. Las cigarras y los grillos cantaban y zumbaban por millones a lo ancho de la pradera, ahogando los movimientos reprimidos de los hombres que yacían tan bien escondidos en el zacatón que quizá ni un poderoso faro, en caso de que lo hubiera habido en la finca, los hubiera descubierto. Hasta un hacendado podía haber cabalgado por entre los muchachos tendidos, y aparte de un ligero respingo de su caballo al reconocer a un hombre en el suelo, no hubiera notado nada fuera de lo común y hubiera seguido trotando pacíficamente. Aun así hubiera pensado que era una bestia salvaje la que había olfateado su caballo, perceptible al animal, pero no a su jinete. Y en el caso de que hubiera visto a dos o tres de estos cuerpos casi desnudos, no habría prestado mucha atención a este encuentro, pues creería que eran peones de la finca borrachos que habían llegado hasta allí y dejándose caer cuando sus piernas se negaron a llevarles hasta sus chozas.

Pero ni un hacendado iba a su casa antes de la madrugada, ni un soldado dejaba las seguras paredes durante la noche a menos que tuviera órdenes precisas, y los peones de la finca, tan pronto como se les soltaba de sus tareas, corrían a sus chozas a comer y a dormir, pues a las cuatro de la mañana las campanas de la finca sonaban y tenían que abandonar sus hamacas o petates y comenzar otro día de trabajo.

8

Cuando *el General* vio que la gran hoguera en el centro del patio no había sido alimentada hacía más de una hora y que sólo aquí y allá el destello de una vela era visible en uno de los

cuartos de la finca, dejó escapar el aterrado chillido de un pavo real que es atacado por un puma, y los cuatro ejércitos comenzaron a arrastrarse como víboras sobre el suelo.

Aunque no hicieron ruido alguno, los perros que todavía quedaban en la finca comenzaron a ladrar una vez más, y una decena de los canes de los peones se creyeron obligados a unirse al coro.

En el patio se podían oír las maldiciones de los soldados que habían sido perturbados en su sueño, e inmediatamente después los aullidos lastimeros de varios perros que habían sentido el peso de un garrote sobre sus patas.

En los pueblos pequeños, en las villas de los indios y en las fincas más remotas, no se le da importancia al ladrido de los perros que se escucha durante el día, mucho menos de noche. Los perros ladran porque una vaca, perdida en el potrero, regresa tarde al corral, porque pelean dos marranos, porque algún burro trata de arrancar un elote, porque la luna hace sombras raras, y especialmente cuando otro perro empieza a ladrar sin razón alguna o cuando el aullido de los canes de las fincas lejanas se oye a través de la pradera. En la mayoría de los casos, sin embargo, estos perros ladran nada más por ladrar, para acortar las horas de la noche o sencillamente para convencerse a sí mismos de que todavía están vivos.

Desde luego que si todos los perros de la finca y de la villa de los peones hubieran estado presentes, el escándalo hubiera sido tan notable que posiblemente los habitantes de la hacienda hubieran pensado que estos ladridos avisaban de un peligro serio. Pero como los perros habían sido reducidos a menos de la mitad, sus ladridos no despertaron la menor sospecha.

Las filas avanzadas estaban ya a menos de cincuenta pasos de las bardas sobre la vereda que conectaba a la villa con la finca, por lo que esta ruta quedaba cortada tanto para los peones como para la gente de la hacienda.

Los hombres asieron fuertemente sus machetes o cuchillos y levantaron la parte superior de sus cuerpos de modo de poder

saltar al instante al oír la señal de ataque.

Ésta llegó luego en la forma de un aullido de coyote que se escuchó prolongadamente cuatro veces.

Inmediatamente después se vieron unos destellos en los dos flancos de la finca donde quedaban los establos, sobre las casas de los mayordomos y capataces, donde todos los techos eran de hojas de palma seca.

Unos segundos más tarde, una llama roja y amarilla saltó silbando y corrió por la orilla de los techos como una lagartija asustada. De una esquina brotaron altas llamas con un crujido estrepitoso.

Era extraordinario que nada se moviera en el patio o en los edificios de la finca, cuando menos durante varios minutos. Solo los canes, que habían estado ladrando, dejaban escapar terribles aullidos.

Los rebeldes ya habían brincado la tapia. Como felinos se deslizaban en grupos hacia las habitaciones, cuyas puertas, a causa del calor, estaban entreabiertas. Pero como *el General* había supuesto que todas las puertas estarían aseguradas con candados o pestillos interiores, había destacado grupos que subieran a la azotea, rompieran las tejas y se dejaran caer en las habitaciones por el techo, pues la agilidad de los muchachos haría de esto un procedimiento rápido y sería un elemento de sorpresa mucho más efectivo que tirar las puertas. Imaginó que detrás de ellas estarían esperando los oficiales y los hacendados con sus revólveres listos, por lo que el ataque se efectuó simultáneamente desde el techo y por las puertas.

Cuando los grupos que tenían que asaltar las habitaciones habían alcanzado las puertas, ya no quedaba vivo ni uno solo de los hombres que dormían en el patio —soldados, rurales, mayordomos y capataces—. Las cuadrillas del patio les habían rebanado la garganta mientras los grupos de los techos estaban todavía arrodillados en los edificios arrancando tejas.

El primer ruido definido que se oyó fue al desprenderse, caer y

romper un montón de tejas de barro. Todo lo que había ocurrido, incluyendo la muerte de más de ciento veinte hombres que dormían en el patio, no había producido más ruido que unos cuantos gruñidos reprimidos, gritos agónicos sofocados, un chillido que terminó en gorgoreo antes de que pudiera tomar forma, el raspar de los machetes cuando sus puntas pegaban contra alguna piedra o las baldosas del patio, y, desde luego, manoteos y pataleos vagos y confusos.

Y ahora, unos seis minutos más tarde, resonaron las primeras voces humanas. Provenían de la casa donde vivía el mayordomo con su familia. «¡Fuego! ¡Fuego!», la voz se oyó dos veces. Luego cesó.

En los edificios más importantes de la finca sonaron aquí y allá fuertes y claras detonaciones de pistola dentro de espacios cerrados. Pero dondequiera que sonaban dos o tres disparos, era evidente que a lo sumo dos de las veces provenían de la misma arma y que el siguiente disparo venía de otro cuarto o de un rincón distinto.

Era notable que aún no se oyera gritar o vociferar dentro del edificio. No era ciertamente el valor el que impedía gritar a los bravos oficiales y a los igualmente aguerridos hacendados. La sorpresa había secado sus gargantas. Y antes de que trataran de dar un grito de alarma, ya sus gargantas no estaban en condiciones de producir sonido alguno.

Los únicos chillidos que se escucharon provenían de tres voces femeninas, que inmediatamente después se convirtieron en sonoros gorgoteos.

En la brillante luz de los ardientes techos de palma se vio al *Profesor* agazapado en lo alto sobre la cornisa del edificio principal.

Fue el primero en hablar y habló tan fuerte que se oyó en todo el patio, y más allá de las bardas, probablemente hasta en la villa de los peones.

Moviendo sus puños, irguiéndose cuan alto era y dando a su

voz toda la fuerza de que era capaz, gritó:

—¡En el terror y en el caos nacen las dictaduras! ¡Con el terror, brutalidad y látigos se sostienen en el poder! ¡Con el terror y con la muerte de millones de hombres serán destruidas! ¡En arroyos de roja sangre se ahogará el reino de la mentira! ¡Viva la revolución de los pobres! ¡Tierra y Libertad!

Los rebeldes, despertando súbitamente como de un trance, blandieron sus cuchillos y machetes en el aire y gritaron la respuesta:

—¡Viva la revolución! ¡Abajo los tiranos! ¡Tierra y Libertad para todos, sin amos y sin capataces! ¡Viva nuestra rebelión! ¡Viva la rebelión de los indios!

Y sucedió en el curso de la revolución, que un ataque como el de la finca Santa Cecilia fue repetido no una, ni diez, sino cientos de veces a lo ancho del país, hasta que no quedó para recordar esa época más que las ruinas de los otrora florecientes dominios y las destrozadas y oxidadas máquinas en cientos de fábricas e ingenios, y una población que había disminuido en casi tres millones. La edad dorada de la dictadura había sido capaz de lograr un aumento de productividad nunca antes soñado. Pero al hacer esto había olvidado por completo al ser humano, al individuo; también había olvidado que las cosas pueden ser transformadas en productos vendibles, con una sola excepción: el cerebro y el alma del hombre.

9

Cuando amaneció y los victoriosos comenzaron a explorar por toda la finca, llegaron al lugar donde sus camaradas ajusticiados yacían con las cabezas despedazadas y los cuerpos lacerados.

—Los enterraremos, pobres compañeros —dijo Andrés—, los enterraremos en el cementerio de los peones.

—Eso sería un insulto para ellos —replicó *el General*.

—*El General* tiene razón —dijo *el Profesor*—. No les podemos hacer mayor honor que dejarlos aquí donde los encontramos. Aquí sangraron, aquí lanzaron sus últimos gritos revolucionarios a la cara de esas bestias uniformadas; aquí se quedarán. Solo cubriremos sus cabezas con montículos de tierra y luego pondremos una cerca de piedra alrededor de su última morada. Y cuando Dios pase por aquí en el Día del Juicio a llamarlos, los encontrará tal y como fueron enterrados por los tiranos, y así sabrá Dios quién estaba en su derecho en esta lucha entre gobernantes y gobernados.

—¡Nosotros tenemos la razón! —gritó Celso—. Nosotros tenemos la razón y por eso somos rebeldes. Los rebeldes siempre tienen la razón. Porque nadie, indio o ladino, tiene derecho a taparle la boca a ninguno; no se nos dio la boca solo para comer, sino también para hablar, ¡qué caray!, y para hablar lo que quiéramos, les plazca o no a los científicos y a los aristócratas.

—Celso —le dijo Andrés quedamente una vez que había terminado su discurso—, eso es lo que te dijo Modesta ayer. Eso no lo pensaste tú.

—¿Y qué tiene que me lo haya dicho? Es tan viva y tan leída como tú, aunque sea mujer. Sabe leer bien, y sabe escribir también. Pero no tienes que decirle a todo el mundo que Modesta me dijo eso. Estoy a cargo de una ametralladora y no quiero que se enteren que sigo tan bruto como antes. Además, te digo que manejo mucho mejor ese juguete que un lápiz.

—Y es más útil, Celso. Porque no creo que siempre va a ser tan rápido y tan sencillo como anoche.

—Ni yo —dijo *el General*, quien se acercó a encomendarle a Andrés que hiciera una lista de armas, municiones y provisiones—. *El Profesor* ha revisado todas las órdenes, telegramas y partes que el coronel de los federales y el mayor de los rurales recibieron. Es posible que todo un regimiento esté ya en marcha entre Balún Canán y Achlumal para reforzar las guarniciones del distrito norte. Vendrán por nuestro camino. Y no nos

vamos a hacer a un lado. Seguiremos adelante.

10

El ejército rebelde permaneció una semana en esta rica y antes hermosa y real finca.

El día de la partida, *el Profesor* dividió las tierras entre los peones que, como sus antepasados, abonaron esta hacienda con su sudor, su sangre y sus lágrimas.

Cuando el ejército marchaba hacia Achlumsal y estaba a unos cinco kilómetros de la finca, todos los edificios que aún quedaban en pie después del ataque ardían en llamas. Los peones permanecían en sus chozas, como siempre. No tenían deseos de vivir como grandes señores.

VIII

1

El pequeño pueblo mercantil de Achlumsal contaba con solo veinte soldados, pues la mayor parte de la guarnición, que normalmente constaba de sesenta hombres, había sido despachada a reforzar el contingente que ahora servía de alimento a los zopilotes en Santa Cecilia.

El pueblo, sin embargo, tenía su cuerpo de policía formado por un jefe y seis hombres que andaban descalzos y armados con un machete y un mosquete.

Además estaban el jefe político, el inspector del Timbre, el juez de lo Civil, el jefe de Correos y el agente del Ministerio Público, quienes llevaban su revólver como símbolo de autoridad. Sin su pistola al cinto se parecían a cualquier ciudadano común y corriente, y nadie diría que tenían algo que decir en los asuntos del pueblo. También, la mayoría de los comerciantes y los artesanos libres tenían pistolas que, aunque muy oxidadas y muchas veces con parque inadecuado, por lo menos daban la impresión de ser armas mortales. Y eso era suficiente para meterles miedo a sus semejantes.

El General podía haber tomado Achlumsal por asalto de la misma manera que había tomado Santa Cecilia. Sin embargo, probó intencionalmente otra forma de ataque.

Mandó treinta hombres, todos armados de machetes, a Achlumsal, como si fueran modestos campesinos que llegaban de

compras. El indio lleva siempre consigo su machete. Atraería la atención si llegara sin él.

Los soldados federales, bajo el mando de un teniente, estaban alojados en el cabildo, en una habitación que servía de cuartel, situada en la planta baja del edificio y con la puerta hacia los portales. Como todas las habitaciones del cabildo, ésta tampoco tenía puerta posterior y no poseía ventanas.

En los portales había siempre un buen número de indios sentados o acucillados, unos para guarecerse del sol y otros esperando ver a algún funcionario del gobierno. Por la noche, comerciantes ambulantes e indios nómadas dormían en los portales del cabildo.

Un soldado iba y venía frente a la puerta del cuartel con un fusil al hombro, pues un soldado debe de hacer algo para demostrar a los contribuyentes que su dinero es bien empleado. El cabo, sin chaquetín y con la camisa arremangada, se sentaba junto a una minúscula mesa, rodeado de formas y documentos y mordisqueaba su lápiz distraídamente. El teniente no se encontraba allí. Dos soldados dormían echados sobre unos petates en el suelo. Puesto que el cabo no podía seguir mordiendo su lápiz indefinidamente, añadió otra ocupación a sus tareas para no parecer totalmente inactivo: Cuando uno de los soldados dormidos roncaba demasiado fuerte, se levantaba y le plantaba un puntapié que hacía al soldado dar media vuelta y dejar de roncar. Entonces el cabo volvía a su mesa y reanudaba la tarea de masticar su lápiz.

Los demás soldados estaban sentados en el portal, con el chaquetón y la camisa desabrochados de arriba abajo. Algunos jugaban a los naipes. Uno se escarbaba los dientes. Otro estaba leyendo una fábula que le causaba tanta dificultad comprender, que se rascaba la cabeza sin cesar y se chupaba las uñas distraídamente.

Todo estaba tan pacífico que se podía oír zumbar a las moscas. A intervalos, desde alguna casa, salía el llanto de niño, ahondando la atmósfera de la cómoda felicidad hogareña. Los

habitantes del pueblo se reponían de sus labores y se mecían en las hamacas o se revolvían sobre sus duras camas. De cuando en cuando una niña o una mujer llegaban apresuradamente a una tienda a comprar algo que necesitaban en casa. Y la señora que atendía la tienda iba perezosamente desde su rincón, medio somnolienta y de muy mal humor, a buscar en el cajón el cambio de tres centavos de sal que había comprado la cliente. Hacía un calor sofocante, y todo ciudadano honrado consideraba como un pecado y un atentado en contra de la moral trabajar a esta hora, tramitar algún negocio o hasta caminar por las calles.

Los muchachos actuaron con tal rapidez y seguridad que cuando entraron al cuartel, el cabo sólo tuvo tiempo de levantar la vista y por un cuarto de segundo sorprenderse de la impertinencia de estos indios que entraban corriendo al cuartel sin hacerse anunciar por el centinela. Pero el centinela, así como los demás soldados sentados en el portal, habían sido introducidos al cuartel de tal manera que si hubiera habido algún testigo en la plaza, éste hubiera pensado que eran los soldados los que llevaban a los rebeldes a ser interrogados por el cabo. En realidad, los soldados ya no estaban vivos, y antes de que el cabo se diera cuenta de ello, tampoco él lo estaba ya. Los soldados que dormían tirados en el suelo dejaron, de pronto, de roncar. Emitieron un ruido parecido al del último chorro de agua que se escapa de una tina de baño.

En un momento los soldados habían sido desvestidos y los rebeldes se habían puesto sus uniformes; un centinela, calmadamente, iba y venía al frente del cuartel con su rifle al hombro. En ese instante el teniente llegó caminando trabajosamente a recibir el parte del cabo sobre cualquier incidente que pudiera haber ocurrido mientras él estaba en la cantina con varios ciudadanos generosos, probando por horas y horas las distintas variedades de comiteco añejo.

Balanceando ligeramente las caderas, se acercó al centinela y le dijo:

—Nunca aprenderás a portar armas correctamente —luego le dio una bofetada y continuó—: voy a hablarle de ti al cabo. Él te va a enseñar a llevar el fusil como si fuera un palo de escoba, y vas a practicar hasta que el hombro se te hinche hasta la barba. A ver si algún día aprendes a ser soldado. ¿Por qué demonios tendré que tener esta cochina guarnición piojosa en este miserable lugar donde a cada paso se resbala uno con la mugre, teniendo que tratar con indios puercos que se creen soldados?

Fue hacia la puerta abierta del cuartel y gritó:

—¡Epa, cabo!, salga de ahí y venga a ver a este centinela y enséñele cómo debe portarse.

Dio medio paso hacia adelante y se apoyó extendiendo un brazo sobre el marco de la puerta. Luego, como si girara en torno al marco queriendo entrar al cuarto sin soltar la mano, desapareció hacia adentro. Todo lo que se oyó fue un golpe seco como si cayera un pesado fardo. Después, el rechinar de los tacones de baqueta sobre las baldosas, al ser arrastrado el cuerpo.

2

Minutos más tarde los rebeldes entraban como enjambre a Achlumal por todas direcciones. Y en aquel apacible lugar se escuchó un aullido de terror como para despertar al más dormido.

Todo fue confusión en la media docena de calles que formaban el pueblo y la plaza: Las mujeres lloraban, los niños chillaban, los hombres maldecían, los perros ladraban. Hubo un tiroteo en el cabildo. Los funcionarios y empleados municipales pagaban ahora muy caro el honor de portar pistola, la cual, por cierto, en el momento preciso no les sirvió ni para poder irse de esta vida con el consuelo de que algunos rebeldes los acompañaran en su viaje. Éstos habían sido más rápidos y listos que sus contra-

rios.

Todo lo que se encontró en las oficinas de gobierno —registros, documentos, listas, libros, papeles y reglamentos— fue amontonado y quemado. La cárcel, que quedaba en el patio del cabildo y que, como todas las prisiones del Estado, estaba ocupada solamente por peones y campesinos casi muertos de hambre, había sido abierta. Los prisioneros, que no sentían ninguna simpatía para todo lo que oliera a ley, pues ésta nunca era aplicada más que en su contra, tenían un solo impulso: cometer ahora el crimen por el cual habían estado encarcelados semanas y aun meses. Su ofensa había sido desobediencia hacia las autoridades o los hacendados, y a esto se le llamaba motín, rebeldía o insurrección. La tal «desobediencia» consistía en rehusar trabajar sin remuneración alguna.

Así fue como más pronto que los rebeldes, que no conocían el pueblo, estos prisioneros liberados corrían a encontrar a aquellos con quienes tenían cuentas que saldar: funcionarios y delatores. Ellos fueron los que hicieron en el pueblo lo que *el General* y sus hombres no hubieran soñado hacer. Su furia y su deseo de venganza no conocía límites. En cuanta casa irrumpían, ni un hombre, mujer o niño quedaba vivo. Aunque no robaban nada, pues ni siquiera buscaban dinero, aun así no salían de una casa hasta que todo había sido completamente destruido. Después encendían las velas que encontraban en las casas y las colocaban en los montones que habían formado con muebles despedazados, puertas, alacenas y arcones.

No pasó mucho tiempo antes de que el pueblo, el mercado más importante de la región, ardiera en una docena de lugares distintos. Sin embargo, nadie reparaba en el fuego. Los rebeldes eran los amos del lugar; mas no pensaban seguir siendo los amos allí. Había mayores tareas ante ellos. ¿Qué les podía importar el bienestar de un poblado que nunca había hecho algo por ellos? Sabían que un pueblo donde había palacio municipal y autoridades significaba una fortaleza del dictador y que era el sitio de donde emanaban todas sus penas, explotaciones, persecuciones y encarcelamientos. Para ellos, el edificio

del gobierno significaba el sitio donde seres de apariencia humana tenían el privilegio de maltratarlos y a quienes había que obedecer ciegamente, ignorando el por qué de todo esto. Hasta las escuelas eran solo para los hijos de los ladinos. Y si algunos niños de los habitantes indios del pueblo, los humildes que vivían en miserables chozas de adobe en las orillas de la población, eran admitidos algunas veces en dichas escuelas, eran éstos los niños sobre los que el maestro podía descargar con azotes su mal humor. Los indígenas no protestan cuando a sus niños los golpean en la escuela: pues ellos mismos están acostumbrados a ser vejados cuando caen en las garras de la policía, aunque no hayan cometido delito alguno, sin tener a quien acudir en tales casos.

En la plaza había una tienda en cada casa, pues el lugar se había convertido en un gran mercado donde toda la población vivía del comercio y del trueque con los indios de la región. Hasta los numerosos pequeños artesanos del pueblo, además de su oficio, poseían una tienda, lo que les proporcionaba una pequeña pero segura entrada, y en muchos casos mayor que la que les rendía su propio oficio. La mayoría de estas tiendas eran tan pequeñas que hubiera sido difícil encontrar lugar en ellas para más de diez pesos en mercancía.

Cuando los rebeldes irrumpieron en el pueblo y los habitantes se dieron cuenta de lo que estaba pasando, inmediatamente cerraron sus comercios, o mejor dicho, trataron de cerrarlos. La mayoría no tuvo tiempo de hacerlo y prefirió correr a esconderse.

Las tiendas que habían sido cerradas pronto fueron abiertas a puntapiés o a culatazos. Pues como ninguna tenía más de cien pesos en mercancía, el propietario no la iba a proteger con una pesada puerta aherrojada y con buenos candados que le costarían varios cientos de pesos. La seguridad de las tiendas estaba de acuerdo con el valor de la mercancía que había en ellas. La gente desconocida que llegaba al pueblo siempre era sospechosa y no podía dar un paso sin ser vigilada. Así los ladrones solo llegaban al pueblo cuando se celebraban las grandes

ferias. Y puesto que el robo era raro bajo condiciones normales, no había razón de hacer fuertes gastos para proteger tan escasa mercancía.

Cada tienda fue saqueada. Pero los rebeldes se llevaron solo lo qué necesitaban para el viaje. No es que no quisieran robar más, sencillamente se daban cuenta de que tenían que llevarse todo a cuestas y, por lo tanto, ninguno se llevaba más que lo indispensable para su subsistencia. No les preocupaba que los llamaran ladrones, saqueadores, pillos y vándalos. Su ambición era ganar la rebelión y derrocar a la dictadura. Una vez que fuera logrado esto, ya tendrían tiempo de reivindicarse y sobre todo salvar la reputación de la revolución.

Aun cuando cada cual se llevó sólo lo necesario, al final tenían razón los habitantes cuando aseguraban: «Achlumal fue saqueada al grado de que no quedó un grano de sal; no quedó una piedra en su lugar ni una frazada sobre una cama.» Los rebeldes tienen que subsistir, si quieren ganar la rebelión; y si no pueden encontrar jefes de industria o directores de bancos que les presten dinero para su revolución, entonces tienen que hacer que la revolución se pague sola, de una manera o de otra. Pero tiene que haber rebeliones, si el mundo ha de progresar. Un lago por el cual no corre el agua o que no es fuertemente agitado por el viento, pronto comienza a apestar y finalmente se convierte en un pantano.

3

El General ordenó que se diera la señal de avanzar. Faltaban tres horas para la puesta del sol.

—Podíamos pasar aquí la noche —sugirió *el Coronel*.

—Podíamos —contestó *el General*—. Pero no lo haremos. Tengo otro de esos presentimientos en la panza o puede ser que en los huesos: que viene un batallón en marcha a encontrarnos, o a la mejor una brigada. Ya vieron hoy lo fácil que es

tomar un pueblo entero. Si nos quedamos aquí cuando no es realmente necesario, estaremos sentados en una trampa. Yo prefiero la pradera o la maleza; tenemos más campo ahí. Además, no hay que hablar más del asunto. Digo que vamos a marcharnos, y todo el que tenga patas todavía va a marchar. ¡Alístense! —gritó a través de la plaza con un bramido resonante.

Una hora después de que habían salido los rebeldes de Achlumsal, el pueblo comenzó a reanimarse. Los habitantes salieron de sus escondites en los patios y jardines de sus casas. Algunos se habían escondido bajo los altares de la iglesia. Por alguna razón, los rebeldes no habían entrado a la iglesia. Y no fue por timidez o superstición, sino sencillamente porque ninguno creía encontrar allí algo que fuera útil durante su marcha. Lo más importante para ellos eran las armas, y no pensaron que iban a encontrarlas en una iglesia. Todas las armas que había en el pueblo habían sido capturadas y a algunos ciudadanos los habían buscado solo para asegurarse hasta la última pistola o rifle oxidados. Tan pronto como se acercaban a cualquier hombre que portaba una pistola, éste tiraba su arma inmediatamente. Comprendían que el no poseer un arma aseguraba su pellejo.

Las pérdidas causadas por la entrada de los rebeldes al lugar no fueron mayores que lo que eran usualmente cuando aparecía una epidemia de viruela o de cólera en el pueblo. Desde luego, todos los soldados y la mayoría de los funcionarios públicos habían caído por el honor de su Caudillo, cuando menos así dijeron después los periódicos.

Las respetables ciudadanas, y todas eran muy respetables porque no tenían oportunidad alguna de no serlo, volvieron a sus casas, y con las ollas y cazuelas que encontraron y con lo que quedaba de arroz, maíz y carne seca, comenzaron a preparar la cena.

Mientras las señoras estaban en esos menesteres, los hombres se agrupaban en la plaza, contándose unos a otros sus valero-

sas hazañas con los rebeldes y declarando que una vez más quedaba demostrada su superioridad ante los cochinos chamulas al hacerlos salir del pueblo.

Los ciudadanos más astutos, sin embargo, no perdieron tiempo con jactancias que no reportaban provecho alguno. Procedieron a repartirse prestamente los puestos públicos ahora vacantes, antes de que el resto de la población tuviera tiempo de reponerse del suceso y discutiera esa cuestión o pudiera convocar a elecciones de emergencia. Finalmente, uno de los hombres de los grupos que estaban en la plaza declamando sus gestas heroicas, dijo:

—Vecinos, yo creo que es tiempo de pensar en nuevos funcionarios cívicos; y creo, compañeros, que yo siempre he demostrado un carácter íntegro y con gusto asumiría la gran responsabilidad, en estos tiempos tan difíciles para la patria, de echarme a cuestras la tarea de regir, como jefe político, a Achlumal.

—Eso lo discutiremos dentro de unos momentos, don Aurelio —replicó don Jesús María—. Estoy seguro de que usted no negará que yo poseo ese sentido de honradez y de justicia, cualidades únicas para el puesto de juez.

—Cómo no, desde luego, don Chucho —respondió don Aurelio al instante, viendo en don Jesús un partidario influyente.

—¡Caballeros! —dijo don Pablo, acercándose con otra media docena de hombres a los grupos que discutían—. ¿Me permiten que les presente a las nuevas autoridades municipales y federales? Yo mismo, obedeciendo a las reiteradas demandas de nuestros conciudadanos más prominentes, he asumido el pesado cargo de jefe político. Estamos convencidos, caballeros, que en vista de las circunstancias que prevalecen, no pondrán objeción, pues contamos con su patriotismo y su apoyo benevolente como buenos ciudadanos.

—Desde luego que sí, don Pablo —dijo don Aurelio agríamente—. Nosotros, mi amigo don Jesús María y yo, no tenemos nada que objetar. Pensé que yo podría...

—Pensamos en usted, don Aurelio —interrumpió don Pablo prontamente—, y también en don Jesús María. Pero creíamos que usted, con sus compras de tabaco, y don Jesús, con su negocio de puercos, estarían muy ocupados y no creímos prudente que abandonaran sus excelentes negocios para sacrificarse por la comunidad y el país.

«¡Qué cinismo el de este hombre, comparando mi pobre negocio con los jugosos gajes del alcalde!» —pensó don Aurelio enfurecido. Pero dijo:

—Estoy convencido, don Pablo, que nuestro pueblo no podría hallar mejor funcionario que usted.

—Muchas gracias, don Aurelio. Mil gracias por la noble opinión que le merezco —replicó don Pablo. Caminó hacia don Aurelio y lo abrazó—. Quisiera tener más amigos tan rectos como usted, don Aurelio. Venga a mi casa hoy en la noche y traiga a don Chucho. Todavía me quedan unas cuantas botellas de buen comiteco añejo escondidas que no encontraron esos mugrosos marranos.

—¿No creen que volverán esos bandidos? —preguntó don Emilio, otro de los nuevos funcionarios.

—No se preocupe, mi querido don Emilio. No volverá ningún rebelde mientras yo sea jefe político. Eso se lo puedo asegurar. Ya mandé dos jinetes a Balún Canán y dos a Jovel a reportar a las autoridades militares y a ponerlos al tanto de la ruta que llevan esos perros sarnosos; habrá una limpieza completa en unos días más. Este motín será cortado en botón. Siempre hemos sido muy indulgentes con esos bandidos. Yo siempre he dicho que a estos peones insolentes y levantiscos no hay que tenerlos en la cárcel, sino colgarlos inmediatamente, tan pronto como abran la boca y comiencen a quejarse de que aquí no se les hace justicia. Porque el mal ejemplo cunde. Dicen que en otras partes del país también hay brotes de bandidaje azuzados por locos que habría que atar a tiempo.

IX

1

Los rebeldes acampaban en una pradera entre Achlumal y Balún Canán. Había varias razones que indujeron al *General* a demorar la marcha sobre Balún Canán.

Balún Canán no era una plaza chica como Achlumal, ni un pequeño poblado como Hucutzín. Con más de diez mil habitantes, era uno de los centros más importantes y de mayor consideración en un estado que no contaba con muchos pueblos de más de cinco mil habitantes.

También había allí una fuerte guarnición.

Atacar el lugar, como habían hecho en Achlumal, hubiera sido poco práctico. Nadie dudaba que intentarlo habría significado la destrucción total de todos ellos.

El General esbozaba afanosamente planes para encontrar aquel que le permitiera vencer y destruir al enemigo sin tener que verse obligado a atacar el pueblo mientras estuviese guardado. Y si quería avanzar sobre la capital del estado, no podía dejar estas tropas intactas en Balún Canán a su espalda, máxime que las que se encontraría en la capital serían mucho más numerosas y mejor equipadas que las de Balún Canán.

2

—¿Puedo ayudarte? —preguntó Modesta acercándose a Celso, quien se encontraba ocupado con su ametralladora, acei-

tándola, limpiándola y examinándola con infinita paciencia, tratando de descubrirle arena o algún tornillo flojo.

—Seguro que puedes ayudarme, muchacha —contestó Celso—. Ve a esa lumbre y derrite un poco de grasa de puerco pa'engrasar y aceitar esto como se debe. Soy tonto, mientras estábamos en Achlimal debí de haberme conseguido una lata de aceite de oliva en alguna tienda. ¿No sabes, Modesta, que el aceite de oliva es lo mejor pa'engrasar una ametralladora cuando no tienes el aceite adecuado a la mano?

Modesta hizo un grueso montón de trapos, que tiró al suelo.

—Y esto es lo mejor pa'sacarle brillo a un arma tan buena —dijo sonriendo.

—¿De dónde sacaste esos trapos, Modesta? Parecen de seda.

—Son de seda, Celso. Son del vestido de seda que me regalaste. Pero ¿pa'qué ne'sito vestido de seda orita que estamos en guerra? Es mejor usar la seda pa'limpiar l'ametralladora.

Mientras hablaba había empezado a lustrar las partes de bronce, que brillaban de tal manera que podía verse uno en ellas como en un espejo.

—Pero traime la manteca de puerco antes. Luego sigues sacándole lustre —dijo Celso.

—Yo la puedo traer —dijo Pedrito, quien había acompañado a Modesta.

—Tá bien, chamaquito —rió Celso con buen humor—. Tú la puedes traer tan bien como Modesta. Y luego te enseño cómo se aceita una ametralladora bien y de acuerdo con las reglas. Porque una vez que éntrenlos en combate, no hay tiempo de aceitar o de limpiar, y si se atora cuando no debe, entonces se nos echa el enemigo encima y adiós mi linda ametralladorista; entonces acuérdate de esto: lo importante es estar listo un día antes que'l enemigo, y estar siempre en el campo de batalla dos horas antes de que lleguen los contrarios.

—Me acordaré d'eso, mi comandante —contestó Pedrito cua-

drándose. Luego corrió a buscar un recipiente para traer la manteca.

Modesta, pensativa, oprimía entre sus manos los trapos de seda para suavizarlos más de lo que estaban. Observaba atentamente los movimientos de Celso mientras éste quitaba los tornillos y con una astilla de madera sacaba la arena y la tierra de las cavidades y hendeduras, luego armaba la ametralladora, movía la mira para un lado y otro y veía por ella, luego daba vueltas al cañón a derecha e izquierda y se asomaba por él, gozando en la contemplación de las estrías brillantes.

Cuando lo hubo observado por un tiempo, Modesta suspiró hondamente y le dijo con voz queda:

—Celso, ¿sabes lo que me gustaría más que nada en el mundo?

—¿Qué, muchacha? —preguntó él sin levantar la vista mientras ajustaba la mira.

—Quisiera que me enseñaras cómo trabaja un arma d'esas y cómo dispararla contra esos mercenarios cortaorejas.

Celso se paró y la miró de frente.

—Yo creo, Modesta, que tú sí podrás ser buena y útil con mi ametralladora si pones atención a lo que te enseñe. ¿Sabes? No he podido dormir bien por muchas noches pensando qué pasaría si a mí me pegaran. ¿Quién se encargaría de mi ametralladora? Todos los demás tienen sus trabajos y sus obligaciones. Ambrosio y Eulodio, mis ayudantes, no valen cuartilla. Si esta arma dejara de trabajar porque le pasara algo al mecanismo, no sabrían qué hacer, y agarrarían sus machetes, que manejan muy bien, eso sí, pero esta arma tan chula se quedaría fuera de acción, muda cuando se ne'sitara más que'l mismito aire que respiramos. Se los he explicado cien veces. Pero esos burros no aprenden. No saben ni apuntarla. Nomás disparan y creen que las balas se van solitas a pegarles a los rurales que es a donde ellos quieren que vayan. *El General* tiene la misma dificultad que yo. T'amos priocupados porque naiden

sabe cómo manejar las automáticas que capturamos. Pero tú sí puedes aprender, Modesta, estoy seguro. Tú eres lista. Yo te podría confiar esta arma si la ne'sitábamos en batalla y a mí me quebraba una bala. ¿Y por qué no? Tú puedes llegar a ser tan buen soldado como yo. Te voy a enseñar todo lo que sé. Y'toy seguro que vas a ser una de las mejores pa'manejar la ametralladora en nuestro ejército.

Modesta lo miró y dijo quedamente:

—Eres tan bueno, Celso. Creo que te voy a dar un beso, pues tienes muy buen corazón. De veras que sí, Celso. Hace mucho que te lo quería decir. Y'ora sí puedo, porque me vas a dejar trabajar contigo y con tu ametralladora tan bonita.

Apenas había comenzado Modesta a pulir de nuevo y con mayor energía, cuando llegó atropelladamente *el Coronel*.

—¡Dios mío! —dijo—, yo creía que podía contar con unos cuantos ametralladoristas pa'usar contra el enemigo. ¿En qué diablos estaba pensando?

Celso y Modesta se quedaron atónitos.

—No se asusten, par de tontos —dijo *el Coronel* con una sonrisa—. Todavía no han hecho ningún daño. Un buen soldado siempre tiene su arma en buenas condiciones, y tan pulida que no ne'sita espejo. Pero en el cuartel, y en tiempo de paz, ¡ójiganlo bien!, pero orita estamos en guerra. Úntenle lodo a todo el bronce y dejen que forme costra: ese es mi consejo. Luego le amarran ramitas con bastantes hojas alrededor del cañón tan pronto como se acerque el enemigo. Desde luego no deben dejar que se le meta el lodo al cañón o a la recámara, porque se atora. Pero si brilla como está brillando orita, ¡Dios mío!, la pueden ver a cien leguas sin necesidad de telescopio. Embárrenle pintura o engrásenla y le espolvorean ceniza. Es lo que se debe hacer en tiempo de guerra. Cuando ataquen esos malditos mercenarios, esta cosa los tiene que rociar como manguera, pero no deben saber de dónde viene el chorro. ¿Ahora entiendes lo que te quiero decir, Celso?

—Tienes razón, *Coronel*. No había pensado en eso.

—¿Cómo podías, si nadie te lo había dicho? Pero de ahora en adelante, ya sabes. Es un buen consejo.

—¿Ahora sientes lo de tu vestido de seda? —preguntó Celso una vez que se había retirado *el Coronel*.

—Ni un tantito —contestó Modesta—. De todas maneras no más me estorbaba. Me daba vergüenza tenerlo. Se parecía a los de las ladinas ricas. ¿Pa'qué ne'sito un vestido de seda? Después de todo, somos rebeldes.

—¿Dónde has estado con la manteca caliente? —gritó Celso cuando vio que Pedrito venía corriendo, asiendo un jarrito con ambas manos.

—Aquí tienes, Celso. Tuvieron que matar al marrano primero —dijo Pedrito tan fuerte como pudo. Pero su respuesta le distrajo la atención del suelo rocoso y tropezó con una piedra. El niño cayó y el jarro se hizo añicos. La manteca corrió por el suelo.

—Y ahí va Pedro y su atole en el lodo —rugió Celso, riéndose mientras auxiliaba al niño— Corre a la lumbre otra vez y tráeme más manteca.

—Ya no queda más —dijo el muchacho, y comenzó a lloriquear.

—¿Cómo que no? —preguntó Celso—. ¿A poco era esa toda la manteca que le sacaron al marrano?

—No —sollozó el muchacho—, pero cuando les dije pa'qué querías la manteca, todos se acercaron con sus carabinas y pistolas que querían engrasar y aceitar, y se acabó luego luego.

Celso se agachó, y con la ayuda de Modesta, cuidadosamente, empezó a recoger la capa superior de la manteca que no había tocado el suelo y a echarla en uno de los pedazos del jarro.

Era ya de noche. *El General* caminó hasta una de las fogatas que servían de punto de reunión a los centinelas que se turnaban. A un lado de la lumbre estaban dos muchachos, escandalizando y cantando.

—¡Párense! —les ordenó *el General*.

—Tú no nos mandas —dijo uno de ellos, mientras el otro hacía un esfuerzo desmañado por levantarse.

—¿Pa'qué te paras? ¡Échate, hombre! —volvió a decir el primero.

Los hombres que acompañaban al *General* brincaron hacia adelante y levantaron a los dos centinelas con un movimiento brusco.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó *el General* al primero.

—¡Vete a la tiznada! —fue la contestación.

—Bonito nombre tienes —respondió *el General*—. Es precisamente el lugar a donde vas a ir muy pronto.

—¿Y tú? —le preguntó al otro.

—Dávila. Ángel Dávila.

—¿Di'onde sacaron el aguardiente que'stán tomando?

—De ai nomás, de aquel ranchito. De un pobre peón como nosotros —contestó Dávila.

—Yo los mandé hacer guardia, a ustedes y a otros cuatro, porque tienen carabinas.

—Son de nosotros las armas —gritó el primero—. Nosotros nos las ganamos y podemos hacer con ellas lo que quiéramos.

—¿On'tán entonces? Las armas, digo —preguntó calmadamente *el General*.

—*General* —dijo Ángel con tono confidencial—, no crea usted

que el peón ese del rancho nos va a regalar l'aguardiente. Es tan probe como nosotros.

—No tan probe como tú —le informó *el General*. Se volvió hacia los hombres que sostenían a la pareja—: Suéltelos. Son muy brutos.

Los hombres los soltaron y los borrachos se tambalearon sin caer al suelo. *El General* disparó dos veces.

—Échenlos a la lumbre —dijo a sus hombres—. Empújenlos con el pie y échenles los tizones encima.

Después de decir eso mandó cuatro muchachos al rancho a recuperar los rifles y envió al peón un peso que sacó de su bolsillo. Luego caminó hacia el lugar en que otros centinelas montaban guardia. Fue solo. Los hombres que permanecieron cerca de la fogata esperando órdenes oyeron cuatro balazos más.

—Esos de allá —dijo *el General* cuando regresó—, se los dejamos a los coyotes y a los zopilotes. El que crea que andamos aquí pa'divertirnos está equivocado. Todos deben entender eso. O nos embarcamos en una rebelión o andamos jugando. Y si decidimos que vamos a peliar, entonces es rebelión y no día de campo. ¿Tá bien o no?

—Bien, *General* —contestó *el Profesor*—. Está bien lo que dices y bien lo que has hecho. El que no espere o entienda esto no aporta nada a la causa y no tiene qué hacer aquí. No lo necesitamos y estamos mejor sin él. Gritando «vivas» no vamos a ganar la revolución. Podemos pasárnosla sin esos gritones pero no sin rebeldes que sepan por qué lo son.

El General mandó otros hombres a montar guardia.

4

Ya entrada la tarde del siguiente día, cuatro peones llegaron al campo. Un centinela los llevó con *el Profesor* para que éste

oyera lo que tenían que decir.

—¿Qué los trae por aquí? —inquirió. Y les preguntó de una manera y en un tono como si tales visitas fueran cosa acostumbrada.

De hecho, los peones y los indios nunca llegaban al campamento sino cuando tropezaban con él por casualidad; y aun en tales casos, esta gente huía rápidamente al ver al primer centinela. Después de cuatrocientos años de injusticia e incomprensión, el indio se había vuelto tan desconfiado que asentía a todo de labios para afuera, mientras que para sí no creía ni confiaba en nadie, especialmente en aquellos que le decían ser sus amigos o que pretendían ganarse su confianza.

Por eso se comprende que *el Profesor* estudiara a estos visitantes con detenimiento, mas, por supuesto, sin dejarles sospechar que lo hacía.

Uno de los peones habló:

—Se habla mucho en las fincas de que ustedes quieren libertar a todos y darles tierra, independencia y libertad cuando ganen. Si eso es verdad, venimos a hablar con su jefe para que vengan a nuestra finca a hacernos libres a nosotros también; porque nos tienen muy esclavizados.

La manera en que habló este hombre convenció al *Profesor* de que algo andaba mal. Parecía que intentaba no pronunciar bien el castellano, imitando el acento de los peones que están más acostumbrados a su propio idioma. Le extrañó particularmente la frase «estamos muy esclavizados», que era sumamente extraordinaria y singular en boca de un peón. Los peones, como todos los indios, no se expresaban sobre su miserable y desgraciada condición económica y social con tales palabras. Desde su infancia estaban acostumbrados a trabajar mientras les quedara una chispa de energía. Nunca recibían pago alguno en efectivo y jamás hablaban de estar esclavizados o ser explotados; a lo sumo, decían que eran demasiado pobres para poder pagar sus deudas a sus amos, y por lo mismo no podían dejar la finca para establecerse en algún pedazo de tierra y vivir co-

mo campesinos libres.

—Nuestro jefe no está aquí de momento, muchachos — contestó *el Profesor* con tono indiferente—. Está adiestrando a los hombres allá en la pradera, donde oyeron esos balazos. Tenemos ametralladoras también.

El que hablaba en nombre del grupo hizo un gesto. Pero cuando se dio cuenta de que *el Profesor* lo observaba atentamente, cambió inmediatamente a una expresión sencilla, sumisa y humilde. Este cambio de expresión confirmó la opinión del *Profesor* de que algo tramaban con su visita. Sin embargo, no estaba muy seguro.

El Coronel, quien acababa de entrenar a algunos hombres y venía por otro pelotón, se acercó. Vio a los cuatro hombres, lió un cigarrillo, pero no dijo nada.

—¿De qué finca vienen? —preguntó *el Profesor*.

—Las Margaritas.

—¿Quién es su amo?

—¿Nuestro amo?

—Sí, su amo.

—¡Ah, sí, el amo! Nuestro amo es don Fernando.

—¿Cómo se apellida?

—Sosa. Don Fernando Sosa.

—¿Entonces ustedes vienen aquí para guiarnos a su finca para que nosotros les podamos repartir la tierra a ustedes los peones?

—Así es, jefecito. Por eso venimos. Y es lo que queríamos tratar con su jefe.

—Bueno, pues siéntense aquí cerca de la lumbre —dijo *el Profesor*—. Me imagino que tendrán hambre después de tan largo viaje. Los muchachos les van a dar frijoles, tortillas y café. Tan buenos —o tan malos— como los hacemos.

El Profesor deambuló hasta llegar a un grupo de hombres a quienes Andrés enseñaba a leer y a escribir.

—Andrés —dijo quedamente—, ven a donde está la fogata del Estado Mayor. Creo que tenemos chinches en el campamento.

—¿Cómo que chinches, *Profesor*?

—¿Sabes dónde queda la finca Las Margaritas?

—Más o menos. Cuando todavía trabajaba de carretero llevábamos muchas cargas para don Susano, el dueño de Las Margaritas.

—Ya veo. ¿Don Susano es el dueño de Las Margaritas? Yo creía que se llamaba Fernando Sosa.

—¿Por qué se había de llamar don Fernando si su nombre es don Susano?

—Eso es lo que me intrigaba. ¿Conoces la finca?

—Nunca he estado ahí. Solo llevábamos las cargas para Las Margaritas hasta Balún Canán, porque el camino a la finca es tan angosto y tan malo que no se podía ir en carreta. De la finca mandaban a sus hombres a Balún Canán a recoger la mercancía a lomo de mula. Está como a seis u ocho leguas de Balún Canán.

—¿Qué hablan los peones de Las Margaritas?

—Hablan tojolabal y castellano. Desde luego que entre ellos y en sus casas solo hablan tojolabal.

—¿Estás seguro que todos los peones que viven en Las Margaritas, aunque hablen y entiendan castellano, entienden tojolabal?

—Todos sin excepción. Hasta don Susano sabe algo de tojolabal, y el mayordomo y los capataces lo hablan tan bien como los peones. Todos son de la región, nacidos y criados ahí. El

mayordomo es hijo natural de don Susano, quien lo tuvo con una india tojolabal. Ella ha tenido más hijos de él —de don Susano, quiero decir. Y aunque ha estado casado por más de veinte años ante la iglesia con doña Paulina, de Balún Canán, y ha tenido sus nueve o diez hijos con ella, se pasa las tardes cada tercer día con su viejo amor. Le hizo una casita muy bonita y le regaló algo de tierra y cada Navidad le regala dos docenas de puerquitos. Pero nunca le da dinero.

—Está bien. No quiero saber todo eso.

—Pero debes saber que no hay un alma en Las Margaritas que no entienda tojolabal.

—Eso es lo que quería saber. Han llegado cuatro pájaros raros. No estoy seguro quién los mandó, si el gobernador o los hacendados. Ven conmigo a echarles un vistazo y háblales en tojolabal.

—No hablo mucho tojolabal. Yo soy tzeltal. Pero puedo arreglármelas para averiguar si son peones de Las Margaritas.

El Profesor y Andrés se encaminaron casualmente a la fogata donde los cuatro hombres se sentaban, comiendo apresuradamente mientras una docena de rebeldes estaban acucillados cerca, algunos platicando con ellos, otros fumando y charlando entre sí.

En el ejército había más de treinta o cuarenta indios tojolabales, algunos de los cuales desde muy jóvenes habían sido vendidos a las monterías y otros que habían huido recientemente de la finca. Pero hubiera sido difícil dar con ellos inmediatamente y hacerles entender lo que quería *el Profesor* que hicieran. En todo caso, Andrés era el más indicado para examinar a los cuatro visitantes.

Andrés caminó distraídamente hacia la fogata y lió un grueso puro. Luego se agachó hacia las brasas y levantó un tizón. Sin mirar a los cuatro hombres, dijo con voz fuerte en tojolabal:

—Ustedes huyeron de su finca, ¿no?

Los cuatro hombres continuaron comiendo calmadamente y platicando con los muchachos en castellano.

Andrés, incorporándose y aspirando el humo de su cigarro se volteó y habló directamente al más cercano de los cuatro, otra vez en tojolabal:

—¿Todavía tienen aquel mulero que se emborrachaba en Balún Canán cuando iba a traer sus cargas?

El que hablaba en nombre del grupo se dio cuenta de que a él se dirigían y de que tenía que contestar. Se puso nervioso e hizo un gesto como si estuviera considerando la respuesta. Luego miró de reojo al *Profesor* a ver si éste escuchaba. *El Profesor* estaba aparte, hablando con un muchacho, pero no perdía palabra ni gesto del que hablaba.

Al fin, el hombre que había sido interrogado respondió con una sonrisa:

—Venimos de muy lejos, amigo, es verdad —lo dijo en castellano, tratando de pronunciar las vocales muy dentro de la garganta, como hacen los indios.

—Sí. Lo creo —dijo Andrés, esta vez en buen castellano—. Es de creerse. Por eso les pregunté. Han de venir de muy lejos.

Andrés se agachó otra vez y prendió de nuevo su puro Estaba encendido, pero quería ver de cerca algo que había observado en este hombre. Aspiró con fiereza y caminó sin prisa hacia *el Profesor*.

—¿Hablan tojolabal? —preguntó *el Profesor*.

—Dígame una cosa: ¿Ha visto alguna vez a un pobre peón que tenga dientes de oro?

—¿Dientes de oro? Nunca.

—Yo sí. Y aparte de eso, no entienden ni una palabra de tojolabal.

El Profesor mandó a tres muchachos a vigilar a los cuatro visitantes pero de tal manera que éstos no se dieran cuenta; y si

se levantaban, se les debía de permitir hacerlo, pero sin perderlos de vista y evitando a toda costa que abandonaran el campamento.

6

Se hizo de noche. Todas las fogatas del campamento ardían intensamente despidiendo brillantes reflejos.

El General llegó a la fogata donde se reunía el Estado Mayor, despacio y con paso cansado. Durante todo el día, ayudado por los oficiales más instruidos, había estado entrenando a sus hombres en las maniobras y en el tiro, corriendo con ellos como un recluta; había practicado tanto que apenas podía moverse. Luego les había enseñado cómo avanzar en formación abierta, cómo cubrirse mejor echándose pecho a tierra; les enseñó cómo evitar que cayera arena en el cañón o en las recámaras de sus carabinas mientras estaban pecho a tierra o sobre una rodilla, cómo disparar en todas las posiciones y cómo escarbar en suelo blando para echarse y ofrecer menos blanco. Todo lo que recordaba, lo que había aprendido como sargento, ahora lo enseñaba a sus muchachos. El material humano que tenía a su disposición era veinte veces inferior al material con el que había tenido que lidiar cuando a su batallón ingresaban nuevos reclutas. Si sus muchachos no hubieran mostrado tan buena voluntad y tan enorme entusiasmo por la próxima batalla, se hubiera desesperado de los magros resultados que producía su entrenamiento.

Así es que no era de sorprenderse que llegara cansado en grado extremo.

—Conque ese es su jefe, su general —dijo uno de los visitantes quedamente a su vecino cuando se dieron cuenta por los saludos de los muchachos que este hombre cansado, tambaleante, sucio y desmañado era el jefe de la rebelión.

—Dale un manazo y se cae de boca en el lodo —susurró el

más joven—. Podíamos hacer correr a esta banda de piojosos a garrotazos. No sé por qué el viejo hace tantos aspavientos, queriendo mandar tres batallones. Yo les zurraba con una sola compañía a estos imbéciles.

—¡Maldita sea! —murmuró el otro, apenas entreabriendo los labios y forzando las palabras por entre los dientes—. ¿Por qué no te callas el hocico? Fíjate como ese tipo voltea y se nos queda viendo.

Era *el Profesor*, que no cesaba de mirarlos, tratando de adivinar quiénes serían y qué los había llevado allí.

Entonces *el Coronel* dijo, volteando hacia los que componían el Estado Mayor:

—Vamos allá donde la muchacha de Celso está cocinando. Tienen allí algo sabroso. Lo que hay aquí no lo parece mucho.

—¿De dónde salió el marrano? —preguntó *el Profesor* a Celso, quien caminaba a su lado.

—No sé quién dijo que era marrano. No hay ningún marrano. Es un venado. Estaba en la maleza con Modesta y la dejé que disparara con la ametralladora para que aprendiera a apuntar. Y entonces sale corriendo el venado enfrente de nosotros, Modesta le dispara y al segundo tiro cae. Los dos disparos hicieron blanco.

—Entonces mañana la asciendo a cabo —dijo *el General* con una sonrisa cansada—. Y tú, *Coronel*, puedes aprender algo de la muchacha esa. Tú le tiraste veinte veces a un árbol, como yo mismo lo vi esta tarde, y nomás una vez le pegaste al tronco, que, por cierto, era bien grueso.

—Hay que tomar la distancia en consideración —replicó *el Coronel*—. El venado estaba tan cerquita que lo podías haber agarrado de la cola con la mano.

—Eso es lo que tú crees, *Coronel* —dijo Celso riendo—. ¿Cogerlo con la mano? Me hubiera gustado verlo. Cogerlo con la mano, si estaba lo menos a doscientos pasos.

—¿Mediste los doscientos pasos? —preguntó *el Coronel*.

—No necesito. Yo bien sé lo que son doscientos pasos.

7

Mientras se sentaban alrededor del fuego que había encendido Modesta y comían venado asado sin más acompañamiento que tortillas y hojas de alguna yerba arrancadas a la orilla de la maleza, *el Profesor* dijo después de un momento de silencio:

—Podíamos haber comido en nuestro fuego, también. Pero teníamos que haber despachado a esos cuatro hombres para poder hablar. Preferí dejarlos sentados allí, para que no se dieran cuenta de que sabemos qué clase de peones son.

El General no contestó. Pero mientras comía y hacía desesperados esfuerzos para no dormirse, numerosos hombres llegaban hasta él, le cuchicheaban confidencias al oído y recibían órdenes dadas también en el mismo tono.

Sus oficiales no prestaban atención ni a las órdenes que daba a los demás hombres, ni a la manera en que preparaban sus planes. De cuando en cuando *el General* preguntaba algo al *Coronel* o al *Profesor*, a Andrés o a Matías, y las contestaciones que recibía parecía incorporarlas a las órdenes que despachaba con los muchachos.

Luego dejó que Matías le liara un puro y lo encendió. Después que hubo aspirado el humo varias veces sin decir palabra, su cansancio pareció aliviarse. Dio la impresión de haber medio dormido y de haber descansado mientras comía. Él, como la mayoría de sus consejeros que se encontraban alrededor del fuego, no estaba acucillado en el suelo como era costumbre; estaban sentados sobre troncos que luego servirían para alimentar fogatas enormes que alegrarían el campamento y tendrían contentos a los muchachos.

En la fogata del Estado Mayor ardía ahora un enorme montón

de leña; era la señal de avivar las demás y terminar el día con cantos, música, bailes y regocijo general.

Finalmente se acercó otro muchacho y le dio un mensaje en voz queda; *el General* se levantó e hizo ademán de que lo siguieran.

8

Caminaron hacia la fogata del Estado Mayor, donde también se sentaron sobre grandes troncos.

—Así es que ustedes cuatro todavía están aquí —dijo a los visitantes, quienes parecían estar muy a gusto cerca de la lumbre o al menos trataban de dar esa impresión.

—Sí, jefecito, todavía estamos aquí —contestó el del diente de oro—. Pero con su permiso quisiéramos irnos ya. Tenemos que caminar mucho.

—¿Cuánto les pagaron por este viaje? —preguntó secamente *el General*.

Al oír esto los hombres palidieron. Sin embargo, el que tomaba la palabra se repuso prontamente y dijo:

—Nadie nos pagó, jefecito. Somos pobres peones y solo queremos saber cuándo vienen a nuestra finca a liberarnos de la esclavitud y la servidumbre.

Cuando pronunciaron la frase «liberarnos de la esclavitud», *el Profesor* sonrió y observó la expresión del *General*.

—Ustedes son unos pobres peones de Las Margaritas, ¿no? —preguntó *el General*, con una voz aún más seca.

—Sí, mi jefecito, a sus muy amables órdenes.

—Tú —dijo *el General*, con una voz cambiada y con una cara donde había desaparecido el cansancio—, tú eres el teniente Rubén Bailleres, de la tercera compañía, del sesenta y siete

batallón, de la guarnición de Yalanchén. Quiénes son tus tres amigos no lo sé todavía, pero lo sabré mañana por la tarde.

Los cuatro hombres trataron de humedecerse los labios sin lograrlo, pues aunque accionaban sus quijadas, parecía que se les había secado la saliva.

El Profesor abrió desmesuradamente los ojos, observando con estupor al *General*. Los otros hombres estaban tan sorprendidos como los huéspedes, solo que tenían menos dificultad en recobrar el habla.

Pasaron tres o cuatro minutos antes de que hablara el teniente.

—Es un error, jefecito. Somos pobres peones de Las Margaritas, y eso es absolutamente cierto.

—¿Lo juran por la Santísima Virgen?

—Sí, jefecito; por la Madre Santísima.

—Nadie los invitó aquí.

—Yo lo sé, pero queríamos saber la verdad.

—¿Cuál verdad?

—Que nos van a dar a los peones tierra y libertad.

—A los peones, sí. Pero a los oficiales de los rurales y a los federales y a todos los zorrillos uniformados les vamos a dar otra cosa. ¿No quieren ver nuestras armas también?

—No, jefecito. Queremos volver a casa, con nuestras familias.

—Todos nosotros hemos querido por años volver a nuestras chozas y a nuestras familias, y no hemos podido. Así es que se van a tener que esperar.

A un ademán del *General* se le acercaron cinco muchachos a quienes habló con voz queda. Los hombres que estaban sentados alcanzaron a oír únicamente la última frase, que dirigió a los muchachos.

—Encuentren un costal fuerte y luego regresan.

Los cuatro visitantes se pararon e hicieron preparativos para irse.

En ese momento, sin embargo, los muchachos regresaron corriendo, ondeando un costal vacío.

—Sigan a estos hombres y echen un vistazo a nuestro armamento antes de volver a Las Margaritas —dijo *el General* con una sonrisa irónica.

Cuando los cuatro visitantes habían caminado unos pocos pasos y comenzaban a desaparecer en la oscuridad, *el General* gritó:

—No todos. Tú, teniente, quédate aquí un rato más. Tus tres compañeros van a encontrar bastantes cosas que ver.

Después ni él ni los demás hombres que rodeaban la fogata le prestaron atención al teniente, quien con gestos convulsivos y bruscos veía cómo los rebeldes se llevaban a sus tres compañeros. Había una gran fogata en esa dirección, pero de todas maneras parecía no ver lo que quería ver.

No habían transcurrido más de diez minutos cuando los muchachos regresaron sin los tres visitantes y arrojaron el costal al suelo enfrente de ellos. El costal, amarrado por la boca con una correa, estaba lleno de mugre y húmedo, como si hubiera sido arrastrado por el fango.

Obedeciendo a una señal del *General*, dos hombres saltaron sobre el teniente. Y cuando de otro salto se apartaron de él, la sangre le corría por la cara y por el cuello. No había proferido una palabra, intentó únicamente defenderse. La nariz le había sido rebanada hasta el hueso y ambas orejas cortadas por la mitad, a lo largo.

—Te debían de haber rajado los labios también, por tus infames mentiras cuando invocaste a la Santísima Virgen que te ayudara a mentir. Pero necesito tus labios, teniente Rubén Bailleres. Tengo un mensaje que deseo lleves a tu jefe, don Petronio Bringas. Y de modo que pueda reconocerte cuando te encuentre otra vez para preguntarte si le llevaste mi mensaje a tu

general, te tuve que mandar rebajar la nariz. De aquí en adelante te van a llamar *Chato*. Un bonito nombre. ¿Por qué no?

El teniente no dijo nada. Con la manga se limpió la sangre que le corría por la boca y por el cuello. No dio muestras de dolor. Pero *el General* sabía que en este momento el teniente estaba absorto pensando en la hora en que se le concediera a él tener al *General* como prisionero, sentado enfrente tal como estaba ahora. Aunque no llegara a realizarse este deseo, el solo pensar en ello indudablemente le hacía mucho bien.

—Yo podría, desde luego, mandarte colgar, teniente —continuó *el General*—, pero tengo mensajes importantes que comunicarle a don Petronio. Y tú eres el mejor mensajero que puedo mandar. Tus caballos están en el rancho La Primavera. Puedes volver con tu batallón para las ocho o nueve de la mañana. Por eso te estoy dando este costal. En el costal está el desayuno que le mando a tu jefe, en gratitud por haberse acordado de mí, mandándome tres oficiales y un sargento para preguntar por mi salud. ¿O qué, el cuarto de ustedes era teniente también? No lo creo, pues entonces los otros tres no hubieran tenido un criado.

El General sacó una olla de café de la lumbre y llenó un jarro que asió con ambas manos como tratando de calentarlas. Le dio varias vueltas entre sus manos; luego, cuando se hubo enfriado, lo vació de un trago.

Muchos rebeldes se habían acercado a la fogata principal. Se agolparon para no perder palabra del mensaje del *General* al oficial de las fuerzas federales.

—Don Petronio ha tomado posiciones con dos batallones de infantería, un regimiento de caballería y una sección de ametralladoristas inmediatamente atrás de Peña Alta, donde está escondido esperando que yo caiga en sus garras en la cañada grande que hay ahí. Dile que no le voy a hacer ese favor, porque no soy tan tonto como pa' caer en una trampa tan burda.

El teniente clavó la vista en *el General* como si viera un fantasma alzarse detrás de él.

—Quisiera atraerme hacia Las Margaritas de modo que pudiera caerme también por el flanco. No es conveniente para mí hacer eso. Lo voy a esperar aquí, ya que sabes nuestra posición. Ese viejo lascivo no ha de tenerle miedo a unos mugrosos como nosotros, ¿no? ¡Qué miserable hijo de puta es tu jefe, si sólo espera atacarnos en una cañada pantanosa! Si es un soldado de los buenos, que haga honor a sus medallas, que venga aquí a medirse con nosotros. No te olvides de decirle a ese hijo de perra lo que pienso de él.

Estos insultos provocaron en el teniente tal furia que se olvidó completamente del lugar en que estaba. De un brinco se plantó frente al *General*.

Pero éste se había levantado simultáneamente. Ni uno de los rebeldes intervino. Quizá porque todo fue tan rápido o porque creyeron que era parte de algún plan premeditado.

El teniente lanzó un puñetazo. Pero antes de que llegara a la cara del *General*, éste le había ya golpeado en el mentón con toda su fuerza. El teniente se tambaleó hacia atrás y fue a caer más o menos en el sitio donde había estado sentado.

—¡Qué lástima que no tienes tu pistola! Eso es lo que estás pensando, ¿no? —preguntó *el General*—. Para que te lo sepas, tú no eres el primer oficial a quien le he pegado en el hocico. Por eso ahora soy general de estos hombres, que no son unos miserables cobardes que se dejan pegar en la cara sin defenderse. Lo que pienso de tu jefe, ya lo sabes. Y si tu superior no está aquí dentro de cuatro días para enfrentarse con nosotros, los mugrosos indios, entonces no me va a encontrar ya aquí. Porque voy a marchar rodeando Balún Canán hacia Shimojol. Ése es un buen poblado rico donde vamos a divertirnos. Luego hacia Huninquibal y después de eso tomaré Yalanchén, luego Tsobtajal, luego Acayán, luego Nihich y finalmente Soctón. Después, el ataque a Tullún, donde visitaremos al gobernador, si es que no ha salido a alguna boda. Posiblemente cambiemos nuestros planes. Pero te estoy diciendo todo esto pa' que sepas que no tengo pensado ir a Peña Alta, donde nos han tendi-

do la trampa. Eso es todo lo que le tienes que decir a tu jefe. Y si se te olvida una palabra, te agarramos otra vez y te arrancamos l'otra mitá de las orejas. Conque no se te olvide repetirle a tu jefe todo lo que te he dicho.

El General vació su jarro otra vez y tiró los residuos del café.

—¿Quién me tiene un buen cigarro? —preguntó mirando a todos lados—. Pa' que no te pierdas te mando dos de mis muchachos hasta el ranchita donde están tus caballos.

El teniente se paró.

—¿Dónde están mis compañeros? —preguntó.

—Están viendo nuestro armamento. Primero vieron nuestros tesoros desde arriba, ahora los examinan desde abajo. A la mejor se quedan aquí pa' siempre. Nadie los invitó. Mañana por la mañana en el desayuno le puedes decir a tu jefe: o viene con un batallón a recogerlos o nos deja hacer un rodeo. Y antes de irte, no se te olvide dar las gracias por los frijoles, las tortillas y el café. Has sido bien atendido aquí. ¿O no?

Sin contestar palabra, el teniente dio media vuelta y siguió a los dos muchachos que iban a encaminarlo.

9

Apenas habían desaparecido los tres hombres en la oscuridad cuando los muchachos alrededor de la fogata se comenzaron a agitar.

—Pero, hombre, mi *General*, ¿cómo sabías todo eso? ¿Es verdad que los federales nos esperan detrás de las peñas? ¿Cómo sabías quiénes eran esos cuatro?

—Eso fue muy fácil —replicó *el General* encendiendo su cigarro y llenando otra vez su jarro con café caliente—. Más fácil de lo que se imaginan. No hice nada del otro mundo. Más bien me cayó en el regazo. Unos peones llegaron al campamento hoy.

Tres. No de Las Margaritas, sino de otra finca. Pero éstos sí eran peones de veras, no espías. Luego luego me di cuenta de que eran peones de verdad. Y por eso no los vieron. Nunca llegaron al campamento, no hasta aquí, en mero en medio. Se quedaron allá en la maleza, más allá de nuestros centinelas más avanzados. Se quedaron escondidos tres o cuatro horas hasta que estaban seguros que yo era el que buscaban. Yo andaba en los ejercicios de entrenamiento en la maleza. Cuando quedé solo por un momento y los demás iban corriendo muy adelante, oí que alguien llamaba muy quedito: «Oye, hermano. Queremos hablarte.» Dejé que los muchachos siguieran corriendo y me adentré en la maleza con los peones. Vinieron a prevenirme de las tropas que se acercaban y de la emboscada en que debíamos caer para gusto de los federales. También sabían lo de los cuatro oficiales disfrazados.

El Coronel rió con ganas.

—Cualquiera puede hacer sus cálculos cuando tiene tan buenos informantes.

—Pero a la mejor a ti no se te hubieran acercado —sugirió *el General*, sonriendo y viéndolo de soslayo.

—¿Y por qué no hubieran venido a verme a mí?

—Tú no inspiras tanta confianza como yo. Lo que más me gustó no fue la valiosa información que me trajeron. No; lo que me alegró el corazón fue que por primera vez en nuestra revolución unos peones hayan venido voluntariamente a darnos ayuda que no esperábamos. Ésa es una señal segura de que la revolución está haciendo poco a poco impresión hasta en las mentes de estos peones intimidados. Una vez que los cientos de miles de peones se vengán de nuestro lado, una vez que comiencen a rebelarse en las fincas por sí solos, entonces el triunfo de la revolución está asegurado, aunque la lucha dure otros dos o tres años.

—No podías haber expresado eso mejor, *General* —dijo *el Profesor* bostezando. Se levantó, buscó su petate y su cobertor, y se tendió en el suelo.

—Todavía no entiendo mucho de cómo hacer la guerra —dijo Matías al fin, cuando nadie tenía ya ganas de hablar—, pero creo, *General*, que tú cometiste un error.

—¿Qué clase de error quieres decir? —preguntó *el General*, quien ya estaba medio dormido, pero todavía permanecía cerca de la lumbre fumando su cigarro. Preguntó de una manera como si no esperara respuesta, como si la pregunta se le hubiera escapado mecánicamente.

—No tenías por qué contarle tus planes al teniente.

—¿Un error? ¿Yo cometí un error? Bueno, por qué no voy a hacer un error de cuando en cuando si todos hacemos tantos, y aún más esos tales jijos que están emboscados atrás de Peña Alta. Tenía que decirle algo pa' que no descubra lo que sí vamos a hacer. Si no le hubiera dicho nada de sus planes, que sí conocía, no se hubiera preocupado de nada y hubiera marchado a atacarnos. Pero ahora no sabrá qué hacer. ¿Y sabes qué hará el desgraciado viejo panzón? Mandará un batallón por un lado, y otro por el otro, porque no está seguro dónde le vamos a salir. Y los pobres peones que vinieron aquí tan valientes a contarme todo, si no inventan algo bueno para explicar dónde han estado, probablemente los entierren hasta el cuello y les pisoteen la cabeza. Espero que tengan bastantes sesos pa' que sepan qué decir. Pueden haber ido tras una vaca descarriada. ¡Dios santo, qué cansado estoy!

Un segundo más tarde los muchachos le oían roncar. Fidel se paró, trajo un cobertor, lo cubrió y le empujó una montura bajo la cabeza. *El General* estiró las piernas con gusto. Varios dedos asomaron, pues sus botas, que habían pertenecido a un capitán, le quedaban muy apretadas y les había tenido que abrir los lados y cortar la punta para que dieran salida a sus dedos.

Los muchachos barrieron apuradamente la lumbre hacia atrás, pues las botas del *General*, a pesar de su costra de lodo seco, habían empezado a arder.

X

1

Don Petronio Bringas, general de división y comandante en jefe del ejército que había sido enviado por el gobierno para aniquilar a los rebeldes, tomaba su desayuno. Era un desayuno digno de un general, aunque era suministrado en el cuarto principal de un pequeño rancho donde el militar había establecido provisionalmente su cuartel general. Mientras más tiempo permanecía este rancho convertido en cuartel general, más delgado y preocupado se volvía su dueño. Desde luego que el general no era ningún jefe de bandidos. Era un general genuino de las tropas federales. Pagaba cuatro reales por cada comida. Eso era lo que pagaba cada viajero cada comerciante que tomaba ese camino y que buscaba y conseguía alojamiento por una noche en el rancho. No había hoteles por esos parajes solitarios; el viajero pasaba la noche en el primer rancho a que llegaba ya entrada la tarde, pues se detenía tan pronto le comunicaban que el siguiente rancho distaba unas tres horas de camino, sabiendo que una hora después reinaría la más completa oscuridad.

Todo viajero se contenta con lo que le pueda proveer la mujer del rancho, y agradece cualquier atención especial, así sea un catre desvencijado. Pero es natural que un rancho no puede darle el mismo trato a un general del ejército. Lo que se le servía al general cada vez que se sentaba a la mesa, valía por lo menos unos cuatro pesos. El rancho no se atrevía a pedir más del precio acostumbrado, por miedo de despertar la ira y la mala voluntad del militar y caer de la gracia de todos los

pequeños dictadores que controlaban su destino. Si el general hubiera estado solo, la situación hubiera sido tolerable y el rancho podía convencerse de que hacía un sacrificio por la patria. Pero del general dependían una sarta de oficiales y ordenanzas que ayudaban a dejar al pobre rancharo en la calle, pagando todos cuatro reales por una comida, y siendo alimentados en la forma en que, según el pobre hombre, estaban acostumbrados los generales.

El general y sus oficiales se aburrían bastante, pues los malditos rebeldes no parecían dispuestos a marchar por el cañón que había sido escogido para su aniquilamiento. Y, por lo tanto, el rancho era visitado todos los días por mujerzuelas que los altos jefes mandaban traer del pueblo. El rancharo y su familia pasaban las noches arrinconados en el portal para que los huéspedes disfrutaran de las mejores habitaciones. Los soldados no podían pagar más de quince centavos. Pero nadie debía de levantarse con hambre de la mesa. Esto no era, sin embargo, la mayor desgracia del rancharo, a quien le repetían unas quince veces diarias lo afortunado que era al poder amasar una fortuna teniendo hospedada allí a la tropa. Gallinas, puercos, becerros y sacos enteros de maíz desaparecían, y las muchachas del rancho lucían manchas amarillentas y cenizas en el rostro y confiaban a la dueña que estaban seguras de haber contraído «algo malo».

Se comprende entonces que el rancharo rezara a todas horas del día pidiendo al Dios del Cielo que avanzaran los rebeldes, que se consumara la matanza y terminara ya este estado de cosas para poder disponer de su rancho aunque se lo dejaran en ruinas.

El general, por su parte, no tenía mucha prisa en atacar a los rebeldes. Recibía sus viáticos mientras estaba en el campo. Una vez que hubieran sido derrotados los insurrectos, tendría que volver al cuartel y terminarían sus viáticos y las buenas comidas de a cuatro reales.

Eran las diez de la mañana cuando se arrellanó cómodamente y de buen humor en la burda silla que el rancharo le ofrecía con un «ya listo, mi general», que equivalía a decir que la mesa estaba puesta y las sirvientas comenzaban a desfilar desde la cocina con los platillos. El general afiló el cuchillo con su tenedor, se chupó sus gruesos labios y dijo:

—¡Ah, don Rosendo!, ¿qué tenemos para el desayuno? Espero que algo bueno. ¡Maldita sea!, con el hambre que da aquí en el campo me podía pasar todo el día y la mitad de la noche comiendo.

El rancharo respiró penosamente y dijo:

—Caldo de pollo, huevos rancheros, pollo asado, barbacoa con salsa borracha, puré de papayas y café.

—¿Eso es todo, don Rosendo? —preguntó el general con aire desilusionado—. ¿No hay mole de guajolote?

—Lo siento muchísimo, mi general —replicó el pobre hombre encogiéndose de hombros—. Los pavos que me quedan están muy chicos todavía. Las tres docenas de pavos gordos que tenía, pues usted sabe mi general, ya se acabaron.

—Pero, mi querido don Rosendo, en un rancho tan bueno como éste, los pavos se crían solos. Tiene usted que ver de que se pongan más huevos.

—¿Quién, yo?

—¿No cree usted que yo haría lo mismo por usted, don Rosendo? ¡Pero aun con la mejor voluntad no podría yo complacerlo!

El general quedó tan complacido de su chiste que soltó una sonora carcajada y continuó riendo hasta que los oficiales entraron al salón a acompañarlo a la mesa.

—¡Señores! —gritó, mientras hacía desesperados esfuerzos para seguir riendo—. ¡Señores! ¡No! No lo van a creer, pero

don Rosendo me ha pedido que ponga huevos. ¿Qué opinan de eso?

Con ambas manos, en una el cuchillo y en la otra el tenedor, pegó en la mesa como para acompañar sus berridos.

—¿Qué clase de huevos quiere don Rosendo que ponga, mi general? —preguntó el capitán Segura con una expresión de inocencia. Solo su expresión era inocente, no así su pregunta. Quería estimular hasta donde fuese posible el regocijo del general.

El general podía haber besado al capitán por brindarle esta oportunidad de renovar e intensificar su risa.

—¿Oyeron eso, señores? ¿Lo que me pregunta el capitán Segura? ¿Oyeron eso? —apenas podía hablar entre sus accesos de regocijo—. El capitán Segura pregunta que qué clase de huevos debo poner.

El capitán conservó una cara seria, sin delatar ni por medio de un parpadeo que entendía la broma. Esto arrancó más risas al general, al ver al capitán frente a él con una expresión tan cándida. Con su tenedor apuntó al capitán y volteó a ver a los oficiales que reían, para incitarlos a hacer al capitán el blanco de sus risas.

—El capitán Segura me pregunta qué clase de huevos debo poner. Señores, señores, ¿qué clase de huevos debo poner?

El capitán cambió ahora de expresión. Tomó uno de los brazos de su silla y la arrastró hacia él como para sentarse a la mesa. Al mismo tiempo volteó para todos lados, como preguntando a qué se debía tanta risa. Se sentó lentamente y dijo con voz irritada:

—¡Maldita sea, señores!, no es para reírse cuando pregunto qué clase de huevos deben de ser puestos. Si dice mi general que debe de poner huevos, pues pregunto de cuáles, simplemente.

No era tanto su respuesta como la manera ofendida y displicen-

te en que la dijo lo que intensificó el efecto de su aparente inocencia al no alcanzar a comprender una broma tonta, y causó tanta risa al general que por poco se atraganta con el caldo. Se repuso y apuntó al capitán con su cuchara, rugiendo mientras se ahogaba de risa:

—Capitán Segura, debía de haber sido sepulturero, no militar, con esa cara agria que pone cuando todos estamos tan contentos y riéndonos.

—Perdóneme, mi general, pero soy sepulturero —contestó el capitán, impasible.

—¿Eh? —dijo rápidamente el general—: ¿Usted? ¿Algún negocio de funeraria? ¿Dónde? No lo sabía.

—Pero, mi general, ¿es tan difícil de comprender? —su expresión continuó impasible mientras añadía secamente—: ¿Por qué cree que llevamos pistola al cinto y nuestros hombres traen fusiles y ametralladoras?

—En otras palabras, capitán, ¿quiere usted decir que soy un sepulturero que pone huevos?

Una vez más el general rugió de alegría. Todos los oficiales le siguieron la corriente, unos por cortesía, la mayor parte, sin embargo, porque, al igual que su general, consideraban esta conversación como la más inteligente y de buen gusto que habían escuchado en mucho tiempo.

Cuando la risa aminoró un poco, el capitán tuvo la oportunidad de replicar:

—Ésas no fueron mis palabras, mi general; son suyas. Le ruego me perdone.

—Hombre —dijo el general—, verdaderamente es usted el hombre más seco, más aburrido y malhumorado que he visto en mi vida. Este hombre no tiene ni un grano de sal. Pero eso no quiere decir que no investiguemos, con toda consideración y buen gusto, las posibilidades de este hermoso lechón que las no menos hermosas niñas nos ofrecen en este momento. Oiga,

teniente Cosío, pásame mi buena botella de comiteco, tengo que bautizar el dorado cuero de este marranito con un poco de alcohol para matarle los microbios y los bacilos. Y hablando de microbios, capitán Segura, ¿cuál es su punto de vista?

—Depende de qué clase de microbios hable usted, mi general —el capitán había trinchado un trozo de carne y le daba vueltas, mirándolo pensativamente antes de engullirlo. Cuando lo hubo tragado y el general no se acordaba ya de la pregunta, repitió el capitán—: ¿A qué clase de microbios se refiere, mi general? Hay varios puntos de vista. A la mejor todos los que estamos aquí sentados comiendo puerco no somos más que microbios, y probablemente los marranos nos crean sus microbios. Preguntémosles cómo es el mundo visto a través de sus ojos. Todo parásito se siente el objeto más importante del universo, al mismo tiempo que considera a los seres a quienes les debe su vida como creados con el único propósito de servirle de alimento.

El general, atareado en engullir un inmenso trozo de carne, no pudo seguir el discurso completo del capitán. Había escuchado sólo las primeras frases. Con los últimos residuos todavía en la boca, dio rienda suelta a su sonora risa:

—Primero pongo huevos para don Rosendo, y usted me pregunta de qué clase. Luego me convierte en un sepulturero ponedor de huevos. Y ahora en un microbio. ¿Así trata usted a su comandante en jefe, capitán? Debo seriamente pedirle al teniente Ochoa que investigue si este asunto de los microbios no es suficiente para ameritar un consejo de guerra. Pero antes, capitán Segura, nos echamos otro traguito de buen comiteco para librarnos de los millones de microbios que hemos ingerido en los últimos diez minutos. Yo sé por larga experiencia que mis microbios saben distinguir muy bien entre un vaso de aguardiente corriente y un buen comiteco como el que tenemos aquí. Y mis microbios, tratándose de esto, jamás se equivocan. ¡Ah!, y aquí viene la barbacoa, que debe ser recibida como se merece. Yo diría, don Rosendo, que la salsa podía haber estado más borracha, no picaba bastante. Pásame ese platón con

chícharos. Muchas gracias.

3

El general alzó la vista.

En el umbral estaba una figura humana que al principio no reconoció.

El cuarto en el que comían los oficiales carecía de ventanas. Toda la luz entraba por el hueco de la puerta, así que ésta permanecía siempre abierta.

El general estaba sentado mirando hacia la puerta. El vislumbre del sol le daba en los ojos. Luego pudo darse cuenta de que alguien estaba parado allí, sin poder reconocerlo al instante. Sólo percibió que el hombre traía un paliacate rojo enredado en la cara, como si padeciera un dolor de muelas. Detrás del hombre apareció un indio llevando un costal lodoso sobre su espalda, y el cual dejó caer con un golpe seco sobre el portal.

—¿Qué pasa, hombre? —preguntó el general.

—Teniente Rubén Bailleres a sus órdenes, mi general, de regreso de reconocimiento y ronda nocturna.

—Pase, teniente Bailleres, pase. Nos estamos desayunando. Don Rosendo, por favor una silla para el teniente Bailleres.

El teniente entró al cuarto.

—¡Primero, hombre!, ¿qué le pasó en la cara? ¿Le volaron la nariz? ¡Gran Dios!

El general lo encontró cómico y comenzó a burlarse:

—Más fácil de besar sin su nariz, teniente. De todos modos era demasiado larga —al decir esto, recurrió a sus risillas burlescas—, ¿qué dicen, señores? ¿No somos todos de la misma opinión de que la nariz de nuestro amigo Bailleres era demasiado larga para poder besarlo?

Los oficiales no se rieron, tan solo dibujaron en sus labios una forzada sonrisa de cortesía.

La risa de su superior hizo que una furia ciega se apoderara del teniente, aunque no la demostró y conservó su compostura.

Mientras tanto un niño indio trajo una silla y el teniente se sentó. Una sirvienta le puso un plato.

En el pequeño rancho donde el teniente y sus compañeros habían dejado sus caballos, había sido provisto de dos mozos para que le acompañaran de regreso y le ayudaran a llevar los otros caballos y el costal que debía entregar al general en el desayuno.

Uno de estos mozos indios, el que había traído el costal, esperaba humildemente en el portal. El otro desensilló los caballos en el patio y los entregó a los soldados.

—Oiga, teniente —dijo el General dirigiéndose al recién llegado—; a esta hora del día no hace frío como para que ande con ese trapo enredado en la cara como una vieja. ¿O qué, trae dolor de muelas? Hable, hombre: ¿qué le pasa?

En el camino de regreso el teniente se había lavado la costra de sangre en un arroyo. El muñón de la nariz había dejado de sangrar. En el ranchito se había limpiado el muñón con aguardiente, y la herida estaba ya seca, aunque de un aspecto horrible.

El oficial titubeó unos instantes, luego comenzó a desatar el pañuelo rojo de debajo de la barba. Había sido su intención arrancarse el paliacate con un tirón rápido, como respuesta a los estúpidos insultos del general. Sin embargo, el pañuelo se pegaba tenazmente a ambas orejas, y cuando el teniente tiraba de él esto le causaba atroces dolores.

—Por favor, compañeros —dijo—, ¿no me pasan esa botella?

Un oficial que estaba sentado cerca de él dijo:

—Necesita usted un buen trago. Está pálido —y le llenó un vaso de aguardiente.

El teniente lo vació de cuatro tragos, apuradamente. Luego levantó la botella y vació el contenido sobre su cabeza.

—¡Ea, ea!, ¿qué pasó? —exclamó el general. Yo creía que ya estaba usted bautizado hace tiempo. Y ahora gastando este rico comiteco. Es un lujo aquí en el campo, donde es tan difícil obtenerlo y donde... hombre, ¿pero qué es eso?

El teniente, cuando sintió que el alcohol había empapado el pañuelo lo bastante, lo arrancó de un valiente tirón. Inmediatamente la sangre le volvió a chorrear por el cuello. Echando la cabeza hacia adelante frente al general, gritó:

—Por esto es por lo que traía vendada la cara, mi general. ¿Qué tal? ¿Le gusta?

—¿También balaceado?

—Nada de balas. A machetazos. Por esos salvajes, esos animales.

—Teniente Bailleres, no va usted a decir que yo lo mandé allá de reconocimiento. Seguramente que no. Usted lo sugirió. Y yo le permití marchar. ¿Dónde están sus tres compañeros?

—Los salvajes los retuvieron.

—¿Como rehenes?

—Eso no lo sé, mi general. No me dijeron nada de eso. Fui escoltado fuera de su campamento para traerle un mensaje que ese mugroso marrano que se dice *el General* quería mandarle.

—¿Cómo es ese criminal? ¿Es chamula?

—No, mi general. No es chamula. Pero es indio puro. Cómo puede ser general, no lo entiendo. Camina como un perro cojo. No sabe ni pararse. No sé cómo puede manejar un fusil. Nadie lo respeta, lo tutean. Todos lo tratan como igual. Come con los dedos, como toda su ralea. Se echa en un petate como los demás marranos. Podemos acabar con, esos animales en tres horas. Son basura.

—Eso no es novedad, teniente. Yo esperaba más —el general comenzó a reír—. Desde luego perdió usted su belleza, teniente. Unas orejitas tan bonitas. Y me parece que ese miserable general, que camina como un perro cojo, tuvo muy poco respeto para usted. A lo mejor no es tan estúpido como usted lo creyó cuando surgió disfrazado de peón para espiar su fuerza, su número, sus armas y sus planes. Él lo descubrió. Y la próxima vez que quiera usted vestirse de algo, tendrá que cubrirse toda la cabeza; ni una máscara le servirá. ¿Cómo puede alguien ser tan tonto como para dejarse cortar las orejas por una gavilla de ladrones?

El teniente no había esperado compasión, ni de su jefe ni de sus compañeros. La habría rechazado, en caso de que alguien se la hubiera mostrado, y habría sostenido que un soldado debe de sacrificarse, pues para eso es soldado. Pero que nadie lo aclamara como héroe, como un valiente oficial que se había aventurado hacia el campo del enemigo y que había sufrido dolor y humillación para ganarse un nombre en su batallón, eso lo enfurecía. Era cierto que el general no le había ordenado hacer tal reconocimiento. Se había ofrecido *motu proprio*, más bien para poder alardear entre sus compañeros que para cumplir una tarea vital. El general no les prestaba mucha importancia a los rebeldes. No los tomaba en serio desde el punto de vista militar, y en muchos aspectos consideraba que era degradante a su rango y posición que se le mandara a él, todo un general, a vérselas con unos peones piojosos. Según su parecer, esta labor le correspondía a un mayor con medio batallón. Pero en el Ministerio de la Guerra habían ordenado que él atacara a los rebeldes con tantos y cuantos soldados, y tenía que obedecer la orden. Si unos jóvenes oficiales tenían ganas de aventuras porque era aburrido estar entre el polvo y la mugre esperando a los rebeldes, allá ellos. Él les había concedido permiso porque se lo habían pedido; que su aventura no hubiera resultado como ellos querían, no era un asunto de su incumbencia. Así es que ¿por qué no podía darse el gusto de burlarse del teniente, de mofarse de su apariencia, como se podía haber burlado de algún joven oficial cuyas aventuras amorosas

se hubieran desmoronado al romperse la escalera?

El teniente Bailleres, sin embargo, no era de la misma opinión. Y, habiéndose visto despojado de su mérito, pensó en desquitarse a expensas del general, quien seguía engullendo su vasto desayuno con mucho ruido, tan entretenido en mezclar las partes exactas de sal, pimienta, chile y salsa de tomate, que no le quedaba tiempo para preocuparse por los sufrimientos y el orgullo herido de su teniente.

—El tal *General* me dio un mensaje para que se lo trajera, mi general —dijo el teniente tan pronto hubo terminado su caldo.

—Este mensaje debe de estar bueno, señores, y cómico de seguro. ¡Un mensaje para *mí* de esos peones piojosos! Bueno, a ver, teniente —el general rió estrepitosamente, se atragantó y tosió.

—El mensaje no es muy respetuoso que digamos, mi general.

—No le pregunté eso, teniente Bailleres. Pero espero que cuando menos sea cómico —el general se volvió a mirar a sus oficiales y sonrió—: Señores, ahora tendremos un poco de diversión.

—Ciertamente, mi general. Pero no me hago responsable. Sólo le repito lo que me dijeron. Su madre es una puta.

—¿Qué es eso? ¿Qué quiere decir con eso, teniente Bailleres?

—Usted quiso oír lo que el general de esos indios apestosos tenía que decirle.

—Eso es distinto. Bien, prosiga.

—Me encargó que le dijera que va a tasajearlo a usted y a todo su ejército y que tendrá el gusto de arrastrarlo a usted de entre su Estado Mayor y cortarle la nariz, las orejas y ciertos otros apéndices. No le hará el favor de dejar que sus hombres sean despedazados por usted en el cañón cerca de Peña Alta, sino que hará un gran rodeo y quemará todas las grandes fincas y los pueblos en su retaguardia, colgará a los habitantes de los árboles más altos y los dejará colgados; espera de esa manera

que usted sea degradado deshonrosamente por el Ministerio de la Guerra por negligencia y por falta de pantalones. Que si usted tiene una chispa siquiera de valor y quiere mostrarse como hombre y como soldado, avanzará hacia donde él lo está esperando. Pero que usted no es más que un chivo viejo que no se atreve a salir a batir rebeldes y sólo piensa en su sueldo y en su barriga. Que usted es cien veces más puerco y más degenerado que el más piojoso y bruto de sus hombres, los cuales tienen suficiente valor para enfrentársele a usted, a su ejército y a todos los que cargan pistolas, fusiles y ametralladoras, y que pueden pegarles hasta con garrotes, y que aun sin sus machetes quebrados harán de ustedes un montón de estiércol para ser pasto de los puercos y de los perros sarnosos. Que ustedes no sirven sino para violar y robar, y solo son soldados porque si no trajeran uniforme no podrían ganarse una migaja de pan o un pedazo de tortilla con trabajo honrado. Que usted, general, es la basura más grande, el ser más estúpido, bruto e inútil que se puede encontrar sobre la tierra; en la cabeza no tiene más que lo que debía tener más abajo; y los huesos al rozarlos se le quebrarían como una vara hueca, pues está infestado de podredumbre. Y lo que es más, que no es usted ni general ni nada que se le parezca, sino que ostenta el título porque su mujer y sus hijas se han acostado con todos los que han tenido que ver con su ascenso. Que si su madre no hubiera puteado por dondequiera, usted no llegaría ni a sargento, a lo sumo sería mulero. Perdóneme, mi general, pero usted quería oír el mensaje, y como subordinado tuve que obedecerlo; como siempre estoy a sus órdenes y le brindo mis respetos. Ahora tengo que darle algo que le mandó ese piojoso *General* para su desayuno.

Ni el general ni los oficiales, tanto los que estaban sentados a la mesa como los que habían llegado posteriormente y permanecían de pie, habían interrumpido al teniente. Lo habían dejado hablar como a un loco al que no se le puede culpar de lo que dice. Pero cuando hubo acabado, todos se dieron cuenta de que el teniente no había hablado por él, sino que había, palabra por palabra, repetido lo que *el General* de los rebeldes

había dicho. Uno solo de estos epítetos habría bastado para que el teniente hubiera comparecido ante un consejo de guerra, y todo el discurso le habría valido cuando menos doscientos cincuenta años en la prisión militar de Santiago. Aparte de todo esto, las expresiones que había empleado eran tales, que un oficial apenas las podría haber inventado, aunque quisiera. Éstas eran las razones por las cuales ni el general ni los otros oficiales habían interrumpido al teniente.

Tan pronto como habían sido pronunciadas las primeras palabras, todos habían dejado de comer. El general se había puesto púrpura al principio, luego pálido, y otra vez morado. Los oficiales, especialmente los jóvenes, habían palidecido. Esperaban que el general sacara la pistola para balacear al teniente. Pero por la misma razón que no se le había interrumpido, nadie había hecho un movimiento para tirarle o abofetearlo. El teniente dijo su discurso sin vacilaciones. Su furia le dio valor para rendir su mensaje sin excusas y sin una sola apología interpolada. Esto lo reservó para el final. En el estado de ánimo en que se encontraba, cansado después de un largo viaje durante la noche, humillado por su desgracia y casi impotente por el dolor y la pérdida de sangre, le hubiera sido indiferente que el general le pegara un tiro. Lo hubiera considerado como un favor.

4

El discurso fue seguido por un silencio de varios segundos, que parecieron minutos a todos los presentes. Nadie supo qué decir o hacer para romper la tensión opresiva.

Sin embargo, el silencio fue roto bruscamente por un grito del mismo teniente Bailleres:

—¡Ea, chamaco, trae el costal que traías atado a la cabeza de la silla!

El muchacho se había acuclillado en el portal, esperando que alguien le diese de comer. Al llegar había desatado de la mon-

tura el costal y lo había puesto junto a él en el portal. Levantó el costal y lo llevó al comedor donde se reunían los oficiales.

—Aquí está, mi general, el regalo que ese perro sarnoso le mandó —dijo el teniente Bailleres.

—¿Un regalo? ¿Para mí? ¿De ese marrano? —el general no se recobraba todavía del torrente de insultos obscenos que lo habían arrollado—. Tiren eso al estercolero. ¿Qué clase de regalo puede mandarme esa basura de indio insolente? Probablemente algún jamón robado que envenenó. Pon el costal en el estercolero, chamaco.

El muchacho levantó de nuevo el costal. Pero cuando había traspuesto el umbral y caminaba por el portal, el general tuvo curiosidad de saber lo que contenía. Al mismo tiempo pensó que el contenido del costal pudiera brindar algún indicio referente a los planes del jefe rebelde.

—Teniente Bailleres, ¿sabe lo que hay en el costal? —preguntó.

—No, mi general. Debo confesar honestamente que en mi miserable travesía mi mente iba ocupada con otras cosas y no pensé en mirar. Además no creí justificado abrir un costal cerrado, cuyo contenido iba destinado a usted.

—Tiene razón, teniente Bailleres. Gracias.

Dirigiéndose a uno de los jóvenes oficiales, el general agregó:

—Llame al muchacho con el costal.

El muchacho volvió y dejó caer el costal sobre el duro piso del cuarto. Todos los presentes fijaron la vista sobre el saco como tratando de adivinar su contenido. Bien podía ser el jamón envenenado, o cocos, o calabazas. A lo mejor, y este pensamiento se les ocurrió a todos simultáneamente, a lo mejor eran bombas que estallarían al momento de rodar fuera del costal.

Un capitán expresó su sentir:

—Mi general, debemos tener cuidado. Pueden ser bombas.

—No sea tonto, capitán. Si fueran bombas, el muchacho que trajo el costal no estaría aquí.

Los oficiales rieron, y el capitán hizo un gesto.

—Vamos. Desata el costal, chamaco —ordenó el general.

El joven se arrodilló y comenzó a meterse los nudos entre los dientes para aflojarlos, pues estaban bastante apretados. Esto desesperó al teniente Ochoa, que cogió un cuchillo de la mesa y de un tajo cortó las cuerdas.

—Sacude el costal, chamaco —dijo el general, levantándose de su silla para ver mejor por encima de la mesa.

El muchacho tomó el costal por las puntas inferiores, lo levantó y rodaron hacia afuera las cabezas cercenadas de los tres compañeros del teniente Bailleres.

—¡Van a pagar muy caro esto esos salvajes, esos asesinos bárbaros! —gritó el general cuando se repuso del choque—. Y mi santa madre, mi madrecita, ¡pensar que ha pronunciado su nombre con su boca inmundada, y que lo ha manchado! Lo voy a despellejar vivo, lentamente y día tras día, arrastrándolo tras un burro. Esas bestias, esos animales salvajes. ¿Qué he dicho siempre y por qué he abogado, señores? Lo repito y lo seguiré repitiendo hasta que el gobierno me escuche: hay que exterminar a todos los indios, destruirlos sin misericordia como a los animales más ponzoñosos de nuestra tierra. Y mientras no hayamos barrido de la faz de la tierra todo lo que sea indio, no habrá ni paz ni descanso en este hermoso país. Manchar a mi madre querida no se lo perdonaré jamás a esta basura, a este indio andrajoso. Y aquí, nuestro camarada teniente Bailleres, amenazado de muerte, y tres de nuestros compañeros asesinados de una manera bestial. ¿Qué me mandó decir ese perro sarnoso? ¿Que no le puedo pegar donde me está esperando? ¿Él esperándome a mí? ¿Él, un marrano rebelde y piojoso esperándome a mí? Gusano vil, perro indio, y dice que me le escondo y no salgo a arrancarle el pellejo. Señores, con un solo batallón voy a batir a esa basura. Y lo que es más, señores, me escupen la cara si en tres días no acabo con esa plaga de víbo-

ras. Pero a ese perro indio apestoso no le voy a dar el privilegio de morir a garrotazos como a los demás marranos. Lo traeré yo mismo, con sus huesos sifilíticos amarrados detrás de una mula. ¡Coronel Viaña, queda usted al mando de la tropa durante mi ausencia!

XI

1

El general no tardó en terminar su desayuno. Ordenó que la expedición punitiva estuviera lista para marchar a las cuatro de la tarde.

Mientras daba sus órdenes, se interrumpía a sí mismo a cada momento para entonar su cantinela:

—Manchar el nombre de mi madre, ese perro asqueroso, esa víbora, manchar el nombre de mi madre.

Cuando sus órdenes habían sido difundidas y la tropa se alistaba para la marcha, el coronel Viaña consideró prudente tratar de aminorar el exaltado estado de ánimo del general:

—Con su permiso, mi general, me tomo la libertad de aconsejarle que ordene salir cuando menos dos batallones y una sección de ametralladoristas. No sabemos lo fuertes que estén los rebeldes.

—Mi querido coronel —replicó el general—, por favor, no sea ridículo. Originalmente quería mandar sólo medio batallón tras esa banda de rebeldes. Hubiera sido más que suficiente. Pero mi superior ordenó que saliera casi una brigada —quién sabe por qué diablos; a lo mejor se embolsa unos cinco mil pesos más con esto—, y como su subordinado, tengo que obedecer y traer una brigada hasta aquí. Me daría vergüenza y no podría verle la cara a otro oficial si saliera con una brigada a perseguir a esos indios vagabundos. Muy bien. He traído la brigada hasta aquí, obedeciendo órdenes de arriba, para defender Balún Canán. Pero eso no quiere decir que tenga que llevar toda la brigada para derrotar a esos perros.

—Usted es el que manda, mi general, y yo tengo que obedecerle. Pero todavía creo que debería usted llevar, cuando menos, medio regimiento de caballería.

—Bueno, bueno, solo para darle gusto, coronel, está bien; llevaré algunos jinetes, unos setenta. Déle las órdenes necesarias al capitán Ampudia. Es el que está más borracho. Eso lo alegrará.

—A sus órdenes, mi general.

El coronel se cuadró y salió.

El general llamó en seguida al teniente Bailleres:

—¿Cómo se siente, teniente? ¿Listo para entrar en acción?

—Cansado, mi general. Pero ruego se me permita tomar parte en la expedición.

—Usted irá, teniente. Tiene cuentas que saldar con esos salvajes y no quiero quitarle ese gusto. Usted será valioso, pues conoce el terreno y la gente. Quedará bajo su mando la primera compañía.

—Muchas gracias, mi general.

—Acamparemos por el camino al anochecer. Así podrá usted reponerse. En su opinión, ¿podrían nuestras tropas estar en el terreno enemigo a media tarde de mañana?

—Sin duda, mi general. Y me parece el mejor tiempo para nuestro ataque, pues a esa hora ellos no esperan que los ataquemos. En la tarde andan de cacería, y los que no cazan estarán entrenando o durmiendo. Según lo que pude averiguar, no esperan un ataque por ese lado, sino más bien cerca del cerro, donde los esperamos. Cualquier ataque de parte de nosotros, están convencidos que será, o bien muy temprano, por la mañana, o poco después de anochecer, cuando ellos piensan que nosotros creemos que están cansados o echados cerca de la lumbre, durmiendo o acostados con sus mujeres. Eso es todo lo que entesaqué de sus pláticas, mi general.

—Les pegaremos bien y duro. ¡Manchar el nombre de mi santa madre con sus hocicos de perro, indios animales! ¡Arrastrar el nombre de mi madre por el lodo!

2

A las tres de la tarde el general creyó muy justo regalarse con otra succulenta comida. Mientras comía, se quejaba de las obligaciones onerosas de un general en jefe, que no le habían permitido esa mañana disfrutar pacíficamente de su desayuno y terminarlo con su calma acostumbrada. Esta vez la comida no fue amenizada con las anécdotas y los chistes del general. Estuvo revestida de una completa seriedad. No era que el general y sus oficiales pusieran en peligro su digestión al discutir sus planes de campaña, no; la seguridad de la inminente derrota que iba a infligir a los rebeldes encontraba su máxima expresión a cada tercera frase del general, que entre bocados y sorbos decía:

—Les voy a pegar a estos marranos piojosos que han manchado el nombre de mi madre con sus mugrosos hocicos; primero hay que rodearlos, luego someterlos a golpes de garrote, y después enterrarlos hasta el cuello, para que las compañías pasen sobre ellos, seguidas de la caballería. Fue un excelente consejo el suyo, coronel Viaña, de que llevara la caballería. Habría echado de menos no poder hundirles la cabeza en la tierra a esos puercos —en seguida se le ocurrió algo más—: Aunque debo admitir, señores, que me humilla tener que marchar contra unos perros de tan baja estofa. Un sargento podría hacerlo. ¿No es verdad, señores?

—Desde luego que sí, mi general.

Un poco después de las cuatro, la expedición punitiva se puso en marcha. Antes de las siete llegaron a un rancho donde el general ordenó que se acampara durante esa noche para poder continuar la marcha en la mañana con nuevas energías. No

era aconsejable seguir de noche, pues los rebeldes se les podrían evadir haciendo un gran rodeo.

El teniente Bailleres, sin embargo, opinaba que los rebeldes no marcharían en ruta directa hacia Balún Canán, pues sabían que toparían con los federales y tenían tan pocas ganas de entrar en batalla de noche como el ejército.

El general torció su boca en una sonrisa irónica, para darles a entender a sus oficiales la poca importancia que revestía esa campaña, recalcando que los había invitado solamente para que disfrutaran de unas horas de regocijo. Era motivo de regocijo solamente, pues la matanza de una cuadrilla de rebeldes no hace ganar laureles, ni siquiera medallas, a un soldado honorable. Y con su boca torcida y el gesto irónico, dijo:

—¿Batalla? No oigo más que batalla, teniente Bailleres. Batalla. No debe hablar de batalla tratándose de esos bandidos andrajosos. Uno no ofrece batalla a los amotinados, a los rebeldes o a los huelguistas. Uno les pega y los cuelga, o si no, los entierra vivos, para ahorrar cuerda y trabajo al verdugo. ¡Batalla! Cuando oigo que un oficial dice eso me dan ganas de vomitar. Pero vamos a tomar un trago antes de la cena mugrosa que nos van a servir aquí. Rancho miserable. No comen más que frijoles, tortillas y chile. No saben lo que es café y hierven unas hojas y las llaman té. Y a esto le llaman rancho. ¡Diablos!, al viejo no le importa un comino que en esta soledad dejada de la mano de Dios un general que él manda contra los piojosos indios tenga que aguantar chinches y pulgas sin un buen colchón donde descansar sus asentaderas, y levantarse en la mañana con los huesos molidos. ¡Dios mío!, vamos a terminar esto cuanto antes y a volver al cuartel, donde un hombre puede tener paz y buena cama. ¿No creen, señores?

—Absolutamente, mi general —contestó el capitán Ampudia en nombre de los jóvenes oficiales, quienes asintieron obedientemente.

La tropa acampó en el patio del rancho. Los oficiales tenían un cuarto en la casa del dueño, que era una miserable estructura de adobe de dos piezas que amenazaba ruina. La cocina estaba en el patio, en una choza de estacas con techo de palma.

El patio mismo estaba rodeado de una tapia hecha de piedras sueltas sobrepuestas.

A unos cincuenta pasos más allá de esta tapia quedaban las humildes chozas de palma en las que vivían las tres familias indias que trabajaban como peones en el rancho. La caballada de la tropa pastaba en un potrero con las patas atadas. El rancho recibía cinco centavos por caballo por derecho de pastoreo, y veinte por cada hombre. Todo de acuerdo con el reglamento y según el recibo que tenía que firmar. Lo que realmente recibía en dinero contante y sonante dependía de lo escaso de fondos que estuviera el cajero.

Pero el rancho conocía a su gente y sabía las mañas de todos los dictadorcillos que el gran dictador tenía que tener contentos para asegurarse su posición. Por tal razón el rancho no se molestaba en llevar la cuenta de cuántos hombres y animales engordaban en su rancho. Preocuparse por eso o anotar lo siquiera en su librito sólo le reportaría un dolor de cabeza y ni un solo peso en efectivo. Nadie se fijaba en el recibo oficial que se daba. Se colgaba en un clavo hasta que el clavo se oxidaba o el papel se desmoronaba o se lo comían las cucarachas. Sólo un niño de seis años le llevaría el recibo al cajero del cuartel para hacerlo efectivo.

Cualquier persona sabía que el recibo sería objeto de mil averiguaciones y disputas hasta que la furia hiciera que el rancho lo despedazara y lo tirase a los pies del cajero. Porque, ¿cuál es el objeto de una dictadura si no queda una propina aquí o allá?

La puerta del tapial de piedra que cercaba el patio consistía en seis gruesos palos atravesados entre dos postes fijos en el suelo y los cuales el pastorcillo, cuando regresaba con las vacas por la tarde, afianzaba para proteger al ganado de los ataques del tigre.

Ahora estaba ante esta puerta un centinela con la bayoneta calada, quien marchaba de arriba abajo, y cuando veía acercarse a alguien empuñaba el fusil con ambas manos y gritaba el quién vive. Si el interrogado contestaba «¡amigo!», se le permitía pasar. Si contestaba «¡enemigo!», se le disparaba inmediatamente.

No era necesario apostar más centinelas. Uno no pone centinelas cuando combate a los rebeldes. Eso sería tanto como reconocerle rango de soldados. Rebeldes, amotinados, huelguistas y enemigos del Estado, criminales y reos, se sentirían honrados si un oficial empleara en su contra las medidas precautorias reglamentarias dignas únicamente de un enemigo extranjero; porque sólo el enemigo extranjero es capaz de despertar y estimular una industria de armamentos dormida. Y eso sí merece honores militares.

Además, resultaba superfluo cansar a muchos hombres y dejarlos poco aptos para la dura marcha del día siguiente, acortándoles su descanso nocturno al obligarlos a vigilar.

La infantería dormía en el patio. Afuera, junto a las chozas de los peones, dormían las tropas montadas. Todos los hombres dormían al descubierto, vestidos, cerca de sus armas.

Hacia la puesta del sol, el general había mandado tres patrullas de reconocimiento en distintas direcciones, las cuales habían regresado sin ninguna novedad, pues no habían avistado ni un animal, mucho menos un hombre. Los campesinos que acertaban a pasar por el rancho eran detenidos e interrogados, pero todos decían no haber visto rebeldes aunque habían oído que a

lo lejos, en el llano, había una cuadrilla de bandidos que se dedicaban a asaltar y a robar ganado.

—Entonces no hay duda, señores, de que estos marranos todavía están donde los visitó el teniente Bailleres. Es una lástima que no se hayan acercado para ahorrarnos al menos la mitad de la jornada hasta allá. Mañana nos quedan por delante unas siete u ocho horas de marcha antes de que podamos arreglar a esos bandidos.

Al decir esto el general bostezó, se echó un trago de proporciones generosas, volvió a llenar su vaso y pasó la botella.

Dos botellas más fueron traídas.

El general jugaba al dominó con tres oficiales. Desde que el rancho les había prestado el dominó había subido en estimación ante el general, quien ahora lo consideraba un ente civilizado; pues las personas faltas de cultura e inteligencia no tienen idea del esfuerzo mental que un jugador de dominó tiene que hacer para deducir qué fichas no han sido jugadas y quién las tiene. Es un juego digno sólo de grandes estrategas y mentes privilegiadas. Los tontos se ocupan del ajedrez. Pero ¿qué es el ajedrez? Uno tiene que adivinar, deducir; todas las piezas están a la vista; uno puede ver lo que tiene el contrario, y observar exactamente lo que hace. Un juego para escolares e idiotas. ¡Pero el dominó! El general sabía muy bien por qué consideraba el dominó como el juego más inteligente jamás inventado por el hombre.

Cuando uno de los oficiales prefirió hacer el cuarto en un juego de naipes, el general invitó a su anfitrión, el rancho, a que los acompañara al dominó.

—Perdóneme, don Facundo, por haberme equivocado respecto a usted —le dijo con una sonrisa amistosa cuando el rancho se sentó frente a él—. Yo supuse que usted era tan cerrado como los demás rancheros, de los que tenemos tantos en este estado, que no piensan sino en sus vacas y nada más. Me da gusto saber que usted no es así, sino un hombre civilizado y con talento. A su salud, don Facundo. Bueno, y ahora a ver qué

tenemos aquí.

De una zarpada el general levantó una ficha y la puso de golpe sobre la mesa, uniendo un cinco con otro cinco, como si nadie más en el mundo lo pudiera haber hecho. Cuando hubo consumado esta hazaña, se frotó las manos con gusto, y miró con ojos de envidia las fichas sobre la mesa para ver lo que añadiría el siguiente jugador. Tan pronto como la ficha hubo sido jugada y encontró que en ambos extremos había seises, se sintió justificado el tomar otro trago como recompensa.

Eran las once cuando decidió que ya era hora de descansar, dando así a los demás oficiales la oportunidad de retirarse.

A medianoche todo el rancho vibraba con los ronquidos de todo aquel que sabía roncar. Ni el centinela de la puerta pudo resistir al fin a tanto ronquido. Se recargó cómodamente contra uno de los postes y puso el fusil con la bayoneta calada entre las piernas. «Aun suponiendo —pensó mientras cabeceaba somnoliento— que llegara el teniente con un centinela de refresco y me encontrara dormido, a lo más me daría un par de fuetazos y otras dos horas de guardia. Unos fuetazos más o menos no me van a hacer sargento con más sueldo; ha habido miles de veces en que no me he dormido estando de guardia y todavía no soy capitán, así que ¿de qué sirve estarme parado como un idiota mientras todo el mundo ronca y yo tengo que estar despierto? ¡Qué buenos chamorros tiene la Gabina! Han de pasar como unos seis días antes de que pueda volver a invitarla a bailar. Y don Teódulo siempre tiene buena música cuando da un baile; y qué buen comiteco. ¡Caramba!, ya me arden los ojos como si trajera arena. Sí, la música en casa de don Teódulo, no hay como ésa. Es rebuena. Y la Gabina con sus chamorros regordetes. Y mañana tener que seguir caminando como locos. ¡Dios mío! Si en esta tierra de Dios hubiera un fin a esta vida de soldado, que se pudiera echar uno pacíficamente en su petate cuando quisiera, y que nunca le pegara a uno un oficial una cachetada sin poder devolvérsela tres veces en el hocico. Dios sabe que estoy más cansado que una mula vieja.»

Con estas palabras se acurrucó en una posición más cómoda, apoyó la espalda contra el poste y bajó la cabeza entre los hombros para sentir un poco de calor.

XII

1

Nadie, ya fuera oficial o soldado, podía decir con precisión si habían estado durmiendo durante quince minutos o durante cuatro horas. Nadie se acordaba con exactitud si había sido a la una o a las cuatro de la mañana. Sin embargo, soplaban un airecillo frío y por esto cualquiera que conociera la región se inclinaría por la hora más avanzada. Pero, sorprendentemente, nadie había pensado en consultar su reloj para saber la hora. Seguramente por miedo de tener que encender un fósforo o una lámpara, pues hasta una chispa podría delatar su posición, y esto podía costarles la vida. Tenían puesta su atención en otras cosas, de manera que hubiera parecido absurdo investigar la hora.

Sucedió una cosa extraordinaria. Todos los que dormían en el rancho despertaron casi al mismo tiempo, como si hubieran sido despertados por una voz que no habían percibido pero que pensaban haber escuchado.

El primer ruido concreto que les convenció de que estaban conscientes y de que aquello no era un sueño fue el súbito y sostenido ladrar de los perros. Éstos, como siempre, ladraban toda la noche, incesantemente. Ladraban a las mulas y a los caballos, ladraban por el gran número de soldados dormidos, y se ladraban unos a otros: los del rancho a los que acompañaban a la tropa.

Por lo tanto, nadie prestaba atención al ladrido de los perros. Solo cuando éste se convirtió en un coro definido, potente y furioso, sospecharon que algo raro pasaba.

Pero cada hombre permaneció donde estaba, y solo unos cuantos se irguieron somnolientos. Luego notaron que los caballos se habían metido al patio y corrían desordenadamente. Al mismo tiempo, vieron algunas figuras envueltas en sombra correr de aquí para allá; aparentemente intentaban reunir los caballos y echarlos del patio. Estas figuras llegaron cerca de los durmientes, tropezaron con ellos, les cayeron encima, se levantaron tras una breve maldición y volvieron a correr en pos de los caballos.

Los caballos no tenían ya las patas atadas. Así era sin duda como se habían adentrado en el patio, ya fuera por miedo a algún tigre hambriento que acechaba en los potreros, o bien atraídos por los sacos de maíz.

Sin embargo, en menos de cinco minutos, los ruidos extraños, el pataleo de los caballos, las maldiciones y exclamaciones de los hombres que habían sido molestados en su sueño y algunos hasta pisoteados, cesaron tan súbitamente como habían empezado. Los perros cambiaron de nuevo su tono y ahora emitían solo su acostumbrado lamento nocturno. Los pocos hombres que se habían incorporado sin abandonar sus lugares, se dejaron caer otra vez aletargados y siguieron durmiendo, contentos de que todavía faltaran unas horas antes de que el clarín lanzara su llamada.

Diez minutos después todo el campamento roncaba con más fuerza que antes.

2

Cuando el clarín resonó por el rancho, todos comenzaron a estirarse, bostezando tanto que parecía que iban a tragarse unos a otros, luego se rascaron la cabeza, la espalda, el pecho y las piernas como si tuvieran más de una piel en el cuerpo. Y las primeras palabras que dijeron a su vecino, fueron:

-¡Dios! ¿Lo soñé anoche o anduvo el diablo suelto por un rato?

A lo que el vecino contestaba:

—Entonces no lo soñé si tú también lo oíste. Ha de haber habido medio centenar de tigres en el llano que correataron a los caballos hacia acá y los mandaron brincando sobre mi estómago.

El general le dijo al capitán, que estaba sentado en la cama de al lado, bostezando y rascándose:

—Voy a darle una lección a ese sargento de caballería por no cuidar a los caballos como debe. ¡Ea, maldición de Dios!, ¿dónde está mi pistola? No estaba anoche tan borracho como para no saber dónde puse mi cinturón. Recuerdo claramente que lo colgué en la cabecera de la cama para tenerlo a la mano.

El general buscó por la derecha, por la izquierda, debajo de su catre, en las repisas que había en la pared, se lo buscó hasta en la cintura; y como no lo encontrara, dijo con una mirada llena de asombro:

—Bueno, ¿pues dónde diablos colgaría mi artillería anoche? ¿Dígame, capitán, estaba yo tan borracho que no supe lo que hacía?

—Desde luego que no, mi general. Estaba usted bien cuerdo.

—Empiezo a dudarlo —replicó el general, parándose y registrando todas sus ropas—. Pero cuerdo o no cuerdo, mi pistola ha desaparecido; eso sí lo sé.

—Es posible que su ordenanza se la haya llevado a limpiar —dijo un teniente.

—Entonces parece que hizo colección de todas nuestras pistolas para limpiarlas —dijo otro oficial que había estado buscando la suya durante varios minutos con la ayuda de una vela chisporroteante, hurgando bajo el tapete, en sus botas, y debajo del montón que formaban sus ropas.

Fuera de la casa, en el ancho patio, había la confusión acostumbrada entre los hombres que acaban de levantarse. Toda-

vía estaba completamente oscuro, pero en varios lugares del patio ardían pequeñas fogatas que iluminaban tenuemente el lugar.

—¡Tú, Claudio! —se destacó una fuerte voz—. ¿Has visto mi pistola? Parece que se la llevó el diablo.

—No me preguntes, baboso; que tengo media hora de buscar la mía. Y no encuentro la bayoneta tampoco.

Un sargento rugió con voz irritada:

—¿Quién jijos tiró la pirámide de fusiles? No hay señal de ellos.

La confusión aumentó.

Simultáneamente, de todos los rincones del patio salieron los mismos gritos furiosos: «¿Qué hijo de puta agarró mi fusil?» «¿Dónde está mi pistola, bola de desgraciados?»; y de otro rincón: «Juro que cuando agarre al cabrón que escondió mi rifle, le voy a romper el hocico. Hijos de la tiznada, si lo tenía pegado como una vieja, y ora ya no está.»

El clarín tocó formación. Había un leve resplandor en el cielo. Cuando se hizo el recuento, se vio que faltaban ciento treinta fusiles, ocho revólveres de la oficialidad, dos ametralladoras, cuatro cajas de municiones para ametralladora, ciento cincuenta cananas cargadas, un número indeterminado de bayonetas, sables y cuchillos, y unos treinta costales de maíz. Cuando la caballería comenzó a desfilar, los jinetes resbalaban hasta el suelo por los flancos del animal y los caballos se asustaban y huían desbocados. Era que todos los cinchos habían sido cortados hasta en tres cuartas partes para que se rompieran tan pronto como comenzaran los caballos a galopar o a encabritarse.

—¿Qué clase de reclutas estúpidos son ustedes? —chilló el general—. ¿Ha pasado alguna vez algo igual en el ejército? ¡Dejar que les arrebaten sus armas! Voy a hacer que les den tres meses de marchas forzadas hasta que suden sangre por los poros. Y al que haya perdido una ametralladora, diez días más encima de eso. ¡Les voy a enseñar lo que cuesta el equi-

po, pedazos de basura! Cada hombre que haya perdido su rifle se va a cortar un garrote, y con garrotes solamente vamos a atacar a esos indios marranos que les robaron sus armas. De otra manera, por Dios que los mando fusilar a todos aquí mismo. ¡Rompan filas!

3

—Y ahora ustedes, caballeros —dijo el general mientras sus oficiales se sentaban a desayunar—. Veo que ustedes tampoco traen sus armas. ¿Qué tienen que decir?

Los oficiales, que sabían muy bien que no solo ellos, sino también su comandante en jefe, habían perdido sus armas, no dijeron nada al principio, solo trataron de sonreír a su general con un guiño malicioso. El general, sin embargo, respondió con un gesto agrio que excluyó toda familiaridad.

Un teniente que pareció rápidamente interpretar esa expresión agria y antagónica, fijó la vista en la cadera derecha del general y con un guiño incitó a sus compañeros a seguir la dirección de su mirada.

De la cintura del general pendía un revólver cuarenta y cinco del ejército. Todos tenían la impresión de que el general hasta ahora había portado no un revólver del ejército, sino una automática reglamentaria. Sin embargo, cada uno pensó que se equivocaba y que el general, para esta expedición en contra de los rebeldes, había cambiado su automática por un revólver sin que ninguno lo hubiera notado.

Desde luego que era muy difícil para el general reprender enérgicamente a quienes se habían dejado robar sus armas durante la noche. Inmediatamente después de aue hubo buscado inútilmente su propia automática y de que recordé el disturbio durante la noche, había tenido una leve idea de lo que podía haber ocurrido. Sin buscar más se había precipitado hasta la puerta del segundo cuarto de la casa, donde dormían el

ranchero y su familia. La noche anterior había notado que el ranchero poseía una cuarenta y cinco casi nueva. Y por una suma pagada en efectivo, suficiente para que el ranchero se comprase dos revólveres nuevos y hasta unas cajas de balas, el general se consiguió este revólver con la condición de que el ranchero, bajo palabra de honor, no delatara la transacción.

—Yo les pregunto de nuevo, señores, ¿qué tienen que decir como disculpa?

El general repitió la pregunta con toda la amargura que sentía por el ardid de que había sido víctima. Lo que, sin embargo, avivó esta amargura hasta convertirla en un acceso de furia no fue el robo de las armas, sino el hecho de que estos mugrosos indios se habían atrevido a atacarlo a él y a sus tropas federales, orgullo de la nación; que habían demostrado tan poco respeto por el pabellón nacional izado en el patio, el cual habían arrancado y robado también.

El oficial que le seguía en graduación, se cuadró y dijo:

—Con su permiso, mi general, quiero decir, en nombre de mis compañeros, que no tenemos nada que aducir.

El general dirigió una mirada dura y amenazante a su teniente más joven:

—Usted, teniente Manero, usted estaba de guardia anoche. ¿Es cierto?

—Es cierto, mi general. Yo estaba de guardia.

—Luego trataremos ese asunto, teniente Manero.

—¡A sus órdenes, mi general!

El general hizo un leve movimiento con la cabeza.

En ese momento las sirvientas entraron trayendo platonos de papayas rebanadas.

El general, que siempre era el primero en ser servido, miró a su plato con una expresión vacua, como si no existiera. Movi6 la cabeza otra vez. Luego, mecánicamente, cogió cuchillo y tene-

dor, cortó un trozo de la jugosa fruta y se la llevó a la boca que abrió desmesuradamente, como si tratara de ingerir un trozo tres veces mayor.

Mientras desbarataba la pulposa fruta con la lengua arqueada contra el paladar para saborearla mejor, movió la cabeza una vez más. Cuando hubo vaciado su plato y tuvo que esperar unos minutos antes de que trajeran los huevos, dijo, mirando uno por uno a cada oficial:

—Según la costumbre y los preceptos militares inmemoriales, que desde luego no han sido incorporados en el reglamento militar, me veo obligado a despedirme honorablemente de este mundo metiéndome un certero balazo en el cráneo.

Una airada protesta de los oficiales se dejó oír en seguida, como era de rigor tratándose de un superior.

—No estamos en guerra, mi general.

—Ésa es solo una tradición estúpida.

—Somos soldados modernos, mi general.

—Ésa es una superstición antigua.

El teniente Manero, especialmente, se distinguió con un energético y retumbante:

—Yo, mi general, yo solo soy culpable. Yo soy el que debo despedirme, pues he fallado en el cumplimiento de mi deber. Pido su venia para poner un fin honorable a mi existencia.

¡Qué hombre! ¡Qué figura de oficial! Quedaría para siempre en los anales del batallón como el oficial que prefirió la muerte a la deshonra. Ése era el material de que estaban hechos los oficiales de este glorioso ejército. Mientras prevaleciera tal espíritu entre los oficiales, no había el menor peligro de que declinara la nación. Sin trabajadores y canallas que constantemente se quejan de hambre y tratan de socavar al gobierno, una nación podía muy bien florecer y gozar del bien ganado respeto de todos los demás pueblos civilizados de la tierra; pero sin oficiales como el teniente Manero, ninguna nación podría sobrevivir

un solo día.

Eso fue inmediata y debidamente reconocido por todos los oficiales presentes, que emitieron tres veces un sonoro «¡Viva Manero!» mientras todos, menos el general, se ponían de pie.

El general interrumpió esta exagerada ovación con un breve:

—Teniente Manero, no le doy mi permiso para tal tontería infantil. ¿Entiende? Y es más, como su superior, le prohíbo usar cualquier arma para atentar contra su vida. Este batallón está en servicio activo. El suicidio en servicio activo equivale a desertar frente al enemigo. ¿Entendido, teniente Manero?

—A sus órdenes, mi general —y el teniente se puso de pie y se cuadró ante el general.

Era una solución extremadamente honorable, y, desde el punto de vista militar, satisfactoria de la situación. Según la lógica, la justicia de esta solución no dejaba nada que desear. El general no podía dar una orden que él mismo no tenía voluntad de ejecutar. Una orden que emanara de él abarcaba a todos bajo su mando. Él era parte de este mando. El suicidio en servicio activo era deserción vergonzosa, deshonorosa. Y un general que mandara un destacamento era la última persona que debiera cometer un acto de deserción. Las armas se podían reponer. Un general, no. Eso también tenía que ser tomado en consideración. Así que no había más que hacer que terminar el desayuno con el gusto acostumbrado y sin ideas de suicidio que hicieran peligrar la digestión.

4

Cuando el desayuno terminó, ya no hubo excusa para seguir a la mesa.

El general llamó a varios soldados para que acarrearán hacia el portal los duros y toscos bancos en que se habían sentado y convocó a consejo de guerra.

—Sargento Morones, ¿cuántos rifles nos quedan? —preguntó al sargento a quien había encomendado el recuento de todas las armas disponibles.

En opinión del general, había suficientes para continuar el proyectado avance. Los rebeldes, aunque tuvieran tres veces más armas que los federales, sabían tan poco del manejo de éstas, que, como creían unánimemente los oficiales, un soldado armado podía fácilmente batir a veinte rebeldes armados. Estos indios, como sabían muy bien él y sus oficiales, tomaban el fusil al revés, con la culata apuntando al enemigo. Aquellos insurgentes que sabían lo suficiente como para apuntar el cañón hacia el enemigo, lo hacían con la culata apretada entre las rodillas o apoyada contra el estómago, o bien ponían el rifle en el suelo y se agachaban a dispararlo esperando que la bala fuera al blanco apetecido. Esos indios ignorantes combatirían mejor con piedras y flechas, pues creían que las armas modernas disparaban al blanco por sí solas. Eso era un hecho bien sabido, y los oficiales lo habían podido comprobar en sus numerosas batallas contra huelguistas insurrectos y campesinos sublevados. En este caso no era distinto, especialmente cuando el rebelde que se hacía llamar *el General* se portaba y actuaba como un mono ignorante. En apoyo de tal punto de vista, estaba el reporte de un testigo ocular digno de confianza, el teniente Bailleres.

Se desconocía el número de los rebeldes. Pero según todos los informes, y tomando en cuenta los que habían sido muertos en batalla y ejecutados, no podían quedar más de cien o ciento veinte hombres a lo sumo, de los cuales un número considerable debían de estar heridos, incapacitados para manejar un arma o ser un peligro para soldados de línea.

Como resultado de este ataque, los soldados recobrarían sus armas robadas; y además de sus armas recuperarían otras que habían sido robadas con anterioridad o que habían caído en manos de los rebeldes. Después el batallón podía regresar al cuartel con el honor vindicado.

Todo lo que el general sugería en este consejo de guerra era aprobado sin demora, porque era militarmente correcto y, desde el punto de vista del honor, inevitable. «¡El honor es primero, señores!», repetía el general en toda ocasión cuando no sabía qué más decir o hacer para adelantar en la discusión.

El sargento Morones, que concurría al consejo junto con los otros sargentos, era el favorito del general debido a su larga experiencia. De hecho, el general consideraba al sargento como a un oficial, y hacía tiempo que había mandado su recomendación al Ministerio de la Guerra para que el sargento Morones fuera ascendido a teniente y así ingresara en el cuerpo de oficiales. Esta recomendación sería aprobada, sin duda.

En todos los asuntos, Morones se tomaba más libertades que los jóvenes oficiales recién egresados de la academia y a quienes se consideraba como inexpertos y bisoños.

Fue el sargento Morones quien dijo:

—¿Me permite hablar, mi general?

—Hable, sargento Morones. Para eso estamos aquí, para discutir la situación y hacer sugerencias. Desde luego, no hay mucho que discutir en este caso. Avanzaremos y derrotaremos a esos vagabundos impertinentes de una vez por todas. La única razón por la cual estamos conferenciando es porque nos faltan armas y nuestras municiones no son muy abundantes. Bueno ¿qué tiene que decir, sargento?

—Yo creo, mi general, que hay algo en este asunto que no está bien, si se puede decir así.

—¡Cómo! ¿Qué quiere decir, sargento Morones?

El general habló con aspereza. Temía que el sargento fuera a criticar las brillantes sugerencias de su superior, o, lo que era peor, que hubiera encontrado una falla en sus planes. Pero también se daba cuenta de que el sargento estaba bien entrenado, especialmente como soldado, y tendría buen cuidado de no descubrir fallas en los planes de un superior.

A este respecto los tenientes jóvenes tenían menos tacto. A veces hasta aventuraban media docena de ideas descabelladas que desde luego no habían aprendido en la academia, donde la instrucción todavía se basaba en las campañas de César, Aníbal y Alejandro, y donde los métodos de Napoleón se consideraban modernos. No, habían descubierto sus ideas ultramodernas en un libro sobre tácticas francesas modernas que habían medio entendido, sin digerirlo, y luego las lanzaban para demostrar su brillante inteligencia en los momentos en que su comandante en jefe elaboraba planes para maniobras y ordenaba a los jóvenes oficiales hacer lo mismo para gozar con su estupidez.

Pero la cara se le iluminó de gozo al general cuando el sargento, casi como un alumno, preguntó inocentemente:

—¿Por qué cree usted, mi general, que los rebeldes no asesinaron a todos nuestros hombres anoche? Se movieron con tanta agilidad y cautela para robarnos las armas con las que fácilmente nos podían haber degollado. Y como no lo hicieron, mi general, pensé que algo no está bien.

El general sonrió. Con esta sonrisa paternal todavía impresa en sus labios gruesos y sonrosados, miró a la fila de oficiales. Luego, con un leve movimiento de cabeza, se dirigió al sargento en tono condescendiente:

—Sargento Morones, su pregunta y su observación le hacen justicia. Demuestran que es usted un excelente soldado, que puede pensar por sí mismo y sopesar acontecimientos extraños como el de anoche. Sin embargo, su pregunta es fácil de contestar, sargento.

Los oficiales, ninguno de los cuales había considerado este comportamiento extraño de los rebeldes como digno de mención, aunque notable, esperaban con caras ansiosas la explicación de su superior. En este momento se dieron cuenta de la importancia de la pregunta del sargento. El general, sin embargo, ignoró completamente la cuestión. Su explicación fue un clásico ejemplo de lo atrofiado que está el pensamiento de to-

dos aquellos que ocupan un cargo oficial o un puesto de responsabilidad bajo una dictadura. Un hombre inteligente e íntegro no es capaz de soportar un cargo semejante más de seis meses bajo tal régimen.

—Muy sencillo, señores. No hay nada más simple en la tierra que explicar el comportamiento de esos marranos. Sabían muy bien que la pena de muerte se inflige a cualquiera que ponga en peligro la vida de una persona que representa a la autoridad. Esto incluye no solo al Caudillo, sino a todos los oficiales, soldados y fuerzas policiacas. Atentar contra la vida de un hombre con autoridad, o simplemente amenazarlo, es un delito que se castiga con el paredón o la horca. Y a eso, señores, es a lo que tienen miedo esos bandidos. Saben muy bien que robar armas en tiempo de paz se castiga como cualquier otro robo, con unos cuantos meses de prisión y nada más. Por eso no tocaron ni un pelo a nuestra gente. Estos pobres diablos son cobardes; actúan como la basura que son. A la luz del día, cuando nos alumbraba Dios, se arrastran en sus cuevas hediondas. Ésa es también la razón, y la única razón, por lo que no han marchado a encontrarnos y no han venido a donde los esperábamos para darles su merecido y colgarlos si sobraba cuerda. Son muy valientes con los indefensos, como el teniente Bailleres y nuestros tres infortunados compañeros; pero estos piojosos no tienen riñones para enfrentarse a un soldado en campo abierto. Espero que todo esté claro, sargento Morones.

—Sí, mi general, muchas gracias, todo está bien claro ahora.

El sargento dijo esto con todo el respeto que se merecía su superior. Pero su tono delató involuntariamente que no había aprendido nada y que pensaba de un modo distinto. Como todo buen soldado, sabía que su ascenso a oficial dependía de no contrariar a sus superiores. Evitó, pues, mencionar cualquier duda que le quedara en la mente después de que su superior había expuesto su parecer.

XIII

1

El entrenamiento militar del *General* había sido limitado al conocimiento práctico de que queda imbuido un soldado raso en el ejército después de muchos golpes, puntapiés y regaños recibidos en el curso de un año. Los misterios arcanos de la alta estrategia quedaban fuera de su alcance, pues no tenía esperanza de obtener un grado superior al de sargento, y como sargento no tenía más responsabilidad que ver que los hombres de su pelotón estuvieran levantados a la hora indicada y alineados en el lugar designado.

Por el contrario, el general, hijo de una vieja y rancia familia de origen mitad español y mitad francés, había asistido al muy honorable colegio militar, donde había aprendido todo lo que los jefes de ejército, desde los babilonios hasta Napoleón, habían hecho, dicho, enseñado, planeado y recomendado. Por medio de esta educación había sido gradualmente apartado del hombre común y corriente, del civil, y había escalado varios escaños que lo aproximaban a los dioses. Esta transformación de un simple mortal a un ser privilegiado comenzó desde el primer día de su ingreso al colegio militar, y prosiguió ascendente hacia su apoteosis, de acuerdo con las reglas establecidas desde tiempo inmemorial.

La primera de estas reglas consistía en usar una nueva manera de hablar totalmente distinta, y en modular la voz de tal manera que, tan pronto hubiere abierto las quijadas, todo hombre común y corriente reconociera inmediatamente que él era la encarnación misma del honor de su país y que había sido escogi-

do por Dios para aumentar uno o más capítulos al historial triunfante y glorioso del ejército.

La preparación para tan sublime tarea, naturalmente, exigía esfuerzo, sacrificio, paciencia y trabajo tenaz.

Durante las primeras semanas después de su ingreso al colegio militar, los cadetes que aspiraban a llegar a generales algún día tenían que desfilan a medianoche, vestidos solo con un camisón y portando una vela encendida, por los cuartos de los cadetes más antiguos y demostrar lo mucho que habían progresado en la ciencia de lustrar una bota del ejército correctamente, de acuerdo con el reglamento, enseñando el objeto en cuestión.

A la hora de la comida, cuando un sabroso pernil de carne asada era servido y el ansia de devorarlo les hacía agua la boca, un cadete les ordenaba, por turnos, que definieran lo que es la arena.

Para un general en embrión la arena no es lo que un simple civil se imagina. Bajo una dictadura las cosas no son tan sencillas para un futuro jefe del ejército.

Para un respetuoso, patriótico, estudioso y ambicioso cadete en su primer año, la arena es algo totalmente distinto. Debe aprender, aun en su tierna juventud, que la arena es una sustancia compuesta de cantidades variables de formaciones geológicas menudas, de estructura en parte granular y en parte cristalina, pero también, en algunos casos manifestándose en todas las formas geométricas posibles y concebibles, conocidas y desconocidas, que se origina, a deducir de sus características visiblemente aparentes, de la erosión o de la influencia continua de las condiciones atmosféricas sobre los elementos rocosos de la corteza terrestre, consistente en masas flojamente asociadas, las cuales, cuando son desparramadas sobre un campo de ejercicios y convenientemente niveladas, tienen el objeto singular pero vital de proveer una superficie sobre la cual un grupo de cadetes bisoños, mal desarrollados, equipados a medias, mal lustrados y lerdos, siempre llegan tarde, se alinean

desmañadamente, hacen prácticas de marcha, y, en una manera contraria a todos los reglamentos y siempre en dirección equivocada, hacen sus ejercicios y al mismo tiempo aprenden a llevar a cabo otras manifestaciones de sus reflejos físico-motores con el propósito final de llegar a entender que las piernas de un mugroso cadete no son para ser usadas en hurgarse la nariz o la de un cadete más avanzado, que siempre y en todo momento debe de ser considerado como su superior, sino para apretar firmemente las rodillas hacia atrás, meter el estómago, sacar el pecho, y al mismo tiempo no quedarse parado como una vaca preñada, y tener las manos alineadas con las costuras de afuera de los pantalones —no las de adentro, pues eso podría causar dificultades— y en observar las formas tradicionales y acostumbradas, tales como que la última coyuntura del meñique debe apenas tocar el material militar de que están confeccionados los pantalones, mientras la palma de la mano está arqueada hacia afuera de modo que, vista desde el frente, un ratón común de mediana edad, *muridae* en lenguaje científico, puede ser ocultado dentro, y el índice extendido debe de estar en contacto leve con el material antes mencionado y más ampliamente descrito sin desde luego tocarlo directamente, mientras que al mismo tiempo se debe tener el cuidado, poniendo en juego una delicada intuición, de asegurar que ambos codos estén ligeramente doblados sin aparecer artificiosos, y tenerlos ni tan cerca ni tan lejos del cinturón que permita pasar suavemente entre codo y cinturón la palma de la mano de un oficial de cadetes crecido y normal, sin requerir ningún esfuerzo muscular o mental; eso es, en el lenguaje correcto y militar reglamentario: la arena.

Tener que repetir esto todos los días con excepción de los domingos, teniendo enfrente un apetitoso platillo, era una pequeña broma que los cadetes más viejos les jugaban a los neófitos hasta que los aspirantes a generales desembuchaban toda la frase sin una falta y sin titubear, con tal rapidez, que la terminaban antes de que los mozos levantaran el manjar para dejar espacio al postre.

Al pasar el tiempo, el futuro general se convirtió en cadete y practicaba con los recién llegados lo mismo que había tenido que soportar como novato, pues el poder mental de estos futuros jefes del ejército no era suficiente para inventar algo nuevo en esta materia o para percibir lo tontamente que estaban moldeando sus vidas.

La guerra contra el enemigo hereditario no venía, pues el enemigo hereditario sabía cómo sacar mayor provecho del país por medio del comercio pacífico. De hecho, no existía tal enemigo hereditario. La expresión se usaba de vez en cuando para evitar que el ciudadano que pagaba impuestos protestara por el hecho de que se mantenía una fuerte Secretaría de Guerra, veinte veces más poblada de lo que era necesario. Era precisamente de este enemigo hereditario de quien se compraba todo el armamento pesado y ligero, pues en casa la industria militar no estaba lo suficientemente desarrollada para producir estos apetecidos armamentos.

En el desempeño de su triple cargo de capitán, mayor y coronel había tenido a veces oportunidad de probar la efectividad y la brillantez de las estrategias de Aníbal, Alejandro, Atila y Napoleón, en contra de los obreros textiles huelguistas, mineros refractarios e indios campesinos rebeldes. Había sido probado, en todas estas campañas, que en lo fundamental, la estrategia y la táctica, tal como las había aplicado Aníbal, eran todavía válidas y que no había razón alguna para molestarse con nuevas teorías.

2

El general hubiera considerado degradante usar contra el jefe rebelde las mismas o iguales tácticas que las que habría empleado en maniobras contra generales de su calibre —soldados de profesión—, como él los llamaba. Contra rebeldes procedía, no como general, sino como el jefe de un destacamento de

policía que hubiera sido mandado a capturar criminales fugitivos.

Lo primero que pensaba hacer, tan pronto hubiera rodeado a los rebeldes, era exigir el rendimiento incondicional de sus jefes y la entrega de sus armas antes de media hora. Tan pronto se realizara esto, mandaría colgar a los jefes. De los rebeldes restantes ordenaría colgar cada quinto hombre. El resto de los sublevados, hombres, mujeres y niños, los vendería a las plantaciones cafetaleras, a las monterías, y a las haciendas para sufragar el costo de esta expedición punitiva.

Un oficial consciente de su honor no usará jamás contra los rebeldes cualquiera de las tácticas militares en que ha sido instruido y que solo pueden ser efectivas contra tropas militares organizadas. El general se hubiera sentido sumamente ridículo si hubiera considerado al jefe rebelde, siquiera por un cuarto de hora, como un contrario al que se debiera combatir como soldado. A los rebeldes no se les combate, se les caza como a liebres, y el ataque tiene que ser organizado como si fuera una cacería deportiva.

El General, por el contrario, que no tenía honor legítimo, que no conocía las máximas de Napoleón, y menos aún las de Aníbal, no pensó ni por un momento en nada que se pareciera a una cacería. Él tomaba en serio a su enemigo; tomaba en serio no solo lo que, en su opinión, el general de las fuerzas federales debía haber aprendido, sino todo lo que debía haber descubierto por experiencia durante su larga carrera militar. Sobre todo, tomaba en serio a los soldados; pues sabía que tiraban mejor y con más tino que sus muchachos, que estaban mejor entrenados y mejor organizados, y que ejecutaban con mayor rapidez y destreza las órdenes que se les daban.

Y así, puesto que nunca estaba seguro de la victoria, e ignoraba el desenlace de la batalla inminente, no descuidó ninguna de las precauciones que pensó le ayudarían a obtener el triunfo.

3

Cuando estaban a dos leguas del campo rebelde, el general mandó a sus soldados hacer alto y acampar por la noche.

Había decidido no atacar inmediatamente, como había sido en un principio su intención, sino esperar hasta la mañana siguiente para llevar a cabo su cacería, pues la proximidad de la noche hubiera permitido a sus presas escapar hacia la maleza o la sierra. Pero posponiendo el ataque hasta la mañana, y con sus tropas bien descansadas, tendría todo el día por delante y sus tiradores tendrían buen cuidado de que no escapara un solo perro rebelde.

Después de que se le hubo instalado una buena tienda de campaña y de que hubo discutido con el cocinero lo que quería para la cena y lo que le gustaría para el desayuno, dejó lo demás al cuidado de los oficiales subalternos. Para eso estaban ellos, los jóvenes, para relevarlo de tales menesteres. Él tenía que planear la batalla, para eso era general. Y como se trataba solamente de cazar a los mugrosos indios rebeldes y no de una real batalla, creyó que era su obligación no privar a sus oficiales de la oportunidad de demostrar sus habilidades y de poner en práctica de una vez todo lo que habían aprendido en la academia militar.

Estos oficiales, convencidos de la importancia de sus obligaciones y conscientes de que, aunque peleaban en contra de sus compatriotas, de todas maneras servían a su patria, se pusieron a trabajar con renovados bríos.

Mandaron tres exploradores para avisar sobre la posición de los rebeldes. Después de esto, mandaron otra vez alinear a los soldados, que ya preparaban su cena, y los hicieron desfilar para inspeccionar sus armas. Aunque esto pareciera precaución militar, en realidad era para que el general tuviera la impresión de que sus oficiales hacían algo de importancia. Cuando un oficial, de alta o baja graduación, no sabe qué más hacer,

manda desfilas a sus hombres para pasar revista. Siempre hay algo que inspeccionar, y no hay necesidad de pensar en algo nuevo. Aun cuando en ocasiones un hombre inteligente llega a oficial y muy probablemente sería capaz de idear nuevos métodos, se toma buen cuidado de no emplearlos o siquiera mencionarlos a otros oficiales. Para no parecer ridículos o llamar la atención, cosa que sería desfavorable para su carrera, tratan de no exceder el nivel medio de inteligencia de sus compañeros. Pues eso sería falta de tacto y de compañerismo. En el mundo militar, cualquier vacío puede ser llenado felizmente con inspecciones y marchas. En ninguna otra profesión pueden los errores, deficiencias y descuidos, y especialmente la falta de inteligencia, ser ocultados tan fácilmente y por medios tan sencillos. La utilidad, no solo de un buen soldado, sino sobre todo de un oficial, se mide y se juzga de acuerdo con su limitada capacidad de pensar libremente y con el poco uso que haga de su cerebro. El pensamiento confuso es una virtud bajo una dictadura; en una democracia es considerado sencillamente como pereza.

4

Cuando los tres exploradores regresaron a dar parte de su misión, los oficiales estaban sentados a la mesa. El general, masticando con la boca llena y haciendo un amplio ademán, dijo:

—Todo eso me lo pueden decir mañana cuando tenga mis planes para pisotear a esos marranos.

Pero esta vez sí tomó una precaución. Mandó llamar al oficial de guardia y le ordenó no descuidar a los centinelas, pues estos bandidos y criminales podían osar arrebatárles otros cincuenta rifles, y bajo las actuales circunstancias eso no podía ser permitido.

El General también había mandado sus exploradores. Él, sin embargo, escuchó atentamente sus informes, y les concedió

tanta atención que se olvidó de su cena.

Celso preguntó:

—¿Qué opinas, *General*? ¿No les podríamos quitar el resto de sus rifles, orita que están cerquita de nosotros?

—Desde luego que sí —asintió *el General*—. Y es lo que están esperando. Y como eso es lo que esperan de nosotros, no lo haremos. Ésa es una razón. La otra es que entonces los soldados no podrían atacarnos. Y necesitamos una buena pelea. Pa' alentar a los muchachos y pa' que sirva de práctica.

En seguida mandó reunir a sus capitanes, discutió con ellos el plan que había preparado, y luego dio sus órdenes.

5

El general pensaba estar de regreso en su campamento principal la tarde del siguiente día. Que volvería victorioso nunca lo dudó ni por un instante, especialmente cuando se trataba de una cacería y no de una batalla. En una cacería no se habla de victoria, sino del número de piezas cobradas.

Y porque el general deseaba estar en su campamento principal esa tarde, donde, al menos, tendría un techo decente sobre su cabeza, y en lugar de este miserable catre de campaña que le producía moretones y le causaba molestias a su obeso cuerpo, dispondría de un mullido lecho, levantó el campamento a temprana hora, y al amanecer sus tropas estaban ante el campamento rebelde. Acompañado por su asistente y el corneta, tomó posición en una pequeña loma, mientras sus soldados, arrastrándose entre la maleza y el zacatón del llano, rodearon el campamento enemigo de tal manera que ni un gato podría haber escapado.

Todo marchó de acuerdo con el plan.

—Ahora puede ver lo estúpidos que son esos marranos, tenien-

te —dijo a su ayudante—. No han puesto centinelas ni tomado precaución alguna. Y el Ministerio de la Guerra espera que yo tome en serio a esta basura. Es para reír. Mire, teniente, puede ver con sus propios ojos que toda la pandilla de bandidos no hacen más que tragar. Dentro de diez minutos los veremos brincar. No hay ni siquiera quien esté al frente de las ametralladoras que nos robaron. Si quisiéramos se las podríamos quitar con un lazo.

Los comentarios del general eran justos. Los rebeldes se acullillaban alrededor de sus fogatas. Estaban tan absortos cocinando sus alimentos, que seguían agachados sin mirar hacia arriba. De cuando en cuando, aquí y allá, caminaba uno de un grupo a otro llevando alguna cosa o viendo lo que hacían los demás. Todos parecían tener los ojos pegados; una somnolencia invadía el campamento.

—¿Cuántos cree usted que sean, teniente? —preguntó el general.

—Unos cien, mi general, o aun ciento veinte. Es difícil de precisar.

—¿Podrá haber también unos doscientos?

—Es muy posible, mi general. Hay hondonadas en el suelo, zacatón alto, matas, montículos, de modo que no se puede apreciar todo el terreno. Muchos han de estar durmiendo; puedo ver a varios acostados, enrollados en sus cobertores y en sus harapos.

—Yo también los puedo ver, teniente. Sólo quiero asegurarme de tener a todos juntos ahí y de no tener que hacer otra expedición contra ellos. Esto de andar brincando de aquí para allá y comiendo esta basura de comida en ranchos miserables no le hace ningún provecho a mis huesos cansados. No me importa confesarlo. Podía jubilarme. Pero necesito el dinero. Tengo muchos gastos. Y si me jubilo ¿qué soy? Nada. Un civil, como cualquier mercachifle de Balún Canán.

El general miró a su reloj de bolsillo. Luego tomó sus anteojos de largo alcance y estudió el terreno.

—Ahí están las primeras señales del teniente Manero. Está en

su posición y listo. Y allá veo la señal del espejo del sargento Junco. También ha tomado su posición. Dentro de cinco minutos comienza la cacería.

El general encendió un cigarrillo. Se acuclilló en el suelo. Había dejado atrás su caballo, al pie de la loma, para evitar que fuera alcanzado por alguna bala perdida. La loma era lo suficientemente alta para permitirle al general, aun acuclillado, dominar todo el terreno.

—Qué estúpidos son esos canallas —dijo con una sonrisa a su ayudante—. Puede ver que no han pensado en poner una ametralladora aquí, o siquiera un puesto de observación. Hubiera sido malo para nosotros, y nos hubiera costado vidas inútiles si esos bandidos hubieran pensado en esta loma.

Vio que a varios cientos de metros a derecha y a izquierda de la loma sus tropas estaban también tomando posiciones. Les había ordenado hacer un rodeo, porque allí el terreno estaba alto y su avance podía ser visto fácilmente por los rebeldes. Cuando recibió la señal de que estas tropas estaban también listas y el círculo completamente cerrado, sacó su revólver y disparó tres veces al aire. Estos tres balazos eran una señal a la tropa de que empezaba el ataque general. Simultáneamente ordenó al corneta que tocara avance.

Escasamente habían sonado los disparos y las notas del clarín cuando una ametralladora empezó a regar fuego sobre el campo enemigo.

El asalto había empezado, y era claro que no había habido ni un solo error en la disposición excelentemente organizada de las tropas.

6

Pero entonces ocurrió algo extraordinario, algo que el general, en su larga y gloriosa carrera de soldado, nunca había visto antes y que no solo provocó el asombro del general, sino que causó la primera señal de confusión entre sus oficiales y solda-

dos. Al principio esta confusión solo se manifestó por un ligero titubeo en el avance.

El general, que observaba a través de sus binoculares, esperaba como todos sus oficiales que al primer disparo de la ametralladora el campamento rebelde se animaría como si hubiera sido tocado por el rayo. Pero el campamento permaneció quieto. Unos cuantos hombres parecían reclinarse unos contra otros, y otros cuantos, obviamente alcanzados por las balas, cayeron y permanecieron inmóviles. Aquí y allá uno o dos muchachos corrieron agachados, como despertando a los que parecían estar dormidos. Aparte de estas cuantas figuras fugaces, no se vio movimiento alguno.

Mientras la ametralladora continuaba escupiendo fuego sobre el campamento con el fin de ablandarlo para el ataque general, los soldados con bayoneta calada, inclinándose, avanzaban lentamente sobre el campamento por todos lados, apretando gradualmente el cerco.

El general ordenó al corneta dar el toque de avance a la caballería. Las tropas de a caballo estaban a quinientos metros en la retaguardia, desmontadas y escondidas en la maleza; esperaban la señal del general para barrer el terreno en un ancho semicírculo y así evitar la fuga de quienes intentaran huir.

Los jinetes montaron y a trote lento procedieron a formar un gran círculo. Antes de que este círculo estuviese completamente cerrado, la infantería ya estaba acercándose a los linderos del campamento.

El general había esperado que cuando empezara a disparar la ametralladora se produjera un tumulto en el campamento. Pero como esto no sucedió, pensó que sería una treta que los rebeldes preparaban no con la intención de querer atraer a los soldados a una celada, sino con el fin de encontrar alguna salida por donde escapar.

La infantería estaba cada vez más cerca y debía ser ya plenamente visible desde el campamento, mientras que la marcha envolvente de la caballería sin duda había sido también avista-

da por los rebeldes. Pero aun así permanecía extraordinariamente quieto el campamento, por lo que el general se sintió intranquilo. Se paró y estudió el campamento cuidadosamente por medio de sus gemelos. Como antes, vio aquí y allá un hombre caído, alcanzado por las balas de la ametralladora que continuaba su martilleo incesante, el cual terminó sólo cuando la infantería había casi llegado al campo.

El ayudante, que contemplaba el campo con sus gemelos, exclamó de pronto:

—¡Mi general! ¿Ve lo que yo veo, o me engañan mis ojos?

—¿Qué? —preguntó el general, sin bajar sus binoculares.

—Cuatro hombres se acercaron a esa ametralladora que está en medio del campamento, y han desaparecido junto con la ametralladora, como si se hubieran hundido en la tierra.

El general movió sus gemelos hacia el lugar donde, cinco minutos antes, había visto la ametralladora robada. Tuvo que admitir que ya no estaba ahí.

Buscó por todo el terreno con sus gemelos y vio que sus hombres estaban ahora a no más de cien metros del perímetro interior del campamento.

Detrás de ellos la caballería había cerrado su círculo. Los jinetes, con el fusil descansando sobre la rodilla derecha, las riendas firmemente asidas con la mano izquierda, esperaban que los rebeldes vencidos echaran a correr de un momento a otro. Los soldados de infantería, obedeciendo al clarín y a los silbatos de sus oficiales, se detuvieron por un instante. Luego cambiaron de posición, se incorporaron empuñando con ambas manos sus fusiles con la bayoneta calada, listos para avanzar rápidamente. Permanecieron en esta actitud cerca de diez segundos. Luego se oyó otro toque de clarín, se escucharon silbatos por todos lados y los soldados se lanzaron hacia adelante.

Apenas habían empezado a correr cuando del centro del campamento se dejó oír una ametralladora. Barrió calmada y cui-

dadosamente a todo el círculo. Era la misma ametralladora que un poco antes había estado en medio del campo rebelde; ahora todo lo que era visible de ella eran los pequeños y delgados soplos de humo que brotaban del cañón.

La tropa atacante se detuvo durante unos segundos. Luego continuó su avance, aunque ya no en el estilo elegante con que lo habían iniciado. Aquí y allá alguno tropezaba y caía, aparentemente alcanzado por una bala, pero posiblemente tropezaba con intención de quedar fuera de la línea de fuego. Diez segundos después era claro hasta para el soldado más estúpido, que su vistoso desfile había terminado y que ahora se veía frente a la sombría perspectiva de terminar su vida fácil de soldado despreocupado con un puñado de tierra en la cara; y esto no era, ciertamente, para regocijar a nadie, aunque después vinieran los panegíricos póstumos que se les tributarían, los cuales ya no podrían escuchar, y menos aún gozar de ellos.

Aunque hubieran deseado otra cosa, los soldados no tenían otra alternativa que seguir avanzando hacia el campamento. Pues en caso de retroceder, serían balaceados ferozmente, y el resultado habría sido el mismo. Además, no hubieran llegado muy lejos aunque hubieran salido ilesos, pues atrás estaban sus propias filas de caballería que no los dejarían pasar, sino que los empujarían otra vez hacia el campo de batalla.

El avance perdió su bonita precisión y se volvió una carrera desenfadada para llegar rápidamente al campamento y hacer callar a la ametralladora que se estaba tornando francamente desagradable desorganizando todos los planes arreglados de antemano.

A respetuosa distancia del general estaba el corneta. El general no lo olvidaba y pensó por un momento ordenarle dar la señal a la caballería de no perseguir a los rebeldes en fuga como se había planeado originalmente, sino seguir a la infantería para capturar en seguida el campamento. Sin embargo, al mismo tiempo se le ocurrió que tal orden podría causar confusión, pues había dado al jefe de caballería, capitán Ampudia, las

más categóricas instrucciones de que en ningún caso se viera envuelto en la lucha, pues las tropas de a caballo se necesitarían para asegurar que no escapara nadie.

El general aspiró fieramente y sin placer el humo de su cigarrillo. Se daba cuenta de que las cosas no marchaban como quería. Sintió que su plan iba mal, si es que no había fracasado ya, mas no podía darse cuenta exacta de lo que en realidad estaba ocurriendo.

La infantería estaba ya en la orilla del campamento, y el general pensó que al fin comprendía el plan de los rebeldes. Ellos querían atraer a los soldados hasta su campo para así acabar con ellos. Ésa era la razón por la que habían estado tan tranquilos aparentemente alrededor de sus fogatas. Ellos, como indios que eran, se sentían más seguros de la victoria en una lucha mano a mano donde pudieran usar sus machetes en lugar de los rifles, con los cuales no estaban familiarizados. En este caso la caballería podía cambiar el curso de la batalla. Ordenó al corneta que tocara la señal de ataque para la caballería. Ésta comenzó a galopar hacia el campamento.

Las primeras filas de la infantería estaban ya dentro del campamento.

Con sus gemelos, el general vio a sus valientes hombres atravesar con sus bayonetas a los rebeldes y arrojarlos a un lado. Pero le pareció muy raro que éstos no se defendieran, ni siquiera trataran de huir cuando los soldados se les echaban encima. Los rebeldes caían para no levantarse más. Entonces el general notó una confusión desconcertante entre los soldados. Cuando trataban de sacar sus bayonetas de las víctimas, los cuerpos volaban por los aires desmoronándose. Bajo los harapos y sombreros despedazados, se veían montones de paja seca.

Aparte de los veinte o veinticinco muchachos que habían correteado por el campamento para hacer que el lugar se viera animado y así completar la farsa, no había nadie más a quien atacar; por lo tanto los soldados, sin esperar órdenes, se detuvie-

ron perplejos.

Algunos de los rebeldes vivos habían sido alcanzados, y aquellos que caían heridos sin poder moverse eran atravesados sin piedad. Pero la mayor parte alcanzaba a llegar al foso desde donde la ametralladora seguía disparando.

Los oficiales dieron la orden de continuar el ataque y de ejecutar las órdenes originales de acallar la ametralladora a cualquier precio. Sin embargo, el fuego de esta arma barría el suelo calmada y despiadadamente, infligiendo grandes pérdidas a los que avanzaban.

Una vez más se oyeron los silbatos. Los soldados se echaron al suelo para arrastrarse y tratar de capturar la ametralladora con menos bajas.

Sin embargo, escasamente había sonado el último silbato y la caballería había llegado a la orilla del campamento, cuando desde lejos, por afuera del círculo que formaban las tropas federales, una lluvia de balas comenzó a caer sobre el campo en todas direcciones. Además, se oyó el agudo martillar de varias ametralladoras, que disparaban también afuera del círculo de los atacantes.

Y ahora siguió un salvaje e inhumano griterío. De todos lados del paisaje se desbordó un tropel de rebeldes hacia el campamento.

Los soldados, quienes diez minutos antes creían haber copado a los rebeldes, quedaban ahora en medio del campamento que habían capturado.

Pero eran ellos los que estaban copados.

7

El general se volvió hacia su corneta. Tenía la intención de ordenarle que tocara la señal de retirada para todas las unidades

y dejar que las tropas se escabulleran del cerco como mejor pudieran. Desde su ventajosa posición veía varios lugares por los cuales sus soldados podían escapar sin sufrir muchas bajas, pero no sabía cómo hacerles saber esto a sus oficiales sino tocando retirada general.

Volteó a la derecha y no vio a su corneta ni a su ayudante, volteó entonces a su izquierda, y encontró junto a él a dos rebeldes desharrapados que se reían descaradamente en su cara.

El general trató de alcanzar su revólver rápidamente y encontró la funda vacía. Entonces uno de los hombres alzó el revólver y dijo:

—¿Será esto lo que anda buscando, general?

El general palideció. Sin embargo, se repuso inmediatamente, estiró el brazo hacia su pistola y la arrebató de manos del muchacho.

—La puede tener por unos momentos. No está cargada y no puede hacer ningún daño con ella —añadió el hombre con una sonrisa.

El general intentó tocar su cinturón. Pero comprobó que había desaparecido también.

Eso lo puso fuera de sí y gritó enfurecido:

—¿Qué hacen aquí, par de marranos piojosos? Supongo que son de los rebeldes.

—Sí, más o menos pertenecemos a los rebeldes. Yo sólo soy *el General*. Y éste de aquí —y señaló con un dedo a su compañero—, es uno de mis capitanes.

El general miró a su alrededor y gritó con voz estentórea, tal como estaba acostumbrado a gritar a sus hombres cuando algo lo enfurecía:

—¿Dónde están mi ayudante y mi corneta?

—Se fueron, con nuestra ayuda.

—¿Se fueron? ¿A dónde?

—No tuvimos tiempo de preguntarles —replicó el capitán. Era Santiago.

—¡Lárguense, malditos marranos mugrosos! ¡Ya veré de que los fusilen a los dos antes de que volvamos a Balún Canán!

El general estaba congestionado por la ira.

—Desde luego —dijo *el General* riéndose, sin prestar la más mínima atención a los gritos y a la furia del general—. Nos puede mandar matar a todos cuando llegue usted a Balún Canán. Pero por orita lo tenemos de las orejas y no creo que vaya a volver a Balún Canán. No hay quien lo lleve.

8

Desde el momento en que el general se dio cuenta de que estaba en poder de los rebeldes, comprendió que no había esperanza. Aun si por un milagro sus tropas pudieran llegar a rescatarlo, no lo sacarían vivo. La dictadura no sabía de misericordia o piedad hacia los que se oponían a ella. Y los que habían servido al Caudillo sabían mejor que nadie que no debían esperar benevolencia cuando los rebeldes alcanzaran la victoria.

Pero hubiera sentido vergüenza aun después de su muerte si hubiera manifestado temor frente a esos peones despreciables. Esta temeridad no emanaba, sin embargo, de su valor personal. Su valor nunca había sido puesto a prueba; y, además, el que está al lado del poder no necesita ser valiente.

Lo que le dio cierto valor en esta situación desesperada fue sencillamente el convencimiento de que nada podía alterar su suerte, ya fuera que mostrara miedo o que se portara como un valiente. Era igual que implorara clemencia y ofreciera todo su dinero, o que insultara a los vencedores y los hiciera rabiar con sus vituperios. Si hubiera ofrecido sus servicios y su experiencia a los rebeldes, éstos no habrían aceptado, y tal oferta no hubiera cambiado su destino. El convencimiento de que su si-

tuación no podía variar, le permitía darse el lujo de portarse con dignidad frente a los rebeldes en cuyas manos había caído.

Estuvo durante unos segundos mirando hacia el campamento, donde no solo su suerte, sino la de sus tropas, y en muchos aspectos la de todo el estado, había sido decidida. Los soldados que todavía podían moverse habían arrojado sus armas para huir más de prisa. Pero a dondequiera que iban, encontraban los machetes de los rebeldes esperándolos.

La ametralladora de los rebeldes ya no disparaba a la infantería que retrocedía; ahora dirigía su fuego hacia la desorganizada caballería que no había tenido tiempo de coordinar debidamente su ataque. Los soldados que pertenecían a la sección de ametralladoras abandonaron sus mulas, pues vieron que los animales cargados les estorbaban en su huida. Dejaron a las bestias que los siguieran por sí solas. Algunos soldados de la infantería cogieron a los animales que corrían desenfrenadamente, les cortaron los cinchos, arrojaron al suelo su carga y montaron sobre ellos, dispuestos a escapar con vida a toda costa.

—Santiago —dijo *el General* a su capitán—, lleva a nuestro huésped, a este general tan elegantemente uniformado, a nuestro nuevo campamento. Ya sabes dónde. Quiero hablarle, pero después; ahora tengo que ir allá abajo otra vez. Están gastando mucho parque, ¿ya pa' qué? Tenemos que ahorrarlo.

En seguida saltó sobre su caballo del que había descendido poco antes para ir a «saludar» al general, y partió a través del campo de batalla.

En el foso, donde la ametralladora se comenzaba a atorar porque el cañón estaba sobrecalentado, encontró al *Coronel* y a su cuadrilla.

—Qué bueno que esa cosa se paró por sí sola -gritó desde su caballo-. Dejen que esos cuantos se larguen en sus mulas en paz. Los quiero como mensajeros pa' que lleven la noticia al cuartel general. Sólo quisiera que tuviéramos al resto de la brigada aquí, pa' de una vez despejar el camino hasta Balún Canán.

El Coronel buscaba la camisa que en medio del combate se había quitado para tener mayor libertad de movimientos. La encontró trillada por los pies descalzos de la cuadrilla, entre el lodo que se había formado en el foso donde estaba emplazada la ametralladora.

—Dame tu camisa —le gritó a un muchacho que en ese momento pasaba. Levantó una vara, clavó en ella la camisa que el joven le había entregado y la hizo ondear con fuerza sobre las cabezas.

Inmediatamente cesó en todas partes el estallido de los rifles. Los rebeldes que todavía perseguían a los soldados fugitivos les dispararon la última andanada, y los dejaron continuar su camino.

El General galopó hacia su corneta y le ordenó que tocara a reunión.

9

Aproximadamente un centenar de los muchachos que regresaron al campamento venían completamente desnudos, cubiertos solo por un pañuelo atado al cuello y por sus cuchillos y machetes que pendían de sus cinturones de cuero.

Por todo el campamento buscaron sus pantalones, camisas, sombreros y huaraches con los que, según las instrucciones del *General*, habían vestido a las figuras de paja la noche anterior.

Cuando hubieron recogido sus prendas de vestir y suplieron las faltantes con las de los soldados muertos y heridos, despejaron el campamento. Ni uno solo de los heridos o prisioneros alcanzó a ver la puesta del sol. Del general no se ocuparon, pues *el General* deseaba hablar con él y ya había dado sus órdenes al respecto.

El botín de armamento fue tan grande que pudieron armar a

todos los hombres, mujeres y adolescentes, y aún sobraron armas.

10

El Profesor aconsejó enterrar todo el armamento sobrante en la maleza para el caso de que llegaran a perder algunas armas en la próxima batalla.

—Las armas enterradas son inútiles —respondió *el General*—. Además, los hacendados las pueden encontrar, o los rurales, o los federales, o cualquiera que esté en contra de nosotros. Tengo mejor uso pa' ellas. En todas las fincas que visitemos, y en los pueblos y villas que captúremos, esperaremos a que se nos unan hombres fuertes y robustos, y entonces estas armas podrán sernos más útiles que si las dejamos aquí.

—Bien —dijo *el Profesor*—, bien pensado. Solo que hay que ver que estos amigos no vayan a huir o a traicionarnos y se lleven las armas consigo.

—No te preocupes por eso, *Profesor*. Ya que háigamos peliado un poco más, miles de hombres van a querer unírseos. Van a venir a rogarnos que los déjemos marchar con nosotros. Y una vez que haigan marchado, el fin de la revolución va a llegar muy pronto para ellos, y muchos comenzarán sus propias revoluciones. Va a ser más fácil conseguir nuevos y buenos soldados que deshacernos de ellos cuando ya no se ne'siten y quiéramos vivir en paz.

—Ya veremos a su debido tiempo que les den ganas de irse a sus casas —interrumpió Andrés—. Marcharán con nosotros y pelearán con nosotros hasta que sepan de seguro que la tierra que les demos o que capturen no les va a ser arrebatada por los hacendados otra vez. Entonces se irán a sus casas por sí solos. ¿Contra quién pueden peliar cuando ya no quede nadie que valga la pena? Por eso creo que *el General* tiene razón. Ora es cuando ne'sitamos muchos soldados y si no vienen

ellos, los traemos. Cómo deshacernos después de ellos, es otra canción; ya discutiremos eso cuando controlemos el país. ¿No creen que yo mismo tengo mis razones pa' querer irme a mi casa orita mesmo? Bastantes razones, les aseguro. Y la mayoría de ustedes quisieran mejor estar en su casa que andar acá entre el lodo matando federales. Pero ustedes saben tan bien como yo que si nos volvemos a casa orita que empieza la revuelta, en menos de seis meses vamos a estar como antes o peor, y puede pasar mucho tiempo antes de echar a rodar otra revolución.

—Mientras menos recordemos eso, Andrés, mejor para nosotros.

El Profesor gimió al decir esto. Tenía dos heridas en el omóplato en las que Fidel hurgaba intentando sacar la bala que se había alojado allí. La otra bala lo había traspasado.

—Mejor para nosotros y para todos los campesinos, lo repito —continuó—. No se tengan a escuchar la palabrería de esos que hablan de paz entre hermanos y de crímenes contra el pueblo. Palabras vacías, sin sentido. Solo habrá paz cuando se establezca la estabilidad en el país, la justicia sea pareja y cada quien pueda decir lo que piense, le agrade o no a los demás. Tronchar una revolución prematuramente es peor que no empezar ninguna cuando hay tantos motivos para ello. Y por eso tienes razón, *General*. Vamos a reclutar gente donde podamos. Si nosotros no lo hacemos, lo harán los demás. No pensé en eso cuando sugerí que podían huir y llevarse sus armas.

XIV

1

En un pinar semitropical los rebeldes habían levantado su campamento permanente. El sitio había sido escogido varios días antes de la batalla en que los federales sufrieron una derrota inesperada. Mujeres, niños, heridos y enfermos ya habían sido trasladados allí desde que *el General* había recibido noticias de que se aproximaban las tropas a las que se había encomendado la tarea de eliminar a los rebeldes de una vez por todas. Hacía tiempo que *el General* tenía la intención de crear, en lugar del acostumbrado campamento, una especie de poblado desde donde organizaría ataques a las haciendas cuyas tierras repartiría entre los peones. Desde allí saldría a batir las tropas federales y rurales donde se las encontrara; las atraería por medio de hábiles maniobras y ataques de sorpresa hacia villorrios y pueblos donde podría dominarlos con éxito. En un campo permanente le sería más fácil entrenar a los reclutas novatos y hacer de ellos buenos soldados. Formaría un ejército con el cual podría marchar contra la capital del estado y ocupar los edificios gubernamentales, colocando así a todo el estado bajo el mando de los revolucionarios.

El campamento estaba rodeado de bosques y praderas, además de varias hectáreas de maleza y monte bajo que con poco esfuerzo podían convertirse en tierras de cultivo. No obstante su evidente fertilidad, estas tierras no habían sido cultivadas. Habían pertenecido a una de las grandes fincas que había sido ocupada por ellos unas semanas antes y dividida entre los peones

Esta tierra ofrecía todo lo que un ejército de indios necesitaba

para poder vivir durante años, y aun por generaciones. Un ancho arroyo de agua cristalina que no se agotaba ni aun en época de sequía, la atravesaba.

Además, el lugar estaba excelentemente protegido contra posibles ataques. A excepción de la parte sur, se encontraba rodeado de rocosos cerros atravesados por solo cuatro senderos angostos y pedregosos que eran fáciles de vigilar y que veinte hombres podían defender contra el avance de media brigada. El lado sur daba a un terreno llano y pantanoso que en esta época del año era totalmente infranqueable y durante la sequía podía ser cruzado sólo por algunos lugares donde la superficie estaba un poco más alta que el nivel general y se secaba cuando no había lluvias prolongadas. Pero estos cruces eran tan expuestos que, al igual que las veredas montañosas, podían estar bien vigilados por unos cuantos hombres, de manera que un ataque por sorpresa era casi imposible. Sin embargo, en caso de que se llevara a cabo, todo el ejército se podía esconder en las grietas, hendiduras, hondonadas y cuevas, todas bordeadas de espinos y arbustos tropicales, de donde hubiera sido muy difícil echarlos. Desde sus escondites podían tener al ejército atacante bajo un fuego tan nutrido como si dispararan desde una fortaleza.

Era natural que los muchachos, seguros de permanecer largo tiempo en este lugar, comenzaran a construir chozas ligeras y refugios como los que había en las monterías.

En una semana, este campamento sería un poblado indio como cualquier otro. Aunque de momento no se pensara en ello, era muy posible que los rebeldes se quedaran aquí permanentemente. Si la revolución derrocaba al dictador, era factible que un régimen democrático que reemplazara a la dictadura les reconociera el derecho legal a las tierras donde se habían asentado. Un gobierno democrático estaría dispuesto a reconocer esos derechos ganados durante la revolución, pues de esta manera se evitaría que los antiguos rebeldes se convirtieran en bandidos por necesidad. La posibilidad de que su rebelión tuviese tal desenlace, se le había ocurrido al *Profesor*, al

General, a Andrés, al *Coronel*, a Celso, y a muchos de los hombres y mujeres más inteligentes de la tropa; lo habían pensado por semanas y en ocasiones hasta lo habían discutido entre ellos.

2

Este nuevo campamento quedaba a cuatro leguas de distancia del antiguo, donde en este día había ocurrido la batalla que terminó en una gran victoria para los rebeldes.

Los muchachos que regresaban al campamento con el general cautivo no llevaban gran prisa. El general era obeso y muy torpe de movimientos para que pudiera escapar. Cada diez minutos gemía, se quejaba y se sentaba a descansar. Posiblemente exagerara su torpeza y su cansancio con la esperanza de que un batallón de auxilio hubiera sido despachado a rescatarlo. Sin embargo, sabía muy bien que tal esperanza era totalmente infundada, pues había ordenado al coronel no iniciar ningún movimiento de tropas a menos que recibiera instrucciones expresas de él.

Alimentaba también la remota esperanza de que algunos de sus soldados que habían escapado anduvieran vagando por allí y que, al ver a su general en manos de tres rebeldes que lo llevaban a su campamento, trataran de rescatarlo. Esta esperanza también se evaporó. Mientras más se alejaban del campo de batalla y se acercaban al nuevo campamento, más difícil se volvía para sus soldados poderlo rescatar, pues ellos mismos eran perseguidos y huían desafortadamente buscando refugio. Por todo el trayecto —una miserable vereda pantanosa recién trillada en la maleza— el general veía grupos de rebeldes que regresaban al campamento principal o volvían al campo de batalla, probablemente para montar guardia o para buscar armas y parque.

La furia incontenible que se había apoderado del general al

verse conducido prisionero por estos chamulas mugrosos, había desaparecido en el curso de esta jornada laboriosa. Sabía perfectamente que no ganaría nada con enfurecerse y desahogar su ira sobre los muchachos. Si hubiera rehusado caminar, con toda certeza lo habrían obligado a fuerza de golpes. El solo hecho de que no demostraban ni un ápice de respeto hacia él, una persona con autoridad ante la cual estos mismos individuos se hubieran arrodillado si se lo hubieran encontrado bajo otras condiciones, era para el general una prueba, más evidente aún que la batalla perdida, de que el país estaba al borde de un levantamiento sin paralelo, sólo comparable al que había sacudido el yugo de la corona española.

En varias ocasiones intentó cambiar algunas palabras con los muchachos con la vaga esperanza de cohecharlos ofreciéndoles una recompensa porque lo llevaran de algún modo a su cuartel general. Pero el primer intento falló. O los muchachos no entendían bien el español o fingían no entenderlo.

Cuando se sentaba a descansar y a encender un cigarrillo, los muchachos también hacían lo mismo a alguna distancia de él y charlaban y reían entre sí sin prestarle aparentemente mucha atención. Tan pronto como se levantaba para proseguir, ellos hacían lo mismo y caminaban tras él.

Cualquier persona que se hubiera encontrado con este pequeño grupo habría pensado que el general había salido a caminar y que los dos muchachos lo acompañaban para que no se perdiera.

A pesar de los esfuerzos del general para prolongar en todo lo posible la caminata con la esperanza de que algo sucediera que lo sacara de su apuro, el pequeño grupo arribó al campamento de los rebeldes.

Había sido sagazmente conducido por caminos desviados y llevado en zigzag a través del campo para que, aun en caso de que escapara, no le fuera fácil volver a encontrar el lugar. Los indios, que siempre desconfían de aquellos que no son de su región, habían actuado en esa forma por puro instinto. Se ha-

bían portado exactamente igual que cuando llevaban a algún extraño —un comerciante, por ejemplo— a uno de sus poblados que por buenas razones deseaban mantener secretos del mundo exterior, particularmente de los funcionarios públicos y de las autoridades.

3

Cuando llegó el general, todo el campamento estaba dedicado exclusivamente a preparar la cena. La cena de esa noche tenía que suplir las comidas que los hombres habían perdido durante las últimas treinta y seis horas, ya que los preparativos para la batalla no les habían dejado tiempo para pensar en comer, mucho menos para cocinar. De cuando en cuando habían mordiscado una tortilla dura o un puñado de frijoles resecos.

Así es que ahora el campamento entero concentraba su atención en la cocina, el lavado y en todas las ocupaciones relacionadas con una vida doméstica y pacífica, y lo hacían todo con verdadera pasión.

No había nada que recordara que estos mismos hombres, en la mañana de ese mismo día, habían sostenido una cruenta lucha en la cual habían muerto treinta hombres y cincuenta resultaron heridos, aun cuando la batalla había terminado en una victoria decisiva para ellos.

Como nadie en el campamento realizara maniobras que se pudieran considerar como preparativos para una nueva lucha, el general comprendió que no vendrían tropas a rescatarlo. Había comprendido, mientras tanto, una de las causas de su derrota. Los espías de los rebeldes eran diez veces más eficaces y cien veces más precisos y seguros que los de su propia división. Ya no le cabía duda de que cada peón de finca, cada indio errante y probablemente hasta los soldados de origen indio, eran miembros activos en el servicio de espionaje rebelde.

En el campamento nadie tuvo la curiosidad de ver de cerca al general cuando llegó. Nadie se interesó en la presencia de este hombre cuyas órdenes y maldiciones habían hecho temblar a toda una división de las tropas federales. Aquí se hubieran reído todos de él si como oficial de alta graduación y alcurnia hubiera exigido que los indios le mostraran respeto y lo recibieran con humildad.

Fue llevado hasta una fogata que ardía en el centro del campo, que era donde se reunía el Estado Mayor.

Cuando se acercó, vio con gran asombro al teniente Bailleres acucillado, comiendo frijoles y tortillas y bebiendo café con los indios desharrapados.

Por la mañana, durante la batalla, el teniente Bailleres se había encontrado a merced de un rebelde que iba a rebanarle la garganta cuando llegó Andrés y lo reconoció.

—¡Espérate, manito! —le había gritado al joven—. No lo mates. Amárralo bien y luego lo llevas al campamento. *El General* lo puede necesitar otra vez como mensajero. Sus armas son tuyas, desde luego.

De manera que cuando despejaron el campo de batalla, el teniente fue llevado como prisionero. El teniente Bailleres y el general eran los únicos prisioneros que sobrevivían de la lucha.

4

El general, asombrado, no supo qué pensar al ver al teniente acucillado tan calmadamente ante la lumbre y comiendo con los muchachos como si fuera uno de ellos.

Su primer pensamiento fue que el teniente podía haber sido el responsable del robo de las armas que habían sufrido la noche anterior, e incluso de la vergonzosa derrota de esta mañana. Era posible que estuviera de acuerdo con los rebeldes y que intencionalmente hubiera dado información falsa acerca de su

fuerza, equipo y posición.

Esta sospecha, sin embargo, duró solo unos segundos. Se disipó al ver de nuevo los vendajes ensangrentados con que el teniente cubría sus orejas, y el muñón de su nariz cubierto por una costra de sangre.

Sin embargo, también era posible que el teniente no hubiera sido víctima de los rebeldes, sino de algún rancharo o hacendado a cuya hija hubiera seducido. No era raro que algunos padres o maridos cuyas mujeres habían sido ultrajadas vilmente se vengaran de tal manera.

Mientras que las tres cabezas que el teniente había llevado al general como regalo podían en realidad haber sido cortadas por los rebeldes, era posible que el teniente también culpara a los rebeldes de sus propias mutilaciones para no tener que confesar que eran debido a una aventura con alguna mujer y que no había estado en el campo rebelde para nada, sino en las manos de un rancharo que se había visto obligado a vengar su manchado honor.

5

—Bienvenido, general —dijo *el General* cuando el prisionero fue conducido sin ninguna ceremonia hasta la fogata—. Siéntese en alguno de los sillones para conferencia que ve usted aquí. Está usted en su casa.

—Gracias —dijo el general mecánicamente y por costumbre. Pero en seguida agregó con aspereza—: Vas a pagar esto muy caro, muchacho. Acuérdate de lo que te digo. Serás descuartizado.

—Es un placer, general, saber eso. Aunque desde luego, para poder gozar conmigo de esa manera tienen que agarrarme antes. Y eso, general, yo creo que va a tardar algo. Mientras tanto, nosotros podemos gozar ahora de ese placer, y con us-

ted, general. Su idea no es tan mala como parecía a primera vista. ¿Qué dices, teniente Bailleres?

—No es conmigo la cosa —respondió éste mientras seguía masticando.

El general se volvió a mirar al teniente:

—Buenas noches, teniente Bailleres.

El teniente inclinó ligeramente la cabeza en lugar de pararse, y contestó:

—Muy buenas noches, mi general —bajó la cabeza apresuradamente y se dedicó a su interrumpida cena.

El general estaba visiblemente a disgusto, sentado en el ancho tronco que quedaba a escasos centímetros del suelo. Cada vez que se movía se oía crujir como si estuviera envuelto en un cuero seco. No se podía precisar si este ruido lo causaban sus botas nuevas que le llegaban hasta las rodillas, o su anchísimo cinturón y su angosta fornitura, o si usaba bajo su uniforme alguna faja de cuero que disfrazara su obesa cintura. De todos modos, la impresión que recibieron los muchachos fue que el hombre parecía estar hecho totalmente de cuero, recién salido de alguna mala talabartería.

Durante la larga y pesada marcha hasta el campamento había desarrollado un apetito como para no rehusar el alimento que le ofrecían los muchachos y que era el mismo que ellos comían. Aceptó las tortillas calientes, los frijoles con chile verde, la carne seca asada sobre las brasas y el café hirviendo, aunque todo provenía de las manos de peones sucios y malolientes con los que ni en sueños hubiera pensado rozarse. Devoró su alimento con gozo, aunque sabía que podía ser la última comida de su vida. O quizá por eso mismo. Sin embargo, tuvo cuidado de portarse de tal manera que pareciera que les hacía un gran favor al sentarse con ellos a la lumbre y al comer en sus platos rajados, mientras preguntaba con acento condescendiente:

—¿Me pasan la sal, muchachos? ¿Podrían darme otra tortilla? Gracias, muchas gracias.

Los muchachos que se acuclillaban alrededor de la gran fogata se portaban como si no hubiera nadie más aparte de ellos. No prestaban la menor atención al general ni al teniente. Hablaban, reían, comentaban y contaban cuentos animados; y llegaron hasta a discutir, sin ninguna consideración para con sus huéspedes, cómo en el siguiente encuentro con los federales les iban a pegar aún más duro que hoy, cómo iban a colgar a todos los hacendados y a divertirse con sus esposas e hijas, y, finalmente, lo mucho que ansiaban llegar a Balún Canán y otros pueblos grandes para atacarlos y tomarlos con el único propósito de acostarse con las esposas, hijas y queridas de los oficiales.

Era muy posible que ni el general ni el teniente entendiesen mucho de lo que ahí se decía, pues los rebeldes hablaban, no en lenguaje castizo, sino en una jergonza donde entraban una forma corrompida del español y palabras indias de tres dialectos. En todo caso, los dos oficiales no dieron muestras de estar siquiera escuchando lo que se decía.

De pronto, el general, volviéndose a medias hacia el teniente, dijo:

—Me da gusto, teniente Bailleres, encontrarlo entre los supervivientes.

El tono levemente irónico en que habló el general no dejó de hacer su impresión sobre el teniente. Éste inclinó su cabeza ligeramente y contestó:

—El gusto es mío, mi general.

—¿Usted no piensa, teniente, que en estos últimos momentos de mi vida que todavía puedo llamar mía, pudiera haberme vendido a estos marranos asquerosos?

El teniente sonrió de una manera que indicaba que su sonrisa era superficial, pero que tras ella se escondía la burla. El general la entendió bastante bien. Sin esperar la respuesta, añadió:

—Más bien podía esperar eso de usted, teniente, viendo lo bien que lo atienden estos hombres; tan bien, que hasta su buen

cigarro le dieron.

El teniente asintió con la cabeza, volvió a sonreír, aspiró con fuerza el humo de su cigarro y, mientras lo exhalaba, dijo con lentitud:

—Este cigarro es el último que fumaré en mi vida, mi general. Este cigarro, descomunadamente largo y grueso, tanto que más bien parece un puro, que ha sido liado por uno de estos muchachos, y tiene un propósito distinto del cigarrillo que usted me acaba de ofrecer. La última bocanada de humo de este puro significa para mí el toque de clarín que indique mi salida de este mundo. Usted sin duda fumará más cigarrillos en su vida que yo cigarros.

—¿Qué quiere decir, teniente, con eso de toque de clarín?

6

En ese momento, *el General*, que se había alejado por un momento, regresó a la fogata.

—El comandante en jefe que nos derrotó explicará lo del toque de clarín y me ahorrará tener que darle una explicación, mi general —dijo el teniente.

El General, aunque debió haber oído estas palabras, permaneció callado. Pero *el Coronel*, que había llegado a la fogata al mismo tiempo que *el General*, echó un vistazo al cigarro del teniente y dijo:

—Es usted un buen fumador, teniente. Y recuerdo en estos momentos que nuestro jefe le aconsejó la última vez que estuvo aquí que no lo queríamos volver a ver.

El general Bringas volteó la cabeza rápidamente, primero hacia *el Coronel* y luego hacia donde se sentaba el teniente, como despertando de súbito de un profundo sueño. Toda su expresión delataba sorpresa. Abrió la gruesa boca y quedó así un

buen rato, mirando alternativamente al *Coronel* y al teniente.

El teniente aspiró el humo de su tabaco otra vez, lo contempló pensativamente como tratando de adivinar cuánto duraría, desprendió la ceniza con el meñique, y dijo:

—Sí, hombre, me acuerdo. Me dijeron que no repitiera mi visita. Así fue.

—Y pa' que no hubiera error —continuó *el Coronel*— respecto a la identidad de la persona a quien le dijimos que no volviera, nuestro jefe pensó que era necesario darle un certificado de identidad.

—Eso fue hecho obviamente pensando que yo pudiera regresar disfrazado de porquerizo en lugar de peón, y para asegurarse que era yo, me hicieron dejar atrás mis orejas y mi nariz.

—Correcto —contestó *el Coronel*, el que tomó un trago de café caliente que había vaciado de una olla en un jarro, y prosiguió—: No fue invitado entonces, teniente, y tampoco lo fue hoy. En cambio, usted mandó varios cientos de su gente pa' que les quitáramos sus rifles, su parque y sus vidas. Pero eso no fue lo que usted esperaba, desde luego. Y en caso de que ustedes nos hubieran pegado, ¿qué hubieran hecho con nosotros?

El teniente miró a su general y dijo:

—Los hubiéramos enterrado hasta el cuello y luego hubiéramos hecho marchar a la tropa sobre sus cabezas. ¿No hubiera sido así, mi general?

—Nunca di tal orden teniente —replicó el general con voz ahogada.

—Es verdad, mi general. En esta ocasión usted no dio tal orden. Pero es lo que siempre hemos hecho tratándose de rebeldes, amotinados y peones refractarios. Solo los salteadores de caminos eran tratados de distinto modo. A esos sencillamente se les fusilaba. Pero a todos esos puercos que averiguan acerca de la libertad y de la justicia, a esos se les machacaba la cabeza para que no quedara rastro de sus cerebros misera-

bles.

El general hizo un gesto de preocupación. No dijo palabra; se limitó a encogerse de hombros.

—Esta vez, desde luego —continuó el teniente, alzando la voz de modo que oyeran todos—, esta vez, desde luego, mi general, usted nos dio órdenes distintas. Usted dijo que los prisioneros serían tratados con clemencia. A nadie se le mataría. Se iban a tomar tantos cautivos como se pudiera y serían llevados a Balún Canán para ser juzgados ante un consejo de guerra, donde cada quien pudiera defenderse a su manera y tener una oportunidad de convencer a sus jueces de que se habían unido a los rebeldes contra el gobierno por la desesperación y la miseria y no por intentos traicioneros.

El general asintió con la cabeza, como si quisiera confirmar estas palabras. Sin embargo, no se volvió a mirar al teniente. Parecía que al escuchar estas hermosas mentiras había rejuvenecido varios años.

Celso gritó:

—¿Oyen eso, muchachos? Nomás nos iban a tomar prisioneros, un pequeño detalle, eso es todo. ¡Qué hermoso es el mundo, y qué gentiles y bondadosos son los federales!

Se escuchó una risa general. *El Profesor* se hizo oír entre el grupo:

—Lástima que no supimos eso antes, muchachos, si no hubiéramos marchado hacia ellos con ramos de margaritas y con nuestros machetes adornados con enredaderas; y en lugar de nuestras canciones y gritos de combate, cantaríamos: «¡Loor a nuestro gobernante todopoderoso, quien nos guía tan sabiamente!»

—Oiga, general, ¿por qué no nos mandó decir eso con su enviado, el teniente Bailleres? Nomás que no crea que hubiéramos caído en el garlito. No, señor. Pero hubiera causado una buena impresión a todos aquellos a quienes les gusta rascarse la cabeza sin molestar a los piojos. Nosotros también podemos

inventar bellos discursos acerca de paz y justicia. No necesitamos generales para eso.

—Estuvo bien dicho, teniente Bailleres —dijo *el General*—. Pero los discursos bonitos no te sirven de nada orita. Es muy tarde pa' eso. ¿Qué tanto llevas del puro? Va a durar otros diez minutos. Te habíamos prevenido que no te acercaras por aquí. ¿Cierto o no?

—No me tutees tanto, desgraciado hijo de puta.

El General se sonrió ante este insulto y respondió sosegadamente:

—No te pongas tan nervioso por eso. Nosotros siempre nos hemos hablado así. Y por lo que a ti toca, teniente Bailleres, dentro de una hora hasta los gusanos se podrán llevar contigo de tú, y lo que's más, no te vas a poder ni quejar.

Volteó, y llamó a un muchacho:

—Tráete tres salvajes, Pablo.

El muchacho corrió a traer a los hombres.

7

Cuando los tres nativos que había mandado llamar se acercaron, *el General* volteó hacia el teniente Bailleres.

—No te puedo dejar ir por segunda vez, teniente. Nos podría costar la vida de otros treinta o más de nuestros muchachos. Tuviste la oportunidad que te di y la aprovechaste mal.

El teniente se puso rojo de ira. La costra del muñón de su nariz se comenzó a partir cuando abrió la boca desmesuradamente, tratando de inyectar en sus palabras todo el desprecio de que era capaz. En cualquier otro lugar o circunstancia se hubiera visto cómico con el vendaje enrollado apretadamente sobre la cabeza y debajo de la barba. Las vendas se habían ensuciado

y la mugre se mezclaba con la sangre que se había escurrido y estaba ya seca. Sobre la cabeza se había encasquetado una gorra de servicio que le quedaba muy chica a causa del vendaje. Estaba sin afeitarse y tenía la cara salpicada de lodo, el cual, al desprenderse, le había dejado el rostro cubierto de manchas cenizas. Pero nadie se fijó en que, con su nariz mutilada y sus vendajes, parecía payaso de algún circo de mala muerte.

Mostró los dientes horriblemente. Luego soltó una breve carcajada, y, al mismo tiempo que reía, gritó:

—¡Marrano asqueroso, traidor, desertor, hijo de puta! ¿Tú, tú me diste la oportunidad que yo aproveché mal? Lo hice porque de ti, perro rebelde, no acepto nada, ni la oportunidad de salvar mi vida. Por eso fue por lo que hice lo que yo quise y no lo que tú querías, perro, indio piojoso.

—¿Traidor y desertor yo? Muy bien dicho, teniente Bailleres. Servir en el ejército es, según dicen todos, el más alto honor. Fue un honor para mí, también, cuando me alisté. ¿Pero quién de ustedes, los oficiales, nos permitieron a mí y a mis camaradas tener honor? Fui golpeado y pateado cuando era recluta, y aún después, cuando fui cabo. Y no solo golpeado, sino escupido en la cara. Y no solo eso. Cuando alguno de ustedes, los oficiales, estaba borracho o de mal humor, nos hacía arrastrarnos de panza o de rodillas en lugar de marchar, o limpiar las letrinas con un cepillo de dientes; a los soldados más antiguos se les incitaba a que atacaran por la noche a los reclutas y los golpearan despiadadamente, y a la mañana siguiente las víctimas tenían que mentir, diciendo que se habían caído por la ventana o del techo, donde no tenían nada que andar haciendo. Te digo, teniente Bailleres, que el desertor que huyó de ese infierno donde la última pizca de honor le había sido sacada a latigazos, golpes y torturas, el que desertó de ese ejército, tenía diez veces más honor en su cuerpo que aquellos que aguantaban todo por miedo y obedecían ciegamente sin rebelarse. Tal desertor tenía mil veces más dignidad que los oficiales que gozaban y se vanagloriaban con su autoridad. ¿Yo un traidor? Los únicos y verdaderos traidores son aquellos que sacaron a

golpes todo sentido de honor a sus soldados y los degradaron a tal punto que ya no sabían en qué ejército servían o a qué país mostraban su lealtad. Traidores son los que han sangrado al pueblo, arrebatado sus justos derechos y humillándole a tal grado, que, no pudiendo al fin soportarlo más tiempo, prefirió desencadenar una guerra civil antes que seguir sufriendo más indignidades. Ésos son los traidores, los verdaderos traidores que crean y causan revoluciones por su sed de poder, sus ambiciones egoístas, sus estafas, sus robos, corrupciones, violaciones y asesinatos. Puede ser que dentro de diez años, o a la mejor cincuenta, se diga que nosotros, los piojosos, los mugrosos indios rebeldes, bandidos, saqueadores, y todo lo demás que ustedes nos llaman, somos los verdaderos salvadores de este país. Tú no entiendes eso, teniente Bailleres. Y por eso viniste aquí por segunda vez aun después de que te lo advertí.

—¿Qué derecho tienen ustedes, animales, de advertirme a mí nada? —gritó el teniente con rabia y arrojando el resto de su cigarro en la lumbre—. Ustedes no tienen derecho de advertir. Yo voy y vengo cuando quiero, sépanselo bien.

—Ya lo sabía. Por eso te marcamos, para que no fueras a volver disfrazado de mujer o de cualquier otra manera, a espiarnos otra vez. Tú no viniste hoy aquí para servir a tu general o a tu gobierno: también sé eso. Esta vez viniste a agarrarme, a tomarme vivo y a hacerme pagar por tus orejas y tu nariz carcomida por los gusanos.

—¡Correcto, maldito marrano! —gritó el teniente, entrando cada vez más en un estado frenético—. Te quería coger vivo. Y mi fracaso será el único dolor que sienta cuando pague por mi cigarro terminado. Para que sepas lo que te hubiera hecho si te hubiera agarrado, te lo voy a decir antes de que sea muy tarde y me hagan callar la boca para siempre. Te hubiera tendido en el suelo y te hubiera mandado meter una estaca en el estómago poco a poco, centímetro por centímetro, y te tendría clavado al suelo firmemente. Ya que tanto gritas que quieres tierra y libertad, yo te hubiera atarragado de tierra hasta que reventaras, así tendrías la libertad de pudrirte lentamente.

—Ya tenía idea, teniente, de que eso era más o menos lo que harías —replicó *el General* con una sonrisa—. Y porque sabía eso no mandé traer a ninguno de mis muchachos; en su lugar, tengo aquí a estos salvajes, que nos ayudarán a divertirnos mejor. Ellos ya conocen estas diversiones porque fueron en un tiempo los ejecutantes. Ora ya no tenemos más qué decirnos, teniente.

—Desde luego que no, perro.

El General llamó a los salvajes.

—¿Ya entendieron la clase de paseo al infierno que escogió este caballero?

—¡Seguro! —contestaron los tres simultáneamente—: Desde luego, *General*, lo oímos todo. ¡Tierra y Libertad! ¡Salud, *General*!

—¡Tierra y Libertad, muchachos! —contestó *el General*.

Uno de los hombres caminó hasta donde estaba el teniente, le picó las costillas con su machete, y le dijo:

—Vamos, amiguito. Te voy a cantar una canción de cuna allá afuera del campamento, pa' que te arrulles.

El teniente se incorporó de un salto, como si no quisiera ser tocado por esta gente. Se volvió hacia su general, quien durante la larga conversación había permanecido sentado en su tronco sin pronunciar palabra.

—¿Tiene, por acaso, un buen trago en su botella, mi general? —preguntó el teniente.

El general sacó un elegante frasco de cristal, delgado y ligeramente curvo, propio para amoldarse a la cadera y poder ser llevado cómodamente en el bolsillo. Le cabía como un cuarto de litro y todavía estaba lleno.

—Tómese la mitad, teniente —dijo el general al alargarle el frasco—. Déjeme el resto. Probablemente necesite un trago más tarde tanto como usted lo necesita ahora.

El teniente sostuvo un dedo contra la botella para medir la cantidad que se iba a tomar; luego tomó un gran trago, bajó el frasco, vio su dedo y cuando se dio cuenta de que aún le quedaba algo de su parte, tomó un segundo sorbo más pequeño.

—Aquí tiene, mi general, creo que lo dividí legalmente.

Se rió con un lado de la boca mientras devolvía el frasco.

El general introdujo el tapón pensativamente. Luego miró directamente a la cara al *General*:

—Pero, muchacho, ¿de veras vas a hacerle algo tan cruel a mi teniente?

—Admito que al principio no era mi intención, general. Pero usted oyó, como todos oímos, lo que pensaba hacer su teniente si yo caía en sus manos.

—Eso era solo una broma de soldado —le aseguró el general.

—Entonces también fue una broma de soldado cuando un buen número de nuestros compañeros cayó en manos de los rurales hace unas cuantas semanas en la finca Santa Cecilia, y fueron enterrados hasta el cuello y pisoteados por los caballos hasta que sus cabezas quedaron aplastadas. Excelentes bromas de soldado, general.

El general se encogió de hombros y dijo:

—Ocurren brutalidades en la guerra. Y estamos en guerra uno contra otro. Pero esas crueldades son raras. Yo nunca he ordenado semejantes actos, y si hubiera estado en esa finca no habría permitido tales abusos.

—Teniente —dijo *el General*—, ¿tienes algún comentario que hacer sobre las bromas de soldado de que habla tu general?

—A ti ninguno, hijo de puta —dijo el teniente y contorsionó su cara como una horrible máscara.

—Pos ora te diré algo, teniente. Eres un individuo valiente. Eso es lo que tú crees, al menos. Por eso te voy a hacer una proposición. No creas que le tengo miedo a la miserable clase de

espía despreciable que eres.

El General sacó un cuchillo de la funda que llevaba al cinto. Al hacer esto, se volvió hacia los muchachos que estaban alrededor y les dijo:

—Denle a este espía hijo de la tiznada un cuchillo del mismo largo que el mío.

Uno de los hombres sacó un cuchillo y miró al *General* como si dudara de haberle entendido.

—Dáselo —dijo *el General*, e hizo un ademán con la cabeza.

El teniente tomó el cuchillo titubeando.

—Pa' que no creas que atacamos a hombres indefensos. Ni yo, ni ninguno de los que tenemos algo que decir aquí. Vamos, agarra tu cuchillo. Yo agarro el mío, y el que gane de los dos le hace al otro lo que pensabas hacerme si hubiera caído en tus manos.

—¿Estás loco, *General*? —gritó uno de los muchachos.

—Al contrario. Es que estoy de buen humor. No debemos dejar a estos oficialillos que crean que les tenemos miedo en una pelea de igual a igual. En el cuartel abren mucho el hocico y le dan a cualquiera una patada en el estómago por cualquier motivo. Pero solo a los soldados, a los que no se pueden defender; y si alguno les hubiera respondido con un trancazo en la quijada, que es lo que se merecen veinte veces al día, lo habrían fusilado.

El General volteó hacia el teniente y le sonrió:

—Vamos, vamos, a darle; tú, un perro teniente, y yo un sargento desertor. Tú tienes un cuchillo como el mío, y aquí no me fusilan si te doy tus trancazos. Si quieres, dejo mi cuchillo. Ni lo ne'sito con un oficialillo baboso como tú —arrojó el arma hacia atrás—. Tú puedes conservar el tuyo, yo usaré nomás mis puños, y si tú ganas puedes irte libremente, volver con tu bola de infelices, y jalarme con un lazo.

El teniente volteó a su alrededor.

Un enorme grupo se había reunido en los últimos momentos para presenciar el duelo. Por un breve instante, el teniente estuvo dispuesto a aceptar la lucha, pero cuando *el General* tiró su cuchillo y se dispuso a pelear con sus puños vacíos y con la intención inequívoca de retorcerle el pescuezo como a una gallina con esas manazas sucias y callosas, el teniente se sintió tan humillado frente al grupo de muchachos que reían y se burlaban, que tuvo que rehusar la pelea. Solo rehusando pelear con *el General* en términos tan desiguales podía salvar su honor y llevárselo consigo. Pues aun en el caso de que hubiese triunfado, nunca habría soportado la indignidad de haber peleado desigualmente contra un piojoso harapiento sólo para salvar su pellejo. Todo el que se enterara de ello lo hubiera atribuido a cobardía indigna de un oficial. No se le podía infligir mayor humillación que la que le proporcionó *el General* con el simple gesto de arrojar su arma y dejarle a él la suya. Se podía desgarrar la cara de rabia por no haber tirado su cuchillo primero, en lugar de dejar que se le adelantara *el General*. Desarmado, no hubiera vencido nunca a este fornido hombre endurecido por el diario trabajo manual, pero al menos sus compañeros podían decir que había muerto como un héroe.

Ahora no le quedaba sino contestar de la manera que creía más apropiada para un oficial.

Dio un paso hacia adelante. Lleno de rabia, se quedó mirando fijamente al *General*, enseñando los dientes como si quisiera devorarlo, luego levantó su brazo y con un violento movimiento arrojó su cuchillo al suelo, donde se clavó hasta el mango. Luego escupió a los pies del *General* y gritó mientras señalaba al escupitajo:

—¡Ahora perro sarnoso, hijo de puta, lame eso! No crees en serio que un oficial va a pelear con un gusano de estercolero. A alguien como tú le daría media docena de cachetadas, pero no me rebajaría a pelear con él de igual a igual, marrano asqueroso.

Mientras vociferaba, la cara se le iba amaratando y la sangre manaba por sus heridas no cicatrizadas aún. Pero la impresión que había esperado causar, revelándose como un héroe frente a su general y ante la tropa enemiga, falló completamente. Había esperado que ante este torrente de insultos, *el General* se enfureciera y terminara con él, poniendo así un rápido fin a esta tragicomedia.

Pero en lugar de la esperada furia, sola escuchó un tumulto de risas burlonas y de silbidos. *El General* rugió, pero no de ira, sino de gozo. Ya había escuchado demasiadas veces explosiones semejantes durante su vida de soldado para que ahora lo impresionaran. En la situación actual, los insultos del teniente solo podían parecer ridículos; pues para todos los que apreciaban la situación, sus chillidos no eran más que el jadeante gemido y el rechinar de dientes del coyote que ha caído preso en una trampa y ve ante sí la cara radiante del cazador victorioso. Y puesto que estos trabajadores de la selva estaban más que familiarizados con el aullido y los quejidos de los animales salvajes atrapados, la actitud del teniente les recordaba a un coyote recién capturado.

El teniente no podía darse cuenta de por qué sus insultos y su comportamiento, que había preparado para causar una impresión de heroicidad, fallaron completamente y solo provocaron risa, lo cual hizo que por un instante se sintiese como un cómico.

Cuando el efecto que él había esperado producir y con el cual contaba para endulzar un poco su salida de este mundo no sólo no fue logrado sino que produjo una impresión contraria, le sobrevino por primera vez desde su captura un inmenso sentimiento de futilidad y desolación. Miró a su general con ojos muy abiertos, confuso y suplicante. Esperaba hallar en él la respuesta o la explicación de lo que estaba pasando. Hubiérase sentido agradecido si el general se le hubiese acercado y abrazado de una manera fraternal, pero el general estaba en una situación tan desesperada como su teniente, pues él también había esperado un acceso de furia de parte de los rebeldes en lugar del

desprecio y la burla, y se encontraba atónito ante el inesperado desenlace, quizá más confuso aún que el hombre que en estos momentos buscaba su apoyo moral.

8

Aunque los hechos ocurrieron en pocos segundos, al teniente le pareció una eternidad. Su tristeza se ahondaba segundo por segundo, a medida que miraba las caras sonrientes de los muchachos. Tan desolado y triste se sentía, que si hubiera tenido diez años menos hubiera llorado y llamado a su madre. Por un instante se olvidó de lo que pasaba a su alrededor y recordó, con la súbita claridad de un rayo, el episodio de su vida que con mayor amargura había experimentado hasta ahora.

Aun antes de que se diera de alta en el colegio militar como cadete, conoció a una muchacha que en aquel tiempo tendría unos trece años. Estaban enamorados uno del otro y habían convenido en casarse en cuanto él obtuviese el grado de teniente. Se escribían dos veces por semana, y cuando él tenía licencia se veían por las tardes. Ella era como una diosa para él, y se habían jurado fidelidad más allá de la tumba. Sin embargo, cuando estaba por terminar el último año en la academia, recibió una carta de ella pidiéndole perdón; se había casado seis semanas antes. Su primer pensamiento fue terminar su existencia con una bala en el cráneo. Pero sólo se retiró a su cuarto. Y cuando se puso a pensar y a recordarlo todo, lo que había sido para él esta muchacha y cómo le había jurado lealtad eterna cientos de veces, se sintió tan inconsolable que lloró amargamente durante horas enteras. Después contó a sus compañeros, cuando se burlaron de su cara roja e hinchada, que había sufrido un espantoso dolor de muelas.

Este episodio, que acudió súbitamente a su memoria, lo obsesionó. Lo invadió la misma tristeza, la misma desesperanza que experimentó al recibir la carta. Sintió que las lágrimas le brota-

ban.

Hubiera llorado abiertamente, cerrando sus ojos a todo lo que le rodeaba, si hubiera dispuesto de diez segundos más para recordar este episodio. Pero una exclamación puso fin a su retraimiento.

—¡Caray! —gritó *el General* enérgicamente plantando los puños sobre sus caderas—. ¡Miren a éste! Siempre supuse que estaba tratando con un cobarde, y eso que trae uniforme. Primero tenía miedo porque yo traía cuchillo y él no, luego porque le di un cuchillo y yo tiré el mío. Y ahora tiene miedo de que lo claven al suelo con una estaca, tal y como quería él hacer conmigo. Por eso esta lombriz uniformada me escupió y gritó, pa' que yo me enfureciera y lo partiera en dos rápidamente, dándole así la oportunidad de una salida airosa. ¡Ahí tienen a su teniente! ¡Un oficial del glorioso ejército! Un cobarde, nada más; y ahora me avergüenzo de haber querido pelear con este cobarde. Una vieja renga de nuestro ejército tiene más calzones que este desgraciado. Pero, ¡por Dios!, primero me hacen comer carne de perro hoy en la noche que meterle mi buen cuchillo en su cochino cuerpo.

Siguieron a estas palabras las mismas risas burlonas de parte de los muchachos.

El teniente había escuchado este discurso con un terror que se ahondaba con cada palabra. Sacudió bruscamente la cabeza como si tuviera miedo de enloquecer, y, mitad en voz alta y mitad para sí, dijo: «¡Oh, Dios mío!, ¿cómo permites que se me humille tanto?»

Luego abrió desmesuradamente la boca, como para gritar en respuesta al discurso del *General* que todo era un malentendido, que no había escupido a sus pies para enfurecerlo, y que había sido por un impulso de valentía y bravura auténticas por lo que lo había insultado soezmente. Pero antes de decir palabra, se dio cuenta de que parecería aún más ridículo si hablaba de un malentendido. Resultaría idiota afirmar que había insultado al *General* para demostrar su valor.

Cuando *el General* hubo al fin terminado su discurso, el teniente estaba tan pálido y tan encogido que parecía que las mismas palabras lo habían aniquilado ya. Miró de nuevo a su general. Esta vez no en busca de apoyo moral, sino solo para ver cómo había reaccionado ante el discurso humillante.

El general evitó mirarle, intencionalmente, según le pareció al teniente. Entonces supo que el discurso había convencido hasta al general de que no había sido su valor, sino el miedo, lo que lo había impulsado a tratar de enfurecer al *General* para que éste le infligiera una muerte rápida e indolora.

Y ahora, por fin, el teniente ya no pudo contener más las lágrimas. Comenzó a sollozar, sacó su pañuelo, y escondió en él la cara.

9

El General se volvió y dio unos pasos hacia la lumbre. De pronto se detuvo, llamó a uno de los salvajes y le dijo:

—Nomás cuelguen al gusano este, rápido y sencillo, y dense prisa.

El teniente se secó rápidamente los ojos, fue hacia el general y dijo:

—Mi general, por favor créame cuando le digo que le grité a ese marrano sólo porque quise... —no dijo más. Dio media vuelta mientras pensaba para sí: «¿De qué sirve? Yo, lo sé, y eso me confortará por toda la eternidad. Que lo sepan otros, o que yo sea capaz de hacérselo entender, no importará en absoluto dentro de cinco minutos.»

Se irguió. Caminó hasta quedar cerca de su superior, lo miró directamente a la cara, y dijo en tono militar:

—Con su permiso, mi general; deseo licencia indefinida. Con su permiso —luego añadió saludando—: ¡A sus órdenes, mi

general! ¡Adiós, mi general!

El general le tendió la mano, luego lo abrazó, saludó militarmente y dijo:

—¡Adiós, muchacho! Adiós, teniente Bailleres. Nos veremos otra vez en unas cuantas horas. ¡Hasta la vista!

Una ligera sonrisa asomó a los labios del teniente, y saludó una vez más.

Luego volteó rápidamente. Sin titubear o esperar la orden, caminó de prisa delante de los hombres que le iban a llevar, uno de los cuales le puso una lodosa soga al cuello.

Unos momentos después se oyó la voz de uno de los individuos:

—No, teniente, ahí no. ¡Acá, más p'acá! Vamos, vamos. ¡Los pies están tocando él suelo!

XV

1

El general de los federales, acuciillado y encogido, pareció perder todo interés en lo que pasaba a su alrededor. Automáticamente sacó un cigarrillo de su pesada pitillera dorada y lo encendió con una brasa.

Lentamente, los miembros del Estado Mayor se fueron sentando cerca de la lumbre, mientras que el resto se apartaba en pequeños grupos.

Uno de los hombres, Agapito, se acercó, y mirando primero al general y luego a su jefe, como si estuviera considerando las posibilidades de un encuentro de box, dijo:

—¿Sabes, *General*, que no te vendría mal usar este uniforme? Te verías muy bien y todo el mundo se daría cuenta de que eres nuestro general. Yo creo que te queda. Los dos son del mismo alto. Nomás que tú eres tan flaco como un palo y el gran jefe que tenemos aquí, como huésped de honor, está más gordo que un marrano —después, dejando su tono humorístico, pero dirigiéndose ahora al general prisionero, agregó—: Vamos, viejito, levántese y quítese sus garras para medírnolas.

El general tomó un poco de valor y miró fijamente al que le hablaba. Se retorció vacilante sin saber qué hacer, dudando entre obedecer o no a este indio harapiento. Miró con incertidumbre al *General* y al *Profesor*, a quienes reconocía como a las únicas autoridades del campamento.

Pero *el General* y *el Profesor* no estaban como para ser interrumpidos en su conversación. Se portaron como si no hubieran oído lo que dijo Agapito.

Al ver que el general no hacía movimiento alguno para despojarse de su capa, Agapito le propinó un formidable puntapié en las costillas con su pie descalzo, y el general cayó al suelo.

—¿No oyó lo que le dije? —gritó Agapito—. ¡Quítese sus garras, y no se tarde!

El general gritó enfurecido:

—Indio marrano, ¿estás tratando de darle órdenes a un general? Te voy a mandar despellejar por tu impertinencia.

—No hable tantas babosadas —contestó Agapito sin turbarse en lo más mínimo por el acceso de furia del general; lo levantó con sus fuertes brazos y mientras lo mantenía en vilo llamó a unos mocetones, y en menos de un cuarto de minuto el general estaba ante ellos en calzoncillos verdes, bastante sucios, que le llegaban hasta las rodillas.

Los muchachos que charlaban con *el General* repararon en el incidente. *El General* miró el montón de ropa. Se acercó y levantó una por una las distintas prendas como calculando que algún ropavejero las pudiera comprar.

—¿Acaso estos harapos —dijo al fin, con infinito desprecio—, con sus botones lustrosos y un águila dorada en los hombros me van a hacer divisionario?

Los muchachos prorrumpieron en carcajadas y se volvieron a mirar al prisionero, quien, ante tantas caras burlonas, se enconchó, después de haberse esforzado durante algunos momentos por comportarse con dignidad. Estaba temblando. Se acercó a la lumbre y se volvió a encoger. No era solo el fresco de una tarde lluviosa lo que le hacía temblar de esta manera. Era más bien la incertidumbre de su destino lo que le impedía guardar su compostura, y sobre todo la humillación que le infligían estos barbajanes, y que él, como prisionero, tenía que soportar. Hubiera preferido mil veces pararse ante el paredón, pero orgullosamente uniformado, y no tener que soportar, vestido sólo con sus calzoncillos, las burlas de estos indios.

—Bueno, ¿y ahora qué es usted? —le preguntó *el Profesor*—.

Agachado como está, ni el Caudillo lo tomaría por general. Y si fuera a marchar tal como está hacia su división, nadie gritaría: «¡Atención!» Tendría que acercarse bastante para que alguien, al reconocerlo, dijera: «¡Dios mío, aquí está el general! ¿Pero qué diablos parece?» Sin su uniforme inspira lástima, general. Eso lo debe saber. A usted sólo el uniforme lo convierte en general: porque si fuera general de verdad no estaría aquí medio desnudo ni tendría ese aspecto tan insignificante. Al contrario, nosotros seríamos sus prisioneros y usted nos habría mandado enterrar vivos.

Arcadio asintió con la cabeza y dijo:

—*El Profesor* tiene razón. Mire a nuestro *General*, al de nosotros. No traí un bello uniforme como el suyo; ni siquiera traí uniforme alguno. Las polainas que traí son las dos de la pierna derecha, porque las izquierdas las traí algún otro o porque se quedaron en las patas de dos de sus oficiales que ya no andan caminando.

—No, Arcadio —le interrumpió *el General*—, eso no es cierto. Las dos izquierdas taban tan agujeradas por las balas que ya no servían. Por eso traigo dos derechas.

—Desde luego que no considera a nuestro general como a uno de veras, ¿verdad? —preguntó Celso—. Y cree que no puede ser un general de veras porque no traí un bonito uniforme como el suyo. Pero nosotros no ne'sitamos uniformes. No ne'sitamos ni banderas ni estandartes pa' darnos valor. Tenemos bastante valor sin clarines, ni tambores, ni arengas, y siempre sabemos nuestros puestos y dónde queda nuestro batallón. Pa' matar federales, no ne'sitamos barras o estrellas o águilas en los hombros. Nosotros sabemos lo que queremos. Cada quien sabe lo que quiere. Sus soldados uniformados son como borregos que corren de aquí p'allá cuando el pastor los agarra a pedradas o cuando los perros los corretean.

—Bien dicho —*el Profesor* intervino otra vez—. Muy bien dicho, Celso. Ésa es la razón por la cual ganaremos la revolución, aunque dure cinco o diez años; porque nosotros sabemos lo

que queremos, y sus borregos no, porque ustedes no los dejan siquiera pensar libremente qué es lo que quieren. Si está temblando, general, acérquese más a la lumbre. No nos lo vamos a comer. Al menos todavía no.

2

El General se agachó, levantó la capa del divisionario y gritó:

—¡Epa, muchachos!, ¿quién quiere un buen abrigo?

Un muchacho que vestía un pantalón y una camisa despedazados contestó:

—Yo puedo usar esa capa. Tá más frío que el diablo en las noches cuando tengo que hacer guardia.

El General le tiró la capa que el muchacho cogió al vuelo y se la puso inmediatamente. En seguida vio que le quedaba demasiado grande.

—No importa —dijo riendo—. En la siguiente hacienda que tomemos voy a tragar bastante pa' que me venga la capa de este panzón.

—Deja las aguilitas en los hombros —le gritó Celso.

El Profesor intervino:

—Sí, Esteban. Deja las águilas. Se ven bonitas. Cuando llegues a Jovel un día y pases por el cuartel, la guardia va a presentar armas. Entonces puedes entrar al cuartel, mandar marchar a todo el batallón y traértelos para acá con todo y sus armas y su parque. No temas. Ni un soldado te verá a la cara. Nomás verán tus águilas. Cuando ven tres estrellas o un águila ahí, pierden sus cinco sentidos y se vuelven máquinas. Nomás les gritas a esas máquinas y se ponen en movimiento rápidamente, hasta en medio de un lago, si así lo ordenas. Cualquiera puede hacer mover esas máquinas si se prende unas cuantas estrellas o un águila en los hombros. Aunque no lo creas, esa

es la verdad.

—¿Y quién quiere los pantalones? Tienen asiento de cuero — continuó *el General*, levantando los pantalones para que alguien los reclamara.

—Échalos p'acá —contestó Cecilio. De un tirón se sacó los harapos que traía por pantalones y se puso los elegantes del general. Cuando se paró y se alisó los pantalones para ver cómo le quedaban, dijo—: Falta un pedazo por abajo. ¿Onde está?

Los muchachos se rieron. Uno gritó:

—Así son, bruto. Es muy necesario que se puedan desabrochar los pantalones por abajo. Así los necesitan cuando los mandan contra nosotros y traemos rifles y ametralladoras. Solo cuando no estamos armados es cuando vienen más valientes que un león hambriento.

3

El general no sabía qué hacer. Todo cuanto se decía, las burlas y las pullas, era a costa suya. Su altiva dignidad estaba tan desacreditada y rebajada y se sentía tan insignificante, que ya no podía ni sentir lástima de sí mismo. Si hubiera tenido un revólver a la mano, hubiera puesto un fin rápido a su existencia. Cuando pensó en esto, se le ocurrió otra idea: no se mataría, sino que dispararía a estos hombres hasta la última bala, teniendo buen cuidado de que *el General* recibiera el primer disparo. Mientras cavilaba, se le ocurrió otra forma de evasión que podría llevar a cabo con éxito: sencillamente levantarse y correr. Quizá con algo de suerte alguno de los muchachos le podría disparar y matarlo, acabando así de una vez con todas las humillaciones y los insultos que había sufrido y que aún le faltaban por sufrir.

Se arrodilló y apoyó ambas manos en el suelo para darse ím-

petu. Pero entonces se dio cuenta de que no llevaba encima más que sus calzoncillos y sus calcetines rotos. En calcetines tendría mucha dificultad para correr a través del suelo irregular, y tendría, además, que sostenerse los calzoncillos con las manos para evitar que le resbalaran. Cuando pensó en esto, se dio cuenta de que con esa indumentaria y bajo las circunstancias en que tendría que escapar, se pondría en un espantoso ridículo, comparado con el cual su situación presente se hacía tolerable. Decidió permanecer sentado, esperando la sentencia de muerte que sabía le sería dada antes de una hora.

4

Los muchachos que se habían llevado al teniente regresaron e informaron:

—Ya está colgado el jijo ese.

—Muy bien —replicó *el General*—; cuando haya estado colgado un buen tiempo, van y me traen el lazo, lo ne'sitamos pa' nuestro vecino, el muy honorable general de división. No podemos darnos el lujo de usar un lazo pa' cada oficial. No estamos tan ricos y no podemos apedrearlo hasta que muera. Eso sería una barbaridad. ¿Qué piensa usted, general?

—Podían concederme la última pizca de honor fusilándome. No tendrían que gastar más que una bala —el general se esforzó por sonreír; pero sólo consiguió hacer una mueca grotesca.

El muchacho que recibió los pantalones del general le arrojó los suyos, todos despedazados.

—¿Puedo ponerme éstos? —preguntó el general.

—Seguro que sí —dijo Celso—. Nosotros somos gente de respeto. No dejamos que naiden, menos un gran general como usted, ande por ai en calzones. ¿Qué pensarían nuestras mujeres? No crea que somos una bola de salvajes. Tenemos mucha moralidad —en seguida, mirando a los hombres de un grupo

cercano, gritó—: ¿Quién de ustedes tiene una camisa vieja pa' nuestro huésped? Ya tienen bastantes camisas nuevas con las que nos trajeron a regalar los soldados y por las cuales estamos muy agradecidos. A ver, demen una camisa, aunque esté viejita, pues hay que vestir con gusto al pobre que no tiene qué ponerse.

Una amarillenta camisa de algodón, que olía bastante a sudor, voló por los aires. Celso la levantó.

—Ahí tiene usted una buena camisa, general —dijo Celso arrojándole el harapo—. No vaya a creer que no sabemos cómo tratar a nuestros visitantes, aunque no los háigamos invitado.

Luego gritó de nuevo:

—¿Alguien tiene por ai unos huaraches que ya no le sirvan? ¡Échenlos p'acá!

Un par de huaraches viejos llegó volando y cayó a los pies del prisionero, quien se esforzaba por ponerse la camisa que a todas luces le quedaba demasiado angosta.

Un muchacho le empujó los huaraches con el pie.

—Aquí están sus botas de montar, general, pa' que no vaya a lastimarse sus lindos piecitos —dijo, dando a su voz una entonación afeminada. Luego cambió el tono y exclamó con voz fuerte—: A naide le ha importado si en las monterías pisamos piedras o espinas, o si pateamos alacranes o nos desgarramos los pies en las rocas filosas. Pero no somos tan desvergonzados como usted cree, general. Somos muy decentes. Ya sabemos lo qu'es enterrarse una espina en la planta del pie y que la punta le salga por arriba.

5

—Ora echaremos un vistazo de cerca por el campamento a ver qué hacen los muchachos, y si ya tienen algo pa' la cena —dijo

el General levantándose.

Todos los hombres de su Estado Mayor lo siguieron. Cuando hubieron caminado un poco, *el General* se detuvo y gritó:

—¡Epa, general, usted se viene con nosotros, desde luego! ¡Andele, ándele!, o lo vamos a tener que traer. Insistimos en que vea algo que vale la pena.

El general echó a andar lentamente, pues no le gustaba mucho la idea de tener que obedecer, pero no ignoraba lo que le pasaría de no hacer lo que le ordenaban. Lo golpearían, y eso quería evitarlo a toda costa.

El grupo deambuló por el campamento.

—Tenemos un buen campo aquí —dijo *el General*.

—Es verdad —asintió el prisionero—. Este campamento, bien defendido y con unas cuantas trincheras por el lado del llano no podría ser tomado por una fuerza que no conociera el terreno y la situación de los defensores. Yo podría sostener este campamento con dos batallones contra dos divisiones enteras durante meses.

—Me da gusto oírle decir eso, general —*el General* movió la cabeza, visiblemente satisfecho—. Yo mismo escogí este sitio y lo escogí aquí porque ne'sitamos descansar por un buen tiempo. Nuestra fuerza ha sido reducida y tenemos que economizar parque. No estamos tan bien que digamos. Eso se lo digo porque a usted ya no le sirve de nada saberlo. Pues dentro de una hora más o menos lo vamos a tener que mandar al otro mundo, aunque no quisiéramos deshacernos tan pronto de huésped tan fino.

Caminaron por todas partes. *El General* le señaló un nido de ametralladoras y le dejó ver que el parque no abundaba —aparentemente, pues el depósito principal de parque y armas estaba bien escondido.

—¿Tienen artillería en Balún Canán? —preguntó *el General* sin mirar a su compañero.

—Seis cañones. Ligeros. De setenta y cinco. Y le voy a decir que si hubiéramos tenido tres de ellos no hubiera quedado ni el rastro de ustedes.

—Puede ser. ¿Por qué no? De todos modos, espero que cuando su brigadier o un coronel vengán la próxima vez a pegarnos, se traigan no tres, sino los seis cañones. Si no, me voy a enojar mucho. Muchísimo. Puede escribirle si quiere. Le voy a dar un pedazo de papel. Podíamos aprovechar esos cañones, y algunos buenos artilleros también, que nos enseñaran a manejarlos. Estoy seguro que son cañones que se pueden desarmar y cargar sobre mulas.

—Sí se pueden —replicó el general—. Pero no te quiebres la cabeza con eso, muchacho. Si no estuviera yo prisionero, te daba mi palabra de honor de que verías esos cañones muy pronto. Pero solo las bocas, naturalmente.

—Naturalmente —*el General* rió—. Es una lástima que no podamos hacer nada, pues usted ya ha visto demasiado aquí y ya conoce muy bien el campamento. Claro que siempre podría volver a organizarlo de otra manera o avanzar contra usted desde distinta dirección. Realmente, cuando me pongo a pensar, casi, casi me dan ganas de soltarlo. No, no me quiera convencer, general, pero sí que me gustaría mandarlo como regalo al glorioso ejército del Caudillo. Una especie de ofrenda ¿sabe?, para pagar por todas las armas y el parque que usted me dio de modo tan amistoso. Estoy pensando seriamente dejarlo escapar. Si nomás pudiera usted volver con toda su artillería, de una buen vez decidíamos el asunto. Aquí entre nos, general, ya estamos cansados de todo esto; de veras cansados. Los muchachos ya quieren volver a casa, y yo también. Así es que si usted trajera los cañones, no duraría mucho la cosa y tendríamos una buena excusa pa' largarnos. Hay poco parque, como usted vio; es poco pa' sostenernos largo tiempo.

El general asintió varias veces, pero era evidente que escuchaba sólo a medias, pues elaboraba un nuevo plan. El plan, sin embargo, era confuso, pues en realidad tenía dos planes y

constantemente confundía uno con el otro. Por momentos pensaba si sería posible escapar todavía de una manera u otra; pero luego se acordaba que era militar, y ese pensamiento no lo dejaba en paz. Desarrollaba planes de ataque y tácticas de sorpresa para tomar el campo, siempre que se le diera oportunidad de volver a su cuartel.

Por fin sus pensamientos extraviados fueron interrumpidos bruscamente cuando *el General* dijo de pronto:

—Muchachos, llévenlo otra vez a la fogata principal.

6

El General, que había preguntado antes por los tres muchachos que colgaron al teniente, los veía llegar ahora. Los llevó aparte y les habló durante largo rato. A juzgar por los gestos de los muchachos, era evidente que *el General* se aseguraba de que habían entendido correctamente.

Al fin partieron, y, después de un rato, volvieron a la fogata. Uno de ellos llevaba al hombro un lazo cubierto de lodo seco.

Se detuvieron por un momento, esperando órdenes.

Cuando *el General* los vio, se dirigió hacia su huésped de honor y dijo:

—Veo con mucha pena, general, que está usted dispuesto a dejarnos y a seguir a su teniente, quien ya se le adelantó bastante. Es realmente una pena que ya no podamos ocuparnos de usted. Cuando lo sorprendimos en aquella lomita desde donde dirigía su gran batalla, lo podíamos haber atravesado con el machete. Pero, como usted se imagina, son muy pocas las veces que nos visita un general de veras y vivo. Como estamos orita, tenemos muchas ganas de aprender maneras aristocráticas, y esas las podemos aprender solamente de visitantes distinguidos como usted. Con suerte, un buen día uno de nosotros llega a ser gobernador, y cuando lo vaya a visitar el

embajador de Inglaterra a la mejor le sale con un: «Qui'hubo, jijo de la tiznada, ¿cómo te va?» ¿No cree, general?

Dio media vuelta y gritó:

—¡Epa!, ¿quién trae la botella de nuestro huésped? ¿Tú? Devuélvesela al caballero.

El muchacho se la entregó al general.

El General sonrió.

—Dé las gracias. Va ne'sitar todo ese trago de su botella en la media hora que sigue.

—De veras les doy las gracias —dijo el general secamente.

—No hay de qué.

El general tomó un buen trago y metió la botella en un bolsillo del desgarrado pantalón de manta que ahora llevaba. Los pantalones le quedaban tan apretados que ya comenzaban a abrirse por las costuras de las piernas. En el estómago no le cerraban por varios centímetros y se sostenían con la ayuda de un cordón amarrado alrededor de la cintura.

—¿Tiene cigarro pa'l viaje, general? Nuestros huéspedes nunca podrán decir que los dejamos ir sin algún regalito amistoso. Aunque lo que nosotros fumamos a la mejor no le agrada a su paladar.

Volvió nuevamente la cabeza y gritó:

—¡Epa, muchachos!, ¿quién trae la cigarrera dorada de nuestro honorable huésped?

Los muchachos se miraron entre sí. Al instante, uno de ellos exclamó:

—Aquí está, jefe, en el bolsillo del saco que me acabo de poner. Hasta orita la tenté. Y aquí está su bonito encendedor. De veras que está bonito, aunque no logro sacarle ni una chispa.

El General abrió la pitillera, contó los cigarrillos y dijo, alargándosela al general:

—Hay bastantes ai, general, pa' durarle una hora. Después d'eso sus pulmones van a estar muy apretados pa' ne'sitar más.

—Gracias —dijo el general, tomando la cigarrera.

El General hizo un movimiento de cabeza y sonrió:

—Y eso es todo, caballero. Muchas gracias por la visita. Adiósito. Fue un placer conocerlo. Adiós. Que le vaya bien.

Los tres muchachos que lo iban a acompañar se acercaron al general.

Éste caminó unos pasos. Luego se detuvo y volteó gritando:

—De todos modos sigues siendo un mugroso perro piojoso, parido en un estercolero por una puta india. Quiero que sepas lo que pienso de ti antes de irme.

—Y eso es lo que él llama cortesía aristocrática —gritó a su vez *el General*, con una animada sonrisa—. Le dimos de comer, lo vestimos, lo sacamos a pasear p'ayudarle a hacer la digestión, lo hemos agasajado dejándole su botella llena de coñac y además su cigarrera de oro llena de cigarros importados pa'l camino, y ora nos echa esos insultos de despedida. Ésa es la cortesía, la elegancia de estos científicos. Ni una palabra de agradecimiento por los frijoles y las tortillas que le dimos pa' que no se muriera de hambre. Pero así es el mundo, y ni modo.

Después de decir esto, *el General* soltó una sonora carcajada. Luego, cambiando de voz gritó a los hombres:

—Denle cinco minutos al viejo cascarrabias pa' que rece y se ponga bien con el cielo. Lo ne'sita. Llévenselo bastante lejos pa' que no vaya a corromper el campo. Mañana sabremos quién apesta más, un general muerto o un indio rebelde vivo. Llévenselo bien lejos, lo menos una legua y media. ¿Entendieron bien, muchachos?

—Seguro, jefe, seguro —respondieron los muchachos, al mismo tiempo que apuraban al prisionero.

Cuando el pequeño grupo hubo caminado un buen trecho y estaba lejos del campamento, se detuvo.

Uno de los muchachos, dijo:

—No llevamos mucha prisa, ¿verdá, general? ¿Por qué no nos sentamos y liamos un cigarro?

—¿No quieren probar uno de mis cigarrillos? Son de Egipto.

—Puede ser. ¿Dónde es eso? A la mejor son buenos. Pero nos gusta fumar los nuestros. Gracias.

El general sacó su botella y tomó un trago muy pequeño. Luego restregó sus pulgares sobre el frasco y lo ofreció al que estaba más cerca de él:

—Toma un trago, muchacho —dijo amablemente—. Hay bastante para mí.

—Mejor no tomo nada, señor general, porque si el jefe me huele el aliento y nota que apesto a vino me da un trancazo en el hocico. ¿Verdá, compañeros?

—Pior —contestó otro—. Nos metería un plomazo en la barriga si olemos a aguardiente.

Al general no se le escaparon las palabras «señor general», pues era la primera vez que las escuchaba desde su captura. Lo reanimaron tanto como reanimaría a un sentenciado la buena nueva de que va a ser libertado porque había sido injustamente condenado y ahora recibirá una reparación pública reivindicatoria.

—Su jefe debe de ser un tirano muy estricto para no permitirles ni un goce tan pequeño —dijo el general.

—Sí, lo es. ¿Pero qué podemos hacer? Nos tiene en su poder.

—¿Pero qué esperan ganar, muchachos? Él y *el Profesor* les gritan ¡Tierra y Libertad! cien veces al día. Pero si el país queda

destruido, ¿dónde van a encontrar tierra?

—Es verdad, señor general. Nunca pensamos en eso. ¿Adónde vamos a encontrar tierra?

—Y hay algo más que les voy a decir, muchachos. Por el momento admito que llevan la ventaja. Pero eso no va a durar mucho tiempo; van a llegar divisiones enteras con trescientas ametralladoras y quinientos cañones a batirlos, y no les va a quedar ni un pelo en la cabeza. ¿Qué van a hacer con su tierra y libertad cuando todos estén muertos?

—De veras. ¿Qué vamos a hacer, compañeros? —preguntó uno de los hombres—. El señor general tiene razón. Pero ¿qué podemos hacer?

—Ustedes son tres buenos mozos robustos y sanos —continuó el general—. Yo los podría meter de soldados, con paga extraordinaria de guerra. Eso es bastante dinero. Y cuando hayan servido tres o cinco años, tendrán bastante para comprarse un ranchito. Entonces pueden vivir en paz, cultivar su tierra, y todo lo que compren será suyo, sin que nadie se lo pueda quitar.

—El señor general tiene mucha razón ¿no es cierto, compañeros? Todo es como dice él. Pero ¿qué diablos podemos hacer?

—Les voy a decir, muchachos. ¿Cómo se llaman? ¿Eh? Bueno. Me acordaré de sus nombres. Y ahora, escúchenme. ¿Por qué tienen que colgarme? Eso es asesinato, y el asesinato es un gran pecado. Le pueden preguntar a cualquier padre. Si me cuelgan no irán al cielo, sino al infierno. ¿Para qué quieren ir todos al infierno, pudiendo ir al cielo? Yo ya estoy viejo, y no viviré mucho. Lo pueden ver. Les voy a decir lo que harán: me llevan al rancho más cercano donde pueda pedir prestado un caballo para irme y vivir en paz por el resto de mi vida. ¿De acuerdo? Luego ustedes vuelven al campo y le dicen a su jefe que me colgaron bien, como debían hacerlo, y que estoy con la lengua de fuera. Deben de volver al campo, si no se harán sospechosos y su jefe mandará a buscarlos. Si no fuera por eso, me los podía llevar ahora mismo y para mañana ya serían soldados.

Los muchachos escuchaban atentamente.

—Pero es mejor que ustedes vuelvan y digan que me colgaron, para que su jefe no mande a nadie. Mañana o pasado, ustedes se escabullen, van al cuartel y allí les doy a cada uno cien pesos.

—¿Cien pesos, señor general? —preguntaron los muchachos incrédulamente.

—Cien pesos de plata para cada uno. Y si gustan, también pueden hacerse soldados. Pero si no quieren se pueden llevar sus cien pesos o irse a casa. También les daré una carta de recomendación para las autoridades de su pueblo diciendo que son buenas gentes y que no deben de ir a la cárcel porque se rebelaron. A todos los demás rebeldes los matarán, pero a ustedes no.

—¿Qué dicen de eso? —preguntó tino.

Los otros dos contestaron al unísono:

—Estoy de acuerdo.

Pero entonces el más listo de los tres dijo:

—Señor general, yo creo que sería mejor que nos diera un papelito pa' estar seguros de recibir los cien pesos.

—Desde luego, desde luego —contestó el general—. Muy justo. Pero no tengo papel ni lápiz. Dejé todo eso en mi saco. Todo lo que pude traer fueron mis cigarros y mi botella. ¿No le tienen confianza a un general, muchachos?

—Nos han traicionado tantas veces toda clase de gente, generales y no generales —dijo uno—, que ya no podemos confiar en nadie. Pero esta vez sí lo haremos, señor general.

—Y no se arrepentirán, muchachos —dijo el general levantándose, y agregó—: Bueno, vamos a seguir, antes de que se haga tarde. Ya está oscureciendo.

—No se preocupe, señor general; ya conocemos el camino, hasta de noche. Hemos estado de guardia por acá.

Caminaron durante un cuarto de hora. La vereda era mala, en partes pedregosa y en partes cenagosa o cubierta de tupida maleza.

La luna asomó lentamente, alumbrando el camino, luego desapareció detrás de unas rasgadas nubes negras solo para reaparecer unos minutos más tarde y después ocultarse de nuevo.

El general se quejaba. Su paso se volvía lento y tropezaba a menudo. Había estado de pie desde las tres de la mañana. Lo que había sufrido en este interminable día crucial, aparte de la batalla perdida, hubiera dejado sin fuerza hasta a un hombre más joven.

La vereda se abrió hacia un claro.

El general avistó un peñasco, se acercó, se sentó respirando pesadamente, y dijo:

—Muchachos, no creo que pueda caminar más. Voy a tener que pasar la noche aquí.

—Entonces nuestro jefe vendrá de seguro en la mañanita por usted, señor general —dijo uno de los hombres.

—Puede ser, pero ¿qué puedo hacer?

Se limpió la cara y la frente con la manga sucia de la camisa despedazada.

Encendió otro cigarrillo.

La media luna volvió a asomar por un momento.

El general, aspirando el humo de su cigarrillo, se volvió a un lado, luego al otro. Dondequiera que dirigía la mirada no veía más que la negra espesura. El claro estaba despejado y brillante, sombreado por las manchas claras de los manojos de zacate y por las oscuras pinceladas proyectadas por las sombras de

los penachos, en forma de escobetillas, de las plantas.

En la lejanía, en dirección a Balún Canán, surcaba de cuando en cuando el resplandor de un relámpago sobre la negrura del cielo.

«El cuartel general de la división», pensó el general. «¡Qué gusto poder estar allí ahora! Estar sentado en el salón, con una batería de botellas de buena cerveza a un lado, jugando al dominó con el mayor Fernández o con el capitán Munguía. El capitán Munguía ¡qué diablos!, no vale gran cosa como soldado, y menos como caballero. Pero en caso de apuro, se le podía llamar para jugar una partida de dominó. Siempre estaba listo, el sinvergüenza ese.»

El general aspiró fuertemente. Su cigarrillo brilló en la oscuridad.

—¡Dios mío! —exclamó de pronto con voz alta, levantándose convulsivamente como disparado desde la piedra en que había estado sentado. Tiró lejos su cigarrillo—. ¡Santa Madre de Dios! Nunca pensé en eso. ¡Maldita sea, nunca pensé en eso!

Hablaba a gritos, con la voz llena de un terror indescriptible.

Sin querer, se dejó caer otra vez sobre la piedra. Dejó correr su vista hacia la espesura impenetrable de la majeza, a la derecha, a la izquierda, a la izquierda, a la derecha, constante e incesantemente, como si su cabeza se moviera por sí sola. Luego accionó su cuerpo hacia arriba y hacia abajo.

De pronto y con una sacudida decisiva cesó estos movimientos y emitió una corta y sonora carcajada.

—De manera que eso es, eso es lo que intentaba hacerme. Nomás eso. Nunca lo hubiera creído, nunca hubiera pensado que él fuera capaz de urdir algo tan traicionero, tan infame. ¡Gracias, Dios mío, que me avisaste a tiempo!

Respiró profundamente, como relevado de una pesada carga. Encendió otro cigarrillo y lanzó gruesas bocanadas de humo.

Los muchachos no mostraron el menor interés por saber si el

general tenía convulsiones o si había sido atacado de un súbito e irresistible impulso de saltar como un fauno a la luz de la luna.

Como si se hubiera olvidado completamente de los muchachos que estaban acostados en el suelo, no muy lejos de él, el general empezó a hablar en voz alta consigo mismo y en el mismo tono que acostumbraba usar ante una junta de oficiales. Mientras hablaba, accionaba y fumaba sin cesar.

—¿Qué diablos puedo decir cuando vuelva al cuartel? Todos se pararán a mi derredor y se me quedarán viendo. Llego solo, bueno y sano, sin un rasguño, sin haber perdido ni medio kilo de peso. Regreso vestido como un indio harapiento y sucio. Llego sin mi batallón. Ni un oficial me acompaña, ni un sargento, pues todos han muerto. Veinte heridos de caballería son los que vuelven, y unos cuantos de infantería montando mulas en pelo. Pero yo, Yo, general de división, llego desarmado, en andrajos, sin una cortada en la cara, tan sano y tan fresco como si volviera de unas maniobras en tiempo de paz. Ése es el plan que urdió para mí. Por eso me mandó con estos hombres, a los que ordenó dejarse cohechar. ¿Ellos? ¿Dejarse cohechar? ¿Los que colgaron al teniente Bailleres, y que saben que yo lo sé y que soy testigo? ¡Ellos no se dejarán cohechar!

Miró hacia los muchachos.

—¡Eh, oigan! ¿Me dicen algo si les prometo que dentro de media hora no estaré vivo?

—Pué que sí, señor general —dijo uno de ellos, sin levantarse.

—Noté que su jefe les habló un buen rato, a ustedes solos, antes de mandarlos a esta comisión.

—Sí, es cierto.

—Les dijo que me dejaran ir. ¿No es así?

—Ésas fueron nuestras órdenes. Y usted, señor general, puede hacer lo que quiera. Que esté muerto o no dentro de media hora, no nos preocupa. Le diremos a nuestro jefe que tuvimos el gusto de hacerle saber a usted las órdenes que él nos dio.

Hasta nos dijo que le podíamos contar a usted todo antes de dejarlo ir.

El general se puso a cavilar. Automáticamente encendió otro cigarrillo. Luego tomó un largo trago de su botella.

—Mientras más cerca está un hombre de su fin, mejor entiende al mundo y a la gente que lo habita y ve la esencia de los acontecimientos. ¿Quién fue el que dijo eso? Lo leí en alguna parte. Así es que él quería que llegara sano y salvo al cuartel general, y allí les podía contar una extraña historia de cómo me escapé de sus garras. Y ahora se quedan ustedes ahí parados, caballeros, viéndome incrédulamente. ¿Creen que estoy mintiendo, yo, un general de división? ¿Por qué se me queda viendo así, coronel Arizmendi? ¿Porque me ve a mí solo? Ningún otro oficial escapó, nomás yo. ¿Porque sólo un puñado de hombres aturdidos, sangrantes y desesperados pudo escapar, mientras que yo, el general de división, estoy aquí parado, sano y salvo, ante usted? Por supuesto, tuve que dejar uniforme, dinero, reloj, anillos, pistola. Tuve que vestirme como un indio miserable para poder llegar aquí con el pellejo entero. Escúcheme, mayor Maldonado, ¡maldito sea! ¿Qué es lo que está creyendo? ¡Atención! ¿Por qué me ve de esa manera? ¿No puede ver a su general cara a cara? ¿Qué? ¿Qué ha estado tomando, que me ve con un ojo solamente y torciendo los labios como si fuera a sonreír? ¡Pongan atención, caballeros! No pueden pensar que... Sí, caballeros. ¿Qué piensan? ¿Ustedes realmente piensan, creen que les di mi dinero, mi uniforme y mí pistola a esos indios apestosos para comprar mi libertad? ¿Yo, el general de división Petronio Bringas? ¿Yo? ¡Gracias, caballeros. Adiós, camaradas y amigos!

El general se levantó. Gritó hacia la impenetrable pared de la oscura maleza, en un tono cada vez más agudo:

—¡Adiós! ¡Adiós, caballeros! ¡Adiós! ¡Adiós!

Cien veces repitió el mismo grito, hasta que enronqueció y le fue difícil abrir una vez más la boca.

Se cogió la garganta, como tratando de obligarla a obedecerle.

Entonces comenzó a sollozar y a reír quedamente. Luego reaccionó. Cayó sobre el peñasco y respiró trabajosamente con la boca abierta.

Sacó otro cigarrillo.

Los muchachos estaban todavía echados en el suelo cerca de él. Uno le ofreció el encendedor.

Cuando lo devolvió, se rió con los muchachos.

—Estoy borracho, muchachos, borracho, borracho, borracho; eso es lo que tengo. Estoy bien borracho.

Tomó su botella, se la llevó a los labios y dejó correr el líquido hasta que no quedaron más que unas gotas.

Alzó el frasco contra la luz de la luna. Viendo lo que quedaba, vació las últimas gotas en la boca y sacudió el frasco, todavía reteniéndolo entre los labios hasta que hubo agotado el contenido.

—Allá, en aquella esquina, muchachos, ¿ven aquel hermoso árbol? Es un árbol maravilloso. Desde aquí parece un cedro. Pero ya sea cedro, caoba o ébano, no importa. Muchacho, dame esa sogá que traes colgada al hombro.

Probó la sogá. «Está bastante dura y rasposa. Una miserable sogá. Pero bien fuerte. Ya tiene su nudo y su lazo. Mucho mejor. De todos modos, yo no podría hacer un buen nudo como éste, que se resbala tan bien y tan suave hacia atrás y hacia adelante.»

Titubeó al ver correr la cuerda por el lazo.

—¿Ésta no es por acaso la misma sogá que le raspó el cuello al teniente Bailleres esta noche, muchachos?

—La mesma, señor general —dijo uno de los muchachos, sin mostrar gran interés.

—Entonces esta cuerda ya tiene práctica —dijo el general, y soltó una carcajada irónica.

—Ya ha tenido práctica —respondió el muchacho, tan indife-

rente como antes.

—Muchachos —dijo el general, abandonando su tono burlón y tornándose serio—, no les puedo dar nada. La ropa que traigo está sucia y piojosa, tan rota que ni sus compañeros la quisieron, y la tiraron. No les puedo dar el frasco y la cigarrera porque de todos modos los tomarán en lugar de dejarlos tirados. Lo cual es muy justo. Todo lo que les puedo dar son las más sinceras gracias, de antemano, por algo que quiero que hagan. Nunca le he dicho «por favor» a un indio. Ahora les digo: Por favor, muchachos, por favor, cuando haya dejado de respirar, córtense la cara desfigurándola de tal modo que si me llegaran a encontrar no sepan quién soy. ¿Harán eso, muchachos?

—Lo podemos hacer, señor general. No sería gran cosa para nosotros. Nada muy especial.

—Mil gracias, muchachos, por este pequeño favor. Díganle a su jefe que puede venir aquí mañana a besarme las nalgas, antes del desayuno.

—Se lo diremos, señor general.

—Muy bien. En cinco minutos, o digamos diez, van para allá. Hacia aquel árbol. Y ahora una vez más, muchas gracias de antemano, muchachos.

—No hay de qué, señor general. Hasta luego y buen viaje. Dese prisa. Diez minutos, dijo. Esperaremos hasta entonces.

9

El general echó a andar, columpiando la cuerda con la mano izquierda.

Se tambaleaba un poco al andar, probablemente como resultado de las generosas libaciones de su botella. Varias veces tropezó con los matojos de zacate correosos.

Cuando llegó a la esquina del pequeño claro que había escogi-

do, la límpida luz de la luna brillaba de lleno sobre esa pared de maleza.

Se persignó. Bajó la cabeza. Se volvió a persignar. Sacó un escapulario que llevaba al cuello con una cruz bordada. Lo tomó con ambas manos y lo besó.

Se persignó otra vez.

Luego probó la cuerda, dejándola deslizarse entre sus manos. Miró hacia arriba al ramaje del árbol, y con un ademán decisivo tiró la cuerda sobre una rama que sobresalía hacia el claro.

Los muchachos echaron una ojeada indiferente. Uno de ellos dijo:

—Espero que haya escogido una buena rama que no se quebre. Ta tan pesado como un güey. Parece que la rama está aguantando. Pásame el tabaco.

10

Un cuarto de hora después, los tres muchachos fueron hasta el árbol.

Al regresar al claro, uno de ellos se acuclilló y empezó a limpiar su machete en un matojo. Al hacer esto, miró hacia el cielo. Luego anunció:

—Hay un tormentón en Balún Canán. Viene p'acá.

Uno de los dos que estaban junto al árbol gritó:

—Oye. ¿Le dejamos la sogá, o qué?

—No dejamos nada —respondió el muchacho que limpiaba el machete—. Es un buen lazo, muy útil. No se rompió con tamaño peso en la punta. Puede ser usado otra vez. Además, *el General* se va a poner furioso si no llevamos la cuerda. Ya saben cómo se pone a veces. Nos hace volvernós por la cuerda. Parece que esa maldita tormenta viene p'acá, y yo no quiero

tener que regresar por este maldito camino otra vez.

—Tienes razón, manito. Mejor nos llevamos la cuerda.

—¡Vamos! —gritó el hombre que estaba en el claro a sus compañeros que esperaban bajo el árbol—. No hablen tanto. Bájenlo y desamárrenlo. Ya dejó de gorgorear. Apúrense. Tengo más hambre que un coyote cojo.

XVI

1

Pasaron cinco semanas. O tal vez siete, ocho o aun diez. Nadie se molestaba en contar los días y las semanas. Pero que no eran menos de cinco semanas era evidente para los rebeldes a juzgar por los altos tallos de maíz que crecían en los campos donde la cosecha iba bien avanzada.

El campamento, con sus numerosas chozas, casuchas y cobertizos construidos durante las últimas semanas, había tomado la apariencia pacífica y soñolienta típica de cualquier poblado indio.

Se encontraba allí todo lo necesario para fundar y mantener una comunidad: bosque, praderas con excelentes pastos, monte bajo con buena tierra, y un ancho e inextinguible arroyo de agua fresca y cristalina. La gente tenía maíz, frijol y chile suficiente, y una nueva cosecha estaba ya madurando. Poseían caballos, mulas, burros, vacas, bueyes, cabras, borregos y hasta puercos. Lo que faltaba lo proveían los ranchos cercanos, ya fuera voluntariamente o persuadidos por los rifles de los rebeldes.

Pequeños destacamentos andaban siempre en expediciones de... bueno, diremos de cooperación. Sorprendían a las guarniciones militares y a las patrullas de los rurales. De cuando en cuando había escaramuzas con los hacendados armados, quienes se agrupaban para batir y exterminar a los rebeldes y a los bandidos de la región.

Los hacendados seguían convencidos de que la rebelión se reducía a una pequeña banda de indios que sobrevivía de las

batallas con las tropas federales y que ahora vagaba dedicada al pillaje. Siempre habían merodeado pequeñas cuadrillas similares por toda la República, hasta en los años en que el régimen de la dictadura era más estricto y nadie osaba ni siquiera pensar en rebelarse.

Evidentemente, las autoridades militares del estado eran de la misma opinión que los hacendados; pensaban que solo tres o cuatro pandillas insignificantes infestaban la región, y que no era necesario lanzar un gran número de tropas contra unos cuantos bandidos, para no aumentar los gastos de la nación. Los terratenientes por sí solos combatirían a estas cuadrillas tal y como lo habían hecho durante cuatrocientos años.

También *el General* y *el Profesor* interpretaban así la situación, pues durante semanas enteras ni siquiera una compañía había marchado contra ellos.

2

—Vengan p'acá pa' que vean qué clase de pájaro atrapé —dijo Eladio, conduciendo al campamento a un ladino que se veía inteligente y vestía más o menos bien, pero que no se había afeitado durante varios días.

El hombre llevaba a su caballo por las riendas. Lo seguía un muchacho de mediana edad que conducía con una mano un caballo, mientras que con la otra sujetaba a una mula cargada con bultos y dos baúles pequeños de cuero bastante usados.

El recién llegado miró hacia todos lados, pero no dio muestras de temor. Su expresión y sus gestos parecían decir: «Todo va a estar bien aquí, y si no, pues no hay nada que yo pueda hacer.»

El visitante fue rodeado por un enjambre de perros que ladraban sin cesar, por eso le resultaba difícil seguir a Eladio a la velocidad que éste caminaba.

Llegaron a un gran cobertizo abierto con techo de palma y zacatón erigido en medio del campamento. Este edificio espacioso servía de alcaldía, salón de consejos, arsenal y, temporalmente, como escuela para niños y adultos.

—*Profesor*, estos parecen una pareja interesante —dijo Eladio—. No vinieron por el camino principal, donde tenemos centinelas. Iban pasando por ahí. Pero pensé que sería bueno que usted les echara un vistazo a los dos. Yo creo que vienen a espiar.

—No digas tonterías, muchacho —dijo el ladino, riéndose—. ¿Yo venir a espiar? Tengo otras cosas de qué preocuparme. Créanme. Y si no me creen, poco me importa. Con una vida miserable como la mía, sólo puede uno dar gracias si alguien se la quita. ¿Espiar yo? No seas ridículo.

Se rió otra vez. Luego dijo:

—Quisiera mejor que me dieran algo de comer y de beber. Desde ayer en la tarde no he comido ni un pedazo de tortilla. Ésa es la vida, amigos. ¡La vida, Dios santo! Denme algo decente de comer y luego me cuelgan si quieren, ¡para lo que me importa! Nomás no me cuelguen con el estómago vacío. Eso sería cruel, y ustedes no parecen malas personas.

El Profesor estaba sentado en el cobertizo con Andrés, entretenido con un libro que había llegado a sus manos y que había pertenecido a alguna finca visitada recientemente.

Acompañaron al ladino en su risa, gozando con su buen humor.

Había varios muchachos más en el cobertizo, pues el sitio nunca estaba vacío durante el día, y mucho menos por la noche, cuando servía de dormitorio a unos veinte o treinta hombres.

El Profesor dio orden de que trajeran una buena comida para el ladino.

—Eso es lo que yo llamo amistad —dijo el ladino—. Dar de comer al hambriento es un acto piadoso que hará a los ángeles en el cielo tocar sus trompetas, y hasta San Pedro lo tomará en

cuenta. Yo mismo se lo recordaré cuando lo encuentre allá arriba y tenga oportunidad de ver su llave. Siempre me ha intrigado esa llave, si es grande o chica, de fierro o de plata, si la trae colgando de un cordón o en una cadena dorada al cuello. Por lo que respecta a ustedes, muchachos, no me importa si son bandidos o asesinos o campesinos pacíficos siempre y cuando me den de comer.

—Quisiera saber qué clase de hombre es éste, hablando nomás de hambre y de comer y nada más —dijo Andrés muy quedo al *Profesor*.

Los ojos del *Profesor* se iluminaron de pronto. Se rió y dijo:

—Ya sé lo que es. Usted no es ladino ni comerciante.

—Desde luego que no —respondió el hombre—. Yo nunca dije que fuera tal cosa.

—Usted es maestro. Y lo que es peor, maestro de pueblo.

—¡Válgame Dios! Sólo un colega podía haber adivinado eso. Es verdad. Soy profesor rural ambulante. Cada dos meses me mandan a una villa distinta porque el presupuesto que destina la villa para la escuela solo es bastante para dos meses. Las últimas cuatro semanas de esos dos meses son muy duras, al segundo mes doy gracias de que me den siquiera la mitad de lo que me prometieron. Y luego recibo una carta de la Secretaría de Educación Pública en donde me dan el nombre del siguiente pueblo a donde tengo que ir. Muchas veces, el poblado a donde me mandan está a tres o cuatro días de viaje, y para gastos de transporte la Secretaría me da seis reales aunque mi siguiente puesto esté a un día o a una semana de viaje por estos caminos miserables. Solamente seis reales. Y de esa cantidad se supone que me tengo que alimentar, pagar el alquiler de mi caballo, pagarle al muchacho que me acompaña para traer de vuelta al caballo, y encima de eso el alquiler de un caballo para el mozo, que no puede desde luego caminar tanto con este calor; y luego está el alquiler de la mula que carga con mis andrajos y mis pocos libros, y después de eso está todavía el maíz para los caballos. ¡Ay! Quisiera que el señor Ministro de

Educación me dijera cómo puedo pagar todo eso con seis reales.

—Yo ya sé de eso —le interrumpió *el Profesor*.

—¿Usted también es profesor, verdad?

—Era, amigo y colega, era. Al principio estuve en la capital, en una escuela secundaria y con un sueldo adecuado; luego me enviaron a una primaria, después me destinaron a una ciudad pequeña, más tarde a un pueblo, y de ahí a un pueblito, hasta que fui a dar a las rancherías.

—Pero ¿por qué fue así? Si se comienza bien en una escuela secundaria, se puede permanecer allí muy bien o si no ascender a una preparatoria o hasta a un puesto de director.

—Puede ser, amigo. Es muy posible. Si tiene uno siempre la boca cerrada. Pero yo no puedo conservar la boca cerrada, y nunca aprenderé a hacerlo. Por eso estoy aquí. Cierto que aquí no recibo salario alguno, pero me siento en mi casa. ¿De qué sirve el sueldo si uno no está contento? Y si no osara abrir la boca y decir lo que pienso, entonces cien pesos de sueldo no pagarían por lo que iría perdiendo en cuerpo y alma. Un hombre no es una bestia ni un títere. Yo todavía soy un hombre, ¡maldita sea! Aquí puedo seguir siendo hombre, todos podemos ser hombres aquí, y lo seguiremos siendo. Nos defendemos hasta la última gota de sangre contra *el Viejo* y contra esa maldita y miserable dictadura.

3

Mientras tanto, un plato con comida había sido traído al cobertizo. Por el modo en que el recién llegado lo devoró, recogió hasta la última migaja y se chupó los dedos, se dieron cuenta los muchachos, mejor que con palabras, de que este hombre había dicho la verdad.

Su mozo también se llenó el estómago, que parecía haber es-

tado tan vacío como el de su patrón.

Cuando el maestro terminó de comer, suspiró satisfecho y dijo:

—Me llamo Gabino Villalba, a sus órdenes. Mis más sinceras gracias por la comida.

—¿Y qué hacemos con él ahora, *Profesor*? —preguntó Eladio, quien había traído al maestro casi muerto de hambre—. ¿Es espía o no? Si no lo es, me vuelvo a mi puesto de centinela.

—Yo me encargo de él, Eladio, y tú puedes volver a tu puesto. De todos modos, hiciste bien en traerlo. Uno nunca sabe de qué plumaje son los pájaros que se acercan por aquí.

—Conque eso es, amigos —dijo el maestro—. Conque ustedes también se cuidan de las cuadrillas de bandidos que dicen merodean por aquí y traen desesperados a los hacendados. Tienen razón. Hay que tener cuidado. Son una punta de bandidos que vagan de día y de noche y no dejan descansar a nadie. Veo que tienen unas cuantas docenas de fusiles por ahí. Eso es muy necesario en tiempos como éstos.

El General, que había llegado, escuchó las últimas palabras e intervino:

—Los tiempos son malos. Tiene razón, amigo. Y lo peor es que no sabe uno quiénes son los verdaderos bandidos.

—Bien dicho, amigo. Tiene razón —dijo el maestro volteando hacia *el General*, que se había sentado con el grupo—. Bien dicho. En estos tiempos nunca sabe uno quién gobierna y quién es el gobernado.

—Por eso decimos: «¡Muera el Caudillo! ¡Abajo la dictadura!» —intervino Andrés.

El maestro lo observó detenidamente. Luego vio a todos los demás que lo miraban tomar su café sorbo a sorbo y pensativamente, como si nunca hubiera tomado tan buen café.

Su mirada, al fin, descansó sobre Andrés, inquisitivamente.

—¿Por qué dice «¡Muera el Caudillo! ¡Abajo la dictadura!?»

Explíqueme, por favor.

—Porque no somos libres y no viviremos libremente mientras la dictadura amordace y oprima al pueblo —dijo uno de los muchachos.

—¿A cuál caudillo y a cuál dictadura se refieren? —preguntó el maestro, estupefacto.

—Hasta un niño sabe a quién nos referimos —dijo Andrés—. No hay necesidad de que se haga el inocente o se porte como un estúpido. Aquí puede hablar libremente, sin trabas. No hay aquí delatores o espías de la policía secreta.

El Profesor miró al maestro con desconfianza y le dijo:

—Ahora quisiera saber cómo tomarlo. Primero habla de un modo y luego de otro. Díganos la verdad.

—¿He venido a caer en la luna, o en África, o en China, o en dónde? —preguntó el maestro, mirando a los demás con un gesto de incompreensión.

—Desde luego que nos referimos al *Viejo*, a don Prudencio Domínguez, al que rige. ¿A quién más? —gritó uno de los muchachos.

—Jamás lo hubiera adivinado, amigos —respondió el maestro—. Si se refieren a don Prudencio Domínguez, quien fastidió al país los últimos treinta o Dios sabe cuántos años, están ustedes muy atrasados de noticias; hace ocho, nueve, diez, trece, sí, dieciséis meses que abdicó porque ya no pudo sostenerse. Ahora está lejos, muy lejos.

—¿En dónde? —interrumpió *el Profesor*.

—En Inglaterra, en España o en Francia, ¿qué importa? De todas maneras, ya se fue.

Andrés volteó hacia *el Profesor* y dijo quedamente:

—¿Hace dieciséis meses? Entonces no puede haber estado en el poder cuando salimos de las monterías.

—Así parece, muchacho. ¡Qué broma! —dijo, como si hablara

consigo mismo. En seguida exclamó con un grito de alegría—: ¡Qué broma celestial!

—¿Broma? —dijo el maestro—. No hay mucho de qué bromear en estos días en ninguna parte del país.

—¿Quién está en el poder ahora? —preguntó *el Profesor*.

—Eso es lo que yo quisiera saber —replicó el maestro—. Eso es lo que todo el país quisiera saber, pobres y ricos, capitalistas y trabajadores.

—Pero tiene que haber un gobierno —interpuso *el General*.

—¿Un...? ¿*Un gobierno*? —el maestro hizo un gesto agrio—. Ahora hay mil gobiernos. Mil políticos gritan y vociferan, y cada cual tiene su propio gobierno. No hay *un* Congreso, hay diez, veinte, cuarenta, todos a un mismo tiempo. Cada estado tiene no *un* gobernador, sino siete u ocho, simultáneamente.

—¿No hay un partido al cual el pueblo pueda seguir para formar el gobierno que elija el voto popular? —preguntó *el General*.

—También hay partidos. Innumerables partidos: Constitucionalistas, institucionalistas, revisionistas, reformistas, liberalistas, reeleccionistas, antirreeleccionistas, la boristas, comunistas, imperialistas, antiimperialistas, indoamericanistas, agraristas, dominguistas, separatistas, regionalistas, nacionalistas, continentalistas, cooperativistas, unionistas, y como unos doscientos más, todos istas. Es imposible recordar los nombres. Todos los días salen nuevos, y todos los días desaparecen algunos que todavía el día anterior eran poderosos.

—¿Y el ejército? ¿Qué hace el ejército entonces? —preguntó *el General*.

—En el ejército los generales no saben quién manda, por lo tanto no saben a quién obedecer y a quién no. Cada general, mayor o coronel recibe veinte telegramas distintos por día con diferentes órdenes, y no sabe a cuál obedecer. Así es que se queda donde está con su gente, y cobra su paga, no importa de

quién venga. Además, ya hay como diez mil generales que se dieron el título de tal en un día y andan con sus hombres. La mayoría de estos generales no traen arriba de veinte hombres a sus órdenes. Y estos diez mil generales se pelean como perros y gatos entre sí, cada quien pretendiendo sostener a un partido, y volteándose al otro día contra ese mismo partido.

—Entonces ¿eso es todo lo que el Caudillo, en treinta y pico de años de dictadura inmisericorde, nos hereda? —exclamó *el Profesor*, incorporándose y levantando los brazos como era su costumbre cuando, en medio de una sencilla conversación, cambiaba su postura y tono para arengar a la gente—. Eso es lo que logró la dictadura. Eso es exactamente lo que todos los que tuvieron algún conocimiento de la Humanidad profetizaron cien veces, lo proclamaron, escribieron, expresaron, y tronaron en contra, y fueron por eso martirizados y despedazados como perros rabiosos. ¡El caos! Eso es lo que logró ese gobernante senil. Crear el caos. ¿Quiénes son estos que ahora han subido y están dividiendo a la gente? Son los mismos que nacieron bajo su dictadura, que se educaron bajo su dictadura, que crecieron bajo su dictadura, que fueron amordazados por la fuerza bruta bajo su dictadura, y que, bajo su dictadura, no tuvieron derecho ni oportunidad de pensar libremente, de educarse en materia de civismo. Por eso es que todos gritan a la vez. Y cada quien grita a su modo, porque no sabe de qué otra manera expresarse, y no sabe escuchar a nadie más, y no sabe porque no ha tenido donde aprender. Es el desbarajuste natural, tan natural como que un arroyo baje de la montaña en lugar de subir. Es lo que nos hereda la dictadura, una desgracia que nuestra patria sufrirá por cien años.

El cobertizo se había llenado de hombres y mujeres, todos agolpándose para poder oír lo que decía *el Profesor*. La mayoría, sin embargo, no entendía claramente lo que éste decía, pues no había oído el principio.

—Y ese es el amargo fin de la dictadura; largos años de sacrificios y esfuerzos, pero al menos se vislumbra una esperanza. He hablado, muchachos.

—¡Bravo, *Profesor!* —se oyó el eco por todos lados—. ¡Abajo la dictadura! ¡Tierra y Libertad!

4

El maestro, acostumbrado a los discursos que por medio de los periódicos, panfletos, hojas sueltas, manifiestos y programas inundaban al país, continuó sorbiendo su café calmadamente y lió un cigarrillo con el tabaco que un muchacho le ofreció.

El Profesor se sentó y dijo al maestro:

—Estas noticias que usted nos trae son algo grande. Hemos estado tan apartados de todo que no sabíamos lo que estaba pasando en el resto del país.

—Así ha de ser —y añadió con una sonrisa—: Nunca me había sentido tan deliciosamente satisfecho en toda mi vida como aquí en este día. Y por eso les doy las gracias desde el fondo de mi corazón, o mejor dicho, de mi estómago. Bueno, yo creo que apenas tengo tiempo de llegar al siguiente rancho antes del anochecer. Así es que con su permiso, me voy. Aunque me duela el alma, no puedo seguir abusando de su generosa hospitalidad.

Llamó al muchacho que lo acompañaba y le ordenó traer los caballos y volver a cargar la mula con sus baúles.

El Profesor lo escudriñó pensativamente, como tratando de adivinar su carácter y sus pensamientos. Plenamente satisfecho, miró interrogativamente al *General*, a Celso, a Andrés y al *Coronel*. Aparentemente su mirada fue contestada en el sentido que esperaba.

Cuando el maestro se disponía a partir, *el Profesor* lo tocó ligeramente en el hombro. El maestro se volvió a sentar.

—Dígame, Gabino Villalba, profesor rural ambulante, ¿por qué no se queda aquí con nosotros? Quiero decir, permanentemen-

te. Bien podíamos utilizar otro maestro. Uno para los niños mayores y otro para los pequeños. Andrés ayudará también. Desde luego que el sueldo no será mucho, eso depende de muchas cosas que habrá que arreglar de hoy en adelante. Pero, con sueldo o sin él, le prometo que mientras esté con nosotros, nunca pasará hambre.

—Si es así, amigo y colega, ¿para qué necesito sueldo? Mi sueldo nunca me ha llenado el estómago. Desde luego que me quedo. ¿Cómo se llama este lugar?

—Solipaz —contestó *el Profesor*.

—Sol y paz. Un nombre maravilloso. Pero, ¿en el nombre de Dios!, ¿quiénes son ustedes?

El Profesor se inclinó y murmuró una palabra al oído del maestro. Luego, en voz alta, dijo entre carcajadas:

—No lo repita, aunque se lo pregunten. Solo lo decimos en circunstancias muy especiales. Y ahora que ya sabemos oficialmente que ha caído el dictador, lo que éramos antes ahora cambia a lo que somos, oficialmente, no importa qué clase de gobierno se quede en el poder.

—¡Conque así es! Casi lo podía haber adivinado. Pero como están los tiempos, es difícil adivinar. Naturalmente que me quedo. Esto es lo que yo había anhelado desde que tenía ocho años. Y tuve que cumplir los treinta y siete antes de encontrármelo.

Se levantó. Alzó el puño cerrado y gritó a manera de saludo:

—Muchachos, ¡Tierra y Libertad!

Los muchachos contestaron a una voz:

—¡Tierra y Libertad!

FIN DE

«EL GENERAL (TIERRA Y LIBERTAD)»